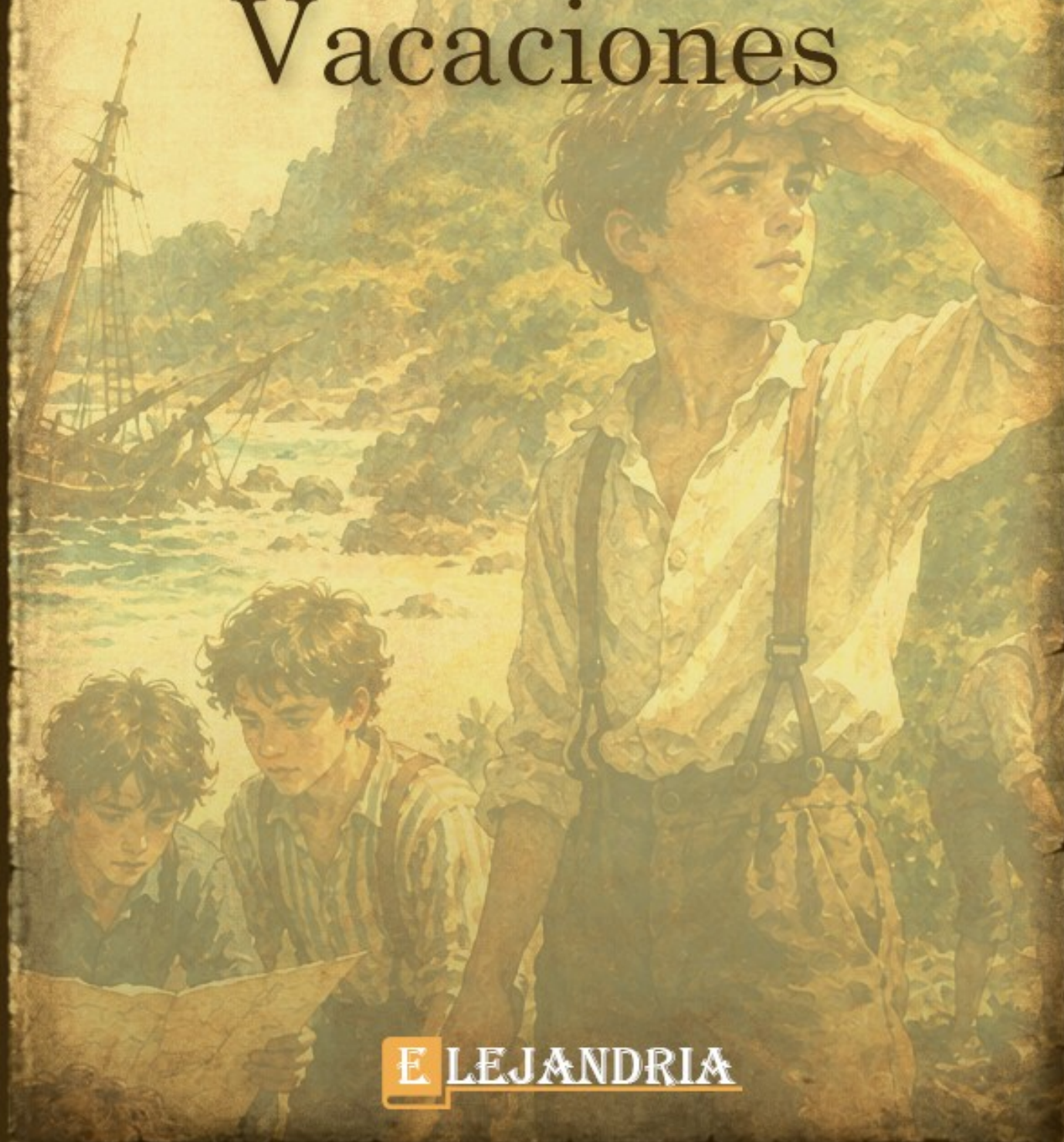




Julio Verne

Dos Años de Vacaciones



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

DOS AÑOS DE VACACIONES

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1888
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Prefacio

Muchos robinsones han mantenido ya despierta la curiosidad de nuestros jóvenes lectores. Daniel Defoe, en su inmortal *Robinson Crusoe*, presentó al hombre solo; Wyss, en su *El Robinson suizo*, a la familia; Cooper, en *El Cráter*, a la sociedad con sus múltiples elementos. En *La isla misteriosa* puse a unos hombres de ciencia frente a las exigencias de esa situación. Se ha imaginado también el Robinson de doce años, el Robinson de los hielos, el Robinson de las muchachas, etcétera. A pesar del número infinito de novelas que componen el ciclo de los robinsones, me pareció que, para completarlo, quedaba por mostrar un grupo de niños de ocho a trece años, abandonados en una isla, luchando por la vida en medio de las pasiones alimentadas por las diferencias de nacionalidad —en una palabra, un internado de robinsones.

Por otra parte, en *El capitán de quince años* había emprendido mostrar de lo que son capaces el valor y la inteligencia de un niño enfrentado a los peligros y las dificultades de una responsabilidad por encima de su edad. Pues bien, pensé que si la enseñanza contenida en ese libro podía ser provechosa para todos, debía ser completada.

Con este doble propósito ha sido escrita la presente obra.

CAPÍTULO 1

La tempestad. – Una goleta desarbolada. – Cuatro muchachos en la cubierta del Sloughi. – El trinquete hecho jirones. – Visita al interior del yate. – El grumete medio estrangulado. – Un golpe de mar por la popa. – La tierra entre las brumas de la mañana. – El banco de arrecifes.

Durante la noche del 9 de marzo de 1860, las nubes, confundiéndose con el mar, limitaban a unas pocas brazas el alcance de la vista.

Sobre aquella mar embravecida, cuyas olas rompían proyectando lívidos destellos, una ligera embarcación huía casi a palo seco.

Era un yate de cien toneladas —una schooner—, nombre que reciben las goletas en Inglaterra y en América.

Aquella goleta se llamaba el Sloughi, y en vano se habría intentado leer ese nombre en su espejo de popa, que un accidente —golpe de mar o colisión— había arrancado en parte por debajo del coronamiento.

Eran las once de la noche. Bajo aquella latitud, a comienzos del mes de marzo, las noches son todavía cortas. Los primeros albores del día no debían aparecer hasta las cinco de la madrugada. Pero ¿serían menores los peligros que amenazaban al Sloughi cuando el sol iluminase el espacio? ¿Acaso la frágil embarcación no quedaría siempre a merced de las olas? Así era, y sólo el calmarse de la marejada, el aplacamiento de la ráfaga, podían salvarlo del más espantoso de los naufragios: el que se produce en pleno océano, lejos de toda tierra donde los supervivientes hallarían quizás la salvación.

En la popa del Sloughi, tres muchachos —uno de catorce años, los otros dos de trece—, junto con un grumete de unos doce años, de raza negra, es-

taban apostados en la rueda del timón. Allí reunían sus fuerzas para hacer frente a las guiñadas que arriesgaban echar el yate de través. Dura faena, pues la rueda, que giraba a pesar de ellos, podría haberlos lanzado por encima de las batayolas. Y aun así, poco antes de medianoche, un golpe de mar tan formidable cayó sobre el costado del yate que fue un milagro que no lo descuajara del timón.

Los muchachos, que habían sido derribados por el golpe, pudieron levantarse casi de inmediato.

—¿Obedece el timón, Briant? —preguntó uno de ellos.

—Sí, Gordon —respondió Briant, que había vuelto a su puesto conservando toda su sangre fría.

Luego, dirigiéndose al tercero:

—Agárrate bien, Doniphan —añadió—, ¡y no perdamos el ánimo!... ¡Hay otros que nosotros que salvar!

Estas pocas frases habían sido pronunciadas en inglés, aunque en Briant el acento denotara un origen francés.

Este, volviéndose hacia el grumete:

—¿No estás herido, Moko?

—No, señor Briant —respondió el grumete—. Sobre todo, procuremos mantener el yate de cara a las olas, o correremos el riesgo de irnos a pique.

En ese momento, la puerta de la escotilla de escalera que conducía al salón de la goleta se abrió de golpe. Dos cabecitas asomaron al nivel de la cubierta, junto con el buen morro de un perro cuyos ladridos se dejaron oír.

—¡Briant!... ¡Briant!... —gritó un niño de nueve años—. ¿Qué pasa?

—¡Nada, Iverson, nada! —replicó Briant—. ¿Quieres bajar con Dole?... ¡Y más deprisa que eso!

—¡Es que tenemos mucho miedo! —añadió el segundo niño, que era algo más pequeño.

—¿Y los demás? —preguntó Doniphan.

—¡Los demás también! —replicó Dole.

—Vamos, ¡entrad todos! —respondió Briant—. Encerraos, escondeos bajo las sábanas, cerrad los ojos, ¡y ya no tendréis miedo! ¡No hay peligro!

—¡Cuidado!... ¡Otra ola! —gritó Moko.

Un violento choque sacudió la popa del yate. Esta vez el mar no embarcó, por fortuna, pues si el agua hubiera penetrado al interior por la puerta de la escotilla, el yate, muy sobrecargado, no habría podido elevarse con el oleaje.

—¡Entrad de una vez! —gritó Gordon—. Entrad... ¡o las vais a pagar conmigo!

—Vamos, ¡entrad, pequeños! —añadió Briant, con un tono más amistoso.

Las dos cabecitas desaparecieron en el momento en que otro muchacho, que acababa de asomarse al marco de la escotilla, decía:

—¿No nos necesitas, Briant?

—No, Baxter —respondió Briant—. Cross, Webb, Service, Wilcox y tú, ¡quedaos con los pequeños!... ¡Entre cuatro nos bastará!

Baxter cerró la puerta desde dentro.

—¡Los demás también tienen miedo! —había dicho Dole.

Pero ¿acaso había solo niños a bordo de aquella goleta arrastrada por el huracán? —¡Sí, únicamente niños! —¿Y cuántos había a bordo? —Quince, contando a Gordon, Briant, Doniphan y el grumete. —¿En qué circunstancias se habían embarcado? —Se sabrá pronto.

¿Y ningún hombre a bordo del yate? ¿Ningún capitán que lo comandara? ¿Ningún marinero que echara una mano en las maniobras? ¿Ningún timonel que gobernara en medio de aquella tempestad? —¡No!... ¡Ni uno!

Así, nadie a bordo habría podido decir cuál era la posición exacta del Sloughi en aquel océano... ¿Y qué océano? ¡El más vasto de todos! El Pacífico, que se extiende a lo largo de dos mil leguas de anchura, desde las tierras de Australia y Nueva Zelanda hasta el litoral de Sudamérica.

¿Qué había ocurrido entonces? ¿La tripulación de la goleta había desaparecido en alguna catástrofe? ¿Unos piratas de la Malasia la habían raptado, dejando a bordo únicamente a jóvenes pasajeros abandonados a sí mis-

mos, cuyo mayor apenas contaba catorce años? Un yate de cien toneladas requiere, como mínimo, un capitán, un contramaestre, cinco o seis hombres, y de ese personal, indispensable para maniobrarla, ¿no quedaba más que el grumete!... En fin, ¿de dónde venía aquella goleta, de qué parajes australasiáticos o de qué archipiélagos de la Oceanía, y desde hacía cuánto tiempo, y con qué destino? A estas preguntas que todo capitán habría formulado de haber encontrado al Sloughi en aquellos mares lejanos, aquellos niños sin duda habrían podido responder; pero no había ningún barco a la vista, ni de aquellos trasatlánticos cuyos itinerarios se cruzan en los mares oceánicos, ni de aquellos buques de comercio, a vapor o a vela, que Europa o América envían a centenares hacia los puertos del Pacífico. Y aunque uno de esos buques, tan poderosos por su máquina o su aparejo, se hubiera encontrado en aquellos parajes, atareado en luchar contra la tempestad, no habría podido socorrer al yate que el mar zarandeaba como un despojo.

Sin embargo, Briant y sus camaradas velaban lo mejor que podían para que la goleta no guiñara a un bordo ni al otro.

— ¡Qué hacer!... —dijo entonces Doniphan.

— ¡Todo lo que sea posible para salvarnos, con la ayuda de Dios! —respondió Briant.

Decía eso aquel muchacho, y a duras penas el hombre más enérgico habría podido conservar alguna esperanza.

En efecto, la tempestad redoblaba en violencia. El viento soplaba como un trueno, según dicen los marineros, y la expresión es de lo más acertada, pues el Sloughi corría el riesgo de ser «fulminado» por los golpes de racha. Por otra parte, desde hacía cuarenta y ocho horas, medio desarbolado, con su palo mayor roto a poco más de un metro por encima de la carlinga, no había sido posible instalar una vela de capa que habría permitido gobernar con mayor seguridad. El palo de trinquete, decapitado de su mastelero, aguantaba todavía, pero era preciso prever el momento en que, soltado de sus obenques, se desplomaría sobre la cubierta. A proa, los jirones del foque pequeño batían con detonaciones comparables a las de un arma de fuego. Como única veladura, no quedaba más que el trinquete, que amenazaba con desgarrarse, pues aquellos muchachos no habían tenido fuerzas para tomar el último rizo y reducir su superficie. Si eso ocurría, la goleta no podría

mantenerse al hilo del viento, las olas la acometerían por el través, volcaría, se iría a pique, y sus pasajeros desaparecerían con ella en el abismo.

Y hasta entonces, ninguna isla había sido avistada en alta mar, ningún continente había aparecido al este. Irse a la costa es una eventualidad terrible, y sin embargo aquellos niños no la habrían temido tanto como las furias de aquel interminable océano. Un litoral, fuera cual fuese, con sus bajos fondos, sus arrecifes, los formidables golpes de marejada que lo asaltan, la resaca que azota incesantemente sus rocas, ese litoral, creían ellos, habría sido la salvación para ellos, habría sido tierra firme, en lugar de aquel océano dispuesto a abrirse bajo sus pies.

Por eso buscaban algún fuego hacia el que pudieran poner proa...

¡Ninguna luz se mostraba en medio de aquella noche cerrada!

De repente, hacia la una de la madrugada, un espantoso desgarró dominó los silbidos de la ráfaga.

— ¡El palo de trinquete se ha roto!... — exclamó Doniphan.

— ¡No! — respondió el grumete —. ¡Es la vela que se ha arrancado de las relíngas!

— Hay que deshacerse de ella — dijo Briant —. Gordon, quédate al timón con Doniphan, y tú, Moko, ¡ven a ayudarme!

Si Moko, en su calidad de grumete, debía de tener algunos conocimientos náuticos, Briant tampoco carecía del todo de ellos. Por haber cruzado ya el Atlántico y el Pacífico cuando vino de Europa a Oceanía, se había familiarizado en cierta medida con las maniobras de una embarcación. Ello explica cómo los demás muchachos, que no entendían nada de eso, habían tenido que encomendarle a él y a Moko el cuidado de dirigir la goleta.

En un instante, Briant y el grumete se habían lanzado valerosamente hacia la proa del yate. Para evitar quedar atravesado, era preciso deshacerse a toda costa del trinquete, que formaba bolsa en su parte inferior y hacía escorar la goleta hasta el punto de que corría el riesgo de tumbarse sin remedio. De ocurrir eso, ya no podría enderezarse, a menos que se cortara el palo de trinquete por la base, después de romper sus obenques metálicos; ¿y cómo habrían podido con ello unos niños?

En aquellas circunstancias, Briant y Moko demostraron una habilidad notable. Firmemente decididos a conservar la mayor cantidad de lona posible para mantener al Sloughi con viento en popa mientras durase la borrasca, lograron largar la driza de la verga, que descendió a poco más de un metro sobre la cubierta. Los jirones del trinquete, desprendidos a golpes de cuchillo, fueron sus puños inferiores —sujetos con dos eslingas— amarrados a los cabillotes de las batayolas, no sin que los dos intrépidos muchachos estuvieran en veinte ocasiones a punto de ser arrastrados por las olas.

Con aquella veladura extremadamente reducida, la goleta pudo mantener el rumbo que llevaba desde hacía tanto tiempo. Con sólo el casco ya ofrecía bastante presa al viento para correr con la rapidez de un torpedero. Lo que importaba sobre todo era que pudiera sustraerse a las olas huyendo más aprisa que ellas, a fin de no recibir algún traicionero golpe de mar por encima del coronamiento.

Hecho esto, Briant y Moko regresaron junto a Gordon y Doniphan para ayudarles a gobernar.

En ese momento, la puerta de la escotilla se abrió por segunda vez. Un niño asomó la cabeza al exterior. Era Jacques, el hermano de Briant, tres años menor que él.

—¿Qué quieres, Jacques? —le preguntó su hermano.

—¡Ven!... ¡ven!... —respondió Jacques—. ¡Hay agua hasta en el salón!

—¿Es posible? —exclamó Briant.

Y, precipitándose hacia la escotilla, bajó a toda prisa.

El salón estaba débilmente iluminado por un farol que el balanceo agitaba con violencia. A su luz podía verse una decena de niños tendidos en los divanes o en las literas del Sloughi. Los más pequeños —los había de ocho y nueve años—, apretados unos contra otros, eran presa del espanto.

—¡No hay peligro! —les dijo Briant, que quiso tranquilizarlos ante todo—. ¡Aquí estamos!... ¡No tengáis miedo!

Luego, paseando un farol encendido por el suelo del salón, pudo comprobar que cierta cantidad de agua corría de un costado al otro del yate.

¿De dónde venía esa agua? ¿Había penetrado por alguna grieta del forro? Era lo que había que averiguar.

A proa del salón se encontraban el camarote principal, luego el comedor y el pañol de la tripulación.

Briant recorrió los distintos compartimentos, y observó que el agua no penetraba ni por encima ni por debajo de la línea de flotación. Esa agua, empujada hacia popa por el asiento del yate, no provenía sino de los golpes de mar embarcados por la proa, de los cuales la escotilla del pañol había dejado filtrarse cierta cantidad al interior. Por tanto, ningún peligro por esa causa.

Briant tranquilizó a sus camaradas al volver a cruzar el salón y, algo menos inquieto, regresó a su puesto en el timón. La goleta, de construcción muy sólida, recién carenada con un buen forro de cobre, no hacía agua y debía estar en condiciones de resistir los golpes de mar.

Era la una de la madrugada. En ese momento de la noche, vuelta más oscura todavía por el espesor de las nubes, la borrasca se desencadenaba furiosa. El yate navegaba como si estuviera sumergido del todo en un medio líquido. Agudos gritos de petreles desgarraban el aire. ¿Podía concluirse de su aparición que la tierra estuviera cerca? No, pues se los encuentra a menudo a varios centenares de leguas de las costas. Además, impotentes para luchar contra la corriente aérea, aquellas aves de las tormentas la seguían igual que la goleta, cuya velocidad ninguna fuerza humana habría podido frenar.

Una hora más tarde, un segundo desgarró se dejó oír a bordo. Lo que quedaba del trinquete acababa de ser hecho trizas, y los jirones de lona se dispersaron por el espacio, semejantes a enormes gaviotas.

—¡Ya no tenemos vela —exclamó Doniphan—, y es imposible izar otra!

—¡Qué importa! —respondió Briant—. Ten por seguro que no iremos más despacio por eso.

—¡Buena respuesta! —replicó Doniphan—. Si así es como maniobras...

—¡Cuidado con las olas por la popa! —dijo Moko—. Hay que amarrarnos bien, o nos llevará...

El grumete no había acabado su frase cuando varias toneladas de agua embarcaron por encima del coronamiento. Briant, Doniphan y Gordon fueron lanzados contra la escotilla, a la que lograron aferrarse. Pero el grumete había desaparecido con aquella masa que barrió el Sloughi de popa a proa, arrastrando parte de los pertrechos de cubierta, los dos botes y el esquiife, aunque hubieran sido metidos adentro, además de algunos palos de repuesto, así como la bitácora de la brújula. Sin embargo, al ser reventadas las batayolas por el golpe, el agua pudo escurrirse rápidamente, lo cual salvó al yate del peligro de hundirse bajo aquella enorme sobrecarga.

—¡Moko!... ¡Moko! —había gritado Briant en cuanto pudo hablar.

—¿Lo habrá lanzado al mar? —respondió Doniphan.

—¡No!... ¡No se le ve... no se le oye! —dijo Gordon, que acababa de asomarse por encima de la borda.

—Hay que salvarlo... ¡lanzarle un salvavidas... cuerdas! —respondió Briant.

Y, con una voz que resonó con fuerza durante unos segundos de calma, volvió a gritar:

—¿Moko?... ¿Moko?...

—¡Socorro!... ¡Socorro!... —respondió el grumete.

—No está en el mar —dijo Gordon—. Su voz viene de la proa de la goleta...

—¡Lo salvaré! —exclamó Briant.

Y helo ahí reptando por la cubierta, esquivando lo mejor que podía el golpe de los motones que oscilaban al extremo de las maniobras medio largadas, protegiéndose de las caídas que el balanceo hacía casi inevitables en aquella cubierta resbaladiza.

La voz del grumete cruzó una vez más el espacio. Luego, todo enmudeció.

Sin embargo, a fuerza de grandes esfuerzos, Briant había logrado alcanzar la escotilla del pañol.

Llamó...

Ninguna respuesta.

¿Acaso Moko había sido arrastrado por un nuevo golpe de mar desde que lanzó su último grito? En tal caso, el desgraciado muchacho debía de estar lejos ahora, muy lejos a barlovento, pues el oleaje no habría podido transportarlo a la misma velocidad que la goleta. Y entonces, estaba perdido...

¡No! Un grito más débil llegó hasta Briant, que se precipitó hacia el molinete en cuyo montante se encajaba el pie del bauprés. Allí, sus manos encontraron un cuerpo que se debatía...

Era el grumete, encajado en el ángulo que formaban las batayolas al unirse en la proa. Una driza, que sus propios esfuerzos tensaban cada vez más, le apretaba la garganta. Después de haber sido retenido por aquella driza en el momento en que la enorme ola iba a arrastrarle, ¿debía perecer ahora por estrangulación?...

Briant abrió su navaja y, no sin dificultad, logró cortar el cabo que retenía al grumete.

Moko fue entonces conducido hacia popa, y en cuanto recobró fuerzas para hablar:

—Gracias, señor Briant, ¡gracias! —dijo.

Recuperó su puesto en el timón, y los cuatro se amarraron para resistir las enormes olas que se alzaban a barlovento del Sloughi.

Contrariamente a lo que había creído Briant, la velocidad del yate había disminuido algo desde que no quedaba nada del trinquete, lo que constituía un nuevo peligro. En efecto, las olas, al correr más rápido que él, podían asaltarlo por la popa y anegarlo. ¿Pero qué hacer? Habría sido imposible aparejar el menor trozo de lona.

En el hemisferio austral, el mes de marzo corresponde al mes de septiembre del hemisferio boreal, y las noches ya no duran sino un tiempo medio. Ahora bien, como eran aproximadamente las cuatro de la madrugada, el horizonte no debía tardar en blanquear al este, es decir, sobre esa parte del océano hacia la cual la tempestad arrastraba al Sloughi. ¿Quizás, con el día naciente, la ráfaga perdería algo de su violencia? ¿Quizás también aparecería alguna tierra a la vista, y la suerte de aquella tripulación de niños se

decidiría en cuestión de minutos? Ya se vería, cuando el alba tiñera los lejanos del cielo.

Hacia las cuatro y media, algunas luces difusas se deslizaron hasta el cénit. Por desgracia, las brumas limitaban todavía el radio de visibilidad a menos de medio kilómetro. Se sentía que las nubes pasaban con una velocidad espantosa. El huracán no había perdido nada de su fuerza, y en alta mar el agua desaparecía bajo la espuma de una marejada rompiente. La goleta, a veces alzada sobre la cresta de una ola y otras precipitada al fondo de un abismo, habría volcado veinte veces de haber sido cogida de través.

Los cuatro muchachos contemplaban aquel caos de olas desmelenadas. Sentían bien que, si la calma tardaba en llegar, su situación sería desesperada. El Sloughi no resistiría veinticuatro horas más los golpes de mar que acabarían por reventar las escotillas.

Fue entonces cuando Moko gritó:

—¡Tierra!... ¡Tierra!

A través de un desgarrón en las brumas, el grumete creía haber divisado los contornos de una costa hacia el este. ¿Se equivocaba? Nada más difícil de reconocer que esos vagos perfiles que tan fácilmente se confunden con volutas de nubes.

—¿Una tierra?... —había respondido Briant.

—Sí... —retomó Moko— ... una tierra... ¡al este!

Y señalaba un punto del horizonte que ocultaba ahora la masa de vapores.

—¿Estás seguro?... —preguntó Doniphan.

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Segurísimo!... —respondió el grumete—. Si la niebla vuelve a abrirse, mirad bien... allá... un poco a la derecha del palo de trinquete... ¡Mirad... mirad!...

Las brumas, que acababan de entreabrirse, empezaban a despejarse del mar para ascender hacia zonas más altas. Unos instantes después, el océano reapareció en un espacio de varios kilómetros por delante del yate.

—¡Sí!... ¡Tierra!... ¡Es tierra de verdad!... —exclamó Briant.

—¡Y una tierra muy baja! —añadió Gordon, que acababa de observar con mayor atención el litoral avistado.

Esta vez no había lugar a dudas. Una tierra, continente o isla, se perfilaba a ocho o diez kilómetros, en un amplio segmento del horizonte. Con el rumbo que seguía y del que la borrasca no le permitía apartarse, el Sloughi no podía menos que ser lanzado contra ella en menos de una hora. Que se hiciera añicos, sobre todo si los arrecifes lo detenían antes de alcanzar tierra firme, era de temer. Pero aquellos muchachos ni siquiera pensaban en eso. En aquella tierra que se ofrecía inesperadamente a sus miradas, sólo veían, sólo podían ver, la salvación.

En ese momento, el viento volvió a soplar con mayor furia. El Sloughi, arrastrado como una pluma, se precipitó hacia la costa, que se recortaba con la nitidez de un trazo de tinta sobre el fondo blanquecino del cielo. Al fondo se alzaba un acantilado cuya altura no debía superar los cincuenta metros. Por delante se extendía una playa amarillenta, enmarcada hacia la derecha por masas redondeadas que parecían pertenecer a un bosque del interior.

¡Ah! Si el Sloughi podía alcanzar aquella playa arenosa sin encontrar un banco de arrecifes, si la desembocadura de un río le ofrecía refugio, ¡quizás sus jóvenes pasajeros saldrían de allí sanos y salvos!

Mientras Doniphan, Gordon y Moko permanecían al timón, Briant se había desplazado a proa y miraba la tierra que se aproximaba a ojos vistas, tal era la velocidad. Pero en vano buscaba algún lugar donde el yate pudiera varar en condiciones más favorables. No se veía ni una desembocadura de río o arroyo, ni siquiera una franja de arena sobre la cual fuera posible encallar de una sola vez. En efecto, ante la playa se extendía una hilera de arrecifes cuyas cabezas negras emergían de las ondulaciones del oleaje y que batía sin descanso una monstruosa resaca. Allí, al primer choque, el Sloughi quedaría hecho pedazos.

Briant pensó entonces que más valía tener a todos sus camaradas en cubierta en el momento en que se produjera el encallamiento, y, abriendo la puerta de la escotilla:

—¡Arriba, todo el mundo! —gritó.

Al instante, el perro saltó afuera, seguido de una decena de niños que se arrastraron hacia la popa del yate. Los más pequeños, a la vista de las olas

que el bajo fondo hacía más temibles, lanzaron gritos de espanto...

Poco antes de las seis de la mañana, el Sloughi había llegado al borde de los arrecifes.

—¡Agarraos bien!... ¡Agarraos bien! —gritó Briant.

Y, medio despojado de sus ropas, se mantuvo listo para socorrer a quienes la resaca arrastrase, pues con toda certeza el yate iba a ser rodado sobre los arrecifes.

De pronto, se sintió una primera sacudida. El Sloughi acababa de tocar fondo por la popa; pero, aunque todo su casco había quedado sacudido, el agua no penetró a través del forro.

Levantado por una segunda ola, fue arrastrado unos quince metros hacia adelante, sin haber rozado siquiera las rocas, cuyas puntas afloraban en mil lugares. Luego, escorado a babor, quedó inmóvil en medio del hervidero de la resaca.

Si ya no estaba en alta mar, todavía se encontraba a unos cuatrocientos metros de la playa.

CAPÍTULO 2

En aquel momento, el espacio, libre ya de la cortina de brumas, permitía abarcar con la vista un vasto radio en torno a la goleta. Las nubes seguían arrastradas a toda velocidad; el vendaval no había perdido aún nada de su furia. Quizá, sin embargo, estaba descargando sus últimos golpes sobre aquellos ignotos parajes del océano Pacífico.

Cabía esperarlo, pues la situación no ofrecía menos peligros que durante la noche, cuando el Sloughi se debatía contra los embates del mar abierto. Reunidos unos junto a otros, aquellos niños debían de creerse perdidos cada vez que alguna ola rompía por encima de las bordas y los cubría de espuma. Los golpes eran tanto más violentos cuanto que la goleta no podía esquivarlos. Sin embargo, aunque estremecía hasta en sus cuadernas con cada impacto, no parecía que su costado se hubiera abierto, ni al talonar en el talud de los arrecifes, ni en el momento en que había quedado prácticamente encajada entre las cabezas de roca. Briant y Gordon, después de bajar a los camarotes, habían comprobado que el agua no penetraba en el interior de la bodega.

Así pues, tranquilizaron a sus compañeros lo mejor que pudieron, en especial a los pequeños.

— ¡No tengáis miedo! —repetía Briant sin cesar—. ¡El yate es sólido!... ¡La costa no está lejos!... ¡Esperemos y buscaremos la manera de llegar a la playa!

— ¿Y por qué esperar? —preguntó Doniphan.

— Sí... ¿por qué? —añadió otro chico de unos doce años llamado Wilcox—. Doniphan tiene razón... ¿Por qué esperar?

—¡Porque el mar está todavía demasiado bravo y nos estrellaría contra las rocas! —respondió Briant.

—¿Y si el yate se destroza? —exclamó un tercer muchacho llamado Webb, de más o menos la misma edad que Wilcox.

—No creo que haya que temer eso —replicó Briant—, al menos mientras baje la marea. Cuando haya retrocedido todo lo que el viento permita, nos ocuparemos del salvamento.

Briant tenía razón. Aunque las mareas son relativamente poco importantes en el océano Pacífico, pueden producir una diferencia de nivel bastante notable entre las pleamares y las bajamares. Convenía, pues, esperar unas horas, sobre todo si el viento amainaba. Quizá la bajamar dejara en seco parte del banco de arrecifes. Sería entonces menos peligroso abandonar la goleta y más fácil recorrer el cuarto de milla que los separaba de la orilla.

Sin embargo, por muy razonable que fuera ese consejo, Doniphan y dos o tres más no parecieron dispuestos a seguirlo. Se agruparon a proa y hablaron en voz baja. Lo que resultaba ya claramente evidente era que Doniphan, Wilcox, Webb y un muchacho llamado Cross no parecían tener intención de entenderse con Briant. Durante la larga travesía del Sloughi, si habían consentido en obedecerle, era porque Briant, como ya se ha dicho, tenía cierta experiencia en la navegación. Pero siempre habían tenido en mente que, en cuanto estuvieran en tierra, recobrarían su libertad de acción; sobre todo Doniphan, quien, en cuanto a instrucción e inteligencia, se creía superior a Briant y a todos los demás compañeros. Por lo demás, esa rivalidad de Doniphan hacia Briant venía de antiguo, y por el mero hecho de que este era francés, unos jóvenes ingleses difícilmente iban a estar dispuestos a soportar su ascendiente.

Era, pues, de temer que semejantes disposiciones agravaran aún más una situación ya de por sí tan inquietante.

Con todo, Doniphan, Wilcox, Cross y Webb contemplaban aquella extensión de espuma surcada de remolinos y corrientes que parecía muy peligrosa de atravesar. El nadador más diestro no habría resistido el batir de la resaca en la marea menguante que el viento contraría. El consejo de esperar unas horas no estaba, pues, sino demasiado justificado. Doniphan y sus

compañeros tuvieron que rendirse a la evidencia y, al final, regresaron a popa donde se encontraban los más pequeños.

Briant decía entonces a Gordon y a algunos de los que le rodeaban:

—¡A ningún precio nos separemos!... ¡Permanezcamos juntos o estamos perdidos!...

—¡No pretenderás darnos órdenes! —exclamó Doniphan, que acababa de escucharle.

—No pretendo nada —respondió Briant—, salvo que hay que actuar de común acuerdo para la salvación de todos.

—¡Briant tiene razón! —añadió Gordon, un muchacho frío y serio que nunca hablaba sin haber reflexionado bien.

—¡Sí!... ¡Sí!... —exclamaron dos o tres de los pequeños, a quienes un instinto secreto empujaba a acercarse a Briant.

Doniphan no replicó; pero sus compañeros y él persistieron en mantenerse aparte, a la espera del momento de proceder al salvamento.

Y ahora bien, ¿qué era aquella tierra? ¿Pertenece a alguna de las islas del océano Pacífico o a algún continente? Esta pregunta no podía resolverse, dado que el Sloughi se encontraba demasiado cerca del litoral para poder observarlo en un perímetro suficiente. Su concavidad formaba una amplia bahía cerrada por dos promontorios: uno bastante elevado y cortado a pico hacia el norte, el otro afilado en punta hacia el sur. Pero más allá de esos dos cabos, ¿se curvaba el mar de modo que bañara los contornos de una isla? Eso fue lo que Briant intentó reconocer en vano con uno de los catalejos de a bordo.

En efecto, en el caso de que aquella tierra fuera una isla, ¿cómo lograrían abandonarla si era imposible poner a flote la goleta, que la marea creciente no tardaría en destrozar arrastrándola sobre los arrecifes? Y si esa isla estaba desierta —las hay en los mares del Pacífico—, ¿cómo aquellos niños, reducidos a sus propios medios y contando solo con lo que hubieran podido rescatar de las provisiones del yate, harían frente a las necesidades de la existencia?

En un continente, en cambio, las posibilidades de salvación habrían aumentado considerablemente, dado que ese continente no podría ser otro que

el de América del Sur. Allí, a través de los territorios de Chile o Bolivia, encontrarían auxilio, si no de inmediato, al menos unos días después de pisar tierra. Ciertamente que en ese litoral próximo a las Pampas cabían muchos encuentros peligrosos. Pero de momento solo se trataba de alcanzar tierra firme.

El tiempo estaba suficientemente despejado para dejar ver todos los detalles. Se distinguía nítidamente el primer plano de la playa, el acantilado que la enmarcaba por detrás, así como las masas de árboles agrupados a su base. Briant señaló incluso la desembocadura de un río a la derecha de la orilla.

En suma, si el aspecto de aquella costa no tenía nada de especialmente atractivo, el telón de verdor indicaba cierta fertilidad, comparable a la de las zonas de latitud media. Sin duda, más allá del acantilado, al abrigo de los vientos del mar abierto, la vegetación, encontrando un suelo más favorable, debía desarrollarse con algún vigor.

En cuanto a si estaba habitada, no parecía que lo estuviera aquella parte de la costa. No se veía ni casa ni choza, ni siquiera junto a la desembocadura del río. Quizá los indígenas, si los había, residían preferentemente en el interior del país, donde estaban menos expuestos a los violentos embates de los vientos del oeste.

— ¡No distingo el menor rastro de humo! —dijo Briant, bajando el catalejo.

— ¡Y no hay ni una sola embarcación en la playa! —observó Moko.

— ¿Cómo la habría, si no hay puerto? —replicó Doniphan.

— No es necesario que haya un puerto —respondió Gordon—. Unas barcas de pesca pueden encontrar refugio en la entrada de un río, y bien podría ser que la tempestad las hubiera obligado a retroceder hacia el interior.

La observación de Gordon era acertada. En cualquier caso, por una razón o por otra, no se descubrió ninguna embarcación, y en realidad aquella parte del litoral parecía estar absolutamente despoblada. ¿Sería habitable en caso de que los jóvenes náufragos tuvieran que quedarse en ella algunas semanas? Era lo que debían considerar antes que nada.

Entretanto, la marea iba retrocediendo poco a poco; muy lentamente, cierto es, pues el viento de alta mar le oponía resistencia, aunque parecía amainar girando hacia el noroeste. Importaba, pues, estar listos para el momento en que el banco de arrecifes ofreciera un paso practicable.

Eran cerca de las siete. Cada cual se afanó en subir a cubierta los objetos de primera necesidad, sin perjuicio de recoger los demás cuando el mar los arrojara a la costa. Pequeños y grandes pusieron manos a la obra. A bordo había un aprovisionamiento bastante considerable de conservas, galletas y carnes en salazón o ahumadas. Se hicieron fardos con ellas, destinados a repartirse entre los mayores, a quienes correspondería la tarea de transportarlos a tierra.

Pero, para que ese transporte pudiera llevarse a cabo, era necesario que el banco de arrecifes quedara en seco. ¿Ocurriría así con la bajamar, y sería suficiente el reflujo para dejar las rocas despejadas hasta la orilla?

Briant y Gordon se aplicaron a observar el mar con atención. Con el cambio en la dirección del viento, la calma comenzaba a notarse y los borbotones del oleaje empezaban a apaciguarse. Así pues, resultaba ya fácil apreciar el descenso de las aguas a lo largo de las puntas emergentes. Por lo demás, la goleta acusaba los efectos de ese descenso escorándose cada vez más a babor. Era incluso de temer, si la escora seguía aumentando, que se tumbara sobre el costado, pues era muy fina de formas, con varengas elevadas y gran altura de quilla, como los yates de alta marcha. En ese caso, si el agua invadía su cubierta antes de que pudieran abandonarla, la situación sería extremadamente grave.

¡Cuánto era de lamentar que los botes hubieran sido arrastrados durante la tempestad! Con esas embarcaciones, capaces de contenerlos a todos, Briant y sus compañeros habrían podido intentar ya alcanzar la costa. Y además, ¡qué facilidad para establecer comunicación entre el litoral y la goleta, para transportar tantos objetos útiles que de momento habría que dejar a bordo! Y si la noche siguiente el Sloughi se hacía pedazos, ¿qué valdrían sus restos una vez que la resaca los hubiera rodado entre los arrecifes? ¿Podría aprovecharse todavía? ¿Las provisiones que quedaran no estarían completamente inutilizadas? ¿No quedarían pronto los jóvenes náufragos reducidos únicamente a los recursos de aquella tierra?

¡Era una circunstancia muy desgraciada el no disponer ya de ninguna embarcación para realizar el salvamento!

De repente, estallaron gritos a proa. Baxter acababa de hacer un descubrimiento que no carecía de importancia.

El bote de la goleta, que se creía perdido, se encontraba trabado entre los arraigales del bauprés. Ese bote, ciertamente, no podía llevar sino a cinco o seis personas; pero, como estaba intacto —lo que se comprobó una vez que se lo hubo subido a cubierta—, no sería imposible utilizarlo en caso de que el mar no permitiera atravesar los rompientes a pie enjuto. Convenía, por tanto, esperar a que la marea estuviera en su punto más bajo; sin embargo, de ello se siguió una viva discusión en la que Briant y Doniphan volvieron a enfrentarse.

En efecto, Doniphan, Wilcox, Webb y Cross, tras apoderarse del bote, se disponían a echarlo por la borda cuando Briant se acercó a ellos.

—¿Qué pretendéis hacer? —preguntó.

—¡Lo que nos parezca! —respondió Wilcox.

—¿Embarcaros en ese bote?

—Sí —replicó Doniphan—, ¡y no serás tú quien nos lo impida!

—Seré yo —respondió Briant—, yo y todos aquellos a quienes queréis abandonar.

—¿Abandonar? ¿Dónde ves eso? —respondió Doniphan con altivez—. No quiero abandonar a nadie, ¿me oyes?... Una vez en la playa, uno de nosotros traerá el bote de vuelta...

—¿Y si no puede volver? —exclamó Briant, que se contenía a duras penas—. ¿Y si se hace pedazos contra esas rocas?...

—¡Embarcaos!... ¡Embarcaos! —respondió Webb, que acababa de apartar a Briant de un empujón.

Luego, ayudado por Wilcox y Cross, levantó la embarcación para echarla al mar.

Briant la agarró por uno de sus extremos.

—¡No os embarcaréis! —dijo.

—¡Eso está por ver! —respondió Doniphan.

—¡No os embarcaréis! —repitió Briant, decidido a resistir en nombre del interés común—. El bote debe reservarse ante todo para los más pequeños, si queda demasiada agua con la bajamar para poder llegar a la orilla...

—¡Déjanos en paz! —exclamó Doniphan, arrastrado por la cólera—. Te lo repito, Briant, ¡no serás tú quien nos impida hacer lo que queramos!

—¡Y yo te repito —exclamó Briant— que seré yo, Doniphan!

En esa disputa, Wilcox, Webb y Cross iban naturalmente a tomar partido por Doniphan, mientras que Baxter, Service y Garnett se pondrían del lado de Briant. De ello podían derivarse consecuencias lamentables cuando Gordon intervino.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo—. Un poco de paciencia, Doniphan. ¿Ves bien que el mar está todavía demasiado bravo y que arriesgamos perder el bote?

—¡Lo que no quiero —exclamó Doniphan— es que Briant nos dé órdenes, como tiene por costumbre desde hace algún tiempo!

—¡No!... ¡No!... —replicaron Cross y Webb.

—No pretendo dar órdenes a nadie —respondió Briant—; pero tampoco dejaré que nadie las dé, cuando se trate del interés de todos.

—¡Nos preocupa tanto como a ti! —replicó Doniphan—. Y ahora que estamos en tierra...

—Todavía no, por desgracia —respondió Gordon—. Doniphan, no te empeñes, y esperemos un momento favorable para utilizar el bote.

Muy oportunamente, Gordon había ejercido de moderador entre Doniphan y Briant —lo que le había ocurrido más de una vez ya—, y sus compañeros cedieron a su razonamiento.

La marea había bajado entonces unos sesenta centímetros. ¿Existía un canal entre los rompientes? Eso hubiera sido muy conveniente comprobar.

Briant, pensando que podría hacerse una idea más exacta de la posición de las rocas observándolas desde el palo de trinquete, se dirigió hacia la

proa del yate, cogió los obenques de estribor y, a fuerza de muñecas, se izó hasta las crucetas.

A través del banco de arrecifes se dibujaba un paso cuya dirección quedaba señalada por las puntas que emergían a uno y otro lado, y que habría que seguir si se intentaba alcanzar la playa embarcándose en el bote. Pero a esa hora había todavía demasiados remolinos y corrientes en la superficie de los rompientes para poder servirse de él con éxito. Inevitablemente, habría ido a estrellarse contra alguna punta en un instante. Por lo demás, más valía esperar, por si el repliegue del mar dejaba un paso practicable.

Desde lo alto de las crucetas donde se había encaramado a horcajadas, Briant se dispuso a tomar un conocimiento más exacto del litoral. Paseó el catalejo a lo largo de la playa y hasta el pie del acantilado. La costa parecía estar absolutamente inhabitada entre los dos promontorios que distaban entre sí ocho o nueve millas.

Después de permanecer media hora en observación, Briant bajó y fue a dar parte a sus compañeros de lo que había visto. Si Doniphan, Wilcox, Webb y Cross fingieron escucharle sin decir nada, no fue así con Gordon, quien le preguntó:

—Cuando el Sloughi embarrancó, Briant, ¿no eran más o menos las seis de la mañana?

—Sí —respondió Briant.

—¿Y cuánto tiempo tarda en haber bajamar?

—Cinco horas, creo. ¿No es así, Moko?

—Sí... de cinco a seis horas —respondió el grumete.

—Sería entonces hacia las once —prosiguió Gordon—, el momento más favorable para intentar alcanzar la costa.

—Así lo he calculado —replicó Briant.

—Pues bien —prosiguió Gordon—, estemos preparados para ese momento y tomemos algo de alimento. Si nos vemos obligados a meternos en el agua, al menos lo haremos unas horas después de haber comido.

Buen consejo que de modo natural debía venir de aquel muchacho tan sensato. Se procedió, pues, al primer desayuno, compuesto de conservas y

galletas. Briant tuvo especial cuidado de vigilar a los pequeños. Jenkins, Iverson, Dole y Costar, con esa despreocupación natural a su edad, empezaban a tranquilizarse, y quizá habrían comido sin ningún freno, pues no habían tomado prácticamente nada desde hacía veinticuatro horas. Pero todo salió bien, y unas gotas de aguardiente rebajadas con un poco de agua les proporcionaron una bebida reconfortante.

Hecho esto, Briant volvió hacia la proa de la goleta y allí, apoyado en la borda, reanudó la observación de los arrecifes.

¡Con qué lentitud se producía el descenso del mar! Era manifiesto, sin embargo, que su nivel bajaba, pues la inclinación del yate se acentuaba. Moko, habiendo echado la sonda, comprobó que quedaban todavía al menos dos metros y medio de agua sobre el banco. Ahora bien, ¿cabía esperar que la bajamar descendiera lo suficiente para dejarlo en seco? Moko no lo creía así y consideró oportuno decírselo a Briant en secreto, para no asustar a nadie.

Briant fue entonces a comentarlo con Gordon. Ambos comprendían bien que el viento, aunque había girado un poco hacia el norte, impedía que el mar bajara tanto como habría hecho con tiempo en calma.

—¿Qué partido tomar? —dijo Gordon.

—No sé... ¡no sé! —respondió Briant—. ¡Y qué desgracia no saber..., no ser más que unos niños cuando haría falta ser hombres!

—¡La necesidad nos instruirá! —replicó Gordon—. No desesperemos, Briant, ¡y actuemos con prudencia!...

—Sí, actuemos, Gordon. Si no hemos abandonado el Sloughi antes de que suba la marea, si hay que pasar otra noche a bordo, estamos perdidos...

—Eso es más que evidente, pues el yate quedará hecho añicos. Así que habremos de haberlo abandonado a toda costa...

—Sí, a toda costa, Gordon.

—¿No sería conveniente construir una especie de balsa, un vaivén?...

—Ya lo había pensado —respondió Briant—. Por desgracia, casi todos los palos han sido arrancados durante la tempestad. En cuanto a deshacer las bordas para intentar hacer una balsa con sus restos, ¡ya no tenemos tiem-

po! Queda el bote, del que no podemos servirnos porque el mar está demasiado bravo. ¡No! Lo que podríamos intentar sería tender un cabo a través del banco de arrecifes y amarrarlo por su extremo a la punta de una roca. Quizá entonces lograríamos halarnos hacia la orilla...

—¿Quién llevará ese cabo?

—Yo —respondió Briant.

—¡Y yo te ayudaré! —dijo Gordon.

—No, ¡yo solo! —replicó Briant.

—¿Utilizas el bote?

—Eso sería arriesgarse a perderlo, Gordon, y más vale conservarlo como último recurso.

Sin embargo, antes de llevar a cabo ese arriesgado proyecto, Briant quiso tomar una precaución útil para afrontar cualquier eventualidad.

Había a bordo varios cinturones salvavidas, con los que obligó sin demora a equiparse a los pequeños. En caso de que tuvieran que abandonar el yate cuando el agua estuviera todavía demasiado profunda para hacer pie, esos aparatos los mantendría a flote, y los mayores intentarían entonces empujarlos hacia la orilla halándose ellos mismos por el cabo.

Eran las diez y cuarto. Antes de tres cuartos de hora, la marea habría alcanzado su punto más bajo. En la roda del Sloughi ya no había más que metro y cuarto o metro y medio de agua; pero no parecía que el mar fuera a perder más allá de unos centímetros. A unos cincuenta y cinco metros de distancia, sin embargo, el fondo subía de manera sensible —lo que podía apreciarse por el color negruzco del agua y por las numerosas puntas que emergían a lo largo de la orilla—. La dificultad estaría en franquear las profundidades que el mar acusaba en la proa del yate. No obstante, si Briant lograba tender un cabo en esa dirección y fijarlo sólidamente a una de las rocas, ese cabo, una vez tensado desde a bordo con el molinete, permitiría llegar a algún lugar donde se pudiera hacer pie. Además, haciendo deslizar por ese cabo los fardos con las provisiones y los utensilios indispensables, llegarían a tierra sin daños.

Por muy peligrosa que fuera su tentativa, Briant no habría querido ceder a nadie el lugar, y tomó sus disposiciones en consecuencia.

Había a bordo varios de esos cabos, de unos treinta metros de longitud, que se emplean como espías o remolques. Briant eligió uno de grosor mediano que le pareció apropiado y ató su extremo a la cintura, tras haberse desvestido.

— ¡Vamos, los demás! — gritó Gordon —. ¡Estad atentos para ir largando el cabo!... ¡Venid a proa!

Doniphan, Wilcox, Cross y Webb no podían negarse a prestar su concurso en una operación cuya importancia comprendían. Así pues, cualesquiera que fueran sus disposiciones, se prepararon para ir desenrollando la aduja del cabo que habría que ir largando poco a poco, a fin de no agotar las fuerzas de Briant.

En el momento en que este iba a echarse al agua, su hermano se acercó y exclamó:

— ¡Hermano!... ¡Hermano!...

— No tengas miedo, Jacques, ¡no tengas miedo por mí! — respondió Briant.

Un instante después, se le veía en la superficie del agua nadando con vigor mientras el cabo se iba desenrollando detrás de él.

Ahora bien, incluso con mar en calma esa maniobra habría sido difícil, pues la resaca golpeaba violentamente a lo largo de la extensa siembra de rocas. Corrientes y contracorrientes impedían al audaz muchacho mantenerse en línea recta, y cuando le atrapaban le costaba un trabajo enorme salir de ellas.

Sin embargo, Briant avanzaba poco a poco hacia la playa mientras sus compañeros le iban largando cabo a medida. Pero era visible que sus fuerzas comenzaban a agotarse, aunque todavía se encontrara solo a unos quince metros de la goleta. Ante él se abría una especie de remolino producido por el encuentro de dos olas contrarias. Si conseguía rodearlo, quizá alcanzaría su objetivo, pues el mar estaba más tranquilo más allá. Intentó, pues, lanzarse hacia la izquierda con un violento esfuerzo. Pero su tentativa resultó infructuosa. Un nadador vigoroso en la plenitud de la edad no lo habría conseguido. Atrapado por el abrazo de las aguas, Briant fue irresistiblemente atraído hacia el centro del remolino.

—¡Socorro!... ¡Halad!... ¡Halad!... —tuvo la fuerza de gritar antes de desaparecer.

A bordo del yate, el espanto llegó al colmo.

—¡Halad!... —ordenó Gordon con frialdad.

Y sus compañeros se apresuraron a cobrar el cabo para traer a Briant a bordo, antes de que una inmersión demasiado prolongada lo asfixiara.

En menos de un minuto, Briant fue izado de nuevo sobre cubierta —sin conocimiento, ciertamente; pero volvió en sí rápidamente entre los brazos de su hermano.

La tentativa de tender un cabo sobre la superficie del banco de arrecifes había fracasado. Nadie habría podido reemprenderla con alguna esperanza de éxito. Aquellos desdichados niños no tenían más remedio que esperar... ¿Esperar qué?... ¿Un socorro?... ¿Y de qué lado, y quién podría habérselo enviado?

Eran más de las doce. La marea comenzaba ya a hacerse sentir y la resaca aumentaba. Y además, como era luna nueva, el flujo iba a ser más fuerte que el día anterior. Así pues, con tal de que el viento volviera a soplar desde alta mar, la goleta correría el riesgo de ser levantada de su lecho de rocas... ¡Volvería a golpear el fondo, quedaría tumbada sobre el arrecife!... ¡Nadie sobreviviría a ese desenlace del naufragio! ¡Y no había nada que hacer, nada!

Todos, a popa, los pequeños rodeados por los mayores, contemplaban el mar que se hinchaba a medida que las cabezas de roca desaparecían una tras otra. Por desgracia, el viento había vuelto al oeste y, como la noche anterior, golpeaba de lleno contra tierra. Con el agua más profunda, las olas, más altas, cubrían el Sloughi de sus rociones y no tardarían en romper contra él. Solo Dios podía socorrer a los jóvenes náufragos. Sus oraciones se mezclaron con sus gritos de espanto.

Poco antes de las dos, la goleta, que la marea había enderezado, ya no daba más la banda a babor; pero, a causa del cabeceo, la proa golpeaba contra el fondo mientras que a popa su codaste permanecía todavía fijo en el lecho de rocas. Pronto los golpes de talón se sucedieron sin tregua, y el Sloughi roló de un costado al otro. Los niños tuvieron que agarrarse unos a otros para no ser lanzados por la borda.

En ese momento, una montaña espumante venida de alta mar se alzó a dos cables del yate. Parecía la enorme ola de un macareo o de un golpe de mar, cuya altura superaba los seis metros. Llegó con la furia de un torrente, cubrió por entero el banco de arrecifes, levantó el Sloughi y lo arrastró por encima de las rocas sin que su casco quedara siquiera rozado.

En menos de un minuto, en medio de los borbotones de aquella masa de agua, el Sloughi, llevado hasta el centro de la playa, fue a chocar contra un montículo de arena, a unos sesenta metros delante de los primeros árboles agrupados al pie del acantilado. Y allí quedó inmóvil —sobre tierra firme esta vez— mientras el mar, al retirarse, dejaba toda la playa en seco.

CAPÍTULO 3

En aquella época, la pensión Chairman era una de las más estimadas de la ciudad de Auckland, capital de Nueva Zelanda, importante colonia inglesa del Pacífico. Contaba con un centenar de alumnos pertenecientes a las mejores familias del país. Los maoríes, que son los indígenas de este archipiélago, no habrían podido hacer admitir a sus hijos en ella, pues para ellos estaban reservadas otras escuelas. En la pensión Chairman solo había jóvenes ingleses, franceses, americanos y alemanes, hijos de propietarios, rentistas, comerciantes o funcionarios del país. Allí recibían una educación muy completa, idéntica a la que se imparte en los establecimientos similares del Reino Unido.

El archipiélago de Nueva Zelanda se compone de dos islas principales: al norte, Ika-Na-Mawi o Isla del Pez; al sur, Tawai-Ponamou o Tierra del Jade Verde. Separadas por el estrecho de Cook, se extienden entre el paralelo treinta y cuatro y el cuarenta y cinco de latitud sur, posición equivalente a la que ocupa, en el hemisferio boreal, la parte de Europa que comprende Francia y el norte de África.

La isla de Ika-Na-Mawi, muy recortada en su parte meridional, forma una especie de trapecio irregular que se prolonga hacia el noroeste siguiendo una curva terminada por el cabo Van Diemen.

Es aproximadamente en el inicio de esa curva, en un punto donde la península mide solo unas pocas millas de anchura, donde está edificada Auckland. La ciudad está situada, pues, como lo está Corinto en Grecia, lo que le ha valido el nombre de «Corinto del Sur». Posee dos puertos abiertos, uno al oeste y otro al este. Este último, en el golfo Hauraki, tiene poca profundidad, por lo que ha sido necesario proyectar algunos de esos largos

«piers» a la inglesa donde los barcos de mediano tonelaje pueden atracar. Entre ellos destaca el Commercial Pier, al que desemboca Queen's Street, una de las principales calles de la ciudad.

Y era hacia la mitad de esa calle donde se encontraba la pensión Chairman.

Pues bien, el 15 de febrero de 1860, a media tarde, salía de dicho internado un centenar de jóvenes muchachos acompañados de sus padres, con aire alegre y actitud jubilosa: unos pájaros a los que acababan de abrirles la jaula.

Era el comienzo de las vacaciones. Dos meses de independencia, dos meses de libertad. Y para cierto número de aquellos alumnos existía también la perspectiva de un viaje por mar del que se hablaba desde hacía tiempo en la pensión Chairman. Huelga añadir qué envidia despertaba en los demás la buena suerte que iba a permitir a algunos de ellos embarcar en el yate Sloughi, que se disponía a recorrer las costas de Nueva Zelanda en un crucero de circunnavegación.

Aquella elegante goleta, fletada por los padres de los alumnos, había sido habilitada para una campaña de seis semanas. Pertenecía al padre de uno de ellos, el señor William H. Garnett, antiguo capitán de la marina mercante, en quien cabía depositar toda la confianza. Una suscripción repartida entre las diversas familias debía sufragar los gastos del viaje, que se realizaría en las mejores condiciones de seguridad y comodidad. Era aquella una gran alegría para aquellos jóvenes muchachos, y habría resultado difícil emplear mejor unas semanas de vacaciones.

En los internados ingleses, la educación difiere bastante sensiblemente de la que se imparte en los internados franceses. Se deja a los alumnos mayor iniciativa y, por consiguiente, una libertad relativa que influye de manera bastante favorable en su futuro. Dejan de ser niños antes. En una palabra, la educación marcha a la par con la instrucción. De ahí que, en su mayoría, sean educados, atentos, cuidadosos en su aspecto y —lo cual merece ser señalado— poco propensos a valerse del disimulo o la mentira, incluso cuando se trata de sustraerse a algún castigo merecido. Conviene observar asimismo que, en estos establecimientos escolares, los jóvenes están menos sujetos a las normas de la vida en común y a las leyes del silencio que de ellas se derivan. Por lo general, ocupan habitaciones individuales, toman en

ellas ciertas comidas y, cuando se sientan a la mesa del refectorio, pueden conversar con toda libertad.

Los alumnos se clasifican por divisiones según su edad. En la pensión Chairman había cinco. Si en la primera y en la segunda los más pequeños aún se despedían de sus padres con un beso en la mejilla, ya en la tercera los mayores sustituían el abrazo filial por el apretón de manos de los hombres hechos. Así, ningún vigilante que los supervisara, lectura de novelas y periódicos permitida, días de asueto concedidos con frecuencia, horas de estudio bastante reducidas, ejercicio físico muy bien entendido, gimnasia, boxeo y juegos de toda clase. Pero, como contrapeso a esa independencia de la que los alumnos raramente abusaban, los castigos corporales eran la norma, principalmente los azotes. Por lo demás, ser azotado no tiene nada de deshonoroso para los jóvenes anglosajones, y se someten sin protesta a ese castigo cuando reconocen haberlo merecido.

Los ingleses, nadie lo ignora, tienen el respeto de las tradiciones tanto en la vida privada como en la vida pública, y esas tradiciones no son menos respetadas —aunque sean absurdas— en los establecimientos escolares, donde no se parecen en nada a las novatadas francesas. Si los veteranos están encargados de proteger a los nuevos, es a condición de que estos, a su vez, les presten ciertos servicios domésticos de los que no pueden eximirse. Estos servicios, que consisten en traer el desayuno, cepillar la ropa, lustrar los zapatos y hacer los recados, se conocen con el nombre de «faggismo», y quienes los deben se llaman «fags». Son los más pequeños, los de las primeras divisiones, quienes sirven de fags a los alumnos de las divisiones superiores; y si se negasen a obedecer, se les haría la vida imposible. Pero ninguno de ellos lo piensa, y eso los habitúa a someterse a una disciplina que difícilmente se encuentra entre los alumnos de los liceos franceses. Por lo demás, la tradición lo exige, y si hay un país que la observe por encima de todos los demás, es el Reino Unido, donde se impone al más humilde «cockney» de la calle tanto como a los pares de la Cámara Alta.

Los alumnos que debían tomar parte en la excursión del Sloughi pertenecían a las diversas divisiones de la pensión Chairman. Como ya se habrá podido observar a bordo de la goleta, los había desde los ocho hasta los catorce años. ¡Y esos quince jóvenes, incluido el grumete, iban a ser arrastrados lejos y durante mucho tiempo en terribles aventuras!

Conviene dar a conocer sus nombres, su edad, sus aptitudes, sus caracteres, la situación de sus familias y qué relaciones existían entre ellos en aquel establecimiento que acababan de abandonar en la época habitual de las vacaciones.

A excepción de dos franceses, los hermanos Briant, y de Gordon, que es americano, todos son de origen inglés.

Doniphan y Cross pertenecen a una familia de ricos propietarios que ocupan el primer rango en la sociedad de Nueva Zelanda. De trece años y algunos meses, son primos, y ambos forman parte de la quinta división. Doniphan, elegante y cuidadoso de su persona, es, sin lugar a dudas, el alumno más distinguido de todos. Inteligente y estudioso, se empeña en no decaer nunca, tanto por gusto de aprender como por el deseo de superar a sus compañeros. Cierta altanería aristocrática le ha valido el apodo de «lord Doniphan», y su carácter imperioso le lleva a querer dominar allá donde se encuentre. De ahí viene, entre Briant y él, esa rivalidad que se remonta a varios años atrás y que se ha acentuado sobre todo desde que las circunstancias han acrecentado la influencia de Briant sobre sus compañeros. En cuanto a Cross, es un alumno bastante ordinario, pero lleno de admiración por todo lo que piensa, dice o hace su primo Doniphan.

Baxter, de la misma división, de trece años, muchacho frío, reflexivo, trabajador, muy ingenioso y muy hábil con las manos, es hijo de un comerciante en una situación económica bastante modesta.

Webb y Wilcox, de doce años y medio, cuentan entre los alumnos de la cuarta división. De inteligencia mediocre, bastante voluntariosos y de carácter pendenciero, siempre se han mostrado muy exigentes en la observancia de las prácticas del faggismo. Sus familias son ricas y ocupan un rango elevado en la magistratura del país.

Garnett, de la tercera división al igual que su amigo Service —doce años ambos—, son hijos, el uno de un capitán de marina retirado, el otro de un colono acomodado, que habitan el North Shore, en la costa septentrional del puerto de Waitemata. Las dos familias son muy amigas, y de esa intimidad resulta que Garnett y Service se han vuelto inseparables. Tienen buen corazón, pero escaso gusto por el trabajo, y si les dieran la llave del campo, no la dejarían enmohecer en el bolsillo. Garnett siente sobre todo una pasión —pasión lamentable— por el acordeón, tan apreciado en la marina

inglesa. Así, en su calidad de hijo de marino, toca en sus ratos libres su instrumento predilecto, y no ha dejado de llevarlo a bordo del *Sloughi*. En cuanto a Service, sin duda es el más alegre, el más atolondrado de la pandilla, el verdadero gracioso de la pensión Chairman, que no sueña más que con aventuras de viaje y está empapado de *Robinson Crusoe* y del *Robinson Suizo*, que son sus lecturas favoritas.

Hay que nombrar ahora a otros dos chicos de nueve años. El primero, Jenkins, es hijo del director de la Sociedad de Ciencias, la «New Zealand Royal Society»; el otro, Iverson, es hijo del pastor de la iglesia metropolitana de Saint Paul. Aunque solo están en la tercera y en la segunda división, se les cuenta entre los buenos alumnos de la pensión.

Vienen luego dos niños: Dole, de ocho años y medio, y Costar, de ocho años, ambos hijos de oficiales del ejército angloneozelandés que habitan la pequeña ciudad de Ouchunga, a seis millas de Auckland, en el litoral del puerto de Manukau. Son de los «pequeños» sobre los que no hay nada que decir, salvo que Dole es muy testarudo y Costar muy goloso. Si no brillan mucho en la primera división, no por eso se creen menos adelantados porque saben leer y escribir, hazaña de la que tampoco hay para tanto a su edad.

Como se ve, todos estos niños pertenecen a honorables familias establecidas desde hace mucho tiempo en Nueva Zelanda.

Falta hablar de los otros tres muchachos embarcados en la goleta: el americano y los dos franceses.

El americano es Gordon, de catorce años. Su rostro y su porte ya llevan el sello de cierta rudeza genuinamente «yankee». Aunque algo torpe y algo pesado, es evidentemente el más sensato de los alumnos de la quinta división. Si no posee el brillo de su compañero Doniphan, tiene un juicio recto y un sentido práctico que ha demostrado en numerosas ocasiones. Le gustan las cosas serias, pues tiene carácter observador y temperamento frío. Metódico hasta el escrúpulo, ordena las ideas en su cabeza igual que los objetos en su pupitre, donde todo está clasificado, etiquetado y anotado en un cuaderno especial. En suma, sus compañeros le estiman, reconocen sus cualidades y, aunque no sea inglés de nacimiento, siempre le han dado buena acogida. Gordon es oriundo de Boston; pero, huérfano de padre y madre, no tiene más familia que su tutor, antiguo agente consular que, una vez

hecha su fortuna, se estableció en Nueva Zelanda y lleva ya algunos años habitando una de esas bonitas villas esparcidas por las alturas, cerca del pueblo de Mount Saint John.

Los dos jóvenes franceses, Briant y Jacques, son hijos de un distinguido ingeniero que vino —hacía dos años y medio— a hacerse cargo de grandes obras de desecación en los pantanos del centro de Ika-Na-Mawi. El mayor tiene trece años. Poco estudioso aunque muy inteligente, le ocurre con frecuencia ser uno de los últimos de la quinta división. Sin embargo, cuando quiere, con su facilidad de asimilación y su notable memoria, se eleva al primer puesto; y eso es lo que más envidia despierta en Doniphan. Así, Briant y él nunca han podido llevarse bien en la pensión Chairman, y ya se han visto las consecuencias de ese desacuerdo a bordo del Sloughi. Y es que Briant es audaz, emprendedor, hábil en los ejercicios físicos, vivo de réplica, y además servicial y de buen carácter, sin nada de la altanería de Doniphan, aunque algo desaliñado y descuidado en el trato; en una palabra, muy francés y, por ello mismo, muy diferente de sus compañeros de origen inglés. Por lo demás, ha protegido a menudo a los más débiles contra el abuso que los mayores hacían de su fuerza y, en lo que a él se refiere, nunca ha querido someterse a las obligaciones del faggismo. De ahí, resistencias, disputas y peleas de las que, gracias a su vigor y a su coraje, ha salido casi siempre victorioso. Así es que es generalmente querido y, cuando se trató de gobernar el Sloughi, sus compañeros, salvo algunas excepciones, no dudaron en obedecerle, tanto más cuanto que, como se sabe, había podido adquirir algunos conocimientos náuticos durante su travesía de Europa a Nueva Zelanda.

En cuanto al pequeño, Jacques, hasta entonces había sido considerado el más travieso de la tercera división —si no de toda la pensión Chairman, sin excluir a Service—, inventando sin cesar nuevas diabluras, gastando bromas pesadas a sus compañeros y siendo castigado con más frecuencia de la razonable. Pero, como se verá más adelante, su carácter se había modificado por completo desde la partida del yate, sin que se supiera por qué motivo.

Tales son los jóvenes que la tempestad acababa de arrojar sobre una de las tierras del océano Pacífico.

Durante aquel paseo de algunas semanas a lo largo de las costas de Nueva Zelanda, el Sloughi debía ser mandado por su propietario, el padre

de Garnett, uno de los más audaces yachtsmen de las aguas de Australasia. ¡Cuántas veces había aparecido la goleta en el litoral de Nueva Caledonia, de Nueva Holanda, desde el estrecho de Torres hasta las puntas meridionales de Tasmania, y hasta en aquellos mares de las Molucas, de las Filipinas y de las Célebes, tan funestos a veces para los barcos de mayor tonelaje! Pero era un yate sólidamente construido, muy marinero, que aguantaba admirablemente el mar incluso en los temporales.

La tripulación se componía de un contramaestre, seis marineros, un cocinero y un grumete: Moko, un joven negro de doce años cuya familia llevaba mucho tiempo al servicio de un colono de Nueva Zelanda. Hay que mencionar también a un hermoso perro de caza, Phann, de raza americana, que pertenecía a Gordon y nunca se alejaba de su amo.

La fecha de la partida se había fijado para el 15 de febrero. Mientras tanto, el Sloughi permanecía amarrado por la popa al extremo del Commercial Pier y, por consiguiente, bastante adentrado en el puerto.

La tripulación no estaba a bordo cuando, la noche del 14, los jóvenes pasajeros fueron a embarcarse. El capitán Garnett no debía llegar hasta el momento de zarpar. Solo el contramaestre y el grumete recibieron a Gordon y sus compañeros, pues los hombres habían ido a apurar un último vaso de whisky. E incluso, después de que todos estuvieron instalados y acostados, el contramaestre creyó poder reunirse con su tripulación en una de las tabernas del puerto, donde tuvo el imperdonable error de entretenerse hasta altas horas de la noche. En cuanto al grumete, se había dejado caer en el sollado para dormir.

¿Qué ocurrió entonces? Muy probablemente, nunca se sabría. Lo que es cierto es que el amarre del yate quedó suelto, ya fuera por negligencia o por mala intención... A bordo nadie se dio cuenta de nada.

Una noche cerrada envolvía el puerto y el golfo Hauraki. El viento de tierra soplaba con fuerza, y la goleta, empujada por debajo por una corriente de reflujo que tiraba hacia alta mar, comenzó a correr hacia el mar abierto.

Cuando el grumete se despertó, el Sloughi cabeceaba como si lo hubiera mecido una marejada que no podía confundirse con el resaca habitual. Moko se apresuró a subir a cubierta... ¡La goleta estaba a la deriva!

A los gritos del grumete, Gordon, Briant, Doniphan y algunos otros, saltando de sus literas, se lanzaron fuera de la escotilla. Llamaron a gritos pidiendo auxilio, pero en vano. Ya no alcanzaban a ver ni una sola luz de la ciudad o del puerto. La goleta estaba ya en pleno golfo, a tres millas de la costa.

En un primer momento, por consejo de Briant, al que se unió el grumete, aquellos jóvenes intentaron izar una vela para regresar al puerto bordeando. Pero, demasiado pesada para poder orientarse convenientemente, esa vela no tuvo otro efecto que arrastrarlos más lejos por la presa que daba al viento del oeste. El Sloughi dobló el cabo Colville, cruzó el estrecho que lo separa de la isla de la Gran Barrera, y pronto se encontró a varias millas de Nueva Zelanda.

Se comprende la gravedad de semejante situación. Briant y sus compañeros ya no podían esperar ningún auxilio desde tierra. En el caso de que algún barco del puerto se pusiera a buscarlos, pasarían varias horas antes de que pudiera alcanzarlos, suponiendo incluso que fuera posible encontrar la goleta en medio de aquella oscuridad profunda. Y por otra parte, llegado el día, ¿cómo se distinguiría un barco tan pequeño, perdido en alta mar? En cuanto a salir del paso por sus propios medios, ¿cómo lo lograrían esos niños? Si el viento no cambiaba, tendrían que renunciar a regresar a tierra.

Quedaba, es cierto, la posibilidad de ser avistados por un barco que hiciera rumbo hacia uno de los puertos de Nueva Zelanda. Por eso, por improbable que fuera tal eventualidad, Moko se apresuró a izar un farol en lo alto del palo de trinquete. No quedaba más que aguardar el amanecer.

En cuanto a los pequeños, como el alboroto no los había despertado, pareció bien dejarlos dormir. Su terror no habría hecho sino sembrar el desorden a bordo.

Sin embargo, se hicieron aún varios intentos para devolver al Sloughi su rumbo. Pero enseguida caía a sotavento y derivaba hacia el este con rapidez.

De repente, se avistó un fanal a dos o tres millas. Era un fanal blanco en lo alto del mástil, que es la señal distintiva de los vapores en marcha. Pronto aparecieron las dos luces de posición, la roja y la verde, y como ambas eran

visibles al mismo tiempo, significaba que aquel vapor navegaba directamente hacia la goleta.

Los jóvenes lanzaron gritos de socorro, pero en vano. El fragor de las olas, el silbido del vapor que escapaba por los tubos de escape del barco, el viento cada vez más violento en alta mar, todo se conjuraba para que sus voces se perdiesen en el espacio.

Sin embargo, si no podían oírlos, ¿no verían los marineros de guardia el farol del Sloughi? Era la última posibilidad.

Por desgracia, en una sacudida de cabeceo, la driza se partió, el farol cayó al mar, y ya nada indicaba la presencia del Sloughi, sobre el que el vapor corría a doce millas por hora.

En unos segundos, la goleta fue embestida, y habría ido a pique en el acto si hubiera sido alcanzada por el través; pero el choque se produjo solo por la popa y no destruyó más que una parte del espejo de popa, sin golpear el casco.

El golpe había sido, en definitiva, tan suave que, dejando al Sloughi a merced de una borrasca muy próxima, el vapor continuó su camino.

Con demasiada frecuencia, los capitanes apenas se preocupan de socorrer al barco que han golpeado. Es una conducta criminal de la que abundan los ejemplos. Pero, en este caso, era muy admisible que a bordo del vapor nadie hubiera sentido el choque con aquella ligera goleta, que ni siquiera habían podido entrever en la oscuridad.

Entonces, arrastrados por el viento, aquellos jóvenes debieron de creerse perdidos. Cuando amaneció, la inmensidad estaba desierta. En esa parte poco frecuentada del Pacífico, los barcos que van de Australasia a América o de América a Australasia siguen rutas más meridionales o más septentrionales. Ninguno pasó a la vista de la goleta. Llegó la noche, aún peor, y, aunque hubo calmas en la tormenta, el viento no dejó de soplar del oeste.

Lo que duraría aquella travesía era algo que ni Briant ni sus compañeros podían imaginar. En vano intentaron maniobrar para devolver la goleta a las aguas neozelandesas. Les faltaban los conocimientos para modificar su rumbo, igual que las fuerzas para izar las velas.

Fue en esas condiciones cuando Briant, desplegando una energía muy superior a su edad, empezó a ejercer sobre sus compañeros una influencia a la que el propio Doniphan tuvo que someterse. Si, ayudado en ello por Moko, no logró devolver el yate hacia los parajes occidentales, al menos empleó los escasos conocimientos que poseía para mantenerlo en condiciones suficientes de navegabilidad. No se perdonó, veló noche y día con la mirada recorriendo obstinadamente el horizonte en busca de alguna posibilidad de salvación. Tuvo también la precaución de hacer arrojar al mar varias botellas que contenían un documento relativo al Sloughi. Débil recurso, sin duda, pero que no quiso descuidar.

Sin embargo, los vientos del oeste seguían empujando la goleta a través del Pacífico, sin que fuera posible frenar su marcha ni siquiera reducir su velocidad.

Se sabe lo que había ocurrido. Pocos días después de que la goleta fuera arrojada fuera de las bocas del golfo Hauraki, se desató una tempestad que, durante dos semanas, se encarnizó con una impetuosidad extraordinaria. Azotado por olas monstruosas, a punto de ser aplastado cien veces bajo enormes golpes de mar —lo que habría ocurrido de no ser por su sólida construcción y sus cualidades náuticas—, el Sloughi fue a varar en una tierra desconocida del océano Pacífico.

¿Y cuál sería ahora la suerte de aquel internado de náufragos, arrastrado a mil ochocientas leguas de Nueva Zelanda? ¿De qué parte les llegaría un socorro que no podrían encontrar en sí mismos?

En todo caso, sus familias tenían más que sobrados motivos para creerlos tragados junto con la goleta.

He aquí por qué:

En Auckland, cuando la desaparición del Sloughi fue constatada en la misma noche del 14 al 15 de febrero, se avisó al capitán Garnett y a las familias de aquellos desdichados niños. Huelga insistir en el efecto que tal acontecimiento produjo en la ciudad, donde la consternación fue general.

Pero si el amarre se había soltado o roto, quizá la deriva no había alejado la goleta más allá del golfo. Quizá sería posible encontrarla, aunque el viento del oeste, que arreciaba, era de naturaleza como para provocar los más dolorosos temores.

Así que, sin perder un instante, el director del puerto tomó sus disposiciones para acudir en socorro del yate. Dos pequeños vapores fueron a extender sus búsquedas por un espacio de varias millas fuera del golfo Hauraki. Durante toda la noche recorrieron aquellos parajes, donde el mar empezaba a ponerse muy bravo. Y, al llegar el día, cuando regresaron, fue para arrebatarse toda esperanza a las familias golpeadas por aquella espantosa catástrofe.

En efecto, si no habían encontrado el Sloughi, aquellos vapores habían recogido al menos sus restos. Eran los fragmentos del coronamiento de popa, caídos al mar tras la colisión con el vapor peruano Quito, colisión de la que dicho barco ni siquiera había tenido conocimiento.

En aquellos fragmentos aún podían leerse tres o cuatro letras del nombre Sloughi. Pareció, pues, evidente que la goleta debía de haber sido destruida por algún golpe de mar y que, a consecuencia de ese accidente, se había ido a pique con todos a bordo a unas doce millas frente a las costas de Nueva Zelanda.

CAPÍTULO 4

La costa estaba desierta, tal como lo había reconocido Briant cuando estuvo de observación en las crucetas del palo de trinquete. Desde hacía una hora, el goleta yacía encallado en su lecho de arena, y ningún indígena había sido avistado aún. Ni bajo los árboles que formaban masa ante el acantilado, ni cerca de las orillas del río, llenado por las aguas de la marea montante, se veía casa, cabaña ni choza alguna. Ni siquiera había huella de pie humano en la superficie de la playa, que las marcas del mar bordeaban con un largo cordón de algas. En la desembocadura del pequeño río, ninguna embarcación de pesca. Y, en fin, ningún humo que se enroscara en el aire sobre todo el perímetro de la bahía comprendido entre los dos promontorios del sur y del norte.

En primer lugar, Briant y Gordon tuvieron la idea de adentrarse entre los grupos de árboles, a fin de alcanzar el acantilado para escalarlo, si ello era posible.

— Ya estamos en tierra, que ya es algo — dijo Gordon —. Pero ¿qué tierra es ésta, que parece deshabitada?

— Lo importante es que no sea inhabitable — respondió Briant —. ¡Tenemos provisiones y municiones para algún tiempo! Solo nos falta un refugio, y hay que encontrarlo... al menos para los pequeños. ¡Ellos primero que nadie!

— ¡Sí!... ¡Tienes razón!... — respondió Gordon.

— En cuanto a saber dónde estamos — prosiguió Briant —, habrá tiempo de ocuparse de eso cuando hayamos atendido lo más urgente. Si esto es un continente, ¡quizá tengamos alguna posibilidad de ser socorridos! Si es una

isla... ¡una isla deshabitada..., bueno, ya veremos! ¡Vamos, Gordon, vamos a explorar!

Ambos alcanzaron rápidamente el límite de los árboles, que se extendía oblicuamente entre el acantilado y la orilla derecha del río, a trescientos o cuatrocientos pasos aguas arriba de la desembocadura.

En aquel bosque no había rastro alguno del paso del hombre, ni senda ni vereda. Viejos troncos, derribados por los años, yacían en el suelo, y Briant y Gordon se hundían hasta la rodilla en el manto de hojas muertas. Sin embargo, los pájaros huían asustados, como si hubiesen aprendido ya a desconfiar de los seres humanos. Así pues, era probable que aquella costa, aunque no estuviese habitada, recibiera visitas ocasionales de los indígenas de un territorio vecino.

En diez minutos, los dos muchachos cruzaron aquel bosque, cuyo espesor aumentaba conforme se acercaban al escarpe rocoso que se alzaba como una muralla a pico a una altura media de unos cincuenta y cinco metros. ¿Presentaría la base de aquel escarpe alguna oquedad donde fuese posible encontrar refugio? Eso habría sido muy deseable. Allí, en efecto, una cueva, protegida de los vientos del mar por la cortina de árboles y al abrigo del alcance del mar incluso en los temporales, habría ofrecido un excelente refugio. Allí, los jóvenes náufragos habrían podido instalarse provisionalmente, a la espera de que una exploración más seria de la costa les permitiera aventurarse con seguridad hacia el interior del país.

Por desgracia, en aquel escarpe, tan abrupto como la cortina de una fortaleza, Gordon y Briant no descubrieron ninguna gruta, ni siquiera una grieta por la que se pudiera ascender hasta su cresta. Para ganar el interior del territorio, haría falta, probablemente, rodear aquel acantilado, cuya disposición Briant había reconocido cuando lo observaba desde las crucetas del Sloughi.

Durante unos treinta minutos, ambos bajaron hacia el sur bordeando la base del acantilado. Llegaron entonces a la orilla derecha del río, que remontaba sinuosamente en dirección al este. Aunque aquella orilla estaba sombreada por hermosos árboles, la otra bordeaba un territorio de aspecto muy diferente, sin verdor, sin accidentes del terreno. Parecía una vasta ciénaga que se extendía hasta el horizonte del sur.

Decepcionados en su esperanza, sin haber podido ascender a la cima del acantilado, desde donde sin duda les habría sido posible observar el país en un radio de varias millas, Briant y Gordon regresaron hacia el Sloughi.

Doniphan y algunos otros iban y venían por las rocas, mientras que Jenkins, Iverson, Dole y Costar se entretenían recogiendo conchas.

En la conversación que mantuvieron con los mayores, Briant y Gordon dieron a conocer el resultado de su exploración. A la espera de que las investigaciones pudieran llevarse más lejos, pareció conveniente no abandonar el goleta. Aunque su casco estuviese destrozado y escorase fuertemente a babor, podría servir de morada provisional, en el mismo lugar donde había encallado. Si la cubierta se había entreabierto por la proa, sobre el sollado de la tripulación, el salón y los camarotes de popa ofrecían, al menos, un abrigo suficiente contra las ráfagas. En cuanto a la cocina, no había sufrido con los golpes en los arrecifes —con gran satisfacción de los pequeños, a quienes la cuestión de las comidas interesaba muy particularmente.

En verdad, era una suerte que aquellos jóvenes no se hubieran visto obligados a transportar a la playa los objetos indispensables para su instalación. Suponiendo que lo hubieran logrado, ¿a qué dificultades, a qué fatigas no habrían quedado expuestos? Si el Sloughi hubiera permanecido junto al filo de los primeros rompientes, ¿cómo habrían podido rescatar el material? ¿No habría demolido el mar rápidamente el yate, y de los pocos restos diseminados sobre la arena —conservas, armas, municiones, ropa, ropa de cama, utensilios de toda clase, tan útiles para la existencia de aquel pequeño mundo— qué se habría podido salvar? Afortunadamente, la pleamar había lanzado el Sloughi más allá del banco de arrecifes. Si se hallaba incapaz de navegar jamás, al menos era habitable, puesto que su obra muerta había resistido primero a la borrasca y después al choque, y nada podría arrancarlo de aquel lecho de arena en que su quilla se había hundido. Sin duda, bajo los embates sucesivos del sol y de la lluvia, acabaría por desarmarse, el forro cedería, la cubierta terminaría de entreabrirse, y el abrigo que ofrecía en aquel momento acabaría por resultar insuficiente. Pero, de aquí a entonces, o los jóvenes náufragos habrían podido alcanzar alguna ciudad, algún pueblo, o, si la tempestad los había relegado en una isla desierta, habrían descubierto una cueva en las rocas del litoral.

Lo mejor era, pues, permanecer provisionalmente a bordo del Sloughi. Así se hizo aquel mismo día. Una escala de cuerda, dispuesta por el lado de estribor, por donde el yate escorava, permitió a grandes y pequeños acceder a las escotillas de cubierta. Moko, que sabía algo de cocina, en su calidad de grumete, ayudado por Service, que disfrutaba guisando, se ocupó de preparar una comida. Todos comieron con buen apetito, e incluso Jenkins, Iverson, Dole y Costar se abandonaron a cierta alegría. Solo Jacques Briant, antaño el animador del colegio, continuó manteniéndose al margen. Tal cambio en su carácter, en sus hábitos, era bien capaz de sorprender; pero Jacques, que se había vuelto muy taciturno, siempre había esquivado las preguntas que sus compañeros le habían hecho al respecto.

Por fin, muy fatigados, tras tantos días, tantas noches pasadas en medio de los mil peligros de la tempestad, todos no pensaron ya más que en dormir. Los pequeños se repartieron por los camarotes del yate, a los que los mayores no tardaron en reunirse. Sin embargo, Briant, Gordon y Doniphan quisieron hacer guardia por turnos. ¿No podían temer la aparición de una manada de fieras, o incluso de un grupo de indígenas que no habrían sido menos temibles? No ocurrió nada. La noche transcurrió sin alarmas, y, cuando el sol reapareció, tras una plegaria de acción de gracias a Dios, se atendió a los trabajos exigidos por las circunstancias.

En primer lugar, hubo que hacer inventario de las provisiones del yate, luego del material, que comprendía armas, instrumentos, utensilios, ropa, herramientas, etc. La cuestión de la alimentación era la más grave, puesto que aquella costa parecía desierta. Los recursos quedarían limitados a los productos de la pesca y de la caza, siempre que la caza no escaseara. Hasta entonces, Doniphan, que era un cazador muy hábil, solo había avistado numerosas bandadas de aves en la superficie de los arrecifes y de las rocas de la playa. Pero verse reducidos a alimentarse de aves marinas habría sido una lástima. Era necesario saber cuánto tiempo podrían durar las provisiones del goleta si se administraban con cuidado.

Pues bien, hecho el recuento, a excepción del bizcocho de mar, del que había un considerable aprovisionamiento, conservas, jamón, galletas de carne —compuestas de harina de primera calidad, cerdo picado y especias—, *corn-beef*, salazones, botes de estofado: todo ello no duraría más de dos meses, incluso recurriendo a ello con suma parsimonia. Así pues, desde el principio convendría valerse de los productos del país, a fin de reservar las

provisiones para el caso de que fuera necesario recorrer algunos centenares de millas para alcanzar los puertos del litoral o las ciudades del interior.

— ¡Con tal de que parte de esas conservas no estén dañadas! —observó Baxter—. Si el agua de mar ha penetrado en la bodega después de nuestro encallamiento...

— Eso lo veremos al abrir los botes que nos parezcan estropeados —respondió Gordon—. ¿Quizá, si se volviera a cocer su contenido, podría aprovecharse?

— Yo me encargo de eso —respondió Moko.

— Y no tardes en ponerte manos a la obra —añadió Briant—, porque durante los primeros días nos veremos obligados a vivir de las provisiones del Sloughi.

— ¿Y por qué no ir hoy mismo —dijo Wilcox— a visitar las rocas que se elevan al norte de la bahía y recoger huevos comestibles?

— ¡Sí!... ¡Sí!... —exclamaron Dole y Costar.

— ¿Y por qué no pescar? —añadió Webb—. ¿Acaso no hay sedales a bordo y peces en el mar? ¿Quién quiere ir a pescar?

— ¡Yo!... ¡Yo!... —exclamaron los pequeños.

— ¡Bien!... ¡Bien!... —respondió Briant—. ¡Pero esto no es un juego, y solo daremos sedales a los pescadores en serio!

— Tranquilo, Briant —respondió Iverson—. Lo haremos como si fuera un deber...

— Bien, pero empecemos por hacer inventario de lo que contiene nuestro yate —dijo Gordon—. No hay que pensar solo en la comida...

— ¡Siempre se podrán recoger moluscos para el almuerzo! —observó Service.

— ¡De acuerdo! —respondió Gordon—. ¡Marchad, pequeños, tres o cuatro! Moko, tú los acompañarás.

— Sí, señor Gordon.

— ¡Y vigílalos bien! —añadió Briant.

—¡No tengáis cuidado!

El grumete, en quien se podía confiar —muchacho muy servicial, muy hábil, muy valiente—, debía prestar grandes servicios a los jóvenes náufra-gos. Sentía una devoción particular por Briant, quien, a su vez, no ocultaba la simpatía que le inspiraba Moko —simpatía de la que sus compañeros an-glosajones habrían sentido vergüenza, sin duda.

—¡Vámonos! —exclamó Jenkins.

—¿No los acompañas, Jacques? —preguntó Briant dirigiéndose a su hermano.

Jacques respondió negativamente.

Jenkins, Dole, Costar e Iverson partieron, pues, bajo la conducción de Moko, y subieron a lo largo de los arrecifes que el mar acababa de dejar al descubierto. Quizá, en las grietas de las rocas, podrían recoger una buena provisión de moluscos, mejillones, almejas, incluso ostras, y, crudos o coci-dos, aquellos mariscos constituirían un complemento serio para el almuerzo de la mañana. Se marcharon dando brincos, viendo en aquella excursión menos la utilidad que el placer. Era propio de su edad, y apenas les quedaba el recuerdo de las pruebas por las que acababan de pasar, ni la inquietud por los peligros que les amenazaba el futuro.

En cuanto la pequeña tropa se hubo alejado, los mayores emprendieron las pesquisas a bordo del yate. Por un lado, Doniphan, Cross, Wilcox y Webb realizaron el recuento de las armas, las municiones, la ropa, los artículos de ropa de cama, las herramientas y los utensilios de a bordo. Por otro, Briant, Garnett, Baxter y Service establecieron la relación de las be-bidas —vinos, *ale*, *brandy*, *whisky*, *gin*— almacenadas en el fondo de la bodega en barriles de una capacidad de entre cuarenta y cinco y ciento ochenta litros cada uno. A medida que cada objeto era inventariado, Gordon lo anotaba en su cuaderno de bolsillo. Aquel cuaderno, por lo demás, estaba lleno de notas relativas tanto al armamento como a la carga del goleta. El metódico americano —contador de nacimiento, puede decirse— poseía ya un estado general del material, y parecía que no le quedaba más que verificarlo.

Y ante todo, se constató que había un juego completo de velas de re-puesto y aparejos de toda clase, cabos, cables, amarras, etc. Si el yate hu-

biera estado aún en condiciones de navegar, nada habría faltado para aparejarle del todo. Pero, si aquellos paños de primera calidad, aquellas jarcias nuevas, no habían de servir ya para un aparejo, se sabría utilizarlos cuando llegara el momento de instalarse. Algunos útiles de pesca, redes de mano y sedales de fondo o de arrastre, figuraron también en el inventario, y eran preciosos ingenios, con tal de que el pez abundara en aquellos parajes.

...y proyectiles para el aprovisionamiento de los dos pequeños cañones del yate, de los que había que esperar no tener que hacer uso para repeler un ataque de indígenas.

En cuanto a los artículos de aseo y los utensilios de cocina, eran suficientes para las necesidades de los jóvenes náufragos —incluso en el caso de que su estancia se prolongara. Si una parte de la vajilla se había roto con el choque del *Sloughi* contra los arrecifes, quedaba suficiente para el servicio del oficio y de la mesa. No eran, por lo demás, objetos de absoluta necesidad. Era mejor que los vestidos de franela, paño, algodón o tela estuviesen en tal cantidad que se pudiera cambiar de ellos según las exigencias de la temperatura. En efecto, si aquella tierra se encontraba en la misma latitud que Nueva Zelanda —cosa probable, puesto que desde su salida de Auckland el goleta había sido siempre impulsado por vientos del oeste— cabía esperar fuertes calores durante el verano y grandes fríos durante el invierno. Afortunadamente, había a bordo gran cantidad de aquellas prendas que son indispensables en una excursión de varias semanas, pues nunca está de más abrigarse en el mar. Además, los cofres de la tripulación proporcionaron pantalones, chaquetones de lana, capas de hule, jerseys gruesos, que sería fácil adaptar a la talla de los mayores y los pequeños —lo que les permitiría hacer frente a los rigores de la estación invernal. Huelga decir que, si las circunstancias obligaban a abandonar el goleta por una morada más segura, cada cual llevaría consigo su ropa de cama completa, pues los camarotes estaban bien provistos de colchones, sábanas, almohadas y mantas, y, con cuidados, aquellos diversos objetos podrían durar mucho tiempo...

¡Mucho tiempo!... ¡Una expresión que quizás significaba siempre!

He aquí ahora lo que Gordon anotó en su cuaderno bajo el epígrafe de instrumentos de a bordo: dos barómetros aneroides, un termómetro centígrado de alcohol, dos cronómetros marinos, varias de aquellas trompas o cornetas

de cobre que se usan durante las nieblas y que se oyen a grandes distancias, tres largavistas de corto y largo alcance, una brújula de bitácora y otras dos de modelo reducido, un *storm-glass* que indica la proximidad de los temporales, y por último varios pabellones del Reino Unido, sin contar la serie completa de señales que permiten comunicar en el mar de un buque a otro. Había también uno de aquellos *Halketts-boats*, pequeños botes de caucho que se pliegan como una maleta y son suficientes para cruzar un río o un lago.

En cuanto a las herramientas, el cofre del carpintero contenía un surtido bastante completo, sin contar bolsas de clavos, tirafondos y tornillos, herrajes de toda clase para las pequeñas reparaciones del yate. Asimismo, no faltaban botones, hilo ni agujas, pues, en previsión de frecuentes remiendos, las madres de aquellos niños habían tomado sus precauciones. Tampoco correrían el riesgo de verse privados de fuego; con una amplia provisión de cerillas, los eslabones de yesca y los mecheros les bastarían por mucho tiempo, y podían estar tranquilos a ese respecto.

A bordo había también cartas de gran escala; pero eran específicas de las costas del archipiélago neozelandés —inútiles, por consiguiente, para aquellos parajes desconocidos. Por fortuna, Gordon había traído uno de esos atlas generales que comprenden la geografía del Viejo y del Nuevo Mundo, y precisamente el Atlas de Stieler, que parece ser lo más perfecto que la geografía moderna cuenta en ese género. Además, la biblioteca del yate contaba con un cierto número de buenos libros ingleses y franceses, sobre todo relatos de viajes y algunos manuales de ciencias, sin hablar de los dos famosos Robinsones que Service habría salvado como antaño Camoens salvó sus *Lusiadas* —lo que Garnett había hecho por su parte con su famoso acordeón, que salió sano y salvo de los golpes del encallamiento. Por último, después de todo lo necesario para leer, había todo lo necesario para escribir: plumas, lápices, tinta, papel, y también un almanaque del año 1860, del que Baxter se encargó de ir tachando sucesivamente cada día transcurrido.

—Es el 10 de marzo —dijo— cuando nuestro pobre Sloughi fue arrojado a la costa... Tacho, pues, este 10 de marzo, así como todos los días de 1860 que lo precedieron.

Cabe mencionar también una suma de quinientas libras esterlinas en oro que fue hallada en la caja fuerte del yate. Quizás aquel dinero tendría su utilidad si los jóvenes náufragos lograban alcanzar algún puerto desde el que pudieran repatriarse.

Gordon se ocupó entonces de levantar minuciosamente el recuento de los diversos barriles estibados en la bodega. Varios de esos barriles, llenos de *gin*, *ale* o vino, se habían reventado durante los golpes contra los arrecifes, y su contenido había escapado por las tablas del forro dislocadas. Era una pérdida irreparable, y habría que economizar todo lo posible lo que quedaba.

En resumen, en la bodega del goleta había todavía unos cuatrocientos cincuenta litros de clarete y de *sherry*, unos doscientos veinticinco litros de *gin*, *brandy* y *whisky*, y cuarenta toneles de *ale*, de unos ciento catorce litros cada uno, más una treintena de frascos de licores variados que, bien envueltos en su camisa de paja, habían podido resistir el choque de los rompientes.

Se comprende que los quince supervivientes del Sloughi podían decirse que la vida material les estaría asegurada al menos durante cierto tiempo. Quedaba por examinar si el país proporcionaría algunos recursos que les permitieran economizar las reservas. En efecto, si era en una isla donde la tempestad los había arrojado, apenas podían esperar salir de ella alguna vez, a menos que un barco se acercara a aquellos parajes y pudieran hacerle señales de su presencia. Reparar el yate, recomponer su armazón agrietada en el casco, rehacer su forro: eso habría exigido un trabajo por encima de sus fuerzas y el empleo de herramientas que no tenían a su disposición. En cuanto a construir un nuevo buque con los restos del antiguo, ni siquiera podían pensarlo, y, además, al no estar iniciados en las cosas de la navegación, ¿cómo habrían podido cruzar el Pacífico para regresar a Nueva Zelanda? Sin embargo, con las embarcaciones del goleta, no habría sido imposible llegar hasta algún otro continente, alguna otra isla, si hubiera alguna en las inmediaciones de aquella parte del Pacífico. Pero los dos botes habían sido arrancados por los golpes del mar, y a bordo solo quedaba el esquife, apto tan solo para navegar a lo largo de la costa.

Hacia el mediodía, los pequeños, guiados por Moko, regresaron al Sloughi. Al final se habían hecho útiles poniéndose seriamente a la faena. Así pues, traían una buena provisión de mariscos que el grumete se dispuso

a aderezar. En cuanto a los huevos, debía de haberlos en gran cantidad, pues Moko había constatado la presencia de innumerables palomas de roca de especie comestible, que anidaban en las altas anfractuosidades del acantilado.

— ¡Muy bien! —dijo Briant—. Una de estas mañanas organizaremos una cacería que podría ser muy provechosa.

— Sin duda —respondió Moko—, y tres o cuatro escopetazos nos darán esas palomas por docenas. En cuanto a los nidos, descolgándose al extremo de una cuerda, quizás no será muy difícil apoderarse de ellos.

— De acuerdo —dijo Gordon—. Mientras tanto, si mañana Doniphan quiere salir de caza...

— ¡No pedimos otra cosa! —replicó Doniphan—. ¿Webb, Cross y Wilcox vendrán conmigo?

— Con mucho gusto —respondieron los tres jóvenes, encantados de poder hacer fuego contra aquellos miles de pájaros.

— Sin embargo —observó Briant—, os recomiendo que no matéis demasiadas palomas. Sabréis dónde encontrarlas cuando las necesitéis. Lo importante ante todo es no desperdiciar inútilmente el plomo y la pólvora...

— ¡Bueno!... ¡Bueno!... —respondió Doniphan, que soportaba mal las observaciones, sobre todo cuando venían de Briant—. ¡No es este nuestro primer disparo, y no necesitamos consejos!

Una hora después, Moko vino a anunciar que el almuerzo estaba listo. Todos subieron apresuradamente a bordo del goleta y tomaron asiento en el comedor. A causa de la escora que daba el yate, la mesa se inclinaba visiblemente hacia babor. Pero eso no era para incomodar a niños acostumbrados a los balances del oleaje. Los mariscos, particularmente los mejillones, fueron declarados excelentes, aunque su condimentación dejaba que desear. Pero ¿a esa edad no es siempre el apetito el mejor condimento? Bizcocho, un buen trozo de *corn-beef*, agua fresca tomada en la desembocadura del río durante la bajamar para que no tuviese sabor salobre, y a la que se añadieron unas gotas de *brandy*: aquello constituyó una comida muy aceptable.

La tarde se empleó en diversas faenas de acondicionamiento de la bodega y en la clasificación de los objetos inventariados. Mientras tanto, Jenkins y

sus compañeritos se ocupaban de pescar en el río, donde pululaban peces de diversas especies. Luego, tras la cena, todos fueron a descansar, salvo Baxter y Wilcox, que debían permanecer de guardia hasta el amanecer.

Así transcurrió la primera noche en aquella tierra del océano Pacífico.

En resumen, aquellos jóvenes no carecían de los recursos que tantas veces faltan a los náufragos en parajes desiertos. En el estado en que se encontraban, hombres válidos e ingeniosos habrían tenido muchas probabilidades de salir adelante. Pero ellos, cuyo mayor tenía apenas catorce años, si estaban condenados a permanecer largos años en aquellas condiciones, ¿llegarían a atender a las necesidades de su existencia? ¡Bien cabía dudarlo!

CAPÍTULO 5

¿Isla o continente? Era siempre la grave pregunta que preocupaba a Briant, Gordon y Doniphan, quienes por su carácter e inteligencia eran en verdad los jefes de aquel pequeño mundo. Pensando en el futuro, cuando los más pequeños no se preocupaban más que del presente, los tres hablaban a menudo sobre el asunto. En cualquier caso, fuese aquella tierra insular o continental, era manifiesto que no pertenecía a la zona de los trópicos. Así lo revelaba su vegetación: robles, hayas, abedules, alisos, pinos y abetos de diversas clases, numerosas mirtáceas o saxifragáceas, que no son los árboles ni arbustos propios de las regiones centrales del Pacífico. Parecía incluso que aquel territorio debía de estar algo más al sur en latitud que Nueva Zelanda, más próximo al polo austral, por tanto. Cabía temer, pues, que los inviernos fuesen muy rigurosos. Ya un espeso manto de hojas muertas cubría el suelo en el bosque que se extendía al pie del acantilado. Solo los pinos y abetos habían conservado su ramaje, que se renueva de estación en estación sin despojarse jamás.

—Por eso —observó Gordon al día siguiente de que el Sloughi se hubiese convertido en morada estable—, me parece prudente no instalarse definitivamente en esta parte de la costa.

—Soy del mismo parecer —respondió Doniphan—. Si esperamos a que llegue el mal tiempo, será demasiado tarde para alcanzar algún lugar habitado, si es que tenemos que recorrer cientos de millas.

—¡Paciencia! —replicó Briant—. ¡Todavía estamos a mediados de marzo!

—Pues bien —repuso Doniphan—, el buen tiempo puede durar hasta finales de abril, y en seis semanas se recorre mucho camino...

—Cuando hay un camino —replicó Briant.

—¿Y por qué no lo habría?

—¡Sin duda! —respondió Gordon—. Pero, si lo hay, ¿sabemos adónde nos llevará?

—Solo sé una cosa —respondió Doniphan—, y es que sería absurdo no haber abandonado la goleta antes de la temporada de frío y lluvia; y para eso, hay que no ver dificultades a cada paso.

—Mejor verlas —replicó Briant— que aventurarse como locos por un país que no se conoce.

—Fácil es —respondió Doniphan con acritud— llamar locos a quienes no son de tu opinión.

Quizá la respuesta de Doniphan habría provocado nuevas réplicas de su compañero y hecho degenerar la conversación en disputa, cuando Gordon intervino.

—De nada sirve discutir —dijo—, y para salir del apuro, comencemos por ponernos de acuerdo. Doniphan tiene razón al decir que, si estamos cerca de un país habitado, debemos alcanzarlo sin demora. Pero ¿es eso posible?, responde Briant, ¡y no le falta razón al responder así!

—¡Diantre, Gordon! —replicó Doniphan—, yendo hacia el norte, bajando hacia el sur, dirigiéndonos hacia el este, llegaríamos tarde o temprano...

—Sí, si estamos en un continente —dijo Briant—; no, si estamos en una isla y esa isla está desierta.

—Por eso —respondió Gordon— conviene averiguar qué hay. En cuanto a abandonar el Sloughi sin habernos cerciorado de si hay o no mar al este...

—¡Eh, será él quien nos abandone a nosotros! —exclamó Doniphan, siempre inclinado a aferrarse a sus ideas—. ¡No podrá resistir los temporales de la mala estación en esta playa!

—Lo reconozco —replicó Gordon—, y sin embargo, antes de aventurarse tierra adentro, es indispensable saber adónde se va.

Gordon tenía tan evidentemente razón que Doniphan hubo de ceder de buen o mal grado.

—Estoy dispuesto a ir en reconocimiento —dijo Briant.

—Yo también —respondió Doniphan.

—Todos lo estamos —añadió Gordon—; pero, como sería imprudente llevar a los pequeños en una exploración que puede ser larga y fatigosa, creo que bastará con dos o tres de nosotros.

—Es muy de lamentar —observó entonces Briant— que no haya alguna colina elevada desde cuya cima se pudiese observar el territorio. Por desgracia, estamos en una tierra baja, y desde mar adentro no he visto ni una sola montaña, ni siquiera en el horizonte. Parece que no haya otras alturas que ese acantilado que se eleva detrás de la playa. Más allá, sin duda, son bosques, llanuras, marismas, a través de los cuales corre ese río cuya desembocadura hemos explorado.

—Sin embargo, sería útil tener una visión de esta comarca —respondió Gordon— antes de intentar rodear el acantilado, donde Briant y yo buscamos en vano una cueva.

—Pues bien, ¿por qué no ir al norte de la bahía? —dijo Briant—. Me parece que trepando por el cabo que la cierra, se vería a lo lejos...

—Precisamente en eso estaba pensando —respondió Gordon—. ¡Sí! Ese cabo, que puede tener de setenta y cinco a noventa metros, debe dominar el acantilado.

—Me ofrezco a ir... —dijo Briant.

—¿Para qué? —respondió Doniphan—. ¿Y qué se podría ver desde arriba?

—Pues... ¡lo que hay! —replicó Briant.

En efecto, en la punta extrema de la bahía se erguía un amontonamiento de rocas, una especie de promontorio rocoso, cortado a pico por el lado del mar, y que, por el otro lado, parecía enlazarse con el acantilado. Desde el Sloughi hasta aquel promontorio, la distancia no superaba las siete u ocho millas siguiendo la curva de la playa, y cinco a lo sumo en línea recta, como dicen los americanos. Gordon no se equivocaba mucho al estimar en unos noventa metros la altitud del promontorio sobre el nivel del mar.

¿Sería suficiente esa altitud para que la vista pudiese extenderse ampliamente sobre el país? ¿No quedaría la mirada detenida hacia el este por algún obstáculo? En cualquier caso, siempre se reconocería lo que había más allá del cabo, es decir, si la costa se prolongaba indefinidamente hacia el norte o si el océano se desplegaba al otro lado. Convenía, pues, dirigirse al extremo de la bahía y hacer esa ascensión. Con tal de que el territorio estuviese despejado hacia el este, la vista lo abarcaría sobre una extensión de varias millas.

Se decidió que dicho proyecto se llevaría a efecto. Si Doniphan no lo consideraba de gran utilidad —sin duda porque la idea había partido de Briant y no de él—, no dejaba de ser de naturaleza tal que podría dar excelentes resultados.

Al mismo tiempo, se tomó la firme resolución de no abandonar el Sloughi mientras no se supiese con certeza si había encallado o no en el litoral de un continente, que no podía ser sino el continente americano.

No obstante, la excursión no pudo emprenderse durante los cinco días siguientes. El tiempo se había vuelto neblinoso y caía a veces una llovizna fina. Si el viento no mostraba tendencia a arreciar, los vapores que empañaban el horizonte habrían hecho inútil el reconocimiento proyectado.

Aquellos días no se perdieron. Se emplearon en diversos trabajos. Briant se ocupaba de los niños más pequeños, a quienes vigilaba sin cesar, como si fuese una necesidad de su naturaleza el prodigarse en afecto paternal. Su preocupación constante era que estuviesen tan bien atendidos como las circunstancias lo permitían. Por eso, al ir bajando la temperatura, los obligó a ponerse ropa más abrigada, ajustándoles las prendas que se encontraban en los cofres de los marineros. Fue aquello una labor de sastrería en la que las tijeras trabajaron más que la aguja, y para la cual Moko, que sabía coser en su calidad de grumete para todo, se mostró muy ingenioso. Decir que Costar, Dole, Jenkins e Iverson quedaron elegantemente vestidos con aquellos pantalones y aquellas chaquetas demasiado anchos, aunque recortados a la buena medida de brazos y piernas, no, en verdad. ¡Poco importaba! Podrían mudarse de ropa, y se acostumbraron pronto a su indumentaria.

Por otra parte, no se les dejaba ociosos. Bajo la dirección de Garnett o de Baxter, iban con frecuencia a recoger mariscos con la marea baja, o a pescar con redes o con sedales en el cauce del río. Diversión para ellos y provecho

para todos. Así ocupados en un trabajo que les agradaba, apenas pensaban en aquella situación cuya gravedad no habrían podido comprender. Sin duda, el recuerdo de sus padres les entristecía, como entristecía a sus compañeros. ¡Pero el pensamiento de que quizá nunca los volverían a ver no podía ocurrírseles!

En cuanto a Gordon y a Briant, casi no abandonaban el Sloughi, cuyo mantenimiento habían asumido. A veces Service se quedaba con ellos, y, siempre jovial, se mostraba también muy útil. Quería a Briant y nunca había formado parte de aquellos compañeros que se llevaban mejor con Doniphan. Así que Briant sentía por él gran afecto.

— ¡Vamos, marcha bien!... ¡marcha bien!... — repetía gustoso Service—. ¡De veras, nuestro Sloughi fue depositado muy oportunamente en la playa por una ola complaciente que no lo dañó demasiado!... ¡Qué suerte que no tuvieron ni Robinson Crusoe ni el Robinson suizo en su isla imaginaria!

¿Y Jacques Briant? Pues bien, si Jacques ayudaba a su hermano en los diversos pormenores del barco, apenas respondía a las preguntas que se le dirigían, apresurábase a desviar la mirada cuando alguien le miraba de frente.

Briant no dejaba de inquietarse seriamente por aquella actitud de Jacques. Al ser más de cuatro años mayor que él, siempre había ejercido sobre él una influencia real. Ahora bien, desde la partida de la goleta, como ya se ha observado, parecía que Jacques fuese como un niño atormentado por los remordimientos. ¿Tenía alguna falta grave que reprocharse — una falta que no se atrevía a confesar ni siquiera a su hermano mayor? Lo cierto era que, más de una vez, sus ojos enrojecidos delataban que acababa de llorar.

Briant llegaba a preguntarse si la salud de Jacques no estaba comprometida. Si aquel chico caía enfermo, ¿qué cuidados podría dispensarle? Tenía ahí una grave preocupación que le impulsaba a interrogar a su hermano sobre lo que sentía, a lo que este no respondía más que:

— No... ¡No! No me pasa nada... ¡nada!

Y era imposible sacarle nada más.

Durante el tiempo transcurrido del 11 al 15 de marzo, Doniphan, Wilcox, Webb y Cross se dedicaron a cazar aves que anidaban en las rocas. Iban siempre juntos y visiblemente buscaban mantenerse aparte. Gordon no lo

veía sin inquietud. Por eso, cuando se presentaba la ocasión, intervenía con unos y otros, intentando hacerles comprender cuán necesaria era la unión. Pero Doniphan, sobre todo, respondía a sus avances con tanta frialdad que juzgaba prudente no insistir. Sin embargo, no perdía la esperanza de destruir aquellos gérmenes de disidencia que podían resultar tan funestos, y quizás los acontecimientos traerían un acercamiento que sus consejos no lograban obtener.

Durante aquellas jornadas de niebla que impidieron emprender la excursión proyectada por la orilla de la bahía, las cacerías fueron bastante fructíferas. Doniphan, apasionado por los deportes al aire libre, era realmente muy hábil en el manejo del fusil. Sumamente orgulloso de su pericia —en exceso, incluso—, no tenía más que desprecio por los otros medios de caza, tales como trampas, redes o lazos, a los que Wilcox daba preferencia. Dadas las circunstancias en que se encontraban sus compañeros, era probable que aquel muchacho les prestara mayores servicios que él. En cuanto a Webb, tiraba bien, pero sin poder pretender igualarse a Doniphan. En cuanto a Cross, carecía del fuego sagrado y se contentaba con aplaudir las proezas de su primo. Conviene también mencionar al perro Phann, que se distinguía en estas cacerías y no dudaba en lanzarse entre las olas para traer la pieza cobrada más allá de los arrecifes.

Hay que reconocerlo: entre las piezas abatidas por los jóvenes cazadores había muchas aves marinas que a Moko no le servían para nada: cormoranes, gaviotas, gaviones, somormujos. Es verdad que las palomas de roca abundaron en cambio, así como los gansos y patos, cuya carne fue muy apreciada. Aquellos gansos eran de la especie de las barnaclas, y, por la dirección que seguían cuando las detonaciones los hacían echar a volar a toda velocidad, podía deducirse que debían habitar el interior del país.

Doniphan mató también algunos de esos ostrereros, que viven habitualmente de moluscos de los que son muy golosos: lapas, almejas, mejillones, etc. En suma, había variedad; pero generalmente aquella caza requería cierta preparación para perder su sabor aceitoso, y, a pesar de su buena voluntad, Moko no siempre salía de esa dificultad a satisfacción de todos. Sin embargo, no había derecho a ser exigente, como repetía a menudo el previsor Gordon, y había que economizar las conservas del yate, si no la provisión de galleta, de la que estaban bien abastecidos.

¡Cuánta impaciencia había, pues, por que se realizase la ascensión del cabo —ascensión que quizá resolvería la importante cuestión de continente o isla! De esa cuestión dependía, en efecto, el futuro y, por consiguiente, la instalación provisional o definitiva en aquella tierra.

El 15 de marzo, el tiempo pareció volverse favorable para la realización de ese proyecto. Durante la noche, el cielo se había despejado de los espesos vapores que la calma de los días anteriores había acumulado en él. Un viento de tierra lo había barrido en pocas horas. Vivos rayos de sol doraron la cresta del acantilado. Cabía esperar que, cuando quedase iluminado oblicuamente por la tarde, el horizonte del este aparecería con suficiente nitidez, y era precisamente ese horizonte el que había que observar. Si una línea de agua continua se extendía por ese lado, significaba que aquella tierra era una isla, y los socorros solo podrían llegar de un navío que apareciese por aquellos parajes.

No se ha olvidado que fue Briant quien tuvo la idea de aquella excursión al norte de la bahía, y había resuelto hacerla solo. Sin duda, habría consentido de buena gana en que Gordon le acompañase. Pero dejar a sus compañeros sin que este estuviese allí para vigilarlos le habría inquietado demasiado.

El día 15, por la tarde, tras comprobar que el barómetro se mantenía en tiempo estable, Briant avisó a Gordon que partiría al día siguiente, al amanecer. Cubrir una distancia de diez u once millas —ida y vuelta incluidas— no era cosa que embarazase a un muchacho vigoroso al que no le importaba la fatiga. La jornada le bastaría sin duda para llevar a buen término su exploración, y Gordon podía tener la seguridad de que estaría de regreso antes de la noche.

Briant partió, pues, en el amanecer, sin que los demás tuviesen conocimiento de su salida. Solo iba armado con un bastón y un revólver, por si encontrase alguna fiera, aunque los cazadores no habían hallado rastro alguno de ella en sus excursiones anteriores.

A esas armas defensivas, Briant había añadido un instrumento que debía facilitarle la tarea cuando estuviese en la punta del promontorio. Era uno de los catalejos del Sloughi, de gran alcance y claridad notable. Al mismo tiempo, en un morral colgado al cinto, llevaba galleta, un trozo de carne salada, una cantimplora con un poco de aguardiente mezclado con agua, en fin,

con qué hacer un almuerzo y si era preciso una cena, si algún incidente retrasaba su regreso a la goleta.

Briant, caminando a buen paso, siguió primero el contorno de la costa, que marcaba, en el límite interior de los arrecifes, un largo cordón de algas, aún húmedas por las últimas aguas del mar al bajar. Al cabo de una hora, dejaba atrás el punto extremo al que habían llegado Doniphan y sus compañeros cuando fueron a cazar palomas de roca. Aquellas aves no tenían nada que temer de él en ese momento. No quería demorarse, con el fin de llegar cuanto antes al pie del cabo. Estando el tiempo despejado y el cielo completamente libre de nieblas, había que aprovechar la ocasión. Si los vapores se acumulaban hacia el este por la tarde, el resultado de la exploración habría sido nulo.

Durante la primera hora, Briant había podido caminar con bastante rapidez y cubrir la mitad del trayecto. Si no se presentaba ningún obstáculo, confiaba en haber alcanzado el promontorio antes de las ocho de la mañana. Pero, a medida que el acantilado se acercaba al banco de arrecifes, la playa ofrecía un terreno más difícil. La franja de arena era tanto más estrecha cuanto más ganaban los rompientes sobre ella. En lugar del terreno elástico y firme que se extendía entre el bosque y el mar en las cercanías del río, Briant se vio desde entonces obligado a aventurarse entre un semillero de rocas resbaladizas, algas viscosas, charcos que había que rodear, piedras oscilantes que no le ofrecían apoyo suficiente. De ahí una marcha muy fatigosa y —lo que fue más lamentable— un retraso de dos largas horas.

—¡Y sin embargo, tengo que llegar al cabo antes de la pleamar! —se decía Briant—. Esta parte de la playa quedó cubierta por la última marea y sin duda lo estará de nuevo por la próxima, hasta el pie del acantilado. Si me veo obligado, ya sea a desandar el camino, ya a refugiarme en alguna roca, llegaré demasiado tarde. ¡Hay que pasar, cueste lo que cueste, antes de que el flujo invada la playa!

Y el valeroso muchacho, sin querer sentir el cansancio que comenzaba a entumecerle los miembros, buscó el camino más corto. En más de un lugar tuvo que quitarse botas y calcetines para cruzar grandes charcos con el agua hasta media pierna; luego, cuando se encontraba de nuevo sobre la superficie de los arrecifes, se aventuraba por ellos sin dejar de temer las caídas que solo a fuerza de destreza y agilidad logró evitar.

Según pudo comprobar, era precisamente en esa parte de la bahía donde la caza acuática abundaba más. Podría decirse que las palomas, los ostreros y los patos pululaban allí. También dos o tres parejas de focas peleteras retozaban en la resaca de los rompientes, sin mostrar ningún temor, sin intentar huir bajo las aguas. De ello podía inferirse que, si aquellos anfibios no desconfiaban del hombre, era porque no creían tener nada que temer de él, y que desde hacía muchos años, al menos, ningún pescador había venido a cazarlos.

Sin embargo, reflexionando bien, Briant concluyó también de la presencia de aquellas focas que aquella costa debía de estar más al sur en latitud de lo que había creído, más meridional por tanto que el archipiélago Neozelandés. Así pues, la goleta había debido desviarse notablemente hacia el sudeste durante su travesía del Pacífico.

Y aquello pareció confirmarse aún mejor cuando Briant, llegado al fin al pie del promontorio, avistó una bandada de pingüinos que frecuentan los parajes antárticos. Se contoneaban por centenas, agitando torpemente sus aletas, que les sirven más para nadar que para volar. Por lo demás, no hay nada que hacer con su carne rancia y aceitosa.

Eran entonces las diez de la mañana. Se ve cuánto tiempo

Briant se sentó, pues, en una roca, al abrigo de la marea creciente, que ya ganaba el banco de arrecifes. Con toda certeza, una hora más tarde no habría podido pasar entre los rompientes y el zócalo del acantilado sin riesgo de verse rodeado por el flujo. Pero eso ya no era cosa que le inquietase, y por la tarde, cuando el reflujo hubiese devuelto todas aquellas aguas al mar, encontraría libre el paso en aquel lugar.

Un buen trozo de carne, algunos tragos de la cantimplora: no fue preciso más para saciar su hambre y su sed, mientras que el descanso daba reposo a sus miembros. Al mismo tiempo, se ponía a reflexionar. Solo entonces, lejos de sus compañeros, intentaba contemplar fríamente la situación, bien decidido a llevar hasta el fin la obra de salvación común tomando en ella la mayor parte. Si la actitud de Doniphan y de algunos otros hacia él no dejaba de preocuparle, era porque veía en ella una causa de división muy perjudicial. Estaba resuelto, no obstante, a oponer una resistencia absoluta a todo acto que le pareciese comprometedor para sus compañeros. Luego pensaba en su hermano Jacques, cuyo estado de ánimo le daba mucha inquietud. Le

parecía que aquel chico ocultaba alguna falta que habría cometido —probablemente antes de la partida—, y se prometía a sí mismo presionarle tanto al respecto que Jacques se viese obligado a responderle.

Durante una hora, Briant prolongó aquel descanso para recuperar todas sus fuerzas. Recogió entonces su morral, se lo echó a la espalda y comenzó a escalar las primeras rocas.

Situado en el extremo mismo de la bahía, el promontorio, que remataba en una punta aguda, presentaba una formación geológica bastante singular. Habría dicho que era una cristalización de origen ígneo, formada bajo la acción de las fuerzas plutónicas.

Aquel promontorio rocoso, contrariamente a lo que parecía ser visto de lejos, no se unía al acantilado. Por su naturaleza, además, difería de él por completo, pues estaba compuesto de rocas graníticas, en lugar de aquellas estratificaciones calcáreas semejantes a las que enmarcan el canal de la Mancha en el oeste de Europa.

Eso fue lo que pudo observar Briant; advirtió también que un estrecho paso separaba el promontorio del acantilado. Más allá, hacia el norte, la playa se extendía hasta perderse de vista. Pero, en suma, puesto que aquel promontorio rocoso dominaba las alturas vecinas en unos treinta metros, la mirada podría abarcar una amplia extensión de territorio. Eso era lo importante.

La ascensión fue bastante penosa. Había que izarse de una roca a otra —rocas tan altas a veces que Briant solo alcanzaba con gran dificultad su borde superior. Sin embargo, como pertenecía a esa categoría de chicos que podría clasificarse en el orden de los trepadores, como siempre había mostrado una pronunciada afición por la escalada desde pequeño, como con ello había adquirido una audacia, una agilidad y una soltura poco ordinarias, puso al fin el pie en la cima, después de haber evitado más de una caída que podría haber sido mortal.

Lo primero de todo, con el catalejo en el ojo, Briant dirigió la vista hacia el este.

Aquella región era llana hasta el límite mismo de su vista. El acantilado formaba la principal altura, y su meseta descendía levemente hacia el interior. Más allá, algunas ondulaciones abombaban aún el suelo sin modificar

sensiblemente el aspecto del país. Verdes bosques lo cubrían en esa dirección, ocultando bajo sus masas, amarillentas por el otoño, el cauce de los ríos que debían de desembocar hacia el litoral. No era más que una superficie plana hasta el horizonte, cuya distancia podía evaluarse en una decena de millas. No parecía, pues, que el mar bordease el territorio por ese lado, y para comprobar si era el de un continente o el de una isla habría que organizar una excursión más larga en dirección al oeste.

En efecto, hacia el norte, Briant no veía el extremo del litoral, que se desenvolvía en línea recta durante siete u ocho millas. Luego, más allá de un nuevo cabo muy alargado, se curvaba hacia dentro formando una inmensa playa arenosa que daba la idea de un vasto desierto.

Hacia el sur, detrás del otro cabo, afilado en el extremo de la bahía, la costa corría de noreste a suroeste, delimitando una vasta marisma que contrastaba con las playas desiertas del norte.

Briant había recorrido atentamente con el objetivo del catalejo todos los puntos de aquel amplio perímetro. ¿Estaba en una isla? ¿Estaba en un continente?... no habría podido decirlo. En todo caso, si era una isla, tenía gran extensión: eso era todo lo que podía afirmar.

Se volvió entonces hacia el oeste. El mar resplandecía bajo los rayos oblicuos del sol que declinaba lentamente hacia el horizonte.

De repente, Briant, llevándose vivamente el catalejo al ojo, lo dirigió hacia la línea extrema del horizonte.

—¡Barcos! —exclamó—. ¡Barcos que pasan!

En efecto, tres puntos negros aparecían en la periferia de las aguas centelleantes, a una distancia que no podía ser inferior a quince millas.

¿Qué agitación se apoderó de Briant! ¿Era víctima de una ilusión? ¿Había allí tres barcos a la vista?

Briant bajó el catalejo, limpió el ocular que se empañaba con su aliento, volvió a mirar...

En verdad, aquellos tres puntos parecían ser barcos de los que solo el casco sería visible. En cuanto al aparejo, nada se veía de él, y, en todo caso, ningún penacho de humo indicaba que fuesen vapores en marcha.

Al instante se le ocurrió a Briant que, si eran barcos, se encontraban a demasiada distancia para que sus señales pudiesen ser vistas. Ahora bien, como era muy admisible que sus compañeros no hubieran avistado aquellos barcos, lo mejor sería regresar rápidamente al Sloughi para encender una gran hoguera en la playa. Y entonces... una vez puesto el sol...

Mientras reflexionaba así, Briant no cesaba de observar los tres puntos negros. ¡Cuál fue su decepción cuando comprobó que no se movían!

Apuntó de nuevo el catalejo y, durante varios minutos, los mantuvo en el campo del objetivo... No tardó en reconocerlo: no eran más que tres pequeños islotes situados al oeste del litoral, cerca de los cuales la goleta debía de haber pasado cuando la tormenta la arrastraba hacia la costa, pero que habían permanecido invisibles entre las nieblas.

La decepción fue grande.

Eran las dos. El mar comenzaba a retirarse, dejando en seco el cordón de arrecifes por el lado del acantilado. Briant, pensando que era hora de regresar al Sloughi, se dispuso a descender al pie del promontorio.

Sin embargo, quiso una vez más recorrer el horizonte del este. Debido a la posición más oblicua del sol, quizá divisaría algún otro punto del territorio que hasta ese momento no le había sido dado ver.

Se hizo, pues, una última observación en esa dirección con minuciosa atención, y Briant no tuvo que arrepentirse de haber tomado ese cuidado.

En efecto, al límite más lejano de su vista, más allá del último telón de verdura, distinguió con toda nitidez una línea azulada que se prolongaba de norte a sur sobre una extensión de varias millas, y cuyos dos extremos se perdían detrás de la masa confusa de los árboles.

—¿Qué es eso? —se preguntó.

Miró con más atención todavía.

—¡El mar!... ¡Sí!... ¡Es el mar!

Y el catalejo estuvo a punto de caérsele de las manos.

Puesto que el mar se extendía al este, ¡ya no había duda! No era un continente en el que el Sloughi había varado, sino una isla, una isla aislada en aquella inmensidad del Pacífico, ¡una isla de la que sería imposible salir!...

Y entonces todos los peligros se presentaron como en una visión rápida al pensamiento del joven muchacho. ¡Su corazón se le encogió hasta el punto de que dejó de sentirlo latir!... Pero, endureciéndose contra aquel involuntario desfallecimiento, comprendió que no debía dejarse abatir, por inquietante que fuese el porvenir.

Un cuarto de hora después, Briant había bajado a la playa, y, retomando el camino que había seguido por la mañana, antes de las cinco llegaba al Sloughi, donde sus compañeros esperaban con impaciencia su regreso.

CAPÍTULO 6

Esa misma tarde, después de cenar, Briant comunicó a los mayores el resultado de su exploración. Se resumía en lo siguiente: en dirección al este, más allá de la zona de bosques, había divisado con toda nitidez una línea de agua que se extendía de norte a sur. Que se tratase de un horizonte marino no le parecía dudoso. Así pues, era en una isla, y no en un continente, donde había venido a embarrancar tan desgraciadamente el *Sloughi*.

De buenas a primeras, Gordon y los demás acogieron con viva emoción la afirmación de su camarada. ¡Cómo! ¿Estaban en una isla y carecían de todo medio para salir de ella? ¡Habría que renunciar al proyecto que habían concebido de buscar hacia el este la ruta de un continente! ¿Quedarían reducidos a esperar el paso de algún barco a la vista de esa costa? ¿Era verdad que en eso consistía en adelante su única esperanza de salvación?

—Pero ¿es que Briant no se ha equivocado en su observación? —observó Doniphan.

—En efecto, Briant —añadió Cross—, ¿no podrías haber tomado por el mar un banco de nubes?

—No —respondió Briant—, estoy seguro de no haber cometido error alguno.

Lo que vi hacia el este era sin duda una línea de agua que se curvaba en el horizonte.

—¿A qué distancia? —preguntó Wilcox.

—A unas seis millas del cabo.

—¿Y más allá —añadió Webb— no había montañas, ni tierras elevadas?

—¡No!... ¡Solo el cielo!

Briant se mostraba tan categórico que no hubiera sido razonable conservar la menor duda al respecto.

Sin embargo, como hacía siempre cuando discutía con él, Doniphan se empeñó en su idea.

—Yo repito —retomó— que Briant pudo equivocarse, y mientras no lo hayamos visto con nuestros propios ojos...

—Eso es lo que haremos —respondió Gordon—, pues hay que saber a qué atenerse.

—Y añadido que no tenemos un día que perder —dijo Baxter—, si queremos partir antes de la mala estación, en caso de que estemos en un continente.

—Mañana mismo, a condición de que el tiempo lo permita —retomó Gordon—, emprenderemos una excursión que durará probablemente varios días. Digo si hace buen tiempo, porque aventurarse a través de esos espesos bosques del interior con mal tiempo sería una locura...

—De acuerdo, Gordon —respondió Briant—, y cuando hayamos alcanzado el litoral opuesto de la isla...

—¡Si es que es una isla! —exclamó Doniphan, que no tuvo reparo en encogerse de hombros.

—¡Que lo es! —replicó Briant con un gesto de impaciencia—. ¡No me he equivocado!... ¡He divisado claramente el mar en dirección al este!... A Doniphan le place contradecirme, según su costumbre...

—¡Eh!, que no eres infalible, Briant.

—¡No, no lo soy! Pero esta vez se verá si he cometido un error. Iré yo mismo a reconocer ese mar, y si Doniphan quiere acompañarme...

—¡Desde luego que iré!

—¡Y nosotros también! —exclamaron tres o cuatro de los mayores.

—¡Bien, bien! —intervino Gordon—. Calmemos los ánimos, camaradas. Si todavía no somos más que niños, procuremos actuar como hombres. Nuestra situación es grave, y una imprudencia podría hacerla aún más

grave. No, no debemos aventurarnos todos a través de esos bosques. Para empezar, los pequeños no podrían seguirnos, ¿y cómo dejarlos solos en el *Sloughi*? Que Doniphan y Briant intenten esa excursión, que dos de sus camaradas les acompañen...

—¡Yo! —dijo Wilcox.

—¡Y yo! —dijo Service.

—Bien —respondió Gordon—. Cuatro será suficiente. Si tardáis en volver, algunos de nosotros podrían salir a vuestro encuentro mientras los demás se quedan en la goleta. No olvidéis que aquí está nuestro campamento, nuestra casa, nuestro «hogar», y no deberemos abandonarlo hasta que tengamos la certeza de estar en un continente.

—¡Estamos en una isla! —respondió Briant—. Lo afirmo por última vez.

—¡Eso lo veremos! —replicó Doniphan.

Los sensatos consejos de Gordon habían puesto fin al desacuerdo entre aquellas jóvenes cabezas. Evidentemente —y el propio Briant lo reconocía— importaba adentrarse a través de los bosques del interior para alcanzar aquella línea de agua que él había entrevisto. Por lo demás, aun admitiendo que fuera efectivamente un mar el que se extendía al este, ¿no podría ocurrir que en esa dirección hubiera otras islas, separadas tan solo por un canal que no sería imposible cruzar? Pues bien, si esas islas formaban parte de un archipiélago, si aparecían alturas en el horizonte, ¿no era eso lo que había que comprobar antes de tomar una determinación de la que podía depender su salvación? Lo que era indudable es que no había tierra alguna al oeste, desde esa parte del Pacífico hasta las proximidades de Nueva Zelanda. Por tanto, los jóvenes náufragos no podían tener ninguna posibilidad de alcanzar un país habitado si no lo buscaban por el lado por donde salía el sol.

Sin embargo, solo sería prudente intentar esa exploración con buen tiempo. Como Gordon acababa de decir, ya no había que razonar ni actuar como niños, sino como hombres. En las circunstancias en que se encontraban, ante las eventualidades amenazadoras del futuro, si la inteligencia de aquellos jóvenes no maduraba prematuramente, si la ligereza y la irreflexión propias de su edad prevalecían y, además, se sembraba la discordia entre ellos, comprometerían absolutamente una situación que ya era bastante críti-

ca. Por eso Gordon estaba resuelto a hacer todo lo posible para mantener el orden entre sus camaradas.

Ahora bien, por mucho que Doniphan y Briant tuvieran prisa por partir, un cambio de tiempo les obligó a aplazar su salida. Al día siguiente empezó a caer lluvia fría a intervalos. El descenso continuado del barómetro indicaba un período de vendavales cuyo fin no era posible prever. Hubiera sido demasiado temerario aventurarse en condiciones tan desfavorables.

En suma, ¿había motivo para lamentarlo? No, ciertamente. Que todos — y no se trata ya de los pequeños — tuvieran prisa por saber si el mar los rodeaba por todas partes, es comprensible. Pero aunque hubieran tenido la certeza de estar en un continente, ¿podían pensar en lanzarse al interior de un país desconocido cuando la mala estación estaba a punto de llegar? Si el recorrido se contaba por cientos de millas, ¿podrían soportar sus fatigas? ¿Tendría el más robusto de ellos fuerzas para llegar hasta el destino? ¡No! Para llevarse a cabo con sensatez, semejante empresa debería postergarse hasta la época de los días largos, cuando ya no hubiera que temer las inclemencias del invierno. Por tanto, habría que resignarse a pasar la temporada de frío en el campamento del *Sloughi*.

Ahora bien, Gordon no había dejado de intentar determinar en qué parte del Océano había tenido lugar el naufragio. El atlas de Stieler, perteneciente a la biblioteca del yate, contenía una serie de cartas del Pacífico. Al tratar de reconstruir la ruta seguida desde Auckland hasta el litoral de América, hacia el norte, más allá del grupo de las Pomotou, no se encontraba sino la isla de Pascua y la isla Juan Fernández, donde Selkirk —un Robinson real— había pasado parte de su existencia. Al sur, ni una tierra hasta los espacios sin límites del Océano Antártico. Si se miraba al este, no había más que los archipiélagos de las islas de Chiloé o de Madre de Dios, desperdigados a lo largo de la costa de Chile, y más abajo, los del estrecho de Magallanes y de la Tierra del Fuego, contra los que rompen los terribles mares del Cabo de Hornos.

Así pues, si la goleta había sido arrojada sobre una de esas islas deshabitadas que lindan con las pampas, ¿habría cientos de millas que recorrer para alcanzar las provincias habitadas de Chile, del Plata o de la República Argentina? ¿Y qué socorro cabía esperar en medio de esas inmensas soledades, donde peligros de toda índole acechan al viajero?

Ante tales eventualidades, convenía actuar con la mayor prudencia y no arriesgarse a perecer miserablemente aventurándose a través de lo desconocido.

Eso era precisamente lo que pensaba Gordon; Briant y Baxter compartían su punto de vista. Sin duda, Doniphan y sus seguidores terminarían por admitirlo.

No obstante, el proyecto de ir a reconocer el mar entrevisto al este seguía en pie. Pero durante los quince días siguientes fue imposible llevarlo a efecto. El tiempo se volvió abominable: días de lluvia de la mañana a la noche, vendavales que se desencadenaban con extrema violencia. El paso a través de los bosques hubiera sido impracticable. Hubo por tanto necesidad de retrasar la exploración, por mucho que se deseara esclarecer esa grave cuestión del continente o isla.

Durante esas largas jornadas de temporal, Gordon y sus camaradas permanecieron confinados a bordo, pero no estuvieron ociosos. Sin hablar de los cuidados que requería el material, había que reparar sin cesar las averías del yate, que sufría gravemente con las inclemencias. El forro exterior empezaba a abrirse en los costados altos y la cubierta ya no era impermeable. En ciertos lugares la lluvia pasaba a través de las costuras, cuya estopa se iba deshilachando poco a poco, y era necesario calafatearlas sin descanso.

Así pues, lo más urgente era buscar un refugio menos precario. Aun admitiendo que se pudiera partir hacia el este, eso no ocurriría antes de cinco o seis meses, y sin duda el *Sloughi* no aguantaría hasta entonces. Pues bien, si había que abandonarlo en plena mala estación, ¿dónde encontrarían un refugio, dado que el reverso del acantilado, expuesto al oeste, no ofrecía ni siquiera una oquedad que hubiera podido aprovecharse? Era pues en el reverso opuesto, al abrigo de los vientos de alta mar, donde convenía emprender nuevas exploraciones y, de ser necesario, construir una morada suficientemente grande para albergar a todo aquel pequeño mundo.

Mientras tanto, hubieron de realizarse reparaciones urgentes para tapar, no ya las vías de agua sino las vías de aire abiertas en el casco, y para afirmar el forro interior que se estaba desuniendo. Gordon habría empleado incluso las velas de repuesto para cubrir el casco de no ser por el disgusto de sacrificar esas gruesas lonas que podrían servir para montar una tienda en

caso de verse obligados a acampar al raso. Tuvieron que conformarse con tender sobre la cubierta lonas embreadas.

Entre tanto, la carga fue dividida en fardos, anotados en el cuaderno de Gordon con un número de orden, de modo que en caso de urgencia pudieran transportarse más rápidamente al abrigo de los árboles.

Cuando el tiempo concedía algunas horas de calma, Doniphan, Webb y Wilcox salían a cazar palomas de las rocas, que Moko intentaba, con mayor o menor éxito, preparar de distintas maneras. Por otra parte, Garnett, Service, Cross, a quienes se unían los pequeños y a veces Jacques cuando su hermano se lo pedía expresamente, se dedicaban a la pesca. En aquellos parajes tan ricos en peces, lo que la bahía proporcionaba en abundancia, entre las algas agarradas a los primeros escollos, eran ejemplares del género *notothenia* así como merluzas de gran tamaño. Entre los filamentos de esos gigantescos fucos, esos *kelps* que miden hasta ciento veinte metros de longitud, pululaba un número prodigioso de pececillos que podían tomarse con la mano.

¡Había que oír las mil exclamaciones de aquellos jóvenes pescadores cuando recogían sus redes o sus sedales a lo largo del borde del banco de escollos!

— ¡Tengo uno!... ¡Tengo unos magníficos! — gritaba Jenkins —. ¡Oh, qué gordos son!

— ¡Y los míos... más gordos que los tuyos! — gritaba Iverson, que llamaba a Dole en su ayuda.

— ¡Van a escapársenos! — gritaba Costar.

Y entonces acudían en su ayuda.

— ¡Aguantad!... ¡Aguantad!... — repetían Garnett o Service, yendo de uno a otro —. ¡Y sobre todo, levantad las redes rápido!

— ¡Pero si no puedo!... ¡No puedo!... — repetía Costar, al que el peso arastraba a su pesar.

Y todos, aunando sus esfuerzos, lograban sacar las redes a la arena. Ya era hora, pues entre las aguas claras había no pocos de esas mixinas, feroces lampreas que en un abrir y cerrar de ojos devoran el pez atrapado en las mallas. Aunque de esta forma perdían muchos, el resto bastaba amplia-

mente para las necesidades de la mesa. Las merluzas, principalmente, proporcionaban una carne excelente, ya fuera comiéndolas frescas o conservándolas en sal.

En cuanto a la pesca en la desembocadura del río, apenas daba más que mediocres ejemplares de *galaxias*, una especie de gobios con los que Moko no tenía más remedio que hacer frituras.

El 27 de marzo, una captura más importante dio lugar a un incidente bastante cómico.

Durante la tarde, como había dejado de llover, los pequeños habían ido al lado del río con sus aparejos de pesca.

De pronto resonaron sus gritos —de alegría, ciertamente— aunque pedían socorro.

Gordon, Briant, Service y Moko, que estaban trabajando a bordo de la goleta, interrumpieron sus tareas y, lanzándose en la dirección de donde provenían esos gritos, no tardaron en franquear los quinientos o seiscientos pasos que los separaban del río.

—¡Venid!... ¡Venid!... —gritaba Jenkins.

—¡Venid a ver a Costar y su corcel! —decía Iverson.

—¡Más deprisa, Briant, más deprisa, o se nos va a escapar! —repetía Jenkins.

—¡Basta!... ¡Basta!... ¡Bajadme!... ¡Tengo miedo! —gritaba Costar haciendo gestos de desesperación.

—¡Arre!... ¡Arre!... —gritaba Dole, que se había sentado a la grupa de Costar sobre una masa en movimiento.

Esa masa no era otra cosa que una tortuga de grandes dimensiones, uno de esos enormes quelonios que se encuentran con más frecuencia dormidos en la superficie del mar.

En esta ocasión, sorprendida en la orilla, trataba de regresar a su elemento natural.

En vano intentaban los niños, después de haberle pasado una cuerda alrededor del cuello que asomaba fuera del caparazón, retener al vigoroso

animal. Este seguía avanzando, y si no lo hacía a gran velocidad, al menos «tiraba» con una fuerza irresistible, arrastrando a toda la banda tras de sí. Por travesura, Jenkins había encaramado a Costar sobre el caparazón, y Dole, a horcajadas detrás, sujetaba al pequeño, que no cesaba de lanzar gritos de terror tanto más agudos cuanto más se acercaba la tortuga al mar.

—¡Aguanta!... ¡Aguanta, Costar! —dijo Gordon.

—¡Y ten cuidado de que tu caballo no se desboque! —exclamó Service.

Briant no pudo evitar reírse, pues no había ningún peligro. En cuanto Dole soltara a Costar, el niño no tenía más que dejarse resbalar; se llevaría el susto, pero nada más.

Ahora bien, lo urgente era capturar al animal. Evidentemente, aunque Briant y los demás unieran sus fuerzas a las de los pequeños, no lograrían detenerlo. Por tanto, había que buscar el medio de frenar su marcha antes de que desapareciera bajo las aguas, donde estaría a salvo.

Los revólveres de los que Gordon y Briant se habían provisto al salir de la goleta no les servirían de nada, pues el caparazón de una tortuga es a prueba de bala; y si la hubieran atacado a hachazos, habría retirado la cabeza y las patas para ponerse fuera de su alcance.

—Solo hay un medio —dijo Gordon—: darle la vuelta sobre el dorso.

—¿Y cómo? —replicó Service—. Este bicho pesa al menos ciento treinta y cinco kilos, y nunca podremos...

—¡Pértigas!... ¡Pértigas!... —respondió Briant.

Y, seguido de Moko, regresó a todo correr hacia el *Sloughi*.

En ese momento, la tortuga no se encontraba ya a más de treinta pasos del mar. Así pues, Gordon se apresuró a quitar a Costar y a Dole, aferrados al caparazón. Entonces, cogiendo la cuerda, todos tiraron de ella con todas sus fuerzas sin conseguir retrasar la marcha del animal, que habría sido capaz de arrastrar a todo el internado Chairman.

Por suerte, Briant y Moko volvieron antes de que la tortuga alcanzara el mar.

Se introdujeron entonces dos pértigas bajo su plastrón y, mediante esas palancas, se logró, no sin grandes esfuerzos, darle la vuelta sobre el dorso.

Hecho esto, quedó definitivamente prisionera, pues le era imposible ponerse de nuevo sobre sus patas.

Por lo demás, en el momento en que retiraba la cabeza, Briant le asestó un hachazo tan certero que perdió la vida casi al instante.

—Bueno, Costar, ¿todavía le tienes miedo a este bicho? —le preguntó al pequeño.

—No... no, Briant, ya que está muerta.

—¡Vaya! —exclamó Service—. ¡Apuesto a que de todas formas no te atreves a comerla!

—¿Es que se come?

—¡Claro que sí!

—¡Pues me la comeré, si está buena! —replicó Costar, relamiéndose ya.

—Está exquisita —respondió Moko, que no se aventuraba demasiado al afirmar que la carne de tortuga es muy delicada.

Como no podía pensarse en transportar esa masa hasta el yate, hubo que descuartizarla allí mismo. Era bastante repugnante, pero los jóvenes náufra-gos empezaban a acostumbrarse a las necesidades a veces muy desagradables de esa vida de Robinsones. Lo más difícil fue romper el plastrón, cuya dureza metálica habría embotado el filo de un hacha. Lo lograron introduciendo un escoplo en los intersticios de las placas. Luego la carne, cortada en trozos, fue llevada al *Sloughi*. Y ese día, todos pudieron comprobar que el caldo de tortuga era exquisito, sin contar los asados que devoraron, aunque Service los había dejado carbonizarse algo sobre las brasas demasiado ardientes. El propio Phann demostró a su manera que los restos del animal no eran de despreciar para la raza canina.

Aquella tortuga había proporcionado más de veintitrés kilos de carne —lo que permitiría economizar las conservas del yate.

El mes de marzo concluyó en esas condiciones. Durante esas tres semanas, desde el naufragio del *Sloughi*, cada uno había trabajado lo mejor que pudo con vistas a una prolongación de la estancia en esa parte de la costa. Quedaba ahora, antes de que el invierno hiciera su aparición, resolver definitivamente la importante cuestión del continente o de la isla.

El 1 de abril quedó patente que el tiempo no tardaría en cambiar. El barómetro subía lentamente y el viento rolaba hacia tierra con cierta tendencia a amainar. No era posible equivocarse ante esos síntomas de una calma próxima y quizás de larga duración. Las circunstancias se prestarían pues a una exploración en el interior del país.

Los mayores hablaron de ello ese día y, tras deliberar, se hicieron los preparativos en vista de una expedición cuya importancia no se le escapaba a nadie.

—Creo —dijo Doniphan— que nada nos impedirá partir mañana por la mañana.

—Nada, eso espero —respondió Briant—, y habrá que estar listos a primera hora.

—He anotado —dijo Gordon— que esa línea de agua que viste al este se encontraba a seis o siete millas del promontorio...

—Sí —respondió Briant—, pero como la bahía se adentra bastante, es posible que esa distancia sea menor desde nuestro campamento.

—¿Y en ese caso —retomó Gordon— vuestra ausencia podría no durar más de veinticuatro horas?

—Sí, Gordon, si pudiéramos avanzar directamente hacia el este. Solo que ¿encontraremos un paso a través de esos bosques una vez que hayamos rodeado el acantilado?

—¡Oh!, esa dificultad no nos detendrá —observó Doniphan.

—Sea —respondió Briant—, pero otros obstáculos pueden cortar el camino: un curso de agua, un pantano, quién sabe. Será prudente pues proveerse de víveres por si el viaje durase unos cuantos días...

—Y de munición —añadió Wilcox.

—Eso va de suyo —retomó Briant—, y quedemos bien en esto, Gordon: si no hubiéramos vuelto en cuarenta y ocho horas, no deberías inquietarte...

—Me inquietaría aunque vuestra ausencia no durase más de medio día —respondió Gordon—. Por lo demás, no es eso lo que importa ahora. Puesto que se ha decidido la expedición, llevadla a cabo. Además, no debe tener únicamente por objetivo alcanzar ese mar entrevisto al este. Es igualmente

necesario reconocer el país más allá del acantilado. Por este lado no hemos encontrado ninguna cueva, y cuando abandonemos el *Sloughi*, habrá que trasladar el campamento al abrigo de los vientos de alta mar. Pasar la mala estación en esta playa me parece inaceptable...

—Tienes razón, Gordon —respondió Briant—, y buscaremos algún lugar conveniente donde instalarnos...

—A no ser que quede demostrado que se puede abandonar definitivamente esta pretendida isla —observó Doniphan, que seguía volviendo siempre a su idea.

—De acuerdo, aunque la estación, ya muy avanzada, no se presta demasiado para eso —respondió Gordon—. En fin, haremos lo mejor posible. ¡Pues bien, a la partida mañana!

Los preparativos no tardaron en quedar terminados. Cuatro días de víveres, repartidos en sacos que se llevarían en bandolera; cuatro fusiles, cuatro revólveres, dos pequeñas hachas de a bordo, una brújula de bolsillo, una luneta suficientemente potente para permitir observar el territorio en un radio de cinco a seis kilómetros, mantas de viaje; luego, junto con los utensilios de bolsillo, mechas de yesca, eslabones, cerillas; todo ello debía ser suficiente, a lo que parecía, para las necesidades de una expedición de corta duración aunque no exenta de peligros. Así pues, Briant y Doniphan, así como Service y Wilcox, que iban a acompañarlos, tendrían cuidado de mantenerse en guardia, de no avanzar sino con la mayor circunspección y de no separarse jamás.

Gordon se decía que su presencia no habría sido inútil entre Briant y Doniphan. Pero le pareció más sensato quedarse en el *Sloughi* para velar por sus jóvenes camaradas. Así pues, tomando aparte a Briant, le arrancó la promesa de evitar todo motivo de desacuerdo o de riña.

Los pronósticos del barómetro se habían cumplido. Antes de caer la noche, las últimas nubes habían desaparecido hacia el oeste. La línea del mar se curvaba al oeste sobre un horizonte muy diáfano. Las magníficas constelaciones del hemisferio austral centelleaban en el firmamento y, entre ellas, la espléndida Cruz del Sur, que brilla en el polo antártico del universo.

Gordon y sus camaradas, en vísperas de aquella separación, sentían el corazón encogido. ¡Qué podría ocurrir durante una expedición sujeta a tan-

tas eventualidades graves! Mientras sus miradas se posaban en el cielo, regresaban con el pensamiento a sus padres, a sus familias, a su tierra, que quizás no les sería dado volver a ver jamás.

Y entonces los pequeños se arrodillaron ante aquella Cruz del Sur como lo habrían hecho ante la cruz de una capilla. ¿No les decía que rezasen al omnipotente Creador de esas maravillas celestes y que pusieran en Él su esperanza?

CAPÍTULO 7

Briant, Doniphan, Wilcox y Service habían abandonado el campamento del Sloughi a las siete de la mañana. El sol, que ascendía en un cielo sin nubes, anunciaba una de esas hermosas jornadas que el mes de octubre reserva a veces a los habitantes de las zonas templadas del hemisferio boreal. Ni el calor ni el frío eran de temer. Si algún obstáculo debía retrasar o detener la marcha, este provendría únicamente de la naturaleza del terreno.

En primer lugar, los jóvenes exploradores tomaron oblicuamente por la playa de manera que pudieran ganar el pie del acantilado. Gordon les había aconsejado llevar a Phann, cuyo instinto podría serles muy útil, y de ahí que el inteligente animal formara parte de la expedición.

Un cuarto de hora después de la partida, los cuatro muchachos habían desaparecido bajo la cubierta del bosque, que fue cruzado rápidamente. Alguna caza menor revoloteaba entre los árboles. Pero, como no se trataba de perder el tiempo persiguiéndola, Doniphan, resistiendo sus instintos, tuvo la sensatez de abstenerse. El propio Phann acabó por comprender que se desperdiciaba en idas y venidas inútiles, y se mantuvo junto a sus amos sin alejarse más de lo que convenía a su papel de explorador de vanguardia.

El plan consistía en bordear la base del acantilado hasta el cabo situado al norte de la bahía, si, antes de llegar a su extremo, hubiera resultado imposible atravesarlo. Se marcharía entonces hacia la extensión de agua señalada por Briant. Este itinerario, aunque no era el más corto, tenía la ventaja de ser el más seguro. En cuanto a alargarse uno o dos kilómetros, eso no era motivo de preocupación para unos muchachos vigorosos y buenos caminantes.

En cuanto alcanzó el acantilado, Briant reconoció el lugar donde Gordon y él se habían detenido durante su primera exploración. Como en esa porción de la muralla calcárea no había ningún paso descendiendo hacia el sur, había que buscar hacia el norte un collado practicable, aunque fuese preciso remontar hasta el cabo. Eso exigiría, sin duda, toda una jornada; pero no podría procederse de otro modo en caso de que el acantilado fuera infranqueable por su reverso occidental.

Esto fue lo que Briant explicó a sus camaradas, y Doniphan, después de haber intentado en vano escalar una de las pendientes del talud, no puso más objeciones. Los cuatro siguieron entonces la base del acantilado, bordeada por la última hilera de árboles.

Caminaron durante una hora aproximadamente y, como probablemente haría falta llegar hasta el promontorio, Briant se preguntaba con inquietud si el paso estaría libre. Con la hora que avanzaba, ¿no habría cubierto ya la marea la playa? Eso supondría perder casi media jornada, esperando a que la bajamar dejara en seco el banco de arrecifes.

—Démonos prisa —dijo, tras explicar cuánto importaba adelantarse a la llegada de la pleamar.

—¡Bah! —respondió Wilcox—. ¡Nos mojaremos los tobillos y ya está!

—¡Los tobillos, y luego el pecho, y luego las orejas! —replicó Briant—. El mar sube metro y medio o casi dos metros, como mínimo. La verdad, creo que habría sido mejor ir directamente al promontorio.

—Tenías que haberlo propuesto —respondió Doniphan—. Eres tú, Briant, quien nos sirve de guía, y si nos retrasamos, ¡a ti solo habrá que echarle la culpa!

—Sea, Doniphan. En todo caso, no perdamos ni un instante. ¿Dónde está Service?

Y llamó:

—¿Service?... ¿Service?

El muchacho ya no estaba. Después de alejarse con su amigo Phann, había desaparecido tras un saliente del acantilado, a unos cien pasos a la derecha.

Pero casi de inmediato se oyeron gritos al mismo tiempo que los ladridos del perro. ¿Se encontraba Service ante algún peligro?

En un instante, Briant, Doniphan y Wilcox alcanzaron a su camarada, que se había detenido frente a un desprendimiento parcial del acantilado —un derrumbe de antigua data—. A causa de infiltraciones o, sencillamente, bajo la acción de las inclemencias del tiempo que habían disgregado la masa calcárea, se había formado desde la cresta de la muralla hasta el nivel del suelo una especie de medio embudo con el vértice hacia abajo. En la pared vertical se abría una garganta troncocónica, cuyas paredes interiores no ofrecían pendientes de más de cuarenta o cincuenta grados. Además, sus irregularidades presentaban una serie de puntos de apoyo en los que sería fácil hacer pie. Unos muchachos ágiles y flexibles debían poder, sin demasiado esfuerzo, alcanzar la arista superior, siempre que no provocasen un nuevo derrumbe.

Aunque suponía un riesgo, no dudaron.

Doniphan se lanzó el primero sobre el amontonamiento de piedras apiladas en la base.

—¡Espera!... ¡Espera! —le gritó Briant—. ¡No tiene sentido cometer una imprudencia!

Pero Doniphan no le hizo caso, y, como ponía su amor propio en adelantarse a sus camaradas —a Briant sobre todo—, pronto llegó a mitad de altura del embudo.

Sus camaradas le habían imitado, evitando colocarse directamente debajo de él para no ser alcanzados por los fragmentos que se desprendían del macizo y rebotaban hasta el suelo.

Todo salió bien, y Doniphan tuvo la satisfacción de poner el pie en la cresta del acantilado antes que los demás, que llegaron un poco después.

Doniphan ya había sacado el catalejo del estuche y lo paseaba por la superficie de los bosques que se extendían a perderse de vista en dirección al este.

Allí aparecía el mismo panorama de verdor y cielo que Briant había observado desde lo alto del cabo, algo menos profundo, sin embargo, pues ese cabo dominaba el acantilado en unos treinta metros.

—¿Y bien? —preguntó Wilcox—. ¿No ves nada?...

—¡Absolutamente nada! —replicó Doniphan.

—Ahora me toca a mí mirar —dijo Wilcox.

Doniphan le entregó el catalejo a su camarada, no sin que una visible satisfacción se pintase en su rostro.

—¡No distingo la menor línea de agua! —dijo Wilcox, después de bajar el catalejo.

—Eso se debe probablemente —respondió Doniphan— a que no hay ninguna por este lado. Puedes mirar tú, Briant, y creo que reconocerás tu error...

—¡No hace falta! —respondió Briant—. ¡Estoy seguro de no haberme equivocado!

—¡Es sorprendente!... No vemos nada...

—Es del todo natural, puesto que el acantilado es menos elevado que el promontorio, lo cual reduce el alcance de la vista. Si estuviéramos a la altura en que yo me encontraba, la línea azul aparecería a una distancia de diez u once kilómetros. Veríais entonces que está exactamente donde la indiqué, y que es imposible confundirla con una franja de nubes.

—¡Eso es fácil decirlo!... —observó Wilcox.

—Y no menos fácil de comprobar —respondió Briant—. Cruzamos la meseta del acantilado, atravesamos los bosques y avanzamos hacia el este hasta llegar...

—¡Bueno! —respondió Doniphan—. Eso podría llevarnos lejos, y no sé si vale la pena...

—Quédate, Doniphan —respondió Briant, que, fiel a los consejos de Gordon, se contenía a pesar de la mala disposición de su camarada—. ¡Quédate! Service y yo iremos solos...

—¡Iremos también! —replicó Wilcox—. ¡En marcha, Doniphan, en marcha!

—¡Cuando hayamos almorzado! —respondió Service.

En efecto, convenía tomar un buen tentempié antes de partir. Así se hizo en media hora; después reanudaron la marcha.

El primer kilómetro se cubrió rápidamente. El suelo herboso no presentaba ningún obstáculo. Aquí y allá, musgos y líquenes cubrían pequeñas protuberancias pedregosas. Algunos arbustos se agrupaban de trecho en trecho, siguiendo sus especies: aquí helechos arborescentes o licopodios; allá brezos, agracejo, matas de acebo de hojas puntiagudas, o manojos de esos «berberis» de hojas coriáceas que proliferan incluso a latitudes más altas.

Cuando Briant y sus camaradas cruzaron la meseta superior, no sin esfuerzo lograron descender el reverso opuesto del acantilado, casi tan elevado y escarpado como por el lado de la bahía. De no haber sido por el cauce semiseco de un torrente, cuyas sinuosidades atemperaban la rigidez de las pendientes, habrían tenido que volver hasta el promontorio.

Una vez alcanzado el bosque, la marcha se volvió más penosa sobre un suelo enmarañado de vigorosas plantas, erizado de hierbas altas. Con frecuencia, lo obstruían árboles derribados, y el matorral era tan espeso que había que abrirse paso a golpes. Los muchachos blandían entonces el hacha como esos pioneros que se aventuran por los bosques del Nuevo Mundo. A cada momento había paradas durante las cuales los brazos se fatigaban más que las piernas. De ahí muchos retrasos, y el camino recorrido desde la mañana hasta la noche no sumaría, desde luego, más de cinco o seis kilómetros.

En verdad, parecía que ningún ser humano hubiera penetrado jamás bajo la cubierta de esos bosques. Al menos, no se encontraba ningún rastro. El más estrecho sendero habría bastado para atestiguar su paso, y no existía ninguno. La edad o alguna tormenta eran los únicos responsables de haber derribado aquellos árboles, no la mano del hombre. Las hierbas, pisadas en ciertos lugares, no indicaban más que el paso reciente de animales de mediana talla, algunos de los cuales se vio huir sin poder reconocer a qué especie pertenecían. En todo caso, debían de ser poco temibles, ya que se ponían fuera de alcance con tanta rapidez.

Cierto que le picaba la mano, a ese impaciente Doniphan, por aferrar el fusil y descargarlo sobre aquellos tímidos cuadrúpedos. Pero la razón le ayudaba, y Briant no tuvo que intervenir para impedir que su camarada cometiese la imprudencia de revelar su presencia con un disparo.

Sin embargo, si Doniphan había comprendido que debía imponer silencio a su arma favorita, las ocasiones de hacerla hablar habrían sido frecuentes. A cada paso levantaban el vuelo perdices de la especie de los tinamúes, de sabor muy delicado, u otras de la especie de las endromias, más conocidas con el nombre de martinetas; y también zorzales, ocas salvajes, urogallos, sin contar gran número de aves que habría sido fácil abatir por centenas.

En suma, para el caso de que se fuera a permanecer en esa región, la caza podría proporcionar alimento abundante. Esto fue lo que Doniphan se limitó a constatar al principio de la exploración, con la perspectiva de resarcirse más adelante de la reserva que las circunstancias le imponían.

Las especies de esos bosques pertenecían más particularmente a las diversas variedades de abedules y hayas que extendían su ramaje de un verde tierno hasta treinta metros por encima del suelo. Entre los demás árboles figuraban cipreses de hermoso porte, mirtáceas de madera rojiza y muy densa, y magníficos grupos de esos vegetales llamados «winters», cuya corteza despiden un aroma que se aproxima al de la canela.

Eran las dos de la tarde cuando se hizo una segunda parada en medio de un estrecho claro atravesado por un río poco profundo —lo que en América del Norte se llama un «creek»—. Las aguas de ese creek, de perfecta limpieza, corrían suavemente sobre un lecho de rocas negruzcas. A juzgar por su curso apacible y poco profundo, que todavía no entorpecían ni madera muerta ni hierbas a la deriva, cabía creer que sus manantiales no debían de estar lejos. En cuanto a cruzarlo, nada más fácil pasando por las piedras que lo salpicaban. Es más, en un determinado lugar, unas piedras planas estaban yuxtapuestas con suficiente simetría como para llamar la atención.

—¡Qué curioso! —dijo Doniphan.

En efecto, aquello parecía una especie de calzada tendida de un margen al otro.

—¡Parece una presa! —exclamó Service, que se disponía a cruzarla.

—¡Espera!... ¡Espera! —le respondió Briant—. Tenemos que hacernos cargo de la disposición de esas piedras.

—No es admisible —añadió Wilcox— que se hayan colocado así solas.

—No —dijo Briant—, y parece que alguien quiso establecer un paso en este punto del río... Miremos más de cerca.

Examinaron entonces con cuidado cada uno de los elementos de esa estrecha calzada, que solo emergía unos pocos centímetros y debía quedar inundada durante la temporada de lluvias.

En suma, ¿podía afirmarse que había sido la mano del hombre la que había dispuesto esas losas a través del creek para facilitar el paso del curso de agua? No. ¿No valía más creer que, arrastradas por la violencia de la corriente en época de crecidas, se habían ido acumulando poco a poco formando una presa natural? Esta fue incluso la explicación más sencilla de la existencia de esa calzada, y la que Briant y sus camaradas adoptaron tras un minucioso examen.

Hay que añadir que ni la orilla izquierda ni la derecha presentaban otros indicios, y nada probaba que pie humano hubiera pisado jamás el suelo de ese claro.

En cuanto al creek, su curso se dirigía hacia el nordeste, en sentido contrario a la bahía. ¿Desembocaba entonces en ese mar que Briant afirmaba haber divisado desde lo alto del cabo?

—A menos —dijo Doniphan— que ese río sea afluente de otro más importante que volviera hacia el poniente.

—Ya lo veremos —respondió Briant, quien consideró inútil reanudar la discusión al respecto—. Sin embargo, mientras discurra hacia el este, creo que haremos bien en seguirlo, siempre que no haga demasiados rodeos.

Los cuatro muchachos se pusieron en marcha, habiendo tenido cuidado de cruzar el creek por la calzada —a fin de no tener que vadearlo más abajo y quizás en condiciones menos favorables.

Fue bastante fácil seguir la orilla, salvo en algunos lugares donde ciertos grupos de árboles bañaban sus raíces en el agua viva, mientras sus ramas se juntaban de un margen al otro. Si el creek describía a veces un codo brusco, su dirección general, tomada con la brújula, era siempre hacia el este. En cuanto a su desembocadura, debía de estar todavía lejos, pues la corriente no ganaba en velocidad ni el cauce en anchura.

Hacia las cinco y media, Briant y Doniphan tuvieron que constatar, no sin pesar, que el curso del creek tomaba decididamente hacia el norte. Eso podría llevarlos lejos si continuaban siguiéndolo como hilo conductor, en una dirección que los alejaba manifiestamente de su objetivo. Acordaron, pues, abandonar la orilla y retomar rumbo hacia el este, por lo más espeso de los abedules y las hayas.

¡Avance muy penoso! Entre las hierbas altas que a veces les superaban la cabeza, se veían obligados a llamarse para no perderse de vista.

Como después de toda una jornada de marcha nada indicaba aún la proximidad de una extensión de agua, Briant no dejaba de estar inquieto. ¿Habría sido víctima de una ilusión cuando observaba el horizonte desde lo alto del cabo?...

—¡No!... ¡No!... —se repetía—. ¡No me he equivocado!... ¡No puede ser!... ¡No es así!

Sea como fuere, hacia las siete de la tarde no se había alcanzado siquiera el límite del bosque, y la oscuridad era ya demasiado grande para permitir orientarse.

Briant y Doniphan resolvieron hacer alto y pasar la noche al abrigo de los árboles. Con un buen trozo de corned beef, no se sufriría de hambre. Con buenas mantas, no se sufriría de frío. Por lo demás, nada habría impedido encender un fuego de ramas muertas, si esta precaución, excelente contra los animales, no hubiera resultado comprometedora en caso de que algún indígena se acercara durante la noche.

—Mejor no correr el riesgo de ser descubiertos —observó Doniphan.

Todos fueron de su misma opinión, y solo se ocuparon ya de la cena. No era el apetito lo que les faltaba. Después de hacer una buena mella en las provisiones de viaje, se disponían a tenderse al pie de un enorme abedul cuando Service señaló, a unos pocos pasos, un espeso matorral. De ese matorral —en la medida en que podía juzgarse en la oscuridad— emergía un árbol de mediana altura cuyas ramas bajas caían hasta el suelo. Fue allí, sobre un lecho de hojas secas, donde los cuatro se acostaron tras envolverse en sus mantas. A su edad, el sueño nunca falla. Y así durmieron de un tirón, mientras Phann, aunque encargado de velar por ellos, imitaba a sus jóvenes amos.

Una o dos veces, sin embargo, el perro lanzó un gruñido prolongado. Evidentemente, algunos animales, fieras u otros, merodeaban por el bosque; pero no se acercaron a las proximidades del campamento.

Eran cerca de las siete cuando Briant y sus compañeros se despertaron. Los rayos oblicuos del sol iluminaban vagamente todavía el lugar donde habían pasado la noche.

Service fue el primero en salir del matorral, y entonces sus gritos resonaron, o más bien sus exclamaciones de sorpresa.

—¡Briant!... ¡Doniphan!... ¡Wilcox!... ¡Venid!... ¡Venid!

—¿Qué pasa? —preguntó Briant.

—¡Sí! ¿Qué pasa?... —preguntó Wilcox—. Con su manía de gritar siempre, Service nos da unos sustos...

—¡Está bien, está bien!... —respondió Service—. Entretanto, ¡mirad dónde hemos dormido!

No era un matorral: era una cabaña de follaje, una de esas chozas que los indios llaman «ajoupas» y que están hechas de ramajes entrelazados. Ese ajoupa debía de ser de construcción antigua, pues su techo y sus paredes apenas se sostenían gracias al árbol contra el que se apoyaba y cuyo ramaje vestía de nuevo esa choza, semejante a las que sirven a los indígenas de América del Sur.

—¿Hay, pues, habitantes? —dijo Doniphan, lanzando rápidas miradas a su alrededor.

—O los ha habido —respondió Briant—, pues ¡esta cabaña no se ha construido sola!

—¡Eso explicaría la existencia de la calzada tendida a través del creek! —observó Wilcox.

—¡Pues mejor! —exclamó Service—. Si hay habitantes, serán buena gente, ya que han construido esta choza expresamente para que pasáramos la noche.

En realidad, nada era menos seguro que los indígenas de ese país fueran buena gente, como decía Service. Lo que era manifiesto es que unos indígenas frecuentaban o habían frecuentado esa parte del bosque en una época

más o menos lejana. Ahora bien, esos indígenas no podían ser más que indios, si aquella tierra era parte del Nuevo Continente, o polinesios e incluso caníbales, si era una isla perteneciente a alguno de los grupos de Oceanía. ¡Esta última eventualidad habría estado cargada de peligros, y más que nunca importaba que la cuestión quedara resuelta!

Así pues, Briant iba a ponerse en marcha cuando Doniphan propuso visitar minuciosamente esa choza, que, por lo demás, parecía haber sido abandonada hacía mucho tiempo.

Quizás se encontraría en ella algún objeto, un utensilio, un instrumento, una herramienta, cuyo origen se pudiera llegar a reconocer.

La cama de hojas secas extendida sobre el suelo del ajoupa fue revuelta con cuidado y, en un rincón, Service recogió un fragmento de cerámica que debía de provenir de un cuenco o de una calabaza... Nuevo indicio del trabajo del hombre, pero que no aclaraba nada más. No había, pues, más que reanudar la marcha.

A las siete y media, los jóvenes, brújula en mano, se dirigieron decididamente hacia el este sobre un terreno cuya inclinación se acusaba levemente. Avanzaron así durante dos horas, lentamente, muy lentamente, en medio de inextricables enmarañados de hierbas y arbustos, y en dos o tres ocasiones tuvieron que abrirse paso con el hacha.

Por fin, un poco antes de las diez, apareció un horizonte distinto al interminable telón de árboles. Más allá del bosque se extendía una amplia llanura sembrada de lentiscos, tomillos y brezos. A medio kilómetro hacia el este quedaba circunscrita por una franja de arena que batía suavemente el oleaje de ese mar dividido por Briant, que se extendía hasta los límites del horizonte...

Doniphan callaba. Le costaba, a ese chico vanidoso, reconocer que su camrada no había cometido ningún error.

Sin embargo, Briant, que no buscaba triunfar, examinaba los alrededores con el catalejo en la mano.

Al norte, la costa, vivamente iluminada por los rayos del sol, se curvaba un poco hacia la izquierda.

Al sur, el mismo aspecto, salvo que el litoral se redondeaba en una curva más pronunciada.

¡Ya no cabía duda alguna! No era un continente: era una isla sobre la que la tempestad había arrojado la goleta, y habría que renunciar a toda esperanza de salir de ella si no llegaba ningún socorro del exterior.

Por lo demás, mar adentro, ninguna otra tierra a la vista. Parecía que esa isla estuviera aislada y como perdida en medio de las inmensidades del Pacífico.

Sin embargo, Briant, Doniphan, Wilcox y Service, tras atravesar la llanura que se extendía hasta la playa, se habían detenido al pie de un montículo de arena. Su intención era almorzar y después reemprender la marcha a través del bosque. Quizás, si se daban prisa, no les fuera imposible estar de vuelta en el Sloughi antes del anochecer.

Durante la comida, que fue bastante triste, apenas intercambiaron unas pocas palabras.

Por fin, Doniphan, recogiendo su mochila y su fusil, se levantó y no dijo más que esta palabra:

—Partamos.

Y los cuatro, después de lanzar una última mirada a ese mar, se disponían a volver a cruzar la llanura cuando Phann salió brincando en dirección a la playa.

—¡Phann!... ¡Aquí, Phann! —gritó Service.

Pero el perro siguió corriendo y olfateando la arena húmeda. Después, lanzándose de un salto en medio de las pequeñas olas del oleaje, se puso a beber con avidez.

—¡Está bebiendo!... ¡Está bebiendo!... —exclamó Doniphan.

En un instante, Doniphan cruzó la franja de arena y se llevó a los labios un poco de esa agua de la que se saciaba Phann... ¡Era dulce!

Era un lago que se extendía hasta el horizonte por el este... ¡No era el mar!

CAPÍTULO 8

Así pues, la importante cuestión de la que dependía la salvación de los jóvenes náufragos no quedaba definitivamente resuelta. Que aquel pretendido mar fuera un lago, no cabía duda al respecto. Pero ¿no era posible que ese lago perteneciera a una isla? Prolongando la exploración más allá, ¿no sería un verdadero mar lo que descubrirían —un mar que no habría manera alguna de cruzar?

Sin embargo, ese lago presentaba dimensiones bastante considerables, puesto que un horizonte de cielo —tal fue la observación de Doniphan— se dibujaba en las tres cuartas partes de su perímetro. Era muy admisible, por tanto, que debían de hallarse en un continente, no en una isla.

—Sería, entonces, el continente americano en el que habríamos naufragado —dijo Briant.

—Siempre lo he creído —respondió Doniphan—, ¡y parece que no me equivocaba!

—En todo caso —replicó Briant—, era una línea de agua lo que había vislumbrado al este...

—Sea, pero ¿no es un mar!

Y aquella réplica dejaba traslucir en Doniphan una satisfacción que denotaba más vanidad que corazón. En cuanto a Briant, no insistió. Por otra parte, en el interés común, más valía que se hubiera equivocado. En un continente, no estarían prisioneros como lo habrían estado en una isla. No obstante, sería necesario esperar una época más favorable para emprender un viaje hacia el este. Las dificultades experimentadas solo para ir del campamento al lago, en un trayecto de apenas unas pocas millas, serían mucho

mayores cuando se tratase de caminar largo tiempo con toda la pequeña tropa al completo. Ya estaban a comienzos de abril, y el invierno austral es más precoz que el de la zona boreal. No podían pensar en partir hasta que regresara la buena estación.

Y, sin embargo, en aquella bahía del oeste, batida sin cesar por los vientos del alta mar, la situación no sería sostenible por mucho tiempo. Antes de que acabara el mes, sería preciso abandonar la goleta. Así pues, puesto que Gordon y Briant no habían podido descubrir ninguna caverna en el zócalo occidental del acantilado, había que reconocer si no era posible establecerse en mejores condiciones junto al lago. Convenía, pues, visitar detenidamente sus alrededores. Esta exploración era ineludible, aunque retrasara el regreso uno o dos días. Sin duda, eso causaría a Gordon vivas inquietudes; pero Briant y Doniphan no vacilaron. Sus provisiones podían durar otras cuarenta y ocho horas, y, sin que nada hiciera prever un cambio de tiempo, se decidió descender hacia el sur bordeando el lago.

Y luego, había otro motivo que debía inducirles a proseguir las búsquedas.

Indiscutiblemente, aquella parte del territorio había estado habitada, o cuando menos frecuentada, por los indígenas. La calzada tendida a través del arroyo, el cobertizo cuya construcción delataba la presencia del hombre en una época más o menos reciente, eran otras tantas pruebas que debían completarse antes de proceder a un nuevo asentamiento de cara al invierno. ¿Acaso no vendrían nuevos indicios a sumarse a los ya encontrados? A falta de indígenas, ¿no podía ocurrir que algún náufrago hubiera vivido allí hasta el momento en que por fin llegara a una de las ciudades de ese continente? Aquello merecía ciertamente que se prolongara la exploración de la comarca ribereña del lago.

La única cuestión era esta: ¿debían Briant y Doniphan dirigirse hacia el sur o hacia el norte? Pero, como descender hacia el sur los acercaba al Sloughi, resolvieron encaminarse en esa dirección. Ya se vería más adelante si no sería conveniente remontar hacia el extremo del lago.

Tomada esa resolución, a las ocho y media en punto, los cuatro se pusieron en marcha a través de las dunas herbosas que salpicaban de suaves lomas la llanura, limitada al oeste por masas de vegetación.

Phann hurgaba por delante y levantaba bandadas de tinamúes, que iban a guarecerse al amparo de los grupos de lentiscos o de helechos. Allí crecían matas de una especie de arándano rojo y blanco y plantas de apio silvestre, del que podría hacerse un uso muy saludable; pero los fusiles debían guardarse de dar la alarma, dado que era posible que los alrededores del lago fueran frecuentados por tribus indígenas.

Siguiendo la orilla, unas veces al pie de las dunas, otras sobre la franja de arena, los jóvenes pudieron, sin demasiada fatiga, cubrir una decena de millas durante aquella jornada. No habían encontrado rastro alguno de indígenas. Ninguna columna de humo se alzaba del espeso arbolado. Ninguna huella de pisadas marcaba la arena que mojaban las ondulaciones de aquella lámina de agua cuyo límite no se divisaba en la lejanía. Parecía tan solo que su orilla occidental se curvaba hacia el sur, como para cerrarse en esa dirección. Por lo demás, estaba absolutamente desierta. Ni una vela se mostraba en su horizonte, ni una piragua en su superficie. Si aquel territorio había estado habitado, ya no lo parecía en la actualidad.

En cuanto a animales salvajes o rumiantes, no vieron ninguno. A dos o tres ocasiones, durante la tarde, algunos volátiles aparecieron en el lindero del bosque sin que fuera posible acercárseles. Lo cual no impidió que Service exclamara:

— ¡Son avestruces!

— Avestruces pequeñas, en tal caso —respondió Doniphan—, ¡pues son de tamaño mediocre!

— Si son avestruces —replicó Briant—, y si estamos en un continente...

— ¿Es que todavía lo dudas? —replicó irónicamente Doniphan.

— Debe de ser el continente americano, donde estos animales se encuentran en gran número —respondió Briant—. ¡Eso es todo lo que quería decir!

Hacia las siete de la tarde, se organizó una parada. Al día siguiente, salvo obstáculos imprevistos, la jornada se emplearía en regresar a Sloughi-bay (bahía Sloughi) —nombre que se dio entonces a aquella parte del litoral donde se había perdido la goleta.

Por lo demás, aquella noche no habría sido posible avanzar más en dirección al sur. En aquel lugar corría uno de esos ríos por los que se vertían las

aguas del lago, y que habría habido que cruzar a nado. La oscuridad, además, no permitía ver sino imperfectamente la disposición del terreno, y parecía que un acantilado venía a bordear la orilla derecha de ese curso de agua.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service, tras cenar, no pensaron más que en descansar —a la intemperie, en esta ocasión, a falta de una choza. ¡Pero qué centellantes estaban las estrellas que brillaban en el firmamento, mientras el cuarto creciente de la luna iba a desaparecer por el poniente del Pacífico!

Todo estaba tranquilo en el lago y en la playa. Los cuatro muchachos, acomodados entre las enormes raíces de un haya, se durmieron con un sueño tan profundo que ni los estampidos del trueno habrían podido interrumpirlo. Al igual que Phann, no oyeron ni unos ladridos bastante próximos que debían de ser ladridos de chacal, ni unos aullidos más lejanos que debían de ser aullidos de fieras. En aquellas tierras donde los avestruces vivían en estado salvaje, podía temerse la aproximación de jaguares o pumas, que son el tigre y el león de América del Sur. Pero la noche transcurrió sin incidentes. No obstante, hacia las cuatro de la madrugada, cuando el alba aún no había comenzado a blanquear el horizonte sobre el lago, el perro dio muestras de agitación, gruñendo sordamente, olfateando el suelo como si quisiera ponerse a rastrear.

Eran casi las siete cuando Briant despertó a sus camaradas, que dormían bien arrebujados bajo sus mantas.

Todos se pusieron en pie de inmediato, y, mientras Service mordisqueaba un trozo de galleta, los otros tres se acercaron para echar una primera ojeada al terreno más allá del río.

—¡En verdad —exclamó Wilcox—, hemos hecho muy bien en no intentar cruzar anoche ese río; habríamos caído de lleno en el pantano!

—En efecto —respondió Briant—, es una ciénaga que se extiende hacia el sur y cuyo fin no se alcanza a ver.

—¡Mirad! —exclamó Doniphan—. ¡Mirad las numerosas bandadas de patos, cercetas y agachadizas que vuelan sobre su superficie! Si pudiéramos instalarnos aquí para pasar el invierno, tendríamos la seguridad de no carecer jamás de caza.

—¿Y por qué no? —respondió Briant, que se dirigió hacia la orilla derecha del río.

Detrás se alzaba un alto acantilado rematado por un estribo cortado a pico. De sus dos vertientes, que se unían casi en ángulo recto, una discurría lateralmente a la ribera del riachuelo, mientras la otra daba al lago. ¿Era ese acantilado el mismo que enmarcaba Sloughi-bay prolongándose hacia el noroeste? Eso no se sabría hasta después de haber realizado un reconocimiento más completo de la región.

En cuanto al río, si su orilla derecha, de unos seis metros de ancho, bordeaba la base de las alturas vecinas, su orilla izquierda, muy baja, apenas se distinguía de las hendiduras, charcas y lodazales de aquella llanura pantanosa que se extendía a perderse de vista hacia el sur. Para determinar la dirección del curso del agua, sería preciso escalar el acantilado, y Briant estaba decidido a no emprender el camino de regreso a Sloughi-bay sin haber realizado esa ascensión.

En primer lugar, había que examinar el río en el punto donde las aguas del lago se vertían en su cauce. Solo medía allí unos doce metros de anchura, pero debía ganar en anchura y en profundidad a medida que se acercara a su desembocadura, siempre que recibiera algún afluente, ya del pantano, ya de las mesetas superiores.

—¡Eh, mirad! —exclamó Wilcox en el momento en que acababa de alcanzar el pie del estribo.

Lo que atraía su atención era un amontonamiento de piedras que formaban una especie de dique —disposición análoga a la que ya se había observado en el bosque.

—¡Esta vez no cabe duda! —dijo Briant.

—¡No!... ¡No cabe duda! —respondió Doniphan, señalando unos restos de madera en el extremo del dique.

Aquellos restos eran sin duda los de un casco de embarcación; entre ellos, una pieza de madera a medio pudrir y verde de musgo, cuya curvatura indicaba un trozo de roda, del que aún pendía una argolla de hierro corroída por el óxido.

—¡Una argolla!... ¡Una argolla! —exclamó Service.

Y todos, inmóviles, miraban a su alrededor, como si el hombre que había utilizado esa canoa, que había levantado ese dique, estuviera a punto de aparecer.

¡No!... ¡Nadie! Hacía muchos años que esa embarcación había sido abandonada a la orilla del río. O bien el hombre cuya vida había transcurrido allí había vuelto a ver a sus semejantes, o bien su miserable existencia se había extinguido en esa tierra sin que hubiera podido abandonarla.

Se comprende, pues, la emoción de aquellos jóvenes ante esos testimonios de una intervención humana que ya no era posible poner en duda.

Fue entonces cuando repararon en el singular comportamiento del perro. Phann había dado claramente con un rastro. Sus orejas se erguían, su cola se agitaba violentamente, su hocico husmeaba el suelo metiéndose bajo la hierba.

— ¡Mirad a Phann! —dijo Service.

— ¡Ha olfateado algo! —respondió Doniphan, que se acercó al perro.

Phann se había detenido con una pata levantada y el hocico tendido. Luego, de repente, se lanzó hacia un grupo de árboles que se agrupaban al pie del acantilado, por el lado del lago.

Briant y sus camaradas le siguieron. Momentos después, se detenían ante un viejo haya en cuya corteza estaban grabadas dos letras y una fecha, dispuestas de la siguiente manera:

Briant, Doniphan, Wilcox y Service habrían permanecido largo rato mudos e inmóviles ante aquella inscripción, si Phann, volviendo sobre sus pasos, no hubiera desaparecido por la esquina del estribo.

— ¡Aquí, Phann, aquí! —gritó Briant.

El perro no volvió, pero se oyeron sus ladridos precipitados.

— ¡Atención, muchachos! —dijo Briant—. No nos separemos y estemos en guardia.

En efecto, no podían actuar con demasiada cautela. Quizá hubiera una banda de indígenas en las cercanías, y su presencia habría sido más de temer que de desear, si eran de esos bravíos indios que infestan las pampas de América del Sur.

Se amartillaron los fusiles, se empuñaron los revólveres, listos para la defensa.

Los jóvenes avanzaron; luego, tras doblar el estribo, se deslizaron a lo largo de la estrecha ribera del río. No habían dado veinte pasos cuando Doniphan se agachó para recoger un objeto del suelo.

Era un pico, cuya hoja apenas se sostenía en un mango a medio pudrir — un pico de origen americano o europeo, no una de esas herramientas toscas fabricadas por salvajes polinesios. Como la argolla de la embarcación, estaba profundamente oxidado, y no cabía duda de que hacía muchos años que había sido abandonado en ese lugar.

También allí, al pie del acantilado, se veían huellas de cultivo: algunos surcos irregularmente trazados, un pequeño cuadro de ñames que la falta de cuidados había devuelto al estado silvestre.

De repente, un lúgubre ladrido rasgó el aire. Casi al instante, Phann reapareció presa de una agitación aún más inexplicable. Giraba sobre sí mismo, corría al encuentro de sus jóvenes amos, los miraba, los llamaba, parecía invitarlos a seguirle.

—¡Sin duda hay algo extraordinario! —dijo Briant, que intentaba en vano calmar al perro.

—¡Vamos adonde quiere llevarnos! —respondió Doniphan, haciendo señas a Wilcox y a Service para que le siguieran.

Diez pasos más adelante, Phann se plantó ante un amasijo de maleza y arbustos cuyas ramas se entrelazaban en la misma base del acantilado.

Briant avanzó para ver si ese amasijo no ocultaba el cadáver de un animal o incluso el de un hombre, sobre cuya pista habría caído Phann... Y he aquí que al apartar las zarzas, vislumbró una estrecha abertura.

—¿Acaso hay una caverna ahí? —exclamó, retrocediendo unos pasos.

—Es probable —respondió Doniphan—. Pero qué hay en esa caverna.

—¡Lo sabremos! —dijo Briant.

Y con su hacha se puso a despejar ampliamente la maraña de ramas que obstruía la entrada. Sin embargo, prestando oídos, no se escuchaba ningún ruido sospechoso.

Así que Service se disponía a colarse por la abertura que había sido rápidamente despejada, cuando Briant le dijo:

— ¡Veamos primero qué hace Phann!

El perro seguía lanzando sordos ladridos que no eran precisamente tranquilizadores.

Y, sin embargo, ¡si un ser vivo estuviera escondido en esa caverna, ya habría salido!

Había que salir de dudas. No obstante, dado que podía ocurrir que el aire estuviera viciado en el interior de la caverna, Briant arrojó por la abertura un puñado de hierba seca que acababa de encender. Esa hierba, al esparcirse por el suelo, ardió con vivacidad, prueba de que el aire era respirable.

— ¿Entramos? — preguntó Wilcox.

— Sí — respondió Doniphan.

— ¡Esperad al menos a que veamos algo! — dijo Briant.

Y, habiendo cortado una rama resinosa de uno de los pinos que crecían a la orilla del río, la encendió; luego, seguido de sus camaradas, se coló entre las zarzas.

En la entrada, la abertura medía metro y medio de alto por sesenta centímetros de ancho; pero se ensanchaba bruscamente para formar una excavación de unos tres metros de alto por el doble de ancho, cuyo suelo era de una arena muy seca y muy fina.

Al penetrar en ella, Wilcox tropezó con un taburete de madera colocado junto a una mesa, sobre la que se veían algunos utensilios domésticos: un jarro de gres, unas conchas grandes que debían de haber servido de platos, un cuchillo de hoja mellada y oxidada, dos o tres anzuelos de pesca, una taza de hojalata, vacía al igual que el jarro. Junto a la pared del fondo había una especie de arcón hecho de tablas toscamente ensambladas, que contenía harapos de ropa.

Así pues, no cabía duda de que aquella excavación había estado habitada. Pero ¿cuándo y por quién? ¿Estaría el ser humano que había vivido allí tendido en algún rincón?

Al fondo había un miserable camastro cubierto por una manta de lana hecha jirones. A su cabecera, sobre un banco, había una segunda taza y un candelero de madera cuyo cuenco no conservaba más que un cabo de mecha carbonizada.

Los jóvenes retrocedieron en un primer momento ante la idea de que aquella manta ocultara un cadáver.

Briant, dominando su repugnancia, la levantó...

El camastro estaba vacío.

Un instante después, muy hondamente impresionados, los cuatro habían salido a reunirse con Phann, que, quedándose fuera, seguía lanzando lamentables ladridos.

Bajaron entonces la ribera del río unos veinte pasos y se detuvieron bruscamente. ¡Un sentimiento de horror los clavó en el sitio!

Allí, entre las raíces de un haya, los restos de un esqueleto yacían en el suelo.

Así, en aquel lugar había venido a morir el infeliz que había vivido en aquella caverna durante muchos años, sin duda alguna, ¡y ese salvaje refugio que había hecho su morada ni siquiera había sido su tumba!

CAPÍTULO 9

Briant, Doniphan, Wilcox y Service guardaban un profundo silencio. ¿Quién era el hombre que había ido a morir en aquel lugar? ¿Era un náutico al que los socorros habían faltado hasta su última hora? ¿A qué nación pertenecía? ¿Había llegado joven a aquel rincón de tierra? ¿Había muerto allí de viejo? ¿Cómo había podido subvenir a sus necesidades? Si era un naufragio el que lo había arrojado allí, ¿habían sobrevivido otros a la catástrofe? Y luego, ¿había quedado solo tras la muerte de sus compañeros de infortunio? ¿Los distintos objetos hallados en la caverna procedían de su barco, o los había fabricado con sus propias manos?

¡Cuántas preguntas cuya respuesta quizá permanecería ignorada para siempre!

Y, entre todas, ¡una de las más graves! Puesto que era en un continente donde ese hombre había encontrado refugio, ¿por qué no había alcanzado alguna ciudad del interior, algún puerto del litoral? ¿Presentaba el regreso a la patria tales dificultades, tales obstáculos, que no había podido vencerlos? ¿Era tan grande la distancia por recorrer que hubiera de considerarse infranqueable? Lo cierto era que aquel desdichado había caído, debilitado por la enfermedad o por la edad, que no había tenido fuerzas para regresar a su caverna, que había muerto al pie de aquel árbol... ¡Y si los medios le habían faltado para ir a buscar la salvación hacia el norte o el este de aquel territorio, no les faltarían igualmente a los jóvenes náuticos del Sloughi?

Fuera como fuese, era necesario registrar la caverna con el mayor cuidado. ¿Quién sabe si no se encontraría allí algún documento que arrojar luz sobre ese hombre, sobre su origen, sobre la duración de su estancia? Y

además, desde otro punto de vista, convenía comprobar si podrían instalarse en ella durante el invierno, tras el abandono del yate.

—¡Venid! —dijo Briant.

Y, seguidos de Phann, se deslizaron por la abertura a la luz de una segunda rama resinosa.

El primer objeto que avistaron en una repisa fijada a la pared de la derecha fue un fardo de gruesas velas, fabricadas con grasa e hilos de estopa. Service se apresuró a encender una de aquellas velas, la colocó en el candelero de madera, y comenzaron las pesquisas.

Ante todo, había que examinar la disposición de la caverna, pues ya no cabía duda sobre su habitabilidad. Era una amplia oquedad que debía de remontarse a la época de las formaciones geológicas. No presentaba rastro alguno de humedad, aunque la ventilación solo se realizaba por la única abertura abierta sobre la orilla. Sus paredes eran tan secas como habrían podido serlo las de granito, sin el menor vestigio de esas infiltraciones cristalizadas, de esas sartas de gotitas que, en ciertas grutas de pórfido o basalto, forman estalactitas. Además, su orientación la ponía a cubierto de los vientos del mar. A decir verdad, la luz apenas penetraba en ella; pero, abriendo una o dos ventanas en la pared, sería fácil remediar ese inconveniente y ventilar el interior para las necesidades de quince personas.

En cuanto a sus dimensiones —seis metros de anchura por diez de longitud—, aquella caverna resultaría sin duda insuficiente para servir a la vez de dormitorio, comedor, almacén general y cocina. En suma, solo se trataba de pasar allí cinco o seis meses de invierno, tras lo cual se tomaría el camino del noreste para alcanzar alguna ciudad de Bolivia o de la República Argentina. Es evidente que, de haber sido indispensable instalarse de manera definitiva, se habría buscado acomodarse con más holgura excavando el macizo, que era de una caliza bastante blanda. Pero tal como estaba aquella excavación, habría que conformarse con ella hasta el regreso del verano.

Reconocido esto, Briant hizo un minucioso inventario de los objetos que contenía. En verdad, ¡eran muy pocas cosas! Aquel desdichado debía de haber llegado en un estado de penuria casi completo. ¿Qué había podido rescatar de su naufragio? Nada más que informes despojos, esparsos rotos, fragmentos de tablazón, que le habían servido para fabricar aquel jergón,

aquella mesa, aquel cofre, aquel banco, aquellos escabeles —único mobiliario de su miserable vivienda—. Menos favorecido que los supervivientes del Sloughi, no había dispuesto de todo un equipo a su alcance. Algunas herramientas, un pico, un hacha, dos o tres utensilios de cocina, un pequeño tonel que debía de haber contenido aguardiente, un martillo, dos escoplos, una sierra —eso fue solo lo que se encontró en primer lugar—. Esos utensilios habían sido salvados, evidentemente, en aquella embarcación de la que no quedaban más que restos junto a la presa del río.

Esto era lo que meditaba Briant, esto lo que explicaba a sus camaradas. Y entonces, tras el sentimiento de horror que habían experimentado a la vista del esqueleto, pensando que acaso estaban destinados a morir en el mismo abandono, se les ocurrió que nada les faltaba de lo que había faltado a aquel infortunado, y se sintieron inclinados a recobrar la confianza.

Ahora bien, ¿quién era ese hombre? ¿Cuál era su origen? ¿A qué época se remontaba su naufragio? No cabía duda de que habían transcurrido muchos años desde que había sucumbido. ¡El estado de los huesos hallados al pie del árbol no lo indicaba más que sobrado! Además, el hierro del pico y la argolla de la embarcación corroídos por el óxido, el espesor del matorral que obstruía la entrada de la caverna: ¿no tendía todo ello a demostrar que la muerte del náufrago databa de muy atrás ya?

En consecuencia, ¿no permitiría algún nuevo indicio convertir esa hipótesis en certeza?

Prosiguiendo las pesquisas, se descubrieron más objetos: un segundo cuchillo con varias hojas rotas, un compás, un puchero, un cabillo de hierro, un espicha, especie de herramienta marinera. Pero no había ningún instrumento de navegación, ni catalejo, ni brújula, ¡ni siquiera un arma de fuego para cazar la caza, para defenderse de los animales o de los indígenas!

Sin embargo, como había que vivir, aquel hombre se había visto ciertamente reducido a tender trampas. Por lo demás, sobre este punto se arrojó luz cuando Wilcox exclamó:

—¿Qué es esto?

—¿Eso? —respondió Service.

—Es un juego de bolas —respondió Wilcox.

—¿Un juego de bolas? —dijo Briant, no sin sorpresa.

Pero enseguida reconoció para qué uso debían de haberse empleado las dos piedras redondas que Wilcox acababa de recoger. Era uno de esos ingenios de caza llamados «bolas», que se componen de dos esferas unidas entre sí por una cuerda y que emplean los indios de América del Sur. Cuando una mano hábil lanza esas bolas, se enredan en las patas del animal, paralizan sus movimientos y este se convierte fácilmente en presa del cazador.

Indudablemente, era el habitante de aquella caverna quien había fabricado ese ingenio, y también un lazo, larga tira de cuero que se maneja como las bolas, pero a menor distancia.

Tal fue el inventario de los objetos recogidos en la caverna, y a ese respecto Briant y sus camaradas eran incomparablemente más ricos. No eran más que niños, es verdad, y el otro era un hombre.

En cuanto a ese hombre, ¿era un simple marinero o un oficial que había podido sacar partido de su inteligencia previamente desarrollada por el estudio? Eso habría sido muy difícil de establecer, de no ser por un hallazgo que permitió avanzar con mayor seguridad por el camino de las certezas.

A la cabecera del jergón, bajo un extremo de la manta que Briant había apartado, Wilcox descubrió un reloj colgado de un clavo fijado en la pared.

Aquel reloj, menos común que los relojes de marinero, era de manufactura bastante fina; constaba de una caja doble de plata, de la que pendía una llave sujeta por una cadena del mismo metal.

—¡La hora!... ¡Veamos la hora! —exclamó Service.

—La hora no nos diría nada —respondió Briant—. Probablemente, este reloj debió de pararse muchos días antes de la muerte de ese desdichado.

Briant abrió la caja con algún esfuerzo, pues las juntas estaban oxidadas, y pudo ver que las agujas marcaban las tres y veintisiete minutos.

—Pero —observó Doniphan—, este reloj lleva un nombre... Eso puede aclararnos algo...

—Tienes razón —respondió Briant.

Y, tras examinar el interior de la caja, logró leer estas palabras grabadas en la placa:

—Delpeuch, Saint-Malo —el nombre del fabricante y su dirección.

—¡Era un francés, un compatriota mío! —exclamó Briant con emoción.

Ya no cabía dudar: un francés había vivido en aquella caverna hasta que la muerte vino a poner fin a sus miserias.

A esa prueba se sumó pronto otra no menos decisiva, cuando Doniphan, que había desplazado el jergón, recogió del suelo un cuaderno cuyas páginas amarillentas estaban cubiertas de líneas trazadas a lápiz.

Por desgracia, la mayor parte de esas líneas eran casi ilegibles. Sin embargo, algunas palabras pudieron descifrarse, y entre ellas estas: François Baudoin.

Dos nombres que eran exactamente aquellos cuyas iniciales el náufrago había grabado en el árbol. Aquel cuaderno era el diario cotidiano de su vida desde el día en que había encallado en aquella costa. Y, en fragmentos de frases que el tiempo no había borrado del todo, Briant logró leer aún estas palabras: *Duguay-Trouin* —evidentemente el nombre del navío que se había perdido en aquellos lejanos parajes del Pacífico—.

Luego, al comienzo, una fecha: la misma que estaba inscrita bajo las iniciales y que era, sin duda, la del naufragio.

Hacía, pues, cincuenta y tres años que François Baudoin había desembarcado en aquel litoral. ¡Durante todo el tiempo de su estancia no había recibido ningún socorro del exterior!

Ahora bien, si François Baudoin no había podido dirigirse a algún otro punto de aquel continente, ¿era porque obstáculos infranqueables se habían alzado ante él?

Más que nunca, los jóvenes muchachos tomaron conciencia de la gravedad de su situación. ¿Cómo lograrían lo que un hombre, un marinero acostumbrado a los rudos trabajos, curtido en las duras fatigas, no había podido conseguir?

Además, un último hallazgo iba a revelarles que todo intento de abandonar aquella tierra sería vano.

Al hojear el cuaderno, Doniphan vio un papel doblado entre las páginas. Era un mapa trazado con una especie de tinta, probablemente fabricada con

agua y hollín.

—¡Un mapa! —exclamó.

—¡Que François Baudoin dibujó él mismo, con toda verosimilitud! —respondió Briant.

—Si es así, ese hombre no debía de ser un simple marinero —observó Wilcox—, sino uno de los oficiales del *Duguay-Trouin*, pues era capaz de trazar un mapa...

—¿Acaso sería?... —exclamó Doniphan.

¡Sí! ¡Era el mapa de aquella región! De una primera ojeada se reconocía en él la Sloughi-bay, el banco de arrecifes, la playa donde se había establecido el campamento, el lago cuya orilla occidental Briant y sus camaradas acababan de descender, los tres islotes situados en alta mar, el acantilado que se curvaba hasta la orilla del río, ¡los bosques que cubrían toda la región central!

Más allá de la orilla opuesta del lago se extendían otros bosques que llegaban hasta la linde de otro litoral, y ese litoral... el mar lo bañaba en todo su perímetro.

Así se derrumbaban aquellos proyectos de remontar hacia el este para buscar la salvación en esa dirección. ¡Así había tenido razón Briant frente a Doniphan! ¡Así el mar rodeaba por todas partes ese pretendido continente!... Era una isla, y por eso François Baudoin no había podido salir de ella.

Era fácil ver en ese mapa que los contornos generales de la isla habían sido reproducidos con bastante exactitud. Ciertamente, las distancias no debían de haberse estimado más que a ojo, por el tiempo empleado en recorrerlas y no mediante medidas de triangulación; pero, a juzgar por lo que Briant y Doniphan ya conocían de la parte comprendida entre la Sloughi-bay y el lago, los errores no podían ser importantes.

Quedaba demostrado, además, que el naufrago había recorrido toda su isla, pues había anotado sus principales detalles geográficos, y sin duda tanto el cobertizo como la calzada del arroyo debían de ser obra suya.

He aquí la disposición que presentaba la isla tal como la había dibujado François Baudoin:

Era de forma oblonga y se asemejaba a una enorme mariposa con las alas desplegadas. Estrecha en su parte central entre la Sloughi-bay y otra bahía que se abría hacia el este, presentaba una tercera mucho más abierta en su parte meridional. En medio de un marco de vastos bosques se desarrollaba el lago, de unas dieciocho millas de longitud y cinco de anchura —dimensiones bastante considerables para que Briant, Doniphan, Service y Wilcox, llegados a su orilla occidental, no hubiesen divisado nada de las orillas del norte, del sur y del este—. Esto explicaba cómo, en un primer momento, lo habían tomado por un mar. Varios ríos nacían de aquel lago, y en particular el que, discurriendo ante la caverna, iba a desembocar en la Sloughi-bay junto al campamento.

La única altura algo importante de aquella isla parecía ser el acantilado, dispuesto oblicuamente desde el promontorio, al norte de la bahía, hasta la orilla derecha del río. En cuanto a su región septentrional, el mapa la indicaba como árida y arenosa, mientras que más allá del río se extendía un inmenso pantano que se alargaba en un cabo agudo hacia el sur. En el nordeste y el sureste se sucedían largas líneas de dunas que daban a esa parte del litoral un aspecto muy diferente al de la Sloughi-bay.

Por último, si uno se atenía a la escala trazada en la parte inferior del mapa, la isla debía de medir unas cincuenta millas en su mayor longitud de norte a sur, por veinticinco en su mayor anchura de oeste a este. Teniendo en cuenta las irregularidades de su configuración, eso suponía un desarrollo de ciento cincuenta millas de circunferencia.

En cuanto a saber a qué grupo de la Polinesia pertenecía aquella isla, si se encontraba o no aislada en medio del Pacífico, era imposible formular conjeturas serias al respecto.

Fuera como fuese, era una instalación definitiva, y no provisional, la que se imponía a los naufragos del Sloughi. Y, puesto que la caverna les ofrecía un excelente refugio, convendría transportar allí el equipo antes de que los primeros temporales del invierno terminaran de demoler la goleta.

Ahora se trataba de volver al campamento sin demora. Gordon debía de estar muy inquieto —habían transcurrido tres días desde la partida de Briant y sus camaradas— y podía temer que les hubiera ocurrido alguna desgracia.

Por consejo de Briant, se decidió que la partida se efectuaría ese mismo día, a las once de la mañana. Era inútil escalar el acantilado, pues el mapa indicaba que lo más corto sería seguir la orilla derecha del río, que corría de este a oeste. Eran como mucho siete millas hasta la bahía, y podían recorrerse en pocas horas.

Pero, antes de partir, los jóvenes quisieron rendir los últimos honores al náufrago francés. El pico sirvió para cavar una tumba al pie mismo del árbol en el que François Baudoin había grabado las letras de su nombre, y una cruz de madera señaló el lugar.

Concluida esa piadosa ceremonia, los cuatro regresaron a la caverna y taparon la abertura para que los animales no pudieran penetrar en ella. Tras acabar lo que quedaba de las provisiones, descendieron por la orilla derecha del río bordeando la base del acantilado. Una hora más tarde llegaban al lugar donde el macizo se apartaba para tomar una dirección oblicua hacia el noroeste.

Mientras siguieron el curso del río, su marcha fue bastante viva, pues la orilla estaba poco obstruida por árboles, arbustos y hierbas.

Caminando, y previendo que el río servía de comunicación entre el lago y la Sloughi-bay, Briant no dejaba de examinarlo con atención. Le pareció que, al menos en la parte superior de su curso, una embarcación o una balsa podrían ser haladas con una sirga o empujadas con un bichero —lo que facilitaría el transporte del equipo, a condición de aprovechar la marea cuya acción se dejaba sentir hasta el lago—. Lo importante era que ese curso no se convirtiera en rápidos, y que la falta de profundidad o de anchura no lo hiciera impracticable. No era así; y, en un tramo de tres millas desde su salida del lago, el río pareció hallarse en excelentes condiciones de navegabilidad.

Sin embargo, hacia las cuatro de la tarde, hubo que abandonar el camino de la orilla. En efecto, la orilla derecha estaba cortada por un amplio y blanco barrizal sobre el que no habría podido avanzarse sin riesgo. Por ello, lo más prudente fue internarse a través del bosque.

Con la brújula en la mano, Briant se dirigió entonces hacia el noroeste para alcanzar la Sloughi-bay por el camino más corto. Hubo entonces considerables retrasos, pues las altas hierbas formaban en la superficie del suelo

enmarañados laberintos. Además, bajo la espesa bóveda de abedules, pinos y hayas, la oscuridad se instaló casi al ponerse el sol.

Se recorrieron dos millas en aquellas condiciones muy fatigosas. Cuando se hubo rodeado el barrizal, que se extendía bastante hacia el norte, lo mejor sin duda habría sido regresar al curso del río, pues, según el mapa, desembocaba en la Sloughi-bay. Pero el rodeo habría sido tan largo que Briant y Doniphan no quisieron perder tiempo volviendo en su dirección. Continuaron adentrándose en el bosque y, hacia las siete de la tarde, tuvieron la certeza de que se habían extraviado.

¿Se verían, pues, obligados a pasar la noche bajo los árboles? No habría sido más que un mal menor si las provisiones no hubieran escaseado justo cuando el hambre empezaba a hacerse sentir vivamente.

—Sigamos andando —dijo Briant—. Marchando hacia el oeste, tendremos que llegar al campamento...

—A menos que ese mapa nos haya dado indicaciones falsas —respondió Doniphan—, y que ese río no sea el que desemboca en la bahía.

—¿Por qué iba a ser inexacto ese mapa, Doniphan?

—¿Y por qué no iba a serlo, Briant?

Como se ve, Doniphan, que no había digerido su contratiempo, se obstinaba en conceder escasa confianza al mapa del naufrago. Sin embargo, estaba equivocado, pues en la parte de la isla ya reconocida no se podría negar que el trabajo de François Baudoin presentaba una exactitud real.

Briant juzgó inútil discutir sobre ello, y se reanudó la marcha con resolución.

A las ocho, era imposible orientarse, tal era la profundidad de la oscuridad. ¡Y el límite de aquel interminable bosque al que no se llegaba!

De repente, por una abertura entre los árboles, apareció una viva claridad que se propagaba a través del espacio.

—¿Qué es eso?... —dijo Service.

—¿Una estrella fugaz, supongo? —dijo Wilcox.

—No, ¡es un cohete!... —replicó Briant—. Un cohete lanzado desde el Sloughi.

—¡Y, por consiguiente, una señal de Gordon! —exclamó Doniphan, que respondió con un disparo de fusil.

Tomado un punto de referencia en una estrella en el momento en que un segundo cohete ascendía en la oscuridad, Briant y sus camaradas se dirigieron hacia él, y tres cuartos de hora después llegaban al campamento del Sloughi.

Era Gordon, en efecto, quien, temiendo que se hubieran extraviado, había tenido la idea de lanzar algunos cohetes para señalarles la posición de la goleta.

Excelente idea, sin la cual aquella noche Briant, Doniphan, Wilcox y Service no habrían podido descansar de sus fatigas en las literas del yate.

CAPÍTULO 10

Fácil es imaginarse el recibimiento que se dispensó a Briant y a sus tres compañeros. Gordon, Cross, Baxter, Garnett y Webb les abrieron los brazos, mientras los pequeños se les echaban al cuello. Hubo un intercambio de gritos de júbilo y apretones de manos. Phann tomó su parte en tan cordial bienvenida mezclando sus ladridos a los hurras de los niños. ¡Sí! ¡Aquella ausencia se había hecho larga!

«¿Se habrán extraviado?... ¿Habrán caído en manos de indígenas?... ¡¿Les habrán atacado algunas fieras?!» Eso era lo que se preguntaban quienes habían permanecido en el campamento del Sloughi.

Pero Briant, Doniphan, Wilcox y Service habían regresado; solo quedaba conocer los incidentes de su expedición. Sin embargo, como estaban muy cansados por aquella larga jornada de marcha, el relato quedó aplazado para el día siguiente.

—¡Estamos en una isla!

Eso fue todo lo que Briant se contentó con decir, y bastaba para que el futuro se presentara con sus numerosas e inquietantes eventualidades. A pesar de ello, Gordon acogió la noticia sin mostrar demasiado desaliento.

—¡Bueno! Me lo esperaba —parecía decir—, ¡y eso no me perturba en absoluto!

Al día siguiente, desde el alba —5 de abril— los mayores, Gordon, Briant, Doniphan, Baxter, Cross, Wilcox, Service, Webb, Garnett —y también Moko, cuyo consejo siempre era valioso— se reunieron en la proa del yate, mientras los demás dormían todavía. Briant y Doniphan tomaron la palabra por turnos y pusieron a sus camaradas al corriente de lo que había

ocurrido. Contaron cómo una calzada de piedra tendida sobre un arroyo y los restos de un cobertizo enterrado bajo un espeso matorral les habían llevado a creer que el país estaba o había estado habitado. Explicaron cómo aquella vasta extensión de agua que al principio habían tomado por un mar no era sino un lago; cómo nuevos indicios les habían conducido hasta la caverna, cerca del lugar donde el río salía del lago; cómo habían sido descubiertos los huesos de François Baudoin, de origen francés; y cómo, finalmente, el mapa trazado por el náufrago indicaba que era una isla en la que el Sloughi había venido a perderse.

El relato fue hecho de forma minuciosa, sin que Briant ni Doniphan omitiesen el menor detalle. Y todos, mirando ahora aquel mapa, comprendían perfectamente que la salvación no podía llegarles sino del exterior.

Sin embargo, si el futuro se presentaba bajo los más sombríos colores, si los jóvenes náufragos ya no podían poner su esperanza más que en Dios, quien menos se atemorizó — conviene insistir en este punto — fue Gordon. El joven americano no tenía familia que le aguardase en Nueva Zelanda. Así pues, con su espíritu práctico, metódico y organizador, la tarea de fundar, por así decirlo, una pequeña colonia no tenía nada que pudiera asustarle. Veía en ello una ocasión de ejercitar sus inclinaciones naturales, y no vaciló en

En primer lugar, puesto que la isla presentaba dimensiones bastante considerables, parecía imposible que no estuviese marcada en el mapa del Pacífico, en las proximidades del continente sudamericano. Tras un examen minucioso, se reconoció que el atlas de Stieler no indicaba ninguna isla de cierta importancia fuera de los archipiélagos cuyo conjunto comprende las tierras fueguinas o magallánicas, las de la Desolación, la Reina Adelaida, Clarence, etc. Ahora bien, si la isla hubiera formado parte de esos archipiélagos, que solo están separados del continente por estrechos canales, François Baudoin lo habría indicado sin duda en su mapa — cosa que no había hecho —. Por tanto, era una isla aislada, y debía concluirse que se encontraba más al norte o más al sur de aquellos parajes. Pero, sin los datos suficientes ni los instrumentos necesarios, era imposible determinar su situación en el Pacífico.

No quedaba más que instalarse definitivamente, antes de que la mala estación hiciese impracticable cualquier desplazamiento.

—Lo mejor será hacer de esa caverna que hemos descubierto a orillas del lago nuestra morada —dijo Briant—. Nos ofrecerá un excelente refugio.

—¿Es lo bastante grande para que podamos alojarnos todos? —preguntó Baxter.

—No, evidentemente —respondió Doniphan—; pero creo que se podrá ampliar excavando una segunda cavidad en el macizo. Tenemos herramientas...

—Tomémosla primero tal como está —replicó Gordon—, aunque estuviéramos algo apretados...

—Y sobre todo —añadió Briant—, ¡procuremos trasladarnos allí cuanto antes!

En efecto, era urgente. Como hizo observar Gordon, el goleta se volvía cada día menos habitable. Las últimas lluvias, seguidas de calores bastante fuertes, habían contribuido enormemente a abrir las costuras del casco y de la cubierta. Las lonas desgarradas dejaban penetrar el aire y el agua en el interior. Además, se formaban algunas socavaciones bajo el fondo, las filtraciones corrían a través de la arena de la playa, y la escora del yate se acentuaba al tiempo que se hundía visiblemente en un suelo que se había vuelto muy blando. Si una borrasca, como las que se producen en el período del equinoccio —que aún duraba— se desencadenaba sobre aquella costa, el Sloughi corría el riesgo de quedar hecho pedazos en pocas horas. Se trataba, pues, no solo de abandonarlo sin demora, sino también de demolerlo metódicamente, de forma que se pudiera sacar todo lo que pudiera ser útil: vigas, tablas, hierro, cobre, con vistas al acondicionamiento de French-den (Grotte française) —nombre que se dio a la caverna en recuerdo del naufragio francés—.

—Y mientras podemos refugiarnos allí —preguntó Doniphan—, ¿dónde viviremos?

—Bajo una tienda —respondió Gordon—, una tienda que montaremos a orillas del río, entre los árboles.

—Es la mejor solución —dijo Briant—, ¡y sin perder una hora!

En efecto, la demolición del yate, la descarga del material y de las provisiones, la construcción de una balsa para el transporte de aquel cargamento,

todo eso llevaría al menos un mes de trabajo, y, antes de abandonar Sloughi-bay, se estarían en los primeros días de mayo, que corresponden a los primeros días de noviembre en el hemisferio boreal, es decir, al comienzo del invierno.

Con razón había elegido Gordon la orilla del río para establecer el nuevo campamento, puesto que el transporte debía efectuarse por agua. Ninguna otra vía hubiera sido ni más directa ni más cómoda. Transportar a través del bosque o por la ribera del río todo lo que quedase del yate después de la demolición habría sido una tarea casi irrealizable. En cambio, aprovechando durante varias mareas el flujo que se dejaba sentir hasta el lago, una balsa llegaría a su destino sin demasiada dificultad.

Como es sabido, en su curso superior — Briant lo había comprobado —, el río no ofrecía ningún obstáculo: ni cascadas, ni rápidos, ni presas. Una nueva exploración, cuyo objetivo fue reconocer el curso inferior desde el pantanal hasta su desembocadura, fue llevada a cabo con la yola. Briant y Moko pudieron comprobar que dicho curso era igualmente navegable. Así pues, había allí una vía de comunicación claramente indicada entre Sloughi-bay y French-den.

Los días siguientes se emplearon en acondicionar el campamento a orillas del río. Las ramas bajas de dos hayas, unidas por largos espares a las ramas de un tercero, sirvieron de soporte a la gran vela de repuesto del yate, cuyos costados se dejaron caer hasta tierra. Fue bajo el cobijo de esa tienda, solidamente fijada con amarras, donde se transportaron la ropa de cama, los utensilios de primera necesidad, las armas, las municiones y los fardos de provisiones. Como la balsa debía construirse con los restos del yate, había que esperar a que su demolición estuviese concluida.

No hubo motivo de queja con el tiempo, que se mantuvo seco. Si alguna vez hubo viento, venía de tierra, y los trabajos pudieron realizarse en buenas condiciones.

Hacia el 15 de abril, ya no quedaba nada a bordo del goleta, salvo los objetos demasiado pesados, que no podrían retirarse hasta después del desguace: entre otros, los lingotes de plomo que servían de lastre, las pipas de agua encajadas en la bodega, el molinete, la cocina, demasiado pesados para ser levantados sin aparejo. En cuanto al aparejo — palo de trinquete, vergas, obenques y brandales de hierro, cadenas, anclas, cabos, amarras,

cordeles, filásticas y demás—, del que existía un aprovisionamiento considerable, todo había sido transportado poco a poco a las inmediaciones de la tienda.

Ni que decir tiene que, por muy apremiante que fuera aquel trabajo, no se descuidaba atender las necesidades de cada día. Doniphan, Webb y Wilcox dedicaban algunas horas a la caza de palomas de roca y demás aves provenientes de la marisma. Los pequeños, por su parte, se ocupaban de recoger moluscos en cuanto la marea

Así el trabajo avanzaba a las mil maravillas, con una meticulosidad en la que se sentía la intervención de Gordon, cuyo sentido práctico nunca fallaba. Evidentemente, lo que Doniphan le admitía a él, no se lo hubiera admitido ni a Briant ni a ningún otro. En suma, la concordia reinaba en todo aquel pequeño mundo.

Sin embargo, importaba darse prisa. La segunda quincena de abril fue menos apacible. La temperatura media descendió sensiblemente. En varias ocasiones, a primera hora de la mañana, la columna termométrica cayó hasta cero. El invierno se anunciaba, y con él iba a aparecer su cortejo de grani- zo, nieve y rachas de viento, tan temible en las altas latitudes del Pacífico.

Por precaución, grandes y pequeños tuvieron que abrigarse más y ponerse los jerseys gruesos, los pantalones de tela basta y los chaquetones de lana preparados previendo un invierno riguroso. Bastó consultar el cuaderno de Gordon para saber dónde encontrar esas prendas, clasificadas por calidad y por talla. Eran los más pequeños quienes más preocupaban a Briant. Procuraba que no tuviesen los pies fríos, que no se expusiesen al aire vivo cuando estaban sudados. Al menor resfriado, los confinaba en la tienda o incluso les obligaba a acostarse junto a una buena hoguera que se mantenía encendida noche y día. En varias ocasiones, Dole y Costar tuvieron que quedarse en la tienda, si no en cama, y Moko no les ahorró la tisana, cuyos ingredientes proporcionaba el botiquín de a bordo.

Desde que el yate había sido vaciado por completo de su contenido, se habían puesto manos a la obra con su casco, que por lo demás crujía por todas partes.

Las hojas del forro de cobre fueron retiradas con cuidado para ser utilizadas en el acondicionamiento de French-den. Los alicates, las tenazas y

el martillo hicieron después su labor para desprender el entablado que los clavos y los pernos retenían en la cuaderna. Fue una tarea ardua, que causó grandes dificultades a aquellas manos inexpertas, a aquellos brazos todavía poco vigorosos. Así el desguace avanzaba lentamente cuando, el 25 de abril, una borrasca vino en ayuda de los trabajadores.

Durante la noche, aunque ya se estaba en la estación fría, se desató una tormenta muy violenta, que había sido anunciada por la agitación del tubo de tormenta. Los relámpagos iluminaron ampliamente el espacio; los truenos no cesaron desde medianoche hasta el amanecer —con gran espanto de los pequeños—. No llovió, por fortuna; pero en dos o tres ocasiones fue necesario sujetar la tienda contra la furia del viento.

Si resistió, gracias a los árboles entre los cuales estaba amarrada, no ocurrió lo mismo con el yate, directamente expuesto a los golpes del mar abierto, que enormes olas rompientes vinieron a batir.

La demolición fue completa. El entablado arrancado, la cuaderna desencajada, la quilla rota por algunos violentos golpes del talón, quedaron pronto reducidos al estado de restos de naufragio. No hubo motivo para lamentarse, pues las olas, al retirarse, no se llevaron más que una parte de esos restos, que en su mayoría quedaron retenidos por las cabezas de los arrecifes. En cuanto a los herrajes, no sería difícil encontrarlos bajo los pliegues de la arena.

Esa fue la tarea a la que todos se aplicaron durante los días siguientes. Las vigas, las tablas, los lingotes de la bodega, los objetos que no habían podido ser retirados, yacían aquí y allá. Solo se trataba de transportarlos a la orilla derecha del río, a pocos pasos de la tienda.

Ardua empresa, ciertamente, pero que, con tiempo y no sin gran fatiga, llegó a buen término. Era curioso verlos a todos enganchados a alguna pesada pieza de madera, tirando al unísono y animándose con mil gritos. Se ayudaban con espares que hacían las veces de palancas, o con trozos de madera redondos que facilitaban el rodaje de las piezas más pesadas. Lo más duro fue conducir hasta su destino el molinete, la cocina y las cajas de agua de palastro, cuyo peso era bastante considerable. ¡Cuánto les faltaba a aquellos niños un hombre práctico que les hubiese guiado! Si Briant hubiera tenido consigo a su padre, o Garnett al suyo, el ingeniero y el capitán les habrían ahorrado muchos errores que cometieron y que aún habrían de

cometer. Sin embargo, Baxter, de una inteligencia muy abierta a las cosas de la mecánica, desplegó mucha habilidad y celo. Fue gracias a sus esfuerzos, con los consejos de Moko, que se fijaron polipastos a estacas clavadas en la arena —lo que multiplicó por diez las fuerzas de aquel grupo de muchachos y les permitió terminar su faena—.

En resumen, el 28 por la tarde, todo lo que quedaba del Sloughi había sido llevado al lugar de embarque. Y a partir de entonces, lo más difícil estaba hecho, puesto que sería el propio río quien se encargaría de transportar aquel material a French-den.

—Desde mañana —dijo Gordon—, nos pondremos a construir nuestra balsa...

—Sí —dijo Baxter—, y para no tener la molestia de botarla al agua, propongo construirla directamente sobre la superficie del río...

—¡No será fácil! —hizo observar Doniphan.

—No importa, ¡intentémoslo! —respondió Gordon—. Si nos da más trabajo construirla, al menos no tendremos que preocuparnos de echarla al agua.

Esta manera de proceder era, en efecto, preferible, y he aquí cómo al día siguiente se dispusieron los fundamentos de aquella balsa, que debía tener dimensiones bastante grandes para recibir un cargamento pesado y voluminoso.

Se obtuvo así una armazón sólida que medía aproximadamente nueve metros de largo por cuatro metros y medio de ancho. Se trabajó sin descanso durante toda la jornada, y la estructura estaba terminada cuando llegó la noche. Briant tomó entonces la precaución de atarla a los árboles de la orilla, para que la marea creciente no pudiera arrastrarla hacia aguas arriba, en dirección a French-den, ni la marea menguante hacia aguas abajo, en dirección al mar.

Todos, rendidos de fatiga tras una jornada tan laboriosa, cenaron con un apetito formidable y durmieron del tirón hasta la mañana.

Al día siguiente, el 30, desde el primer albor, cada uno volvió a la tarea.

Ahora se trataba de levantar una plataforma sobre la armazón de la balsa. Para ello sirvieron las tablas de la cubierta y los forros del casco del

Sloughi. Clavos hundidos a grandes martillazos y cuerdas ligadas bajo las piezas formaron sólidas sujeciones que consolidaron todo el conjunto.

Este trabajo llevó tres días, aunque todos se apresuraran, pues no había ni una hora que perder. Ya aparecían algunas cristalizaciones en la superficie de los charcos, entre los arrecifes, y también en las orillas del río. El refugio de la tienda empezaba a resultar insuficiente, a pesar del calor de la hoguera. Era a duras penas como, apretándose unos contra otros y envolviéndose en sus mantas, Gordon y sus camaradas conseguían combatir el descenso de la temperatura. Era, pues, necesario acelerar la tarea para comenzar la instalación definitiva en French-den. Allí, al menos así lo esperaban, sería posible desafiar los rigores del invierno, que son tan crudos bajo esas altas latitudes.

Ni que decir tiene que la plataforma había sido construida de la manera más sólida posible, para que no pudiera desarticularse en ruta —lo que habría supuesto el hundimiento del material en el lecho del río—. Así pues, para evitar tal catástrofe, hubiera sido preferible retrasar la partida veinticuatro horas.

—Sin embargo —hizo observar Briant—, tenemos interés en no esperar más allá del 6 de mayo.

—¿Y por qué? —preguntó Gordon.

—Porque pasado mañana es luna nueva —respondió Briant—, y las mareas van a crecer durante unos días. Pues bien, cuanto más fuertes sean, más nos ayudarán a remontar el curso del río. ¡Piénsalo, Gordon! Si nos viésemos obligados a halar esa pesada balsa con la sirga o a empujarla con el bichero, ¡nunca conseguiríamos vencer la corriente!...

—Tienes razón —respondió Gordon—, ¡y hay que partir dentro de tres días como máximo!

Todos convinieron, pues, en no descansar hasta que la tarea estuviese concluida.

El 3 de mayo, se procedió a la carga, que importaba estibar con cuidado a fin de que la balsa estuviera convenientemente equilibrada. Cada uno, según sus fuerzas, se empleó en aquel trabajo. Jenkins, Iverson, Dole y Costar fueron encargados de transportar los objetos pequeños —utensilios, herramientas, instrumentos— a la plataforma, donde Briant y Baxter los

disponían metódicamente según las indicaciones de Gordon. Para los objetos de mayor peso —el fogón, las cajas de agua, el molinete, los herrajes, las hojas del forro, etc.—; y finalmente el resto de los despojos del Sloughi: las curvas de la cuaderna, los forros, los barrotes de cubierta, las escotillas, fueron los mayores quienes asumieron la dura tarea de embarcarlos. Lo mismo ocurrió con los fardos de provisiones, los toneles de vino, de ale y de aguardiente, sin olvidar varios sacos de sal que se habían recogido entre las rocas de la bahía. Para facilitar el embarque, Baxter hizo armar dos espares que fueron sujetados por cuatro cabos. En el extremo de esta especie de cabria, se enganchó un polipasto cuyo chicote fue llevado a uno de los molinetes —pequeño torno horizontal del yate—, lo que permitió tomar los objetos en tierra, levantarlos y depositarlos sin golpes sobre la plataforma.

En resumen, todos procedieron con tal prudencia y celo que, en la tarde del 5 de mayo, cada objeto estaba en su lugar. Solo quedaba largar las amarras de la balsa. Eso se haría a la mañana siguiente, hacia las ocho, en cuanto la marea creciente se dejara sentir en la desembocadura del río.

Quizá se habían imaginado aquellos muchachos que, una vez terminado su trabajo, podrían disfrutar hasta la noche de un merecido descanso. No fue así, y una propuesta de Gordon les dio aún más faena.

—Compañeros —dijo—, puesto que vamos a alejarnos de la bahía, ya no podremos vigilar el mar, y si algún navío llegase por este lado a la vista de la isla, no podríamos hacerle señales. Así pues, creo que sería oportuno instalar un mástil en el acantilado e izar en él uno de nuestros pabellones de forma permanente. Con eso bastará, espero, para atraer la atención de los buques del alta mar.

Adoptada la propuesta, el palo de juanete del goleta, que no había sido empleado en la construcción de la balsa, fue arrastrado hasta el pie del acantilado, cuyo talud, cerca de la orilla del río, ofrecía una pendiente bastante transitable. No obstante, hubo que realizar grandes esfuerzos para subir aquel sinuoso repecho que desembocaba en la cresta.

Sin embargo, se logró, y el mástil fue implantado sólidamente en el suelo. Tras lo cual, con una driza, Baxter izó el pabellón inglés, al tiempo que Doniphan le saludaba con un disparo de fusil.

—¡Eh, eh! —hizo observar Gordon a Briant—, ¡Doniphan acaba de tomar posesión de la isla en nombre de Inglaterra!

—¡Me sorprendería mucho que no le perteneciera ya! —respondió Briant.

Y Gordon no pudo evitar torcer el gesto, pues, por la manera en que hablaba a veces de «su isla», parecía tenerla por americana.

Al día siguiente, al amanecer, todo el mundo estaba en pie. Se apresuró a desmontar la tienda y a transportar la ropa de cama a la balsa, donde se extendieron velas para protegerla hasta el destino. Por lo demás, no parecía que hubiera nada que temer del tiempo. Sin embargo, un cambio en la dirección del viento habría podido traer de nuevo sobre la isla los vapores del mar abierto.

A las siete, los preparativos habían terminado. Se había acondicionado la plataforma de manera que pudieran instalarse en ella durante dos o tres días si fuera necesario. En cuanto a las provisiones de boca, Moko había puesto aparte lo que sería necesario durante la travesía, sin que se viera obligado a encender fuego.

A las ocho y media, cada uno tomó su lugar en la balsa. Los mayores se situaban en los costados, armados de bicheros o espares —único medio del que disponían para dirigirla, puesto que un timón no habría tenido acción sobre la corriente—.

Un poco antes de las nueve, habiéndose dejado sentir la marea, un sordo crujido recorrió la armazón de la balsa, cuyas piezas cedían en sus sujeciones. Pero, tras ese primer esfuerzo, ya no había que temer desarticulación alguna.

—¡Atención! —gritó Briant.

—¡Atención! —gritó Baxter.

Ambos estaban apostados junto a las amarras que retenían la embarcación por proa y por popa, y cuyos dos chicotes volvían a sus manos.

—¡Estamos listos! —gritó Doniphan, que se mantenía con Wilcox en la parte delantera de la plataforma.

Tras comprobar que la balsa derivaba bajo la acción de la marea:

—¡Largad! —gritó Briant.

La orden fue ejecutada sin demora, y el aparato, ya libre, remontó lentamente entre las dos orillas, llevando a remolque la yola.

Fue una alegría general cuando todos vieron su pesada máquina en movimiento. ¡Habrían construido un navío de alto bordo y no habrían estado más satisfechos de sí mismos! ¡Que se les perdone ese pequeño sentimiento de vanidad!

Como es sabido, la orilla derecha, bordeada de árboles, era sensiblemente más elevada que la orilla izquierda, estrecha ribera alargada a lo largo de la marisma adyacente. Apartarla balsa de ella, porque era poco escarpada y porque habría corrido el riesgo de embarrancar, era a lo que Briant, Baxter, Doniphan, Wilcox y Moko aplicaron todos sus esfuerzos —la profundidad del agua permitiendo arrimar sin inconveniente la orilla opuesta del río—.

La balsa fue mantenida en la medida de lo posible cerca de la orilla derecha, que la corriente de flujo bordeaba más directamente y que podía proporcionar un punto de apoyo a los bicheros.

Dos horas después de la partida, el camino recorrido podía evaluarse en aproximadamente una milla. No se había producido ningún choque y, en esas condiciones, el aparato llegaría sin daño a French-den.

Sin embargo, según la estimación anteriormente hecha por Briant, como, por un lado, aquel curso de agua debía medir seis millas desde su salida del lago hasta su desembocadura en Sloughi-bay, y, por otro, como no se podían recorrer más que dos millas durante la duración de la marea creciente, necesitaría varios «flujos» para llegar a su destino.

En efecto, hacia las once, la vaciante comenzó a devolver las aguas hacia aguas abajo, y se apresuró a amarrar sólidamente el aparato para que no derivara hacia el mar.

Evidentemente, se habría podido reemprender la marcha hacia el final de la jornada, cuando se dejara sentir la marea nocturna; pero eso hubiera sido aventurarse en medio de la oscuridad.

—Creo que sería muy imprudente —hizo observar Gordon—, pues la balsa quedaría expuesta a choques capaces de demolerla. Sería de opinión de esperar hasta mañana para aprovechar la marea de día.

Esta propuesta era demasiado sensata para no obtener la aprobación general. Aunque se tardase veinticuatro horas más, ese retraso era preferible al riesgo de comprometer la seguridad del valioso cargamento entregado a la corriente del río.

Había, por tanto, media jornada que pasar en aquel lugar, además de la noche entera. Así que Doniphan y sus habituales compañeros de caza, acompañados de Phann, se apresuraron a desembarcar en la orilla derecha.

Gordon les había recomendado que no se alejasen demasiado, y tuvieron que tener en cuenta la recomendación. Sin embargo, como regresaron con dos pares de gordas avutardas y un sartal de tinamúes, su amor propio tuvo motivos para quedar satisfecho. Por consejo de Moko, aquella caza debía guardarse para la primera comida —almuerzo, cena o lo que fuera— que se celebrase en el refectorio de French-den.

Durante aquella excursión, Doniphan no había descubierto ningún indicio susceptible de revelar la presencia antigua o reciente de seres humanos en aquella parte del bosque. En cuanto a los animales, había entrevisto aves de gran tamaño huyendo entre los matorrales, pero sin llegar a reconocerlas.

La jornada llegó a su fin, y durante toda la noche Baxter, Webb y Cross montaron guardia juntos, dispuestos, según las circunstancias, bien a doblar las amarras de la balsa, bien a darles algo de juego en el momento del cambio de marea.

No hubo ninguna alarma. Al día siguiente, hacia las nueve y cuarto, en cuanto subió el flujo, la navegación se reanudó en las mismas condiciones que el día anterior.

La noche había sido fría. La jornada también lo fue. Ya era hora de llegar. ¿Qué sería de ellos si las aguas del río llegaran a helarse, si algunos témpanos, salidos del lago, derivaran hacia Sloughi-bay? Motivo de grave inquietud del que no se verían libres hasta la llegada a French-den.

de haber abandonado el campamento del Sloughi. Hubo que recurrir en varias ocasiones a que Briant los reconfortase con palabras de aliento.

Por fin, en la tarde del día siguiente, con la ayuda de la marea que duró hasta las tres y media de la tarde, la balsa llegó a la vista del lago y atracó al pie de la ribera, frente a la puerta de French-den.

CAPÍTULO 11

El desembarco se realizó entre los gritos de alegría de los pequeños, para quienes todo cambio en la vida ordinaria equivalía a un juego nuevo. Dole retozaba en la orilla como un cabrito; Iverson y Jenkins corrían hacia el lago, mientras que Costar, llevando a Moko aparte, le decía:

—¿Nos has prometido una buena cena, grumete?

—Pues bien, tendréis que prescindir de ella, señor Costar —respondió Moko.

—¿Y por qué?

—¡Porque ya no tendré tiempo de prepararos la cena hoy!

—¿Cómo, que no cenaremos?...

—No, pero sí cenaremos, ¡y las avutardas no serán menos buenas por servirse en la cena!

Y Moko reía mostrando sus hermosos dientes blancos.

El niño, tras haberle dado un empujón de buena amistad, fue a reunirse con sus camaradas. Además, Briant les había dado la orden de no alejarse, para que siempre se les pudiera tener a la vista.

—¿No vas con ellos?... —le preguntó a su hermano.

—¡No! ¡Prefiero quedarme aquí! —respondió Jacques.

—Harías mejor en hacer un poco de ejercicio —repuso Briant—. No estoy contento contigo, Jacques... Tienes algo que ocultas... ¿O es que estás enfermo?

—No, hermano, ¡no me pasa nada!

Siempre la misma respuesta, que no podía bastar a Briant, muy resuelto a aclarar las cosas, aunque fuera al precio de una escena con el joven testarudo.

Sin embargo, no había ni una hora que perder si querían pasar aquella noche en French-den.

En primer lugar, había que mostrar la caverna a quienes no la conocían. Así que, en cuanto la balsa fue amarrada sólidamente a la orilla, en medio de un remanso, fuera de la corriente del río, Briant invitó a sus camaradas a acompañarle. El grumete se había provisto de un farol de a bordo, cuya llama, muy aumentada por la potencia de sus lentes, daba una viva luz.

Se procedió a despejar la abertura. Los ramajes habían sido dispuestos tal como Briant y Doniphan los dejaron, y tal como fueron encontrados. Por tanto, ningún ser humano, ningún animal, había intentado penetrar en French-den.

Tras apartar los ramajes, todos se deslizaron por la estrecha apertura. A la claridad del farol, la caverna se iluminó infinitamente mejor de lo que lo había hecho con el resplandor de las ramas resinosas o de las toscas velas del náufrago.

—¡Eh! ¡Aquí estaremos muy justos! —observó Baxter, que acababa de medir la profundidad de la caverna.

—¡Bah! —exclamó Garnett—. Poniendo las literas una encima de otra, como en un camarote...

—¿Para qué? —replicó Wilcox—. Bastará con ordenarlas en el suelo...

—Y entonces no nos quedará espacio para ir y venir —replicó Webb.

—¡Pues bien! No iremos ni vendremos, ¡y ya está! —respondió Briant—. ¿Tienes algo mejor que ofrecernos, Webb?

—No, pero...

—Pero —retrucó Service—, ¡lo importante era tener un refugio suficiente! No creo que Webb imaginara encontrar aquí un apartamento completo con salón, comedor, dormitorio, vestíbulo, fumador, cuarto de baño...

—No —dijo Cross—. Aunque también hace falta un lugar donde poder cocinar...

—Cocinaré fuera —respondió Moko.

—Eso sería muy incómodo con mal tiempo —señaló Briant—. Por eso creo que a partir de mañana deberemos instalar aquí mismo el fogón del *Sloughi*...

—¿El fogón... en la misma cavidad donde comeremos y dormiremos? —replicó Doniphan con un tono de disgusto muy pronunciado.

—¡Pues respirarás sales, lord Doniphan! —exclamó Service, que soltó una franca carcajada.

—Si eso me conviene, ¡pinche de cocina! —replicó el altivo muchacho frunciendo el ceño.

—Bien... bien... —se apresuró a decir Gordon—. Sea agradable o no, habrá que resignarse al principio. Además, al mismo tiempo que sirva para cocinar, el fogón calentará el interior de la caverna. En cuanto a conseguir más espacio excavando otras habitaciones en la roca, tendremos todo el invierno para ese trabajo, si es factible. Pero, ante todo, aceptemos French-den tal como está e instalémonos lo mejor posible.

Antes de cenar, las literas fueron transportadas y colocadas con orden sobre la arena. Aunque estuvieran apretadas unas contra otras, aquellos niños, acostumbrados a los estrechos camarotes de la goleta, no tenían por qué ser tan exigentes.

Ese acondicionamiento ocupó el final del día. La gran mesa del yate fue entonces colocada en el centro de la caverna, y Garnett, ayudado por los pequeños que le traían los distintos utensilios del barco, se encargó de poner la mesa.

Por su parte, Moko, al que se unió Service, había realizado una excelente labor. Un hogar, dispuesto entre dos grandes piedras al pie del contrafuerte del acantilado, fue alimentado con la leña seca que Webb y Wilcox habían ido a buscar bajo los árboles de la orilla. Hacia las seis, el cocido —es decir, la galleta de carne, que bastaba con hervir unos minutos— humeaba desprendiendo un buen olor. Lo cual no impedía que una docena de tinamúes, ensartados en una varilla de hierro tras ser convenientemente desplumados,

se asaran ante una llama crepitante por encima de una bandeja para recoger el jugo, en la que Costar tenía muchas ganas de mojar un trozo de galleta. Y mientras Dole e Iverson daban concienzudamente vueltas al asador, Phann seguía sus movimientos con un interés muy significativo.

Antes de las siete, todos estaban reunidos en la única sala de French-den, refectorio y dormitorio a la vez. Los taburetes, los plegables y los sillones de mimbre del *Sloughi* habían sido traídos junto con los bancos del rancho de la tripulación. Los jóvenes comensales, servidos por el grumete y también por ellos mismos, hicieron una comida abundante. La sopa caliente, un trozo de carne en conserva, el asado de tinamúes, galleta a modo de pan, agua fresca mezclada con una décima parte de brandy, un trozo de queso chester y algunos vasos de jerez de postre, les compensaron del mediocre menú de los últimos días. Por grave que fuera la situación, los pequeños se dejaban llevar por la alegría propia de su edad, ¡y Briant se habría guardado mucho de contener su júbilo o de reprimir sus risas!

La jornada había sido fatigosa. Una vez saciada el hambre, no se pedía otra cosa que ir a descansar. Pero antes, Gordon, guiado por un sentimiento de conveniencia religiosa, propuso a sus camaradas hacer una visita a la tumba de François Baudoin, cuya morada ocupaban ahora.

La noche oscurecía el horizonte del lago y las aguas ya no reflejaban ni los últimos rayos del día. Habiendo rodeado el contrafuerte, los jóvenes se detuvieron junto a una ligera elevación del suelo, sobre la que se alzaba una pequeña cruz de madera. Y entonces, los pequeños arrodillados, los mayores inclinados ante aquella tumba, elevaron una oración a Dios por el alma del náufrago.

A las nueve, las literas estaban ocupadas, y apenas arropado bajo su manta, cada uno dormía a pierna suelta. Solo Wilcox y Doniphan, a quienes correspondía el turno de guardia, mantuvieron una gran hoguera en la entrada de la caverna, que debía servir para alejar a los visitantes peligrosos, al tiempo que calentaba el interior.

Al día siguiente, 9 de mayo, y durante los tres días que siguieron, la descarga de la balsa exigió todos los brazos. Los vapores persistían ya en acumularse con los vientos del oeste, anunciando un período de lluvia o incluso de nieve. En efecto, la temperatura apenas superaba el cero del termómetro, y las zonas altas debían de estar muy frías. Era importante, pues,

que todo lo que pudiera estropearse — municiones, víveres sólidos o líquidos — quedara resguardado en French-den.

Durante aquellos días, dada la urgencia de la tarea, los cazadores no se alejaron. Pero, como la caza de agua abundaba, tanto en la superficie del lago como por encima del marjal, en la orilla izquierda del río, Moko nunca careció de provisiones. Becadas y patos, patos rabos de aguja y cercetas, brindaron a Doniphan la ocasión de disparar algunos hermosos tiros.

Sin embargo, Gordon no veía sin pena lo que la caza —incluso afortunada— costaba en plomo y pólvora. Cuidaba por encima de todo de economizar las municiones, cuyas cantidades exactas había anotado en su cuaderno. Por eso recomendó encarecidamente a Doniphan que ahorrara sus disparos.

—Es por nuestro propio interés de cara al futuro —le dijo.

—De acuerdo —respondió Doniphan—, pero también hay que ser tacaños con nuestras conservas. Nos arrepentiríamos de quedarnos sin ellas si alguna vez se presentara la ocasión de abandonar la isla...

—¿Abandonar la isla?... —dijo Gordon—. ¿Acaso somos capaces de construir un barco que pueda navegar en alta mar?...

—¿Y por qué no, Gordon, si hay un continente en las cercanías?... En todo caso, yo no tengo ganas de morir aquí como el compatriota de Briant...

—Sea —respondió Gordon—. Sin embargo, antes de pensar en marcharnos, acostumbémonos a la idea de que quizá nos veamos forzados a vivir aquí años y años...

—¡Muy propio de ti, Gordon! —exclamó Doniphan—. Estoy seguro de que estarías encantado de fundar una colonia...

—Sin duda, ¡si no hubiera otro remedio!

—¡Eh, Gordon! No creo que vayas a ganarte muchos partidarios para tu manía, ¡ni siquiera tu amigo Briant!

—Ya tendremos tiempo de discutirlo —respondió Gordon—. Y, a propósito de Briant, Doniphan, déjame decirte que no te comportas bien con él. Es un buen camarada que nos ha dado pruebas de su entrega...

—¡Vaya, Gordon! —replicó Doniphan con ese tono desdeñoso del que no podía desprenderse—. ¡Briant tiene todas las cualidades! Es una especie de héroe...

—No, Doniphan, tiene sus defectos como nosotros. Pero tus sentimientos hacia él pueden provocar una desunión que haría nuestra situación aún más penosa. Briant es estimado por todos...

—¡Oh! ¡Por todos!

—O, al menos, por la mayoría de sus camaradas. No sé por qué Wilcox, Cross, Webb y tú no queréis escucharle. Te lo digo de paso, Doniphan, y estoy seguro de que lo reflexionarás...

—¡Ya está reflexionado, Gordon!

Gordon vio claramente que el orgulloso muchacho estaba poco dispuesto a tener en cuenta sus consejos, lo que le afligía, pues preveía serios problemas para el futuro.

Como ya se ha dicho, la descarga completa de la balsa había llevado tres días. Solo quedaba dismantelar el armazón y la plataforma, cuyos maderos y tablones podrían emplearse en el interior de French-den.

Desgraciadamente, todo el material no había podido caber en la caverna, y si no se lograba ampliarla, habría que construir un cobertizo bajo el cual los fardos quedaran resguardados del mal tiempo.

Mientras tanto, siguiendo el consejo de Gordon, esos objetos fueron amontonados en el ángulo del contrafuerte, tras haber sido cubiertos con los encerados alquitranados que servían para proteger los tragaluces y escotillas del yate.

En la jornada del 13, Baxter, Briant y Moko procedieron al montaje del fogón de cocina, que había sido necesario arrastrar sobre rodillos hasta el interior de French-den. Allí fue adosado contra la pared derecha, cerca de la abertura, de manera que el tiro pudiera funcionar en mejores condiciones. En cuanto al tubo, que debía conducir al exterior los productos de la combustión, su colocación no dejó de presentar algunas dificultades. Sin embargo, como la caliza de la roca era blanda, Baxter logró perforar un agujero a través del cual fue ajustado el tubo, lo que permitió que el humo escapara hacia el exterior. Por la tarde, cuando el grumete encendió su fogón, tuvo la

satisfacción de comprobar que funcionaba de manera bastante aceptable. Incluso con mal tiempo, la cocción de los alimentos quedaba asegurada.

Durante la semana siguiente, Doniphan, Webb, Wilcox y Cross, a quienes se unieron Garnett y Service, pudieron satisfacer sus aficiones de cazadores. Un día se internaron en el bosque de abedules y hayas, a unos 800 metros de French-den, en dirección al lago. En algunos lugares, indicios de trabajo humano se les aparecieron con toda claridad. Eran fosas cavadas en el suelo, cubiertas por una red de ramajes, y suficientemente profundas para que los animales que cayeran en ellas no pudieran salir. Pero el estado de aquellas fosas indicaba que databan de hacía ya muchos años, y una de ellas contenía aún los restos de un animal cuya especie habría sido difícil de identificar.

— ¡En todo caso, son los huesos de una bestia de gran tamaño! —observó Wilcox, que se había deslizado con agilidad hasta el fondo de la fosa y había sacado de ella unos fragmentos blanqueados por el tiempo.

— Y era un cuadrúpedo, pues aquí están los huesos de sus cuatro patas —añadió Webb.

— A menos que aquí haya bestias de cinco patas —respondió Service—, ¡y en ese caso solo podría ser una oveja o un ternero fenomenal!

— ¡Siempre bromeando, Service! —dijo Cross.

— ¡No está prohibido reírse! —replicó Garnett.

— Lo que es seguro —retomó Doniphan— es que ese animal debía de ser muy robusto. Fijaos en el tamaño de su cabeza y su mandíbula aún armada de colmillos. Que Service bromea, ya que eso le divierte, con sus terneros de circo y sus ovejas de feria. ¡Pero si ese cuadrúpedo resucitara, creo que no estaría de humor para reír!

— ¡Bien dicho! —exclamó Cross, siempre dispuesto a encontrar excelentes las réplicas de su primo.

— ¿Crees entonces —preguntó Webb a Doniphan— que se trata de un carnívoro?

— ¡Sí, sin ninguna duda!

—¿Un león?... ¿Un tigre?... —preguntó Cross, que no parecía muy tranquilo.

—Si no un tigre o un león —respondió Doniphan—, al menos un jaguar o un puma.

—¡Habrà que estar en guardia!... —dijo Webb.

—¡Y no aventurarse demasiado lejos! —añadió Cross.

—¿Oyes, Phann? —dijo Service volviéndose hacia el perro—. ¡Hay fieras grandes por aquí!

Phann respondió con un ladrido alegre que no denotaba inquietud alguna.

Los jóvenes cazadores se dispusieron entonces a regresar a French-den.

—Se me ocurre una idea —dijo Wilcox—. ¿Y si cubriéramos esta fosa con nuevos ramajes? Quizá algún animal volvería a caer en ella...

—Como quieras, Wilcox —respondió Doniphan—, aunque prefiero abatir una pieza en libertad que masacrarla en el fondo de una fosa.

Era el deportista quien hablaba así; pero, en definitiva, Wilcox, con su afición natural por tender trampas, se mostraba más práctico que Doniphan.

Así que se apresuró a poner su idea en práctica. Sus camaradas le ayudaron a cortar ramas de los árboles cercanos; hecho esto, las más largas fueron colocadas en sentido transversal, y su follaje disimuló completamente la abertura de la fosa. Trampa muy rudimentaria, sin duda, pero frecuentemente empleada con éxito por los tramperos de las Pampas.

Para reconocer el lugar donde estaba cavada la fosa, Wilcox marcó algunos árboles hasta el límite del bosque, y todos regresaron a French-den.

Estas cacerías, sin embargo, no dejaban de ser fructíferas. La caza de pluma abundaba. Sin contar las avutardas y los tinamúes, se veían numerosas de aquellas martinetas, cuyo plumaje punteado de blanco recuerda el de la pintada; palomas torcaces que vuelan en bandadas; gansos antárticos que son bastante buenos de comer cuando la cocción les ha despojado de su sabor aceitoso. En cuanto a la caza de pelo, estaba representada por «tucutúcos», una especie de roedores que pueden sustituir ventajosamente al conejo en los guisos; por «maras», liebres de un gris rojizo con una media luna negra en la cola, con todas las cualidades comestibles del agutí; por

«pichis», del género de los armadillos, mamíferos de caparazón escamoso cuya carne es deliciosa; por «pecaríes», que son jabalíes de pequeño tamaño; y por «guazutís», semejantes a los ciervos, de los que tienen la agilidad.

Doniphan pudo abatir algunos de estos animales; pero, como eran difíciles de acercar, el consumo de pólvora y plomo no guardó proporción con los resultados obtenidos, con gran disgusto del joven cazador. Y eso le valió las observaciones de Gordon, observaciones que, por otra parte, sus partidarios no recibieron mejor que él.

Fue también durante una de esas excursiones cuando se hizo buena provisión de aquellas dos preciosas plantas descubiertas por Briant en la primera expedición al lago. Era ese apio silvestre, que crecía en gran abundancia en los terrenos húmedos, y ese berro, cuyos brotes jóvenes constituyen un excelente antiescorbútico cuando empiezan a salir de la tierra. Estos vegetales figuraron en todas las comidas como medida higiénica.

Además, como el frío aún no había helado la superficie del lago y del río, se pescaron truchas con anzuelo, así como una especie de lucio muy agradable de comer, a condición de no ahogarse con sus demasiado numerosas espinas. Por último, un día, Iverson regresó triunfalmente llevando un salmón de buen tamaño, con el que había luchado durante mucho tiempo arriesgándose a romper el sedal. Si, pues, en la época en que esos peces remontaban la desembocadura del río se lograba aprovisionarse bien de ellos, sería asegurarse una preciosa reserva para el invierno.

Entre tanto, se habían realizado varias visitas a la fosa preparada por Wilcox; pero ningún animal se dejaba caer en ella, aunque se hubiera depositado en su interior un buen trozo de carne que podría haber atraído a algún carnívoro.

Sin embargo, el 17 de mayo se produjo un incidente.

Aquel día, Briant y algunos otros habían ido a la parte del bosque cercana al acantilado. Se trataba de buscar si, en las proximidades de French-den, no había alguna otra cavidad natural que sirviera de almacén para alojar el resto del material.

Pues bien, al acercarse a la fosa, oyeron unos gritos raucos que salían de ella.

Briant se dirigió hacia allí, siendo enseguida alcanzado por Doniphan, que no habría querido dejarse adelantar. Los demás les seguían a pocos pasos, con los fusiles listos, mientras Phann avanzaba con las orejas erguidas y el rabo tieso.

Ya no estaban más que a unos veinte pasos de la fosa cuando los gritos arreciaron. En medio del techo de ramajes apareció entonces un gran boquete que debía haber sido producido por la caída de algún animal.

Lo que era ese animal, nadie habría podido decirlo. En todo caso, convenía ponerse a la defensiva.

—¡Ve, Phann, ve!... —gritó Doniphan.

Y al punto el perro se lanzó ladrando, pero sin mostrar inquietud.

Briant y Doniphan corrieron hacia la fosa, y en cuanto se asomaron:

—¡Venid!... ¡Venid! —gritaron.

—¿No es un jaguar?... —preguntó Webb.

—¿Ni un puma?... —añadió Cross.

—¡No! —respondió Doniphan—. ¡Es una bestia de dos patas, un avestruz!

Era un avestruz, en efecto, y había motivos para congratularse de que tales aves corrieran por los bosques del interior, pues su carne es excelente, sobre todo en la parte grasa que les recubre el pecho.

Sin embargo, aunque no cupiera duda de que era un avestruz, su tamaño mediano, su cabeza semejante a una cabeza de oca, el recubrimiento de pequeñas plumas que envolvía todo su cuerpo en un vello gris blanquecino, lo encuadraban en la especie de los «ñandúes», tan numerosos en medio de las pampas del sur de América. Aunque el ñandú no puede compararse con el avestruz africano, no dejaba de ser un digno representante de la fauna del lugar.

—¡Hay que cogerlo vivo!... —dijo Wilcox.

—¡Eso sí! —exclamó Service.

—¡No será fácil! —respondió Cross.

—¡Intentémoslo! —dijo Briant.

Si el vigoroso animal no había podido escapar era porque sus alas no le permitían elevarse hasta el nivel del suelo, y porque sus patas no encontraban asidero en las paredes verticales. Wilcox se vio obligado, pues, a deslizarse hasta el fondo de la fosa, arriesgándose a recibir algunos picotazos que habrían podido herirle gravemente. Sin embargo, como logró encauchar al avestruz con su chaquetón, que le echó sobre la cabeza, el animal quedó en la más completa inmovilidad. Fue fácil entonces atarle las patas con ayuda de dos o tres pañuelos anudados entre sí, y todos, aunando sus esfuerzos, unos abajo y otros arriba, lograron sacarlo de la fosa.

—¡Por fin lo tenemos! —exclamó Webb.

—¿Y qué haremos con él?... —preguntó Cross.

—¡Es muy sencillo! —replicó Service, que nunca dudaba de nada—. Lo llevaremos a French-den, lo domesticaremos, y nos servirá de montura. Yo me encargo de ello, a ejemplo de mi amigo Jack del *Robinson suizo*.

Que fuera posible utilizar el avestruz de esa manera era, como mínimo, discutible, pese al precedente invocado por Service. No obstante, como no había ningún inconveniente en llevarlo a French-den, eso fue lo que se hizo.

Cuando Gordon vio llegar aquel ñandú, quizá se asustó un poco de tener una boca más que alimentar. Pero, al pensar que la hierba o las hojas bastarían para su sustento, le dio buena acogida. En cuanto a los pequeños, fue una alegría para ellos admirar al animal y acercarse a él —aunque no demasiado— después de que lo ataron con una cuerda larga. Y cuando supieron que Service contaba con adiestrarlo para la carrera, le hicieron prometer que los llevaría a la grupa.

—¡Sí, si sois buenos, pequeñajos! —respondió Service, a quien los pequeños ya consideraban un héroe.

—¡Lo seremos! —exclamó Costar.

—¿Cómo, tú también, Costar, te atreverías a montar en esa bestia?... —replicó Service.

—Detrás de ti... y agarrándome bien... ¡sí!

—¡Eh! ¿Recuerdas el susto tan grande que pasaste cuando ibas encima de la tortuga?

—No es lo mismo —respondió Costar—. ¡Al menos esta bestia no va bajo el agua!...

—¡No, pero puede ir por el aire! —dijo Dole.

Y con eso, los dos niños se quedaron pensativos.

Como puede suponerse, desde la instalación definitiva en French-den, Gordon y sus camaradas habían organizado la vida cotidiana de manera regular. Una vez completada la instalación, Gordon se proponía ordenar en lo posible las ocupaciones de cada uno, y sobre todo no dejar a los más pequeños abandonados a sí mismos. Sin duda, estos no pedirían otra cosa que aplicarse al trabajo común en la medida de sus fuerzas; pero ¿por qué no dar continuidad a las lecciones empezadas en el internado Chairman?

—Tenemos libros que nos permitirán continuar los estudios —dijo Gordon—, y lo que hemos aprendido, lo que aprenderemos aún, sería justo que aprovechara también a nuestros compañeros más pequeños.

—Sí —respondió Briant—, y si logramos abandonar esta isla, si hemos de volver a ver a nuestras familias algún día, ¡procuremos no haber perdido demasiado el tiempo!

Se acordó que se redactaría un programa; después, en cuanto hubiera sido sometido a la aprobación general, se velaría por que se aplicara escrupulosamente.

En efecto, llegado el invierno, habría muchos días malos durante los cuales ni grandes ni pequeños podrían poner el pie fuera, y era importante que no transcurrieran sin provecho. Mientras tanto, lo que más incomodaba a los huéspedes de French-den era la estrechez de esa única sala en la que todos habían tenido que apiñarse. Era preciso, pues, pensar sin demora en los medios de dar a la caverna unas dimensiones suficientes.

CAPÍTULO 12

Durante sus últimas excursiones, los jóvenes cazadores habían examinado varias veces el acantilado con la esperanza de encontrar otra excavación. De haberla hallado, podría haber servido de almacén general y acoger el resto del material que había sido preciso dejar al descubierto. Pero como las búsquedas no habían dado resultado, hubo que volver al proyecto de ampliar la vivienda actual excavando una o varias estancias contiguas a la caverna de Jean Baudoin.

En granito, ese trabajo habría sido con toda seguridad irrealizable; pero en aquella piedra caliza que la picota o el pico atacarían con facilidad, no presentaría dificultad alguna. Su duración importaba poco. Habría con qué ocupar los largos días del invierno, y todo podría estar terminado antes del regreso del buen tiempo, siempre que no se produjesen derrumbes ni filtraciones, que eran justamente lo que más había que temer.

Por lo demás, no sería necesario emplear la mina. Las herramientas bastarían, puesto que habían bastado cuando se había tratado de taladrar la pared para ajustar el tubo del fogón de cocina. Además, Baxter ya había podido, no sin esfuerzo, ensanchar la entrada de French-den de manera que se adaptase con sus herrajes una de las puertas del *Sloughi*. Asimismo, a derecha e izquierda de la entrada se habían abierto dos estrechas ventanas, o mejor dicho dos especies de aspilleras, en la pared, lo que permitía que la luz y el aire circularsen con mayor amplitud por el interior.

Sin embargo, desde hacía una semana, el mal tiempo había hecho su

Recluidos la mayor parte del tiempo, los jóvenes podían pues acometer el trabajo de ampliación, y se pusieron manos a la obra en la jornada del 27 de mayo.

Fue la pared de la derecha la que la picota y el pico atacaron al principio.

— Al cavar en dirección oblicua — había observado Briant —, quizá podamos salir al lado del lago y abrir una segunda entrada a French-den. Eso nos permitiría vigilar mejor sus alrededores y, si el mal tiempo nos impidiera salir por un lado, podríamos al menos salir por el otro.

Sería, como se ve, una disposición muy ventajosa para las necesidades de la vida en común, y sin duda no era imposible lograrlo.

En efecto, en el interior no más de doce o quince metros separaban la caverna del reverso oriental. Solo habría que perforar una galería en esa dirección, después de haberla trazado con la brújula. A lo largo de ese trabajo sería esencial procurar no provocar ningún derrumbe. Por lo demás, antes de dar a la nueva excavación la anchura y la altura que tendría más adelante, Baxter propuso cavar un estrecho pasadizo, a riesgo de ensancharlo cuando su profundidad pareciese suficiente. Las dos estancias de French-den quedarían entonces unidas por un corredor que podría cerrarse en sus dos extremos, y en el que se excavarían lateralmente una o dos oscuras bodegas. Ese plan era evidentemente el mejor y, entre otras ventajas, permitiría sondear con prudencia la mole, cuya perforación podría abandonarse a tiempo si se produjese alguna filtración repentina.

Durante tres días, del 27 al 30 de mayo, el trabajo se desarrolló en condiciones bastante favorables. Aquella caliza blanda se tallaba casi como mantequilla. Por eso fue necesario consolidarla con un entibado interior, lo que no dejó de ser muy difícil. Los escombros eran transportados inmediatamente al exterior para que nunca entorpeciesen el paso. Si no todos los brazos podían estar ocupados simultáneamente en esa tarea por falta de espacio, tampoco estaban ociosos. Cuando la lluvia y la nieve cesaban de caer, Gordon y los demás se ocupaban de desmontar la balsa, a fin de que las piezas de la plataforma y del armazón pudieran emplearse en el nuevo acondicionamiento. Vigilaban igualmente los objetos apilados en el ángulo del contrafuerte, pues las lonas alquitranadas los protegían muy imperfectamente contra las ráfagas.

La tarea avanzaba poco a poco, no sin penosas tentativas a ciegas, y el pasadizo ya había sido excavado a una longitud de un metro y veinte a metro y medio cuando un incidente muy inesperado se produjo en la tarde del 30.

Briant, agachado al fondo como un minero que abre una galería de mina, creyó oír una especie de ruido sordo en el interior de la mole.

Suspendió su trabajo para escuchar con más atención... El ruido llegó de nuevo a sus oídos.

Salir del corredor, volver junto a Gordon y Baxter, que se encontraban en la entrada, comunicarles el incidente: eso no exigió más que unos instantes.

—¡Una ilusión! —respondió Gordon—. Has creído oír...

—Ocupa mi lugar, Gordon —respondió Briant—, apoya el oído contra la pared y escucha.

Gordon se introdujo en el estrecho pasadizo y salió de él momentos después.

—¡No te has equivocado!... —dijo—. He oído algo así como rumores lejanos...

Baxter repitió la prueba a su vez y salió diciendo:

—¿Qué puede ser eso?

—¡No puedo imaginarlo! —respondió Gordon—. Habría que avisar a Doniphan y a los demás...

—¡Pero no a los pequeños! —añadió Briant—. ¡Tendrían miedo!

Precisamente, todos acababan de entrar a cenar, y los pequeños se enteraron de lo que pasaba. No dejó de causarles cierto temor.

Doniphan, Wilcox, Webb, Garnett se deslizaron sucesivamente por el pasadizo. Pero el ruido había cesado; ya no oyeron nada y se inclinaron a creer que sus camaradas debían de haberse equivocado.

En todo caso, se decidió que el trabajo no sería interrumpido, y se volvió a él en cuanto acabó la cena.

Pues bien, durante la velada no se había oído ningún ruido cuando, hacia las nueve, nuevos rumores fueron percibidos con claridad a través de la pared.

En ese momento, Phann, que acababa de lanzarse al pasadizo, salía de él con el pelo erizado, los labios levantados sobre los colmillos, dando in-

equívocas señales de irritación, ladrando a pleno pulmón como si hubiera querido responder a los gruñidos que se producían en el interior de la mole.

Y entonces lo que en los pequeños no había sido más que un temor mezclado de sorpresa se convirtió en un verdadero espanto. La imaginación del muchacho inglés se nutre sin cesar de las leyendas familiares a los países del Norte, en las que los gnomos, los duendes, las valquirias, los silfos, las ondinas y los genios de toda procedencia rondan alrededor de su cuna. Así, Dole, Costar, e incluso Jenkins e Iverson, no ocultaron que se morían de miedo. Tras haberlos tranquilizado en vano, Briant los obligó a volver a sus catres, y si al fin se durmieron fue muy tarde. Y aun así soñaron con fantasmas, espectros y seres sobrenaturales que frecuentaban las profundidades del acantilado; en suma, las angustias de la pesadilla.

Gordon y los demás, en cambio, continuaron hablando en voz baja de ese extraño fenómeno. En varias ocasiones pudieron constatar que no dejaba de reproducirse y que Phann persistía en manifestar una extraña irritación.

Al fin, vencidos por el cansancio, todos fueron a acostarse, a excepción de Briant y Moko. Luego, un profundo silencio reinó hasta el amanecer en el interior de French-den.

Al día siguiente, todos estaban en pie desde temprano. Baxter y Doniphan reptaron hasta el fondo del pasadizo... No se oía ningún ruido. El perro, que iba y venía sin mostrar inquietud alguna, ya no intentaba lanzarse contra la pared como había hecho la víspera.

—Volvamos al trabajo —dijo Briant.

—Sí —respondió Baxter—. Siempre habrá tiempo de detenerse si se produce algún ruido sospechoso.

—¿No sería posible —observó entonces Doniphan— que ese rumor fuese simplemente el de un manantial que pasase borboteando a través de la mole?

—Todavía se oiría —observó Wilcox—, ¡y ya no se oye!

—Es verdad —respondió Gordon—. Yo más bien creería que viene del viento, que debe de colarse por alguna grieta en la cresta del acantilado...

—Subamos al altiplano —dijo Service—, y allí quizá descubramos...

La propuesta fue aceptada.

A unos cincuenta pasos bajando por la orilla, un sendero sinuoso permitía alcanzar la arista superior de la mole. En pocos instantes, Baxter y otros dos o tres la habían escalado y avanzaron sobre el altiplano hasta encima de French-den. Fue un esfuerzo inútil. En la superficie de aquel lomo de asno cubierto de hierba corta y apretada, no encontraron ninguna grieta por la que una corriente de aire o una capa de agua pudieran penetrar. Y cuando bajaron, no sabían más sobre ese extraño fenómeno que los pequeños, quienes lo explicaban con toda ingenuidad por lo sobrenatural.

Sin embargo, el trabajo de perforación había sido reanudado y continuó hasta el final de la jornada. Ya no se oyeron los ruidos de la víspera, aunque, según una observación hecha por Baxter, la pared, cuya sonoridad había sido mate hasta entonces, empezaba a sonar a hueco. ¿Había pues en esa dirección una cavidad natural a la que el pasadizo iba a desembocar? ¿Y no sería en esa cavidad donde el fenómeno podría haberse producido? La hipótesis de una segunda excavación contigua a la caverna no tenía nada de inadmisible; era incluso de desear que fuera así, pues habría supuesto otro tanto de trabajo ahorrado en la obra de ampliación.

Ya se puede imaginar con qué ardor extraordinario se pusieron todos a ello, y esa jornada contó entre las más fatigosas que habían soportado hasta entonces. Sin embargo, transcurrió sin incidente notable, salvo que, al anochecer, Gordon advirtió que su perro había desaparecido.

Por lo general, a la hora de las comidas, Phann nunca dejaba de colocarse junto al taburete de su amo; esa noche, su sitio estaba vacío.

Se llamó a Phann... Phann no respondió.

Gordon fue al umbral de la puerta. Llamó de nuevo... Silencio completo.

Doniphan y Wilcox corrieron, uno por la orilla del río, el otro hacia el lago... Ni rastro del perro.

En vano las búsquedas se extendieron a algunos centenares de pasos en los alrededores de French-den... Phann no fue encontrado.

Era evidente que el perro ya no estaba al alcance del oído, pues de lo contrario habría respondido con toda seguridad a la voz de Gordon. ¿Se habría extraviado?... Era bastante inadmisible. ¿Habría perecido entre las

fauces de alguna fiera?... Eso podía ser, y era incluso lo que mejor habría explicado su desaparición.

Eran las nueve de la noche. Una oscuridad profunda envolvía el acantilado y el lago. Hubo que resignarse a abandonar las búsquedas para regresar a French-den.

Todos volvieron entonces muy inquietos, y no solo inquietos, sino desconsolados ante la idea de que el inteligente animal había desaparecido quizás para siempre.

Unos fueron a tenderse en sus catres; los otros, a sentarse alrededor de la mesa, sin pensar apenas en dormir. Les parecía que estaban más solos, más abandonados, más lejos aún de su país y de sus familias.

De repente, en medio del silencio, nuevos rumores resonaron. Esta vez eran como aullidos seguidos de gritos de dolor, que se prolongaron durante casi un minuto.

— ¡Es de ahí... Es de ahí de donde viene! —exclamó Briant, lanzándose a través del pasadizo.

Todos se habían levantado como si esperasen alguna aparición. El espanto había vuelto a apoderarse de los pequeños, que se arrebujaban bajo sus mantas...

En cuanto Briant salió:

— Ha de haber ahí —dijo— una cavidad cuya entrada se encuentra al pie del acantilado...

— ¡Y en la que probablemente se refugian animales durante la noche! —añadió Gordon.

— Así debe de ser —respondió Doniphan—. Así que mañana iremos a hacer pesquisas...

En ese momento estalló un ladrido y, al igual que los aullidos, venía del interior de la mole.

— ¿No estará Phann ahí —exclamó Wilcox— enzarzado con algún animal?

Briant, que acababa de volver a entrar en el pasadizo, escuchaba con el oído apoyado contra la pared del fondo... ¡Nada más!... Pero, estuviese o no Phann allí, no cabía duda de que existía una segunda excavación que debía de comunicar con el exterior, probablemente por algún agujero perdido entre la maleza enredada en la base del acantilado.

La noche transcurrió sin que ni aullidos ni ladridos volvieran a dejarse oír.

Al amanecer, las excavaciones emprendidas tanto por el lado del río como por el lado del lago no dieron más resultado que anteayer en la cresta de la mole.

Phann, aunque habían ido a buscarlo y a llamarlo por los alrededores de French-den, no había vuelto a aparecer.

Briant y Baxter se turnaron en el trabajo. La picota y el pico no descansaron. Durante la mañana, el pasadizo ganó cerca de sesenta centímetros en profundidad. De vez en cuando se paraban, aguzaban el oído... ya no se oía nada.

La tarea, interrumpida para el almuerzo del mediodía, se reanudó una hora después. Se habían tomado todas las precauciones para el caso de que un último golpe de picota, reventando la pared, diese paso a algún animal. Los pequeños habían sido llevados al lado de la orilla. Con fusiles y revólveres en mano, Doniphan, Wilcox y Webb estaban listos para cualquier eventualidad.

Hacia las dos, Briant lanzó una exclamación. Su pico acababa de atravesar la caliza, que se había derrumbado dejando ver una abertura bastante amplia.

Briant se reunió inmediatamente con sus camaradas, que no sabían qué pensar...

Pero, antes de que pudiera abrir la boca, un rápido deslizamiento rozó las paredes del pasadizo, y un animal saltó de un brinco a la caverna...

¡Era Phann!

¡Sí! Phann, que primero se precipitó hacia un cubo lleno de agua y se puso a beber ávidamente. Luego, meneando el rabo alegremente, sin

mostrar irritación alguna, volvió a saltar alrededor de Gordon. No había pues nada que temer.

Briant cogió entonces un farol y se introdujo en el pasadizo. Gordon, Doniphan, Wilcox, Baxter, Moko le siguieron. Un instante después, habiendo franqueado todos la abertura producida por el derrumbe, se encontraban en medio de una oscura excavación a la que no penetraba ninguna luz del exterior.

Era una segunda caverna, de igual altura y anchura que French-den, pero mucho más profunda, y cuyo suelo estaba cubierto de arena fina en una superficie de unos cuarenta metros cuadrados.

Como esa cavidad no parecía tener ninguna comunicación con el exterior, se podría haber temido que el aire fuese irrespirable. Pero, como la llama del farol ardía con toda su intensidad, era señal de que el aire se introducía por alguna abertura. Sin eso, además, ¿cómo habría podido entrar Phann?

En ese momento, Wilcox tropezó con el pie con un cuerpo inerte y frío, lo que reconoció al palparlo con la mano.

Briant acercó el farol.

— ¡Es el cuerpo de un chacal! — exclamó Baxter.

— ¡Sí!... ¡Un chacal que nuestro valiente Phann habrá estrangulado! — respondió Briant.

— ¡Ahí está pues la explicación de lo que no podíamos explicar! — añadió Gordon.

Pero si uno o varios chacales habían hecho de esa caverna su guarida habitual, ¿por qué salida penetraban en ella? Eso era lo que había que descubrir absolutamente.

Así pues, después de salir de French-den, Briant fue a bordear el acantilado por el lado del lago. Al mismo tiempo lanzaba gritos, a los que respondieron al fin otros gritos desde el interior. Fue de esa manera como descubrió una estrecha abertura entre la maleza, a ras del suelo, por la que se deslizaban los chacales. Pero desde que Phann los había seguido hasta allí, se había producido un derrumbe parcial que había cerrado esa abertura, tal como no tardaron en comprobar.

Todo quedaba pues explicado: los aullidos de los chacales, los ladridos del perro que, durante veinticuatro horas, se había encontrado en la imposibilidad de volver al exterior.

¡Qué satisfacción! No solo Phann estaba devuelto a sus jóvenes amos, sino que ¡cuánto trabajo ahorrado! Había allí «ya hecha», como dijo Dole, una vasta cavidad cuya existencia el náufrago Baudoin nunca había sospechado. Ensanchando la entrada, sería una segunda puerta abierta hacia el lago. De ahí, gran facilidad para atender todas las exigencias del servicio interior. Así, esos jóvenes, reunidos en la nueva caverna, lanzaron hurras a los que Phann mezcló sus alegres ladridos.

¡Con qué ardor se pusieron de nuevo a la obra para convertir el pasadizo en un corredor practicable! La segunda excavación, a la que se dio el nombre de «hall», lo justificaba por sus dimensiones. A la espera de que se habilitasen bodegas laterales al corredor, todo el material fue transportado a ese hall. Serviría también de dormitorio y sala de trabajo, mientras que la primera estancia quedaría reservada para la cocina, la despensa y el comedor. Pero como se pensaba convertirla en el almacén general, Gordon propuso llamarla *Store-room*, lo que fue adoptado.

En primer lugar, se procedió a trasladar los catres, que fueron dispuestos simétricamente sobre la arena del hall, donde no faltaba espacio. Luego se colocó en él el mobiliario del *Sloughi*, los divanes, los sillones, las mesas, los armarios, etc., y, lo que era importante, las estufas de la cámara y el salón del yate, cuya instalación se hizo de manera que calentasen esa vasta pieza. Al mismo tiempo se amplió la entrada del lado del lago para adaptar en ella una de las puertas del goleta, trabajo del que Baxter no salió sin cierta dificultad. Además, como se habían abierto dos nuevas aspilleras a cada lado de dicha puerta, la luz llegó suficientemente al hall, que, al llegar la noche, se iluminaba con un farol colgado de su bóveda.

Esos arreglos llevaron una quincena de días. Era hora de que estuvieran terminados, pues, tras haberse mantenido en calma, el tiempo había comenzado a cambiar. Si aún no hacía un frío extremo, las ráfagas se volvieron tan violentas que toda excursión al exterior tuvo que quedar prohibida.

En efecto, tal era la fuerza del viento que, a pesar del abrigo del acantilado, levantaba las aguas del lago como un mar. Las olas rompían con estrépito, y con toda seguridad una embarcación, fuese bote de pesca o piragua de

salvaje, habría naufragado en ellas. Había que sacar la yola a tierra, pues de lo contrario habría corrido el riesgo de ser arrastrada. Por momentos, las aguas del río, refluídas en sentido contrario a su curso, cubrían la orilla y amenazaban con extenderse hasta el contrafuerte. Por suerte, ni el *Store-room* ni el hall estaban directamente expuestos a los golpes de la borrasca, puesto que el viento soplaba del oeste. Así, las estufas y el fogón de la cocina, alimentados con madera seca de la que se había hecho amplia provisión, funcionaron convenientemente.

¡Qué oportuno había sido salvar todo cuanto se pudo del *Sloughi* y ponerlo a buen recaudo! Las provisiones ya no tenían nada que temer de la inclemencia del tiempo. Gordon y sus camaradas, ahora prisioneros de la mala estación, tuvieron tiempo de acomodarse con mayor comodidad. Habían ensanchado el corredor y excavado dos profundos rincones, uno de los cuales, cerrado con una puerta, fue reservado para las municiones, a fin de prevenir cualquier peligro de explosión. En fin, aunque los cazadores no podían aventurarse por los alrededores de French-den, solo con las aves acuáticas, cuyo sabor a marisma Moko no lograba siempre hacer desaparecer, lo que provocaba protestas y muecas, el sustento estaba asegurado. Huelga decir, por lo demás, que se había reservado un lugar para el ñandú en un rincón del *Store-room*, a la espera de que se le construyese un cercado en el exterior.

Fue entonces cuando Gordon tuvo la idea de redactar un programa al que cada uno estaría obligado a someterse una vez aprobado por todos. Después de la vida material, aún había que pensar en la vida moral. ¿Quién sabía cuánto duraría la estancia en esa isla? Si lograban abandonarla, ¿qué satisfacción sería haber aprovechado el tiempo! Con los escasos libros que proporcionaba la biblioteca del goleta, ¿no podían los mayores acrecentar la suma de sus conocimientos mientras se consagraban a la instrucción de los más jóvenes? ¡Excelente tarea que ocuparía de manera útil y agradable las largas horas del invierno!

Sin embargo, antes de que ese programa fuera redactado, se tomó otra medida en las circunstancias que a continuación se relatan.

La tarde del 10 de junio, después de cenar, estando todos reunidos en el hall alrededor de las estufas que rugían, la conversación recayó sobre la

conveniencia de dar nombres a las principales características geográficas de la isla.

—Sería muy útil y muy práctico —dijo Briant.

—¡Sí, nombres! —exclamó Iverson—. ¡Y sobre todo elijamos nombres bien bonitos!

—¡Como han hecho siempre los Robinsones reales o imaginarios! —replicó Webb.

—Y, en realidad, camaradas —dijo Gordon—, no somos otra cosa...

—¡Un internado de Robinsones! —exclamó Service.

—Por lo demás —prosiguió Gordon—, con nombres dados a la bahía, a los ríos, a los bosques, al lago, al acantilado, a los pantanos, a los promontorios, nos será más fácil orientarnos.

Ya se puede imaginar que esa moción fue adoptada, y solo quedó hacer funcionar la imaginación para encontrar denominaciones adecuadas.

—Ya tenemos *Sloughi-bay*, en la que nuestro yate fue a embarrancar —dijo Doniphan—, y creo que conviene conservarle ese nombre al que estamos acostumbrados.

—¡Por supuesto! —respondió Cross.

—Del mismo modo que conservaremos el nombre de French-den a nuestra morada —añadió Briant—, en memoria del naufrago cuyo lugar hemos tomado.

No hubo ninguna objeción al respecto, ni siquiera por parte de Doniphan, aunque la observación viniese de Briant.

—¿Y ahora —dijo Wilcox—, cómo llamaremos al río que desemboca en *Sloughi-bay*?

—El río Zealand —propuso Baxter—. Ese nombre nos recordará el de nuestro país.

—¡Adoptado!... ¡Adoptado!

Al respecto no hubo más que una voz.

—¿Y el lago? —preguntó Garnett.

—Como el río ha recibido el nombre de nuestra Zelanda —dijo Doniphan—, demos al lago un nombre que recuerde a nuestras familias, y llamémosle *Family-lake* (lago de la Familia).

Lo que fue admitido por aclamación.

Como se ve, el acuerdo era completo, y bajo el impulso de esos mismos sentimientos se atribuyó el nombre de *Auckland-hill* (colina de Auckland) al acantilado. En cuanto al cabo que lo remataba, aquel cabo desde lo alto del cual Briant había creído descubrir un mar al este, fue llamado, a propuesta suya, *False-Sea-point* (Punta del Mar Falso).

En cuanto a las demás denominaciones que fueron sucesivamente adoptadas, son las siguientes.

Se llamó *Traps-woods* (bosque de las trampas) a la parte del bosque donde habían sido descubiertas las trampas; *Bog-woods* (bosque de la ciénaga) a la otra parte, situada entre *Sloughi-bay* y el acantilado; *South-moors* (pantanos del sur) a la marisma que cubría toda la parte meridional de la isla; *Dike-creek* (arroyo de la calzada) al arroyo cortado por la pequeña calzada de piedra; *Wreck-coast* (costa del naufragio) a la costa de la isla donde había embarrancado el yate; y finalmente *Sport-terrace* (terrazza del deporte) al espacio limitado por las orillas del río y del lago, que formaba ante el hall una especie de pradera destinada a los ejercicios indicados en el programa.

En lo referente a los demás puntos de la isla, se les irían poniendo nombres a medida que fueran reconocidos, según los incidentes que en ellos hubieran tenido lugar.

Sin embargo, pareció conveniente asignar también un nombre a los principales promontorios señalados en el mapa de François Baudoin. Se tuvo así, al norte de la isla, *North-cape*; en su punta sur, *South-cape*. Por último, el acuerdo fue general para dar a las tres puntas que se proyectaban al oeste sobre el Pacífico las denominaciones de *French-cape*, *British-cape* y *American-cape*, en honor de las tres naciones francesa, inglesa y americana representadas en la pequeña colonia.

¡Colonia! ¡Sí! Esa palabra fue entonces propuesta para recordar que el asentamiento ya no tenía un carácter provisional. Y, naturalmente, se debió a la iniciativa de Gordon, siempre más preocupado por organizar la vida en

ese nuevo dominio que por buscar la manera de abandonarlo. Esos jóvenes ya no eran los náufragos del *Sloughi*, sino los colonos de la isla...

Pero ¿de qué isla?... Quedaba por bautizarla a su vez.

—¡Vaya!... ¡Vaya!... ¡Yo sé perfectamente cómo habría que llamarla! —exclamó Costar.

—¿Tú sabes eso? —respondió Doniphan.

—¡Qué bien está el pequeño Costar! —exclamó Garnett.

—Sin duda, ¡va a llamarla la isla Baby! —replicó Service.

—¡Vamos! No os burléis de Costar —dijo Briant—. ¡A ver su idea!

El niño, muy cortado, callaba.

—Habla, Costar —prosiguió Briant animándolo con un gesto—. Estoy seguro de que tu idea es buena...

—Pues bien —dijo Costar—, ya que somos alumnos del internado Chairman, ¡llamémosla la isla Chairman!

Y, en efecto, no podía encontrarse nada mejor. Así que ese nombre fue admitido entre los aplausos de todos, de lo que el pequeño Costar se mostró muy orgulloso.

¡La isla Chairman! Realmente, ese nombre tenía cierto aire geográfico y podría figurar muy convenientemente en los atlas del futuro.

Terminada la ceremonia, para general satisfacción, llegaba el momento de ir a descansar cuando Briant pidió la palabra.

—Camaradas —dijo—, ahora que hemos dado nombre a nuestra isla, ¿no sería conveniente elegir un jefe para gobernarla?

—¿Un jefe? —respondió Doniphan vivamente.

—Sí, me parece que todo iría mejor —prosiguió Briant— si uno de nosotros tuviese autoridad sobre los demás. Lo que se hace para cualquier país, ¿no es conveniente hacerlo para la isla Chairman?

—¡Sí!... ¡Un jefe... Nombremos un jefe! —exclamaron a la vez grandes y pequeños.

—Nombremos un jefe —dijo entonces Doniphan— , pero a condición de que sea solo por un tiempo determinado... ¡un año, por ejemplo!

—Y con posibilidad de ser reelegido —añadió Briant.

—¡De acuerdo!... ¿A quién nombraremos? —preguntó Doniphan con tono bastante ansioso.

Y parecía que el envidioso muchacho no tuviese más que un temor: que a falta de él, la elección de sus camaradas recayese en Briant. Pronto quedó desengañado al respecto.

—¿A quién nombrar? —había respondido Briant—. Al más sensato de todos... ¡a nuestro camarada Gordon!

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Hurra por Gordon!

Gordon quiso en un principio rechazar el honor que se le otorgaba, pues prefería organizar que mandar. Sin embargo, pensando en el desorden que las pasiones, casi tan ardientes en esos jóvenes como si fueran hombres, podían hacer nacer en el futuro, se dijo que su autoridad no sería inútil.

Y así fue como Gordon fue proclamado jefe de la pequeña colonia de la isla Chairman.

CAPÍTULO 13

A partir de ese mes de mayo, el período invernal se había establecido definitivamente en los parajes de la isla Chairman. ¿Cuánto duraría? Cinco meses como mínimo, si la isla se hallaba a mayor latitud que Nueva Zelanda. Así pues, Gordon tomaría las precauciones necesarias para hacer frente a las temibles eventualidades de un largo invierno.

En todo caso, esto es lo que el joven americano había apuntado ya en sus observaciones meteorológicas: el invierno no había comenzado hasta el mes de mayo, es decir, dos meses antes del julio de la zona austral, que corresponde al enero de la zona boreal. De ello podía concluirse que terminaría dos meses después y, por consiguiente, hacia mediados de septiembre. Sin embargo, fuera de ese período, habría que contar aún con las tempestades tan frecuentes durante el equinoccio. Así pues, era probable que los jóvenes colonos permanecieran confinados en French-den hasta los primeros días de octubre, sin poder emprender ninguna larga excursión a través de la isla Chairman ni alrededor de ella.

Para organizar la vida interior en las mejores condiciones, Gordon se puso a elaborar un programa de ocupaciones cotidianas.

Huelga decir que las prácticas del faggismo, de las que ya se habló a propósito de la pensión Chairman, no hubieran sido aceptables en la isla de ese nombre. Todos los esfuerzos de Gordon irían encaminados a que esos muchachos se acostumbraran a la idea de que eran casi hombres, a fin de actuar como tales. No habría, pues, fags en French-den, lo que significaba que los más jóvenes no estarían obligados a servir a los mayores. Mas, al margen de eso, se respetarían las tradiciones, esas tradiciones que son,

como ha hecho notar el autor de *Vida de colegio en Inglaterra*, «la razón mayor de las escuelas inglesas».

En ese programa, la parte correspondiente a los pequeños y la parte correspondiente a los mayores resultarían forzosamente muy desiguales. En efecto, la biblioteca de French-den contenía únicamente un número reducido de libros de ciencias, amén de los libros de viajes, y los mayores no podrían proseguir sus estudios más que en cierta medida. Es verdad que las dificultades de la existencia, la lucha por subvenir a sus necesidades, la obligación de ejercitar el juicio o la imaginación ante eventualidades de toda clase, les enseñarían seriamente lo que es la vida. En consecuencia, designados naturalmente para ser los educadores de sus jóvenes camaradas, tendrían la obligación de instruirlos a su vez.

Sin embargo, lejos de sobrecargar a los pequeños con un trabajo superior a su edad, se procuraría aprovechar todas las ocasiones para ejercitar su cuerpo no menos que su inteligencia. Cuando el tiempo lo permitiera, a condición de que fueran bien abrigados, se les obligaría a salir, a correr al aire libre e incluso a trabajar manualmente dentro de los límites de las fuerzas de cada uno.

En suma, dicho programa fue redactado inspirándose en estos principios, que son la base de la educación anglosajona:

«Siempre que algo os asuste, hacedlo.

«No perdáis jamás la ocasión de realizar un esfuerzo posible.

«No despreciéis ningún cansancio, pues no hay ninguno que sea inútil.»

Al poner en práctica estos preceptos, el cuerpo se vuelve sólido, y el alma también.

He aquí lo que se acordó, tras haber sido sometido a la aprobación de la pequeña colonia:

Dos horas por la mañana, dos horas por la tarde, habría trabajo en común en el hall. Por turnos, Briant, Doniphan, Cross, Baxter, de la quinta división, Wilcox y Webb, de la cuarta, darían clase a sus camaradas de las divisiones tercera, segunda y primera. Les enseñarían matemáticas, geografía e historia, valiéndose de las pocas obras de la biblioteca, así como de sus conocimientos anteriores. Ello sería para ellos la ocasión de no olvidar lo

que ya sabían. Además, dos veces por semana, el domingo y el jueves, habría una conferencia; es decir, que un tema de ciencia, de historia o incluso de actualidad, relacionado con los sucesos cotidianos, se pondría en el orden del día. Los mayores se inscribirían a favor o en contra, y debatirían tanto por instrucción como por entretenimiento general.

Gordon, en su calidad de jefe de la colonia, velaría por que dicho programa se observara y no sufriera modificaciones salvo en el caso de nuevas eventualidades.

Y en primer lugar, se tomó una medida relativa a la medición del tiempo. Se disponía del calendario del Sloughi, pero había que borrar regularmente cada día transcurrido. Se disponía de los relojes de a bordo, pero era preciso darles cuerda con regularidad para que marcaran la hora exacta.

Dos de los mayores fueron encargados de ese servicio: Wilcox para los relojes y Baxter para el calendario, y se podía confiar en el buen cuidado de ambos. En cuanto al barómetro y al termómetro, fue Webb quien asumió la tarea de anotar sus indicaciones cotidianas.

Otra decisión que también se tomó fue la de llevar un diario de todo lo que había sucedido y de todo lo que sucedería durante la estancia en la isla Chairman. Baxter se ofreció para ese trabajo, y, gracias a él, el «diario de French-den» quedaría redactado con minuciosa exactitud.

Una tarea no menos importante y que no podía sufrir demora era el lavado de la ropa, para el cual, afortunadamente, no faltaba jabón; y Dios sabe si, pese a las recomendaciones de Gordon, los pequeños se ensuciaban cuando jugaban en Sport-terrace o pescaban a orillas del río. ¡Cuántas veces los habían regañado y amenazado con castigarlos a ese respecto! Había, pues, aquí una labor en la que Moko era un consumado experto; pero, por sí solo, no hubiera podido con ella, y, pese a su escasa afición a esa faena, los mayores fueron obligados a echarle una mano a fin de mantener en buen estado la lencería de French-den.

El día siguiente era precisamente un domingo, y ya se sabe con qué rigorismo se observan los domingos en Inglaterra y en América. La vida queda como suspendida en ciudades, villas y aldeas. «Ese día — se ha podido decir — todo entretenimiento, toda diversión están prohibidos por la costumbre. No sólo hay que aburrirse, sino que hay que aparentarlo, y esta norma se

impone con igual rigor a los niños que a los adultos.» ¡Las tradiciones!
¡Siempre las famosas tradiciones!

Sin embargo, en la isla Chairman se acordó que se relajaría un poco esa severidad, e incluso ese domingo los jóvenes colonos se permitieron una excursión a las orillas del lago Family. Pero, como hacía un frío extremo, tras un paseo de dos horas seguido de una carrera de velocidad en la que los pequeños tomaron parte en la pradera de Sport-terrace, todos se alegraron de encontrar en el hall una buena temperatura y, en Store-room, una cena bien caliente cuyo menú había sido confeccionado con especial esmero por el hábil maestro cocinero de French-den.

La velada terminó con un concierto en el que el acordeón de Garnett hacía las veces de orquesta, mientras los demás cantaban más o menos desafinados con una convicción muy sajona. El único de esos niños que tenía una voz bastante bonita era Jacques. Pero, con su inexplicable disposición de ánimo, ya no participaba en las diversiones de sus camaradas, y en esa ocasión, aunque se lo rogaron, se negó a cantar una de esas canciones infantiles con las que era tan pródigo en la pensión Chairman.

Ese domingo, que había comenzado con una pequeña alocución del «reverendo Gordon», como decía Service, terminó con una oración en común. Hacia las diez, todo el mundo dormía profundamente bajo la guardia de Phann, en quien podía confiarse en caso de que se acercara algo sospechoso.

Durante el mes de junio, el frío fue en aumento constante. Webb constató que el barómetro se mantenía en una media superior a los 686 mm, mientras que el termómetro centígrado marcaba hasta diez o doce grados bajo cero. En cuanto el viento, que soplaba del sur, se inclinaba hacia el oeste, la temperatura subía un poco y los alrededores de French-den se cubrían de una espesa nevada. Así pues, los jóvenes colonos se entregaron a algunas de esas batallas a bolas de nieve más o menos apretadas, tan de moda en Inglaterra. Hubo algunas cabezas ligeramente dañadas, e incluso cierto día uno de los más perjudicados fue precisamente Jacques, que, sin embargo, asistía a esos juegos únicamente como espectador. Una bola, lanzada con demasiada energía por Cross, lo golpeó con rudeza, aunque no iba dirigida a él, y un grito de dolor se le escapó.

—¡No ha sido a propósito! —dijo Cross; que es la respuesta habitual de los torpes.

—¡Sin duda! —replicó Briant, a quien el grito de su hermano había atraído al escenario de la batalla—. Sin embargo, haces mal en lanzar la bola con tanta fuerza.

—¡Pues que no se ponga ahí Jacques —replicó Cross—, si no quiere jugar!

—¡Vaya palabrería! —exclamó Doniphan—. ¡Y todo por un rasguño sin importancia!

—¡Bueno!... No es grave —respondió Briant, percibiendo que Doniphan no buscaba más que la ocasión de intervenir en la discusión—. Sólo pediré a Cross que no lo repita.

—¿Y con qué derecho lo pedirás?... —replicó Doniphan con tono burlón—. ¿Si no lo ha hecho a propósito?...

—No sé por qué te metes en esto, Doniphan —respondió Briant—. Esto es sólo entre Cross y yo...

—También me concierne a mí, Briant, puesto que lo tomas en ese tono —respondió Doniphan.

—Como quieras... ¡y cuando quieras! —replicó Briant, que se había cruzado de brazos.

—¡Ahora mismo! —exclamó Doniphan.

En ese momento llegó Gordon, y muy a tiempo para evitar que la disputa terminara en golpes. Le dio la razón a Briant y se la quitó a Doniphan. Éste tuvo que someterse y, refunfuñando, volvió a French-den. ¡Pero era de temer que algún otro incidente pusiera a los dos rivales a las manos!

La nieve no cesó de caer durante cuarenta y ocho horas. Para entretener a los pequeños, Service y Garnett construyeron un gran muñeco con una cabezota enorme, una nariz descomunal y una boca desmesurada; algo así como un Hombre del Saco. Y hay que reconocerlo: si durante el día Dole y Costar se envalentonaban hasta lanzarle bolas de nieve, no lo miraban sin terror cuando la oscuridad le daba unas dimensiones gigantescas.

—¡Menudos cobardes! —exclamaban entonces Iverson y Jenkins, que hacían los valientes sin estar mucho más tranquilos que sus jóvenes camaradas.

Hacia finales de junio, hubo que renunciar a esos entretenimientos. La nieve, acumulada hasta una profundidad de 90 centímetros a 1,20 metros, hacía la marcha casi imposible. Aventurarse unos pocos cientos de pasos fuera de French-den hubiera sido arriesgarse a no poder volver.

Los jóvenes colonos quedaron, pues, encerrados durante quince días, hasta el 9 de julio. Los estudios no sufrieron por ello; al contrario. El programa cotidiano se observaba con rigor. Las conferencias se celebraron en los días fijados. Todos tomaron en ellas un auténtico placer, y, lo que no sorprenderá: Doniphan, con su facilidad de palabra y su instrucción ya muy avanzada, ocupó el primer puesto. Pero ¿por qué hacía tal ostentación de ello? Ese orgullo echaba a perder todas sus brillantes cualidades.

Aunque las horas de recreo debían transcurrir entonces en el hall, la salud general no se resintió por ello, gracias a la ventilación que se efectuaba de una habitación a otra a través del pasillo. Esta cuestión de higiene no dejaba de ser de la mayor importancia. Si alguno de esos niños cayera enfermo, ¿cómo se le podrían procurar los cuidados necesarios? Afortunadamente, no pasaron de algunos resfriados o dolores de garganta que el reposo y las bebidas calientes hicieron desaparecer prontamente.

Fue entonces cuando hubo que preocuparse de resolver otra cuestión. Habitualmente, el agua necesaria para las necesidades de French-den se sacaba del río en bajamar, para que no estuviera salobre. Pero cuando la superficie del río quedara completamente helada, resultaría imposible proceder de ese modo. Gordon habló, pues, con Baxter, su «ingeniero ordinario», de las medidas que convendría adoptar. Baxter, tras reflexionar, propuso instalar una conducción a poca profundidad bajo la orilla, a fin de que no se helara; una conducción que llevaría el agua del río hasta Store-room. Era un trabajo difícil del que Baxter nunca se habría salido, si no hubiera tenido a su disposición uno de los tubos de plomo que servían para el suministro de agua a los aseos a bordo del Sloughi. Por fin, tras numerosos ensayos, el servicio de agua quedó asegurado en el interior de Store-room. En cuanto al alumbrado, aún había aceite suficiente para las lámparas de los faroles;

pero, tras el invierno, sería necesario abastecerse de más, o al menos fabricar velas con las grasas que Moko tenía en reserva.

Lo que también causó algunos quebraderos de cabeza durante ese período fue proveer de alimento a la pequeña colonia, pues la caza y la pesca ya no aportaban su tributo habitual. Sin duda, algunos animales, acuciados por el hambre, rondaron más de una vez por Sport-terrace. Pero sólo eran chacales que Doniphan y Cross se contentaban con ahuyentar a tiros. Un día incluso llegaron en manada —unos veinte— y hubo que atrancar sólidamente las puertas del hall y de Store-room. Una invasión de esos carnívoros, enardecidos por las privaciones, hubiera sido temible. Sin embargo, Phann los advirtió a tiempo y no lograron forzar la entrada de French-den.

En esas difíciles circunstancias, Moko se vio obligado a recurrir en parte a las provisiones del yate, que se procuraba administrar con el mayor cuidado posible. Gordon no daba fácilmente autorización para disponer de ellas, y era con pesar que veía alargarse en su cuaderno la columna de gastos, mientras la de los ingresos permanecía estacionaria. Sin embargo, como había un buen stock de patos y avutardas que habían sido herméticamente guardados en barriles tras una semicocción, Moko pudo utilizar esas reservas junto con cierta cantidad de salmones conservados en salmuera. Y no hay que olvidarlo: French-den tenía quince bocas que alimentar y apetitos de entre ocho y catorce años que satisfacer.

No obstante, durante ese invierno, no se careció del todo de carne fresca. Wilcox, muy versado en todo lo relativo a la instalación de aparatos de caza, había tendido trampas en la orilla. No eran más que simples trampillas, sostenidas por pedazos de madera en forma de número 4, pero en las que la caza menor se dejaba atrapar a veces.

Con la ayuda de sus camaradas, Wilcox instaló también redes verticales a orillas del río, utilizando para ello las redes de pesca del Sloughi montadas en perchas altas. En las mallas de esas largas telas de araña, las aves de South-moors acudían en gran número cuando cruzaban de una orilla a la otra. Si la mayoría logró desengancharse de unas mallas demasiado pequeñas para una pesca aérea, hubo días en que se capturaron suficientes para las dos comidas reglamentarias.

En cambio, el ñandú fue el que dio mayores quebraderos de cabeza para alimentarlo. Hay que reconocerlo: la domesticación de ese salvaje animal

no hacía ningún progreso, por mucho que dijera Service, encargado especialmente de su educación.

—¡Qué corcel llegará a ser! —repetía con frecuencia, aunque no se veía muy bien cómo lograría montarlo.

Mientras tanto, como el ñandú no era un carnívoro, Service se veía obligado a ir a buscar su provisión diaria de hierbas y raíces bajo 60 o 90 centímetros de nieve. Pero ¿qué no habría hecho para procurar buena alimentación a su animal favorito? Si el ñandú adelgazó un poco durante ese interminable invierno, no fue culpa de su fiel guardián, y había todo el motivo para esperar que, llegada la primavera, recuperaría su peso normal.

El 9 de julio, al amanecer, Briant, al poner el pie fuera de French-den, comprobó que el viento había pasado de repente al sur.

El frío se había vuelto tan intenso que Briant tuvo que volver a toda prisa al hall, donde comunicó a Gordon esa variación de temperatura.

—Era de temer —respondió Gordon—, y no me sorprendería que tuviéramos que soportar aún algunos meses de un invierno muy riguroso.

—Eso demuestra bien —añadió Briant— que el Sloughi fue arrastrado más al sur de lo que suponíamos.

—Sin duda —dijo Gordon—, y, sin embargo, nuestro atlas no señala ninguna isla en el límite del mar antártico.

—Es inexplicable, Gordon, y, a decir verdad, no sé muy bien en qué dirección podríamos partir si consiguiéramos abandonar la isla Chairman...

—¡Abandonar nuestra isla! —exclamó Gordon—. ¿Sigues pensando en eso, Briant?

—Siempre, Gordon. Si pudiéramos construir una embarcación que aguantara el mar, aunque fuera medianamente, no dudaría en lanzarme a la aventura.

—¡Bien, bien! —replicó Gordon—. ¡No hay prisa! Esperemos al menos a tener nuestra pequeña colonia organizada...

—¡Eh, mi buen Gordon! —respondió Briant—. Olvidas que allá tenemos familias...

—Cierto... cierto, Briant. Pero al fin y al cabo, ¡aquí no estamos tan mal! Todo va... e incluso me pregunto qué es lo que nos falta.

—Muchas cosas, Gordon —respondió Briant, que estimó oportuno no prolongar la conversación sobre ese tema—. Mira, por ejemplo, no tenemos casi nada de combustible...

—¡Oh! ¡Aún no se han quemado todos los bosques de la isla!

—¡No, Gordon! Pero ya es hora de reponer nuestra provisión de leña, pues está a punto de agotarse.

—¡Hoy mismo! —respondió Gordon—. Veamos qué marca el termómetro.

El termómetro, colocado en Store-room, sólo marcaba cinco grados sobre cero, aunque el fogón estaba en plena actividad. Pero, una vez expuesto contra la pared exterior, no tardó en marcar diecisiete grados bajo cero.

Era un frío intenso que sin duda aumentaría si el tiempo se mantenía claro y seco durante algunas semanas. Ya entonces, pese al ronroneo de las dos estufas del hall y del fogón de la cocina, la temperatura bajaba sensiblemente en el interior de French-den.

Hacia las nueve, después del primer desayuno, se decidió que irían a Traps-woods para traerse una buena carga de leña.

Cuando la atmósfera está en calma, las temperaturas más bajas pueden soportarse sin daño. Lo que resulta particularmente doloroso es el áspero viento que muerde las manos y el rostro, y es muy difícil protegerse de él. Afortunadamente, ese día el viento era extremadamente débil y el cielo de una pureza perfecta, como si el propio aire estuviera congelado.

Así pues, en lugar de aquella nieve blanda en la que el día anterior aún se hundían hasta la cintura, el pie iba a pisar un suelo de dureza metálica. A partir de entonces, a condición de asentar bien el paso, se podría caminar como si fuera sobre la superficie del lago Family o del río Zealand, enteramente helados. Con algunos pares de raquetas de nieve como las que usan los indígenas de las regiones polares, o incluso con un trineo tirado por perros o renos, el lago podría haberse recorrido en toda su extensión, de sur a norte, en pocas horas.

Pero, por el momento, no se trataba de una expedición tan larga. Ir al bosque vecino y reponer la provisión de combustible: eso era lo que urgía de inmediato.

Sin embargo, el transporte a French-den de una cantidad suficiente de leña no dejaría de ser un trabajo penoso, puesto que ese transporte sólo podía efectuarse a brazo o a cuestas. Fue entonces cuando Moko tuvo una buena idea, y se apresuró a ponerla en práctica, en espera de que pudiera construirse algún vehículo con las tablas del yate. Esa gran mesa de Store-room, sólidamente construida, que medía unos 3,60 metros de largo por 1,20 de ancho, ¿no bastaría con darle la vuelta con las patas hacia arriba y arrastrarla sobre la superficie de la nieve helada? Sí, evidentemente, y eso fue lo que se hizo. Luego, cuatro de los mayores se engancharon con cuerdas a ese vehículo un tanto primitivo, y se partió, a las ocho en punto, en dirección a Traps-woods.

Los pequeños, con la nariz roja y las mejillas curtidas, correteaban por delante como cachorros jóvenes, y Phann les daba el ejemplo. A veces también se encaramaban a la mesa, no sin disputas y empujones, sólo por placer, con el riesgo de alguna caída que nunca sería muy grave. Sus gritos resonaban con una intensidad extraordinaria en medio de esa atmósfera fría y seca. ¡En verdad, resultaba reconfortante ver a esa pequeña colonia de tan buen humor y tan buena salud!

Todo era blanco hasta donde alcanzaba la vista entre Auckland-hill y el lago Family. Los árboles, con su ramaje de escarcha y sus ramas cargadas de cristales centelleantes, se agrupaban a lo lejos como el telón de fondo de una decoración de cuento de hadas. Sobre la superficie del lago, las aves volaban en bandadas hasta el reverso del acantilado. Doniphan y Cross no habían olvidado traer sus fusiles. Prudente precaución, pues se vieron huellas sospechosas pertenecientes a animales distintos de los chacales, pumas o jaguares.

—Tal vez sean esos gatos salvajes que llaman «paperos» —dijo Gordon—, y que no son menos temibles.

—¡Oh! ¡Si no son más que gatos! —respondió Costar encogiéndose de hombros.

—¡Pues los tigres también son gatos! —replicó Jenkins.

—¿Es verdad, Service —preguntó Costar— , que esos gatos son malos?

—Muy verdad —replicó Service— , ¡y se comen a los niños como si fueran ratones!

Respuesta que no dejó de inquietar a Costar.

El medio kilómetro entre French-den y Traps-woods se franqueó rápidamente, y los jóvenes leñadores se pusieron a la tarea. Su hacha sólo se empleó contra árboles de cierto grosor, a los que se despojó de las ramas menores para aprovisionarse, no de esos haces que arden un instante, sino de leños que podrían alimentar convenientemente el fogón y las estufas. Luego la mesa-trineo recibió una pesada carga; pero deslizaba con tanta facilidad, y todos tiraban con tan buen ánimo sobre el suelo endurecido, que antes del mediodía había podido hacer dos viajes.

Después del almuerzo se reanudó el trabajo, que sólo se interrumpió hacia las cuatro, cuando el día empezó a declinar. El cansancio era grande, pero, como no había ninguna necesidad de hacer las cosas con exceso, Gordon aplazó la tarea para el día siguiente. Pues cuando Gordon ordenaba, no quedaba más que obedecer.

Además, al regresar a French-den, se pasó a serrar esos leños, a partirlos y a almacenarlos, y eso duró hasta la hora de acostarse.

Durante seis días, ese acarreo continuó sin descanso, lo que aseguró combustible para varias semanas. Huelga decir que toda esa provisión no había podido caber en Store-room; pero no había ningún inconveniente en que permaneciera expuesta al aire libre al pie del contrafuerte.

El 15 de julio, según el calendario, ese día era la festividad de San Swithin. Ahora bien, en Inglaterra, San Swithin corresponde, por su fama, a San Medardo en Francia.

—Entonces —dijo Briant— , si hoy llueve, tendremos lluvia durante cuarenta días.

—A fe mía —respondió Service— , eso importa poco, puesto que estamos en la mala estación. ¡Ah, si fuera en verano!...

Sin embargo, la lluvia no persistió, los vientos volvieron al sureste y hubo tales fríos que Gordon ya no permitió a los pequeños poner el pie fuera.

En efecto, a mediados de la primera semana de agosto, la columna termométrica descendió hasta los veintisiete grados bajo cero. Con tan sólo exponerse al aire exterior, el aliento se condensaba en nieve. La mano no podía agarrar un objeto metálico sin sentir un vivo dolor análogo al de las quemaduras. Hubo que tomar las más minuciosas precauciones para mantener la temperatura interior a un grado suficiente.

Hubo quince días muy penosos que superar. Todos sufrían más o menos por falta de ejercicio. Briant no veía sin inquietud las caras pálidas de los pequeños, cuyo buen color había desaparecido. Sin embargo, gracias a las bebidas calientes que no faltaban, y salvo un cierto número de resfriados o bronquitis inevitables, los jóvenes colonos superaron sin gran daño ese período peligroso.

Hacia el 16 de agosto, el estado de la atmósfera tendió a modificarse con el viento que se estableció en el oeste. Así pues, el termómetro subió hasta los doce grados bajo cero, temperatura soportable dado el sosiego del aire.

Doniphan, Briant, Service, Wilcox y Baxter tuvieron entonces la idea de hacer una excursión hasta Sloughi-bay. Partiendo de madrugada, podían estar de regreso la misma tarde.

Se trataba de reconocer si la costa no estaba frecuentada por un gran número de esos anfibios, huéspedes habituales de las regiones antárticas, de los que ya se habían visto algunos ejemplares en la época del naufragio. Al mismo tiempo, reemplazarían el pabellón del que no debían quedar sino jirones, tras los vendavales del invierno. Y además, siguiendo el consejo de Briant, clavarían en el mástil de señales una tablilla que indicara la situación de French-den, por si algunos marinos que hubieran avistado el pabellón desembarcaban en la playa.

Gordon dio su aprobación, pero recomendando encarecidamente que regresaran antes del anochecer, y la pequeña tropa partió en la mañana del 19 de agosto, aunque todavía no había amanecido. El cielo estaba despejado y la luna lo iluminaba con los pálidos rayos de su cuarto menguante. Diez kilómetros hasta la bahía no era nada para unas piernas bien descansadas.

El trayecto se cubrió rápidamente. Al estar helada la turbera de Bog-woods, no hubo que rodearla, lo que acortó el recorrido. Así pues, antes de

las nueve de la mañana, Doniphan y sus camaradas desembocaban en la playa.

—¡Vaya bandada de volátiles! —exclamó Wilcox.

Y mostraba, alineados sobre los arrecifes, algunos millares de aves que parecían grandes patos, con el pico alargado como una concha de mejillón y su grito tan penetrante como desagradable.

—¡Parecen soldaditos a quienes su general va a pasar revista! —dijo Service.

—No son más que pingüinos —respondió Baxter—, ¡y no merecen ni un tiro!

Esas estúpidas aves, que se mantenían en una posición casi vertical debida a sus patas colocadas muy atrás, ni siquiera pensaron en huir, y se las podría haber matado a palos. Quizá Doniphan tuvo ganas de entregarse a esa carnicería inútil; pero, como Briant tuvo la prudencia de no oponerse a ello, los pingüinos fueron dejados en paz.

Por lo demás, si esas aves no podían ser de ninguna utilidad, había allí numerosos otros animales cuya grasa serviría para el alumbrado de Frenchden durante el próximo invierno.

Eran focas, de esa especie llamada focas de trompa, que se solazaban sobre los arrecifes cubiertos entonces de una espesa capa de hielo. Pero, para abatir a algunas, hubiera sido preciso cortarles la retirada por el lado de los arrecifes. Ahora bien, en cuanto Briant y sus camaradas se acercaron, las focas huyeron dando brincos extraordinarios y desaparecieron bajo las aguas. Habría, pues, que organizar más adelante una expedición especial para la captura de esos anfibios.

Tras almorzar frugalmente con las pocas provisiones que habían traído, los muchachos se dedicaron a observar la bahía en toda su extensión.

Una extensión uniformemente blanca se desplegaba desde la desembocadura del río Zealand hasta el promontorio de False-Sea-point. Salvo los pingüinos y las aves marinas, tales como petreles, gaviotas y gaviones, parecía que las demás aves habían abandonado la playa para buscar en el interior de la isla con qué alimentarse. Una capa de 60 a 90 centímetros de nieve se extendía por la playa, y lo que quedaba de los restos de la goleta

había desaparecido bajo esa espesa capa. Las marcas de marea, algas y sargazos, detenidos más acá de los arrecifes, indicaban que Sloughi-bay no había sido invadida por las fuertes mareas de equinoccio.

En cuanto al mar, estaba siempre desierto hasta el límite extremo de ese horizonte que Briant no había vuelto a ver desde hacía tres largos meses. Y, más allá, a cientos de millas, estaba esa Nueva Zelanda que no desesperaba de volver a ver algún día.

Baxter se ocupó entonces de izar un pabellón nuevo que había traído y de clavar la tablilla que indicaba la situación de French-den a unos diez kilómetros río arriba. Luego, hacia la una de la tarde, retomaron la orilla izquierda.

De camino, Doniphan abatió un par de ánades rabudos y otro par de avefrías que revoloteaban sobre la superficie del río, y, hacia las cuatro, cuando el día oscurecía, sus camaradas y él llegaban a French-den. Allí, Gordon fue puesto al corriente de lo ocurrido, y, dado que numerosas focas frecuentaban Sloughi-bay, se les daría caza en cuanto el tiempo lo permitiera.

En efecto, la mala estación iba a terminar pronto. Durante la última semana de agosto y la primera de septiembre, el viento de mar volvió a imponerse. Fuertes chubascos provocaron un rápido ascenso de la temperatura. La nieve no tardó en disolverse y la superficie del lago se rompió con un estruendo ensordecedor. Los témpanos que no se fundieron in situ se adentraron en la corriente del río, amontonándose unos sobre otros, y se produjo una obstrucción de hielo que no se despejó del todo hasta hacia el 10 de septiembre.

Así había transcurrido ese invierno. Gracias a las precauciones tomadas, la pequeña colonia no había sufrido demasiado. Todos se habían mantenido con buena salud y, como los estudios se habían seguido con celo, Gordon apenas había tenido que castigar a ningún rebelde.

Un día, sin embargo, había tenido que castigar a Dole, cuya conducta requería un escarmiento ejemplar.

Muchas veces el testarudo se había negado a «cumplir con su deber» y Gordon lo había reprendido sin que quisiera tener en cuenta sus observaciones. Si no fue castigado a pan y agua —lo que no entra en el sistema de las escuelas anglosajonas—, fue condenado a recibir azotes.

Los jóvenes ingleses, se ha hecho notar, no sienten la repugnancia que los franceses no dejarían de sentir sin duda ante ese tipo de castigo. Y, sin embargo, en esa ocasión, Briant habría protestado contra ese modo de castigar, si no hubiera debido respetar las decisiones de Gordon. Por lo demás, allí donde un escolar francés sentiría vergüenza, el escolar inglés sólo sentiría vergüenza de parecer temer un castigo corporal.

Dole recibió, pues, los pocos golpes de vara que le propinó Wilcox, designado por sorteo para esas funciones de ejecutor público, y el ejemplo fue de tal eficacia que el caso no volvió a repetirse.

El 10 de septiembre, habían transcurrido seis meses desde que el Sloughi naufragó en los arrecifes de la isla Chairman.

CAPÍTULO 14

Con la buena estación que se anunciaba, los jóvenes colonos iban a poder poner en práctica algunos de los proyectos concebidos durante los largos ocios del invierno.

Hacia el oeste —eso era más que evidente— ninguna tierra se encontraba próxima a la isla. Al norte, al sur, al oeste, ¿ocurría lo mismo, y formaba esta isla parte de un archipiélago o de un grupo del Pacífico? No, sin duda, si nos atenemos al mapa de François Baudoin. Sin embargo, podían hallarse tierras en aquellos parajes, aunque el náufrago no las hubiera avistado, por la razón de que no disponía ni de catalejo ni de anteojo, y de que, desde lo alto de Auckland-hill, apenas si la vista abarcaba un horizonte de algunos millas. Los jóvenes muchachos, mejor pertrechados para observar el mar en alta mar, descubrirían quizás lo que el superviviente del Duguay-Trouin no había tenido la posibilidad de entrever.

Dada su configuración, la isla Chairman no medía más de una docena de millas en su parte central, al este de French-den. En el extremo opuesto a Sloughi-bay, siendo la costa recortada, convendría extender el reconocimiento en aquella dirección.

Pero, antes de visitar las diversas regiones de la isla, había que explorar el territorio comprendido entre Auckland-hill, el lago Family y Traps-woods. ¿Cuáles eran sus recursos? ¿Era rico en árboles o arbustos de los que se pudiera sacar partido? Para saberlo se decidió una expedición, fijada para los primeros días de noviembre.

Sin embargo, si la primavera iba a comenzar astronómicamente, la isla Chairman, situada a una latitud bastante elevada, aún no sentía su influencia. El mes de septiembre y la mitad de octubre estuvieron marcados por

grandes temporales. Hubo aún fríos muy intensos, aunque no persistieron, pues las direcciones del viento se volvieron sumamente variables. Durante este período del equinoccio, las perturbaciones atmosféricas se manifestaron con una violencia sin igual —semejante a las que habían arrastrado al Sloughi a través del Pacífico. Bajo los golpes redoblados de las borrascas, parecía que el macizo de Auckland-hill temblaba por entero, cuando la ráfaga del sur, rasando la región de los South-moors, que no le oponían obstáculo alguno, traía los helados rigores del mar antártico. Era una ruda tarea cuando había que cerrarle el paso a French-den. Veinte veces arremetió contra la puerta que daba acceso al Store-room, y penetró por el corredor hasta el salón. En aquellas condiciones, se sufrió ciertamente más que en la época de los fríos intensos que habían bajado la columna termométrica a treinta grados bajo cero. Y no era solo la ráfaga, sino la lluvia y el granizo contra los que había que luchar.

Para mayor contrariedad, la caza parecía haber desaparecido, como si hubiera ido a buscar refugio en las partes de la isla menos expuestas a los rigores del equinoccio —y también el pescado, probablemente asustado por la agitación de las aguas que bramaban a lo largo de las orillas del lago.

Sin embargo, no se permaneció ocioso en French-den. Como la mesa ya no podía servir de vehículo, puesto que la capa de nieve endurecida había desaparecido, Baxter buscó el modo de fabricar un aparato adecuado para el transporte de objetos pesados.

A tal efecto, se le ocurrió utilizar dos ruedas del mismo tamaño pertenecientes al molinete de la goleta. Ese trabajo no se realizó sin muchos tanteos que habría evitado un hombre del oficio. Las ruedas eran dentadas, y, tras intentar en vano romper los dientes, Baxter se vio reducido a rellenar los intervalos con cuñas de madera muy ajustadas, que fueron zunchadas con una banda metálica. Luego, reunidas las dos ruedas mediante una barra de hierro, se montó un sólido bastidor de tablas sobre ese eje. ¡Vehículo har-to rudimentario! Pero, tal cual, debía prestar y prestó grandes servicios. Inútil añadir que, a falta de caballo, mula o borrico, serían los más vigorosos de la colonia quienes se engancharían a dicho vehículo.

¡Ah! ¡Si se lograra apoderarse de cuadrúpedos que pudieran adiestrarse para ese uso, cuántas fatigas se ahorrarían! ¿Por qué la fauna de la isla Chairman, salvo algunos carnívoros de los que se habían encontrado restos

o rastros, parecía más rica en aves que en rumiantes? Y aun así, a juzgar por el ñandú de Service, ¿podía esperarse que se sometieran a los deberes de la domesticidad?

En efecto, el ñandú no había perdido en absoluto nada de su carácter salvaje. No dejaba que nadie se le acercara sin defenderse a picotazos y patadas, intentaba romper las ataduras que lo sujetaban, y, de haberlo conseguido, pronto lo habrían perdido entre los árboles de Traps-woods.

Service, sin embargo, no se desalentaba. Naturalmente había dado al ñandú el nombre de Brausewind, como había hecho con su avestruz el joven Jack del Robinson Suizo. Aunque ponía un excesivo amor propio en domar al obstinado animal, ni los buenos ni los malos tratos surtían efecto.

—Y sin embargo —dijo él un día, volviendo a la novela de Wyss que nunca se cansaba de releer—, ¡Jack logró hacer de su avestruz una montura rápida!

—Es cierto —le respondió Gordon—. Pero, entre tu héroe y tú, Service, hay la misma diferencia que entre su avestruz y la tuya.

—¿Cuál, Gordon?

—¡Simplemente la diferencia que separa la imaginación de la realidad!

—¡Qué importa! —replicó Service—. ¡Acabaré dominando a mi avestruz... o ella dirá por qué!

—Pues bien, a fe mía —respondió Gordon riendo—, ¡me asombraría menos oírla responderte que verla obedecerte!

A pesar de las bromas de sus camaradas, Service estaba decidido a montar su ñandú en cuanto el tiempo lo permitiera. Por eso, siempre imitando a su modelo imaginario, le fabricó una especie de arnés de lona de vela y una capucha con anteojeas móviles. ¿Acaso Jack no dirigía a su animal bajándole una u otra de esas anteojeas sobre el ojo derecho o el izquierdo? ¿Y por qué lo que le había funcionado a ese muchacho no habría de funcionarle a su imitador? Service confeccionó incluso un collar de cabo que logró fijar al cuello del animal —el cual se habría pasado muy bien sin ese adorno—. En cuanto a la capucha, fue imposible ponérsela en la cabeza.

Así transcurrían los días en trabajos de acondicionamiento que fueron haciendo French-den más comfortable. Era la mejor manera de ocupar las ho-

ras que no podían aprovecharse en el exterior, sin restar nada a las que debían dedicarse al trabajo.

Por lo demás, el equinoccio tocaba a su fin. El sol ganaba fuerza y el cielo se despejaba. Estaban a mediados de octubre. El suelo transmitía su calor a los arbustos y árboles que se disponían a reverdecer.

Ahora era posible abandonar French-den durante días enteros. La ropa de abrigo —pantalones de paño grueso, jerseys o chaquetones de lana— había sido sacudida, reparada, doblada y guardada cuidadosamente en los baúles, después de haber sido etiquetada por Gordon. Los jóvenes colonos, más cómodos con ropas más ligeras, habían acogido con alegría el regreso de la buena estación. Además, persistía aquella esperanza que no los abandonaba: la esperanza de hacer algún descubrimiento que pudiera cambiar su situación. Durante el verano, ¿no era posible que algún barco visitara aquellos parajes? Y si pasaba a la vista de la isla Chairman, ¿por qué no desembarcaría, al ver el pabellón que ondeaba en la cima de Auckland-hill?

Durante la segunda quincena de octubre, se intentaron varias excursiones en un radio de tres kilómetros alrededor de French-den. En ellas solo tomaron parte los cazadores. El rancho mejoró, aunque, por recomendación de Gordon, había que economizar severamente la pólvora y el plomo. Wilcox tendió lazos con los que capturó algunas parejas de tinamúes y avutardas, e incluso en ocasiones esas liebres maras que se parecen al agutí. Con frecuencia durante el día se iba a revisar los lazos, pues los chacales y los paperos no tardaban en adelantarse a los cazadores para destruir sus presas. En verdad, era desesperante trabajar en beneficio de esos carnívoros, a los que no se perdonaba cuando se tenía ocasión. Se atrapó incluso cierto número de esas alimañas en las antiguas trampas que habían sido reparadas, y en las nuevas, instaladas en el lindero del bosque. En cuanto a las fieras, se encontraron aún rastros, pero no hubo que rechazar sus ataques, contra los que siempre se estaba alerta.

Doniphan mató también algunos de esos pecaríes y guaculís —jabalíes y ciervos de pequeño tamaño— cuya carne era sabrosa. En cuanto a los ñandúes, nadie lamentó no poder alcanzarlos, pues el escaso éxito de Service en su intento de domesticación no era precisamente un aliciente.

Y así se comprobó cuando, en la mañana del 26, el testarudo muchacho quiso montar su ñandú, al que había enjaezado no sin cierto trabajo.

Todos habían acudido a la Sport-terrace para asistir a esa interesante prueba. Los pequeños miraban a su camarada con cierto sentimiento de envidia mezclado con un poco de inquietud. En el momento decisivo, dudaban si pedirle a Service que los llevara a la grupa. Los mayores, en cambio, se encogían de hombros. Gordon incluso había querido disuadir a Service de intentar una prueba que le parecía peligrosa; pero este se había obstinado, y se había resuelto dejarlo hacer.

Mientras Garnett y Baxter sujetaban al animal, cuyos ojos estaban cubiertos por las anteojeras de la capucha, Service, tras varios intentos infructuosos, logró lanzarse sobre su lomo. Luego, con voz a medias tranquilizada:

—¡Soltad! —gritó.

El ñandú, privado del uso de sus ojos, se quedó al principio inmóvil, retenido por el joven que lo apretaba vigorosamente entre las piernas. Pero, en cuanto las anteojeras fueron levantadas mediante la cuerda que servía a la vez de riendas, dio un salto prodigioso y partió en dirección al bosque.

Service ya no era dueño de su fogosa montura, que volaba con la rapidez de una flecha. ¿En vano intentó detenerla cegándola de nuevo? De un cabezazo, el ñandú desplazó la capucha, que resbaló sobre su cuello, al que Service se aferraba con los dos brazos. Luego, una violenta sacudida desazonó al poco firme jinete, que cayó justo en el momento en que el animal iba a desaparecer entre los árboles de Traps-woods.

Los camaradas de Service acudieron corriendo; cuando llegaron junto a él, el ñandú ya había desaparecido de la vista.

Por fortuna, Service, al caer sobre hierba tupida, no se había hecho daño alguno.

—¡Maldita bestia!... ¡Maldita bestia! —exclamó muy confuso—. ¡Ah, si la alcanzo!...

—¡No la alcanzarás! —respondió Doniphan, que disfrutaba burlándose de su camarada.

—Desde luego —dijo Webb—, ¡tu amigo Jack era mejor jinete que tú!

—¡Es que mi ñandú no estaba suficientemente domado! —respondió Service.

—¡Y no podía estarlo! —replicó Gordon—. Consuélate, Service, no habrías podido hacer nada con esa bestia, y no olvides que en la novela de Wyss ¡hay mucho que tomar con pinzas!

Así terminó la aventura, y los pequeños no tuvieron que lamentar no haber «montado en ñandú».

A principios de noviembre, el tiempo pareció favorable para una expedición de cierta duración, cuyo objetivo sería reconocer la orilla occidental del lago Family hasta su extremo norte. El cielo estaba despejado, el calor aún muy soportable, y no habría ninguna imprudencia en pasar algunas noches al raso. Por tanto, se hicieron los preparativos en consecuencia.

Los cazadores de la colonia debían tomar parte en esa expedición, y, esta vez, Gordon juzgó oportuno unirse a ellos. En cuanto a los camaradas que se quedarían en French-den, permanecerían allí bajo la custodia de Briant y Garnett. Más adelante, antes del final de la buena estación, Briant emprendería él mismo otra excursión con el propósito de visitar la parte inferior del lago, ya fuera bordeando sus orillas con el yol, ya cruzándolo, pues, según el mapa, no medía más de seis a ocho kilómetros a la altura de French-den.

Convenidas así las cosas, desde la mañana del 5 de noviembre, Gordon, Doniphan, Baxter, Wilcox, Webb, Cross y Service partieron, después de despedirse de sus camaradas.

En French-den, nada iba a cambiar en la vida habitual. Fuera de las horas dedicadas al trabajo, Iverson, Jenkins, Dole y Costar seguirían, como de costumbre, pescando en las aguas del lago y del río —lo que constituía su recreo favorito—. Pero que Moko no acompañara a los jóvenes exploradores no debía llevar a la conclusión de que quedarían reducidos a una mala cocina. ¿Acaso no estaba Service, y no ayudaba la mayoría de las veces al grumete en sus operaciones culinarias? Así, había hecho valer sus talentos para participar en la expedición. ¿Quién sabe si no esperaba encontrar a su ñandú?

Gordon, Doniphan y Wilcox iban armados con fusiles; además, todos llevaban un revólver al cinto. Cuchillos de caza y dos hachuelas completaban su equipamiento. En la medida de lo posible, solo debían usar la pólvora y el plomo para defenderse si eran atacados, o para abatir caza en caso de que no pudiera atrapársela de una forma menos costosa. Con ese fin, el lazo y

las boleadoras, puestos a punto, habían sido llevados por Baxter, quien, desde hacía algún tiempo, se había ejercitado en su manejo. Un chico poco ruidoso, ese Baxter, pero verdaderamente muy hábil, y que había llegado pronto a ser diestro en el uso de esos artilugios. Hasta entonces, a decir verdad, solo había apuntado a objetos inmóviles, y nada probaba que lo lograra contra un animal que huyera a todo correr. Ya se vería en la práctica.

Gordon había tenido también la idea de proveerse del *halkett-boat* de caucho, que era muy portátil, pues se plegaba como una maleta y no pesaba más de unos cinco kilogramos. El mapa indicaba, en efecto, dos cursos de agua afluentes del lago, que el *halkett-boat* serviría para cruzar si no podía vadearse.

Ateniéndose al mapa de Baudoin, del que Gordon llevaba una copia para consultarlo o verificarlo según el caso, la orilla occidental del lago Family se extendía a lo largo de unos veintinueve kilómetros aproximadamente, teniendo en cuenta su curvatura. La exploración requeriría, pues, al menos tres días de ida y vuelta, si no sufría ningún retraso.

Gordon y sus compañeros, precedidos por Phann, dejaron Traps-woods a su izquierda y marcharon a buen paso por el suelo arenoso de la orilla.

Pasados los tres kilómetros, habían superado la distancia a la que se habían limitado hasta entonces las excursiones desde la instalación en French-den.

En ese lugar crecían esas hierbas altas llamadas «cortaderas», agrupadas en matas, entre las cuales los más altos desaparecían hasta la cabeza.

El avance se vio algo retrasado por ello; pero no hubo motivo para lamentarlo, pues Phann se detuvo ante la boca de media docena de madrigueras que agujereaban el suelo.

Evidentemente, Phann había olfateado allí algún animal que sería fácil matar en su guarida. Doniphan se disponía ya a apoyar el fusil en el hombro cuando Gordon lo detuvo:

—Ahorra la pólvora, Doniphan —le dijo—, te lo ruego, ¡ahorra la pólvora!

—¿Quién sabe, Gordon, si nuestro almuerzo no está ahí dentro? —respondió el joven cazador.

—¿Y también nuestra cena? —añadió Service, que acababa de agacharse hacia la madriguera.

—Si están ahí —respondió Wilcox—, sabremos hacerlos salir sin que cueste un grano de plomo.

—¿Y de qué manera? —preguntó Webb.

—¡Ahumando esas madrigueras, como se haría con una de comadreja o de zorros!

Entre las matas de cortaderas, el suelo estaba cubierto de hierba seca que Wilcox prendió rápidamente a la entrada de las guaridas. Un minuto después, aparecían una docena de roedores, medio asfixiados, que intentaron en vano huir. Eran conejos tucutuco, de los que Service y Webb abatieron algunas parejas a hachazos, mientras Phann estrangulaba a otros tres de tres dentelladas.

—¡Eso va a ser un asado excelente! —dijo Gordon.

—Y yo me encargo —exclamó Service, que tenía prisa por ejercer sus funciones de cocinero jefe—. ¡Ahora mismo, si queréis!...

—¡En nuestra primera parada! —respondió Gordon.

Hizo falta media hora para salir de ese bosque en miniatura de altas cortaderas. Más allá, volvió a aparecer la playa, accidentada por largas filas de dunas, cuya arena, de una finura extrema, se levantaba al menor soplo de viento.

A esa altura, el reverso de Auckland-hill se alejaba ya a más de tres kilómetros hacia el oeste. Ello se explicaba por la dirección que el acantilado tomaba oblicuando desde French-den hasta Sloughi-bay. Toda esa parte de la isla estaba cubierta por el espeso bosque que Briant y sus camaradas habían atravesado durante la primera expedición al lago, y que regaba el arroyo al que se había dado el nombre de Dike-creek.

Tal como indicaba el mapa, ese creek corría hacia el lago. Pues bien, fue precisamente a la desembocadura de ese arroyo donde llegaron los jóvenes, hacia las once de la mañana, después de haber recorrido casi diez kilómetros desde su partida.

Se hizo un alto en ese lugar, al pie de un soberbio pino piñonero. Se encendió un fuego de leña seca entre dos grandes piedras. Poco después, dos de los tucutuco, depilados y vaciados por Service, se asaban ante una llama chisporroteante. Que, mientras Phann, acucillado ante el fuego, aspiraba ese buen olor a venado, el joven cocinero veló para que su asado se girara en su punto, huelga decirlo.

Se almorzó con buen apetito, sin tener demasiado que quejarse de este primer ensayo culinario de Service. Los tucutuco fueron suficientes, y no hubo necesidad de tocar las provisiones llevadas en las mochilas, salvo las galletas que hacían las veces de pan. E incluso estas se economizaron, pues la carne no faltaba —carne sabrosa, por lo demás, con el aroma de esas plantas aromáticas de las que se alimentan los roedores—.

Hecho esto, cruzaron el creek, y como pudieron vadearlo, no hubo necesidad de emplear el bote de caucho, lo que habría llevado más tiempo.

La orilla del lago, volviéndose poco a poco pantanosa, obligó a regresar al lindero del bosque, dispuestos a dirigirse de nuevo hacia el este cuando el estado del terreno lo permitiera. Siempre las mismas especies, los mismos árboles de porte soberbio: hayas, abedules, encinas, pinos de diversas clases. Multitud de encantadores pájaros revoloteaban de rama en rama: picos negros de cresta roja, papamoscas de copete blanco, reyezuelos de la especie de los escitálopes, millares de agateadores que gorjeaban bajo el follaje, mientras los pinzones, las alondras y los mirlos cantaban o silbaban a pleno pico. A lo lejos, en el aire, planeaban cóndores, auras y algunas parejas de esos caracarás, águilas voraces que frecuentan con gusto los parajes de América del Sur.

Sin duda, en recuerdo de Robinson Crusoe, Service lamentó que la familia de los loros no estuviera representada en la ornitología de la isla. Si no había podido domesticar un ñandú, quizás uno de esos parlanchines pájaros se hubiera mostrado menos rebelde. Pero no avistó ni uno solo.

En suma, la caza abundaba: maras, pichis y, en particular, grouses muy parecidas al urogallo. Gordon no pudo negarle a Doniphan el placer de abatir un pecarí de tamaño mediano, que serviría para el almuerzo del día siguiente, si es que no servía para la cena de esa tarde.

Por lo demás, no fue necesario adentrarse bajo los árboles, donde la marcha habría sido más penosa. Bastaba con bordear el lindero, y así se hizo hasta las cinco de la tarde. El segundo curso de agua, de unos doce metros de anchura, vino entonces a cortar el paso.

Era uno de los desagüaderos del lago, y iba a desembocar en el Pacífico, más allá de Sloughi-bay, después de rodear el norte de Auckland-hill.

Gordon resolvió detenerse en ese lugar. Casi veinte kilómetros en las piernas eran suficientes para un día. Mientras tanto, pareció indispensable dar un nombre a ese curso de agua, y, puesto que acababan de hacer un alto en sus orillas, fue bautizado Stop-river (río de la parada).

El campamento se estableció bajo los primeros árboles de la orilla. Como los grouses habían sido reservados para el día siguiente, los tucutuco constituyeron el plato principal, y, una vez más, Service salió del paso bastante airoso en sus funciones. Por lo demás, la necesidad de dormir superaba a la de comer, y, si las bocas se abrían de hambre, los ojos se cerraban de sueño. Así, se encendió una gran hoguera, ante la cual cada uno se tendió después de envolverse en su manta. El vivo resplandor de ese fuego, cuyo mantenimiento velarían Wilcox y Doniphan por turnos, debía bastar para mantener a las fieras a distancia.

En suma, no hubo ninguna alarma y, al amanecer, todos estaban listos para reanudar la marcha.

Sin embargo, haber dado un nombre al río no bastaba; había que cruzarlo, y, como no era vadeable, el *halkett-boat* fue requisado. Como esa frágil embarcación no podía transportar más que a una persona a la vez, tuvo que hacer siete travesías de la orilla izquierda a la orilla derecha del Stop-river, lo que exigió más de una hora. Poco importaba, desde el momento en que, gracias a él, las provisiones y las municiones no se mojaron.

En cuanto a Phann, que no temía mojarse las patas, se lanzó a nadar y, en unos pocos impulsos, pasó de una orilla a la otra.

Como el terreno ya no era pantanoso, Gordon se desvió para volver hacia la orilla del lago, que fue alcanzada antes de las diez. Tras un almuerzo cuyo principal plato fueron unas chuletas de pecaí a la parrilla, se tomó la dirección del norte.

Nada indicaba aún que el extremo del lago estuviera próximo, y el horizonte del este seguía delimitado por una línea circular de cielo y agua, cuando, hacia mediodía, Doniphan, apuntando su catalejo, dijo:

—¡Ahí está la otra orilla!

Y todos miraron hacia ese lado, donde algunas copas de árboles empezaban a asomar por encima de las aguas.

—No nos detengamos —respondió Gordon—, ¡e intentemos llegar antes de que anochezca!

Una llanura árida, ondulada por largas dunas, sembrada solo de algunas matas de juncos y cañas, se extendía entonces hasta perderse de vista hacia el norte. En su parte septentrional, parecía que la isla Chairman no ofrecía más que vastos espacios arenosos, que contrastaban con los bosques verdes del centro, y a los que Gordon pudo dar con toda justicia el nombre de Sandy-desert (desierto de arena).

Hacia las tres, la orilla opuesta, que se curvaba a menos de tres kilómetros al noreste, apareció claramente. Esa región parecía abandonada de toda criatura viviente, excepto por los pájaros marinos —cormoranes, petreles, somormujos— que pasaban volviendo a las rocas del litoral.

En verdad, si el Sloughi hubiera llegado a esas costas, los jóvenes náufra-gos, al ver una tierra tan estéril, habrían creído que estarían privados de todo recurso. En vano habrían buscado en medio de ese desierto el equivalente de su comfortable morada de French-den. Cuando hubiera faltado el refugio de la goleta, no habrían sabido dónde encontrar un abrigo.

¿Era necesario ahora adentrarse más en esa dirección, reconocer por completo esa parte de la isla que parecía inhabitable? ¿No valdría más aplazar a una segunda expedición la exploración de la orilla derecha del lago, donde otros bosques podían ofrecer nuevas riquezas? Sí, sin duda. Por lo demás, era en los parajes del este donde debía de hallarse el continente americano, si la isla Chairman se encontraba próxima a él.

Sin embargo, a propuesta de Doniphan, se resolvió alcanzar el extremo del lago, que no debía de estar lejos, pues la doble curvatura de sus orillas se pronunciaba cada vez más.

Así se hizo, y, al anochecer, se hizo un alto en el fondo de una pequeña cala que se abría en el ángulo norte del lago Family.

En ese lugar, ni un árbol, ni siquiera algún montón de matas herbosas, musgos o líquenes secos. A falta de combustible, hubo que conformarse con las provisiones que contenían los sacos, y, a falta de abrigo, con la alfombra de arena sobre la que se extendieron las mantas.

Durante esa primera noche, nada vino a turbar el silencio del Sandy-desert.

CAPÍTULO 15

A doscientos pasos de la cala se erguía una duna de unos quince metros de altura, el observatorio más indicado para que Gordon y sus compañeros pudieran obtener una visión más amplia de la región.

En cuanto salió el sol, se apresuraron a trepar por la duna hasta su cresta.

Desde aquel punto, el catalejo fue apuntado de inmediato hacia el norte.

Si el vasto desierto arenoso se prolongaba hasta el litoral, tal como indicaba el mapa, era imposible avistar su extremo, pues el horizonte marino debía de encontrarse a más de doce millas al norte y a más de siete al este.

Resultó pues inútil internarse más allá en la parte septentrional de la isla Chairman.

—¿Qué hacemos ahora, pues? —preguntó Cross.

—Volver sobre nuestros pasos —respondió Gordon.

—¡Pero no antes de desayunar! —se apresuró a replicar Service.

—¡Pon la mesa! —respondió Webb.

—Ya que hemos de volver sobre nuestros pasos —observó entonces Doniphan—, ¿no podríamos tomar otro camino para regresar a French-den?

—Lo intentaremos —respondió Gordon.

—Me parece incluso —añadió Doniphan— que nuestra exploración quedaría completa si bordeásemos la orilla derecha del lago Family.

—Sería un poco largo —respondió Gordon—. Según el mapa, habría entre cuarenta y ocho y sesenta y cuatro kilómetros que recorrer, lo cual lle-

varía cuatro o cinco días, suponiendo que no se presentara ningún obstáculo en el camino. En French-den estarían preocupados, y más vale no causarles esa inquietud.

—Sin embargo —repuso Doniphan—, tarde o temprano será necesario reconocer esa parte de la isla.

—Sin duda —respondió Gordon—, y tengo intención de organizar una expedición con ese fin.

—No obstante —dijo Cross—, Doniphan tiene razón. Convendría no tomar el mismo camino de vuelta...

—De acuerdo —replicó Gordon—, y propongo seguir la orilla del lago hasta Stop-river y luego avanzar directamente hacia el acantilado, cuya base bordearemos.

—¿Y por qué bajar por la orilla que ya hemos recorrido? —preguntó Wilcox.

—En efecto, Gordon —añadió Doniphan—, ¿por qué no atajar campo a través en esta llanura de arena para llegar a los primeros árboles de Traps-woods, que no están a más de cinco o seis kilómetros al suroeste?

—Porque de todas formas tendremos que cruzar Stop-river —respondió Gordon—. Ahora bien, sabemos con certeza que podemos pasar por donde pasamos ayer, mientras que más abajo podríamos vernos en apuros si el río se volviera torrentoso. Por tanto, no adentrarse en el bosque hasta haber pisado la orilla izquierda de Stop-river me parece lo más sensato.

—¡Siempre prudente, Gordon! —exclamó Doniphan, no sin cierta ironía.

—¡Nunca se es demasiado! —respondió Gordon.

Todos se dejaron deslizar por el talud de la duna, regresaron al lugar de descanso, mordisquearon un trozo de galleta y venado frío, enrollaron las mantas, recogieron sus armas y siguieron a buen paso el camino del día anterior.

El cielo era magnífico. Una ligera brisa apenas rizaba las aguas del lago. Podía contarse con un hermoso día. Con que el tiempo se mantuviera despejado durante treinta y seis horas más, Gordon no pedía otra cosa, pues confiaba en haber llegado a French-den al atardecer del día siguiente.

De las seis de la mañana a las once, se cubrieron sin dificultad los catorce kilómetros y medio que separaban la punta del lago de Stop-river. Ningún incidente en el camino, salvo que, en las inmediaciones del río, Doniphan abatió dos soberbias avutardas crestadas, de plumaje negro jaspeado de pardo rojizo por arriba y blanco por abajo, lo que lo puso de muy buen humor, al igual que a Service, siempre dispuesto a desplumar, vaciar y asar cualquier ave.

Y eso fue exactamente lo que hizo, una hora más tarde, cuando sus compañeros y él hubieron cruzado sucesivamente el cauce en el halkett-boat.

— Ahora estamos en el bosque — dijo Gordon —, y espero que Baxter encuentre ocasión de lanzar su lazo o sus bolas.

— Lo cierto es que hasta ahora no han hecho maravillas — respondió Doniphan, quien tenía en poca estima cualquier utensilio de caza que no fuera el fusil o la carabina.

— ¿Y qué podían hacer contra las aves? — replicó Baxter.

— Aves o cuadrúpedos, Baxter, no me fío de ellos.

— Ni yo — añadió Cross, siempre dispuesto a apoyar a su primo.

— ¡Esperad al menos a que Baxter haya tenido ocasión de usarlos antes de pronunciaros! — respondió Gordon —. Yo estoy seguro de que hará alguna hazaña. Si un día nos faltan las municiones, el lazo y las bolas nunca faltarán...

— Antes fallarían al blanco — replicó el incorregible chico.

— Ya lo veremos — replicó Gordon —, y mientras tanto, ¡a comer!

Pero los preparativos llevaron algún tiempo, pues Service quería que su avutarda estuviera en su punto. Y si aquel ave pudo satisfacer el apetito de aquellos jóvenes estómagos, fue porque era verdaderamente de buen tamaño. En efecto, estas avutardas, que pesan unos catorce kilogramos y miden cerca de noventa centímetros del pico a la cola, figuran entre los mayores ejemplares de la familia de las galliformes. Bien es cierto que el ave fue devorada hasta el último bocado, e incluso hasta el último hueso, pues Phann, al que correspondió la carcasa, no dejó más que sus amos.

Terminado el almuerzo, los jóvenes se adentraron en esa parte todavía desconocida de Traps-woods por la que discurría Stop-river antes de desembocar en el Pacífico. El mapa indicaba que su curso se desviaba hacia el noroeste bordeando el extremo del acantilado, y que su desembocadura se hallaba más allá del promontorio de False-Sea-point. Por ello, Gordon resolvió abandonar la orilla de Stop-river, pues seguirla habría supuesto alejarse en dirección contraria a French-den. Lo que quería era llegar cuanto antes a los primeros contrafuertes de Auckland-hill, para bordear su base en dirección sur.

Tras orientarse con la brújula, Gordon puso rumbo decididamente hacia el oeste. Los árboles, más espaciados que en la parte sur de Traps-woods, dejaban libre paso sobre un suelo menos cubierto de hierbas y maleza.

Entre los abedules y las hayas se abrían a veces pequeños claros en los que los rayos del sol penetraban a raudales. Las flores silvestres mezclaban allí sus frescas tonalidades con el verdor de los arbustos y el tapiz de hierba. En varios lugares, soberbios senecios se mecían en lo alto de tallos de sesenta a noventa centímetros. Se recogieron algunas de esas flores con las que Service, Wilcox y Webb adornaron sus chaquetas.

Fue entonces cuando Gordon hizo un útil descubrimiento, pues sus conocimientos botánicos habían de aprovechar en más de una ocasión a la pequeña colonia. Su atención acababa de ser atraída por un arbusto muy tupido, de hojas poco desarrolladas, cuyas ramas, erizadas de espinas, portaban un pequeño fruto rojizo del tamaño de un guisante.

—Esto es el trulca, si no me equivoco —exclamó—, y es un fruto del que los indios hacen gran uso.

—Si se come —respondió Service—, comámoslo, ya que no cuesta nada.

Y, antes de que Gordon pudiera impedirselo, Service hizo crujir dos o tres de esos frutos entre sus dientes.

¡Qué mueca hizo, y cómo acogieron sus compañeros su chasco con carcajadas, mientras él escupía la abundante salivación que la acidez del fruto acababa de provocar en las papilas de su lengua!

—¡Y tú que me habías dicho que se comía, Gordon! —exclamó Service.

—No he dicho que se comiera —replicó Gordon—. Si los indios hacen uso de esos frutos, es para fabricar un licor que obtienen por fermentación. Añado que ese licor será para nosotros un recurso precioso cuando se agote nuestra provisión de brandy, a condición de no abusar de él, pues sube a la cabeza. ¡Llevemos un saco de trulcas y haremos la prueba en French-den!

El fruto era difícil de recolectar entre los miles de espinas que lo rodeaban. Pero, golpeando las ramas con suavidad, Baxter y Webb hicieron caer al suelo gran cantidad de trulcas, con los que se llenó una de las mochilas, y se reanudó la marcha.

Más adelante, también se recogieron algunas vainas de otro arbusto, propio de las tierras próximas a Sudamérica. Eran vainas de algarrobo, cuyo fruto da asimismo por fermentación un licor muy fuerte. Esta vez, Service se abstuvo de hincarles el diente, y bien que hizo; pues, si bien el algarrobo parece dulce al principio, la boca se ve pronto afectada por una sequedad muy penosa, y, por falta de costumbre, no es posible mascar sus semillas impunemente.

Por último, otro descubrimiento no menos importante se realizó por la tarde, a unos cuatrocientos metros de la base de Auckland-hill. El aspecto del bosque había cambiado. Con el aire y el calor que llegaban más abundantemente a los claros, la vegetación alcanzaba un desarrollo soberbio. A dieciocho o veinticuatro metros de altura, los árboles desplegaban su amplia copa, bajo la que parloteaba todo un mundo de pájaros ruidosos. Entre las más hermosas especies destacaba el haya antártica, que conserva en todas las estaciones el verde tierno de su follaje. Luego, algo menos elevados pero igualmente magníficos, crecían en grupos algunos de esos *winters*, cuya corteza puede sustituir a la canela, lo que permitiría al cocinero jefe de French-den realzar con ella sus salsas.

Fue entonces cuando Gordon reconoció entre esas plantas la *pernettia*, el árbol del té, de la familia de las vaciniáceas, que se encuentra incluso en latitudes elevadas, y cuyas hojas aromáticas dan por infusión una bebida muy saludable.

—¡Esto podrá reemplazar nuestra provisión de té! —dijo Gordon—. Cojamos unos puñados de estas hojas y, más adelante, volveremos a cosechar para todo el invierno.

Eran aproximadamente las cuatro cuando se alcanzó Auckland-hill casi en su extremo norte. En ese punto, aunque parecía un poco menos alta que en las cercanías de French-den, habría sido imposible escalar su vertiente, que se alzaba verticalmente. Poco importaba, ya que solo se trataba de seguirla de vuelta hacia el río Zealand.

Tres kilómetros más adelante, se oyó el murmullo de un torrente que espumeaba a través de una estrecha garganta del acantilado y que fue fácil vadear un poco más abajo.

—Debe de ser el río que descubrimos durante nuestra primera expedición al lago —observó Doniphan.

—Aquel al que cortaba el paso la pequeña calzada de piedra, ¿verdad? —preguntó Gordon.

—Exactamente —respondió Doniphan—, y al que por esa razón llamamos Dike-creek.

—Pues bien, acampemos en su orilla derecha —prosiguió Gordon—. Ya son las cinco, y puesto que hemos de pasar otra noche al raso, mejor hacerlo cerca de este arroyo y al abrigo de los grandes árboles. ¡Mañana por la noche, salvo obstáculos, confío en que dormiremos en nuestros catres del hall!

Service se ocupó entonces de la cena, para la que había reservado la segunda avutarda. Era asado; siempre asado, pero habría sido injusto reprochárselo a Service, quien difícilmente podía variar su repertorio.

Mientras tanto, Gordon y Baxter se habían adentrado en el bosque, el primero en busca de nuevos arbustos o plantas, el segundo con la intención de usar su lazo y sus bolas, aunque solo fuera para acabar con las burlas de Doniphan.

Ambos habían dado unos cien pasos a través del arbolado cuando Gordon, llamando a Baxter con un gesto, le señaló un grupo de animales que retozaban sobre la hierba.

—¿Cabras? —dijo Baxter en voz baja.

—O al menos estas bestias se parecen a cabras —respondió Gordon—. Intentemos cogerlas...

—¿Vivas?

—Sí, Baxter, vivas, y menos mal que Doniphan no está con nosotros, pues ya habría abatido una de un disparo y habría puesto a las demás en fuga. ¡Acerquémonos despacio, sin dejarnos ver!

Esos gráciles animales, unos seis en total, no habían dado la señal de alarma. Sin embargo, presentiendo algún peligro, una de esas cabras —una madre, sin duda— olfateaba el aire y se mantenía en guardia, dispuesta a escapar con su rebaño.

De repente se oyó un silbido. Las bolas acababan de salir de la mano de Baxter, que ya no estaba a más de veinte pasos del grupo. Lanzadas con destreza y vigor, se enrollaron alrededor de una de las cabras, mientras las demás desaparecían en lo más espeso del bosque.

Gordon y Baxter se precipitaron hacia la cabra, que intentaba en vano desasirse de las bolas. Fue capturada, imposibilitada de huir, y con ella fueron tomados dos cabritillos que el instinto había retenido junto a su madre.

—¡Hurra! —exclamó Baxter, a quien la alegría volvía expansivo—. ¡Hurra! ¿Son cabras?

—No —respondió Gordon—. Creo que son más bien vicuñas.

—¿Y esas bestias dan leche?

—¡Igualmente!

—¡Pues que sean vicuñas!

Gordon no se equivocaba. En verdad, las vicuñas se parecen a las cabras; pero sus patas son largas, su vellón es corto y fino como la seda, y su cabeza es pequeña y sin cuernos. Estos animales habitan principalmente las pampas de América e incluso los territorios del estrecho de Magallanes.

Bien puede imaginarse la acogida que se dio a Gordon y a Baxter cuando regresaron al campamento, uno tirando de la vicuña por la cuerda de las bolas, el otro portando uno de los cabritillos bajo cada brazo. Como su madre aún los amamantaba, era probable que pudieran criarlos sin demasiado esfuerzo. ¿Sería ese el núcleo de un futuro rebaño que resultaría muy útil a la pequeña colonia? Naturalmente, Doniphan lamentó el buen disparo que habría tenido ocasión de hacer; pero, cuando se trataba de capturar la caza

viva y no de abatirla, tuvo que reconocer que las bolas valían más que las armas de fuego.

Se comió, o más bien se cenó, con alegría. La vicuña, atada a un árbol, no se negó a pastar, mientras sus crías retozaban a su alrededor.

La noche, sin embargo, no fue tan tranquila como lo había sido en las llanuras de Sandy-desert. Esa parte del bosque recibía la visita de animales más temibles que los chacales, cuyos gritos son muy reconocibles porque participan a la vez del aullido y del ladrido. Así pues, hacia las tres de la madrugada se produjo una alarma, debida esta vez a verdaderos rugidos que resonaban en las inmediaciones.

Doniphan, de guardia junto al fuego con el fusil al alcance de la mano, no había creído necesario avisar de momento a sus compañeros. Pero aquellos aullidos se volvieron tan violentos que Gordon y los demás se despertaron por sí solos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wilcox.

—Debe de ser una manada de fieras que ronda por aquí —dijo Doniphan.

—Probablemente son jaguares o pumas —respondió Gordon.

—Unos y otros valen igual.

—No del todo, Doniphan; el puma es menos peligroso que el jaguar. Pero en manada son carnívoros muy temibles.

—¡Estamos listos para recibirlos! —respondió Doniphan.

Y se puso en guardia, mientras sus compañeros empuñaban los revólveres.

—¡No disparéis más que a tiro seguro! —recomendó Gordon—. Por lo demás, creo que el fuego impedirá que esos animales se acerquen...

—¡No están lejos! —exclamó Cross.

En efecto, la manada debía de estar bastante cerca del campamento, a juzgar por la furia de Phann, que Gordon retenía no sin esfuerzo. Pero era imposible distinguir forma alguna a través de la profunda oscuridad del bosque.

Sin duda, esas fieras tenían la costumbre de venir a abreviar de noche en aquel lugar. Al encontrarlo ocupado, manifestaban su desagrado con espantosos rugidos. ¿Se limitarían a eso, o habría que rechazar una agresión cuyas consecuencias podían ser graves?

De repente, a menos de veinte pasos, aparecieron en la oscuridad unos puntos brillantes y móviles. Casi al instante, retumbó una detonación.

Doniphan acababa de disparar, y unos rugidos más violentos respondieron al tiro. Sus compañeros y él, con el revólver en ristre, estaban listos para hacer fuego si las fieras se lanzaban sobre el campamento.

Baxter, agarrando entonces un tizón encendido, lo lanzó con fuerza hacia el lado donde habían aparecido aquellos ojos brillantes como ascuas.

Un instante después, las fieras, una de las cuales debía de haber sido alcanzada por Doniphan, habían abandonado el lugar y se habían perdido en las profundidades de Traps-woods.

—¡Han escapado! —exclamó Cross.

—¡Buen viaje! —añadió Service.

—¿No pueden volver? —preguntó Cross.

—No es probable —respondió Gordon—, pero vigilemos hasta el amanecer.

Se añadió leña al fuego, cuya viva llama se mantuvo hasta los primeros rayos del alba. Se levantó el campamento, y los jóvenes se adentraron en el arbolado para ver si alguno de esos animales había sido abatido por el disparo.

A veinte pasos de allí, el suelo estaba empapado en una gran mancha de sangre. El animal había podido huir, pero habría sido fácil encontrarlo lanzando a Phann sobre su rastro, de no haber juzgado Gordon inútil aventurarse más profundamente en el bosque.

La cuestión de si se había tratado con jaguares o pumas, o incluso con otros carnívoros no menos peligrosos, no pudo esclarecerse. En todo caso, lo importante era que Gordon y sus compañeros hubieran salido ilesos.

Se reanudó la marcha a las seis de la mañana. No había tiempo que perder si se quería cubrir en el día los catorce kilómetros y medio que sepa-

raban Dike-creek de French-den.

Service y Webb, habiéndose hecho cargo de las dos crías de vicuña, la madre no se hizo rogar para seguir a Baxter, que la llevaba con correa.

Poco variado era el camino que bordeaba Auckland-hill. A la izquierda se extendía una cortina de árboles, a veces dispuestos en masas casi impene- trables, a veces agrupados en los bordes de los claros. A la derecha se alza- ba una pared a pico, surcada de capas de guijarros engastados en la caliza, cuya altura iba creciendo conforme se inclinaba hacia el sur.

A las once, primera parada para comer, y esta vez, a fin de no perder tiempo, se recurrió a las reservas de los sacos y se reanudó la marcha.

El avance era rápido; parecía que nada vendría a retrasarlo cuando, hacia las tres de la tarde, otro disparo de fusil retumbó bajo los árboles.

Doniphan, Webb y Cross, acompañados de Phann, se encontraban en- tonces a unos cien pasos por delante, y sus compañeros ya no podían verlos, cuando se oyeron estos gritos:

—¡A vosotros... A vosotros!

¿Tenían esos gritos por objeto advertir a Gordon, Wilcox, Baxter y Service de que estuvieran en guardia?

De repente, a través del matorral, apareció un animal de gran tamaño. Baxter, que acababa de desplegar su lazo, lo lanzó tras haberlo hecho girar sobre su cabeza.

Fue hecho con tal oportunidad que el nudo corredizo de la larga correa vino a enroscarse en el cuello del animal, que intentó en vano desasirse. Pero como era vigoroso, habría arrastrado a Baxter de no haber cogido Gordon, Wilcox y Service el extremo del lazo, que lograron atar alrededor de un tronco de árbol.

Casi al instante, Webb y Cross salían del bosque, seguidos de Doniphan, que exclamó de mal humor:

—¡Maldita bestia!... ¿Cómo he podido fallarle?

—Baxter no le ha fallado —respondió Service—, y la tenemos viva y muy viva.

—¿Qué importa, si de todas formas habrá que matar a ese animal? —replicó Doniphan.

—¿Matarlo? —prosiguió Gordon—. ¿Matarlo, cuando llega tan a propósito para servirnos de animal de tiro?

—¿Él? —exclamó Service...

—Es un guanaco —respondió Gordon—, y los guanacos tienen muy buena figura en las haciendas de Sudamérica.

En el fondo, por muy útil que pudiera ser ese guanaco, Doniphan lamentó sin duda no haberlo abatido. Pero se guardó de decirlo y vino a examinar ese hermoso ejemplar de la fauna chairmaniana.

Aunque en historia natural el guanaco está clasificado dentro de la familia de los camélidos, no se parece al animal de ese nombre, tan abundante en el norte de África. Este, con su cuello estilizado, su cabeza fina, sus patas largas y algo delgadas —lo que denotaba una bestia muy ágil—, su pelo leonado manchado de blanco, no habría desmerecido de los más hermosos caballos de raza americana. Sin duda, podría emplearse para carreras rápidas si se conseguía primero amansarlo y luego domarlo, y, al parecer, eso es lo que se hace fácilmente en las haciendas de las pampas argentinas.

Por lo demás, ese animal es bastante tímido, y este ni siquiera intentó forcejear. En cuanto Baxter aflojó el nudo corredizo que lo estrangulaba, fue fácil conducirlo por el lazo como con una rienda.

Decididamente, esa excursión al norte del lago Family iba a resultar provechosa para la colonia. El guanaco, la vicuña y sus dos crías, el descubrimiento del árbol del té, de los trulcas, del algarrobo, todo ello merecía que se acogiera bien a Gordon y sobre todo a Baxter, quien, sin nada de la vanidad de Doniphan, no pretendía enorgullecerse de sus éxitos.

En todo caso, Gordon estaba muy satisfecho de comprobar que las bolas y el lazo habían de prestar verdaderos servicios. Ciertamente, Doniphan era un tirador hábil en quien había que contar llegado el momento; pero su destreza costaba siempre alguna carga de pólvora y plomo. Por ello, Gordon se proponía animar a sus compañeros a valerse de esos instrumentos de caza que los indios saben emplear con tanto provecho.

Según el mapa, aún faltaban unos seis kilómetros y medio para llegar a French-den, y se apresuró el paso para llegar antes de noche.

Ciertamente, a Service no le faltaban ganas de montar el guanaco y hacer su entrada sobre ese «magnífico corcel». Pero Gordon no quiso permitirse-lo. Mejor era esperar a que el animal hubiera sido adiestrado para servir de montura.

—Creo que no coceará demasiado —dijo—. En el caso poco probable de que no quiera dejarse montar, habrá que conseguir al menos que consienta en tirar de nuestro carro. ¡Así pues, paciencia, Service, y no olvides la lección que te dio el avestruz!

Hacia las seis, se llegaba a la vista de French-den.

El pequeño Costar, que jugaba en Sport-terrace, anunció la llegada de Gordon. De inmediato, Briant y los demás se apresuraron a acudir, y alegres hurras acogieron el regreso de los exploradores tras aquellos días de ausencia.

CAPÍTULO 16

Todo había marchado bien en French-den durante la ausencia de Gordon. El jefe de la pequeña colonia no tenía sino que felicitarse de Briant, a quien los pequeños profesaban un afecto muy sincero. De no haber sido por su carácter altivo y envidioso, Doniphan, él también, habría apreciado —en su justo valor— las cualidades de su camarada; pero no era así, y gracias al ascendiente que había adquirido sobre Wilcox, Webb y Cross, estos le apoyaban de buen grado cuando se trataba de hacer oposición al joven francés, tan diferente en porte y carácter de sus compañeros de origen anglosajón.

Briant, por lo demás, no se preocupaba de ello. Hacía lo que consideraba su deber, sin inquietarse jamás por lo que pensaban de él. Su mayor preocupación era la inexplicable actitud de su hermano.

Últimamente, Briant había vuelto a acuciar a Jacques con preguntas, sin obtener más respuesta que esta:

—No... hermano... ¡no!... ¡No me pasa nada!

—¿No quieres hablar, Jacques? —le había dicho—. ¡Haces mal!... ¡Sería un alivio para ti como para mí!... Noto que te vuelves cada vez más triste, más sombrío... ¡Vamos!... ¡Soy tu hermano mayor!... ¡Tengo derecho a conocer la causa de tu pena!... ¿Qué tienes que reprocharte?...

—¡Hermano!... —había respondido al fin Jacques, como si no hubiera podido resistir algún secreto remordimiento—. ¿Lo que he hecho?... Tú, quizás... tú me perdonarías... mientras que los demás...

—¿Los demás?... ¿Los demás?... —había exclamado Briant—. ¿Qué quieres decir, Jacques?

Las lágrimas habían brotado de los ojos del niño; pero, pese a la insistencia de su hermano, no había añadido más que esto:

—Más tarde lo sabrás... ¡más tarde!...

Después de esta respuesta, se comprende cuál debía ser la inquietud de Briant. ¿Qué había de tan grave en el pasado de Jacques? Eso era lo que quería saber a toda costa. En cuanto Gordon regresó, Briant le habló de aquellas medias confesiones arrancadas a su hermano, rogándole incluso que interviniese al respecto.

—¿Para qué? —le respondió sabiamente Gordon—. ¡Mejor es dejar que Jacques actúe por su propio impulso! En cuanto a lo que ha hecho... ¡sin duda alguna tontería cuya importancia él exagera!... ¡Esperemos a que él mismo se explique!

Desde el día siguiente —9 de noviembre— los jóvenes colonos se habían puesto de nuevo a la tarea. El trabajo no faltaba. Y ante todo, hubo que atender las reclamaciones de Moko, cuya despensa empezaba a vaciarse, aunque los lazos tendidos en los alrededores de French-den habían funcionado en diversas ocasiones. En realidad, era la caza mayor lo que escaseaba. De ahí la necesidad de pensar en construir trampas suficientemente sólidas para que las vicuñas, los pecaríes y los guazúes pudieran caer en ellas sin gastar ni un grano de plomo ni un grano de pólvora.

A trabajos de este tipo dedicaron los mayores todo el mes de noviembre —el mes de mayo de las latitudes del hemisferio septentrional.

Se pusieron manos a la obra y se organizó un verdadero taller bajo la dirección de Baxter. Era un placer ver a aquellos chicos tan aplicados manejar con mayor o menor destreza las herramientas que habían encontrado en el cofre de carpintería del goleta: unos la sierra, otros el hacha o la azuela. Si a veces estropeaban el trabajo, no se desanimaban. Árboles de grosor mediano, cortados por la raíz y bien podados, proporcionaron el número de postes necesarios para cercar un espacio lo bastante grande para que una docena de animales pudiesen vivir holgadamente. Estos troncos, firmemente hincados en el suelo y unidos entre sí mediante travesaños, eran capaces de resistir cualquier intento de las alimañas que trataran de derribarlos o de saltarlos. En cuanto al cobertizo, se construyó con las tablas del Sloughi —lo que evitó a los jóvenes carpinteros la penosa tarea de cortar

los árboles en tablas, trabajo muy difícil en aquellas condiciones—. Luego, su techo se recubrió con una espesa lona embreada para que no tuviese nada que temer de las ráfagas. Una buena y gruesa cama de paja que se renovaría con frecuencia, un fresco alimento de hierba, musgo y follaje del que se haría abundante provisión: eso era todo lo necesario para mantener en buen estado a los animales domésticos. Garnett y Service, encargados más especialmente del cuidado del cercado, pronto se vieron recompensados de sus desvelos al ver cómo el guanaco y la vicuña se domesticaban día a día.

Además, el cercado no tardó en recibir nuevos huéspedes. Primero un segundo guanaco, que había caído en una de las trampas del bosque; luego una pareja de vicuñas, macho y hembra, de las que Baxter se apoderó con la ayuda de Wilcox, quien también empezaba a manejar con bastante destreza las boleadoras. Hubo incluso un ñandú al que Phann obligó a detenerse en la carrera. Pero se vio bien que con este ocurriría lo mismo que con el primero. Pese al empeño de Service, que todavía se obstinó en intentarlo, no se pudo hacer nada con él.

Huelga decir que hasta que el cobertizo estuvo terminado, el guanaco y la vicuña habían sido encerrados cada noche en Store-room. Los gritos de los chacales, los ladridos de los zorros y los rugidos de las fieras resonaban demasiado cerca de French-den para que fuera prudente dejar a aquellos animales al descubierto.

Mientras tanto, Garnett y Service se ocupaban más especialmente del cuidado de los animales, pero Wilcox y algunos de sus camaradas no cesaban de preparar trampas y lazos que iban a visitar a diario. Además, hubo aún tarea para dos de los pequeños, Iverson y Jenkins. En efecto, las avutardas, las perdices, las pintadas y los tinamúes exigieron la habilitación de un corral que Gordon mandó disponer en un rincón del cercado, y a esos niños les tocó en suerte la tarea de cuidarlos —lo que hicieron con mucho celo.

Como puede verse, Moko tenía ahora a su disposición no solo la leche de las vicuñas, sino también los huevos de las aves. Y ciertamente, habría preparado en más de una ocasión algún postre a su modo, de no haber sido porque Gordon le había recomendado economizar el azúcar. Solo los domingos y en algunos días de fiesta aparecía sobre la mesa un plato extraordinario del que Dole y Costar se regodeaban a placer.

Sin embargo, si era imposible fabricar azúcar, ¿no podría hallarse alguna sustancia idónea para reemplazarlo? Service —con sus Robinsones en la mano— sostenía que no había más que buscar. Gordon buscó, pues, y acabó por descubrir, en medio de los matorrales de Traps-woods, un grupo de árboles que tres meses más tarde, a los primeros días del otoño, se cubrirían de un follaje púrpura de bellísimo efecto.

—Son arces —dijo—. ¡Árboles del azúcar!

—¡Árboles de azúcar! —exclamó Costar.

Era uno de los descubrimientos más importantes que los jóvenes colonos habían hecho desde su instalación en French-den. Practicando una incisión en el tronco de aquellos arces, Gordon obtuvo un líquido producido por la condensación, y esta savia, al solidificarse, dio una materia azucarada. Aunque inferior en cualidades sacarinas a los jugos de la caña y de la remolacha, esta sustancia no era menos preciosa para las necesidades de la despensa, y mejor, en todo caso, que los productos similares que se extraen del abedul en primavera.

Si tenían el azúcar, no tardaron en tener el licor. Por consejo de Gordon, Moko intentó tratar por fermentación las semillas de trulca y de algarrobo. Previamente majadas en una cuba mediante un pesado pisón de madera, estas semillas proporcionaron un líquido alcohólico cuyo sabor habría bastado para endulzar las bebidas calientes, a falta del azúcar de arce. En cuanto a las hojas recogidas del árbol del té, se comprobó que valían casi tanto como la olorosa planta china. Por eso, durante sus excursiones por el bosque, los exploradores nunca dejaban de hacer una abundante cosecha de ellas.

En resumen, la isla Chairman proporcionaba a sus habitantes, si no lo superfluo, al menos lo necesario. Lo que faltaba —y había motivos para lamentarlo— eran las verduras frescas. Hubo que contentarse con las verduras en conserva, de las que había un centenar de latas que Gordon racionaba en la medida de lo posible. Briant había intentado cultivar aquellos ñames vueltos al estado silvestre, de los que el naufrago francés había sembrado algunas plantas al pie del acantilado. Vano intento. Por fortuna, el apio —que no se ha olvidado— crecía abundantemente a orillas del lago Family, y, como no había motivo para economizarlo, reemplazaba a las verduras frescas no sin ventaja.

Por supuesto, las redes tendidas durante el invierno en la orilla izquierda del río habían sido convertidas en redes de caza al llegar la buena estación. Con ellas se capturaron, entre otras aves, perdices de pequeño tamaño y aquellas barnaclas que llegaban sin duda de las tierras situadas fuera de la isla.

Doniphan, por su parte, habría deseado explorar la vasta región de Southmoors, al otro lado del río Zealand. Pero habría sido peligroso adentrarse por aquellos pantanos que las aguas del lago, mezcladas con las del mar en época de crecidas, cubrían en gran parte.

Wilcox y Webb capturaron asimismo un cierto número de agutíes, tan grandes como liebres, cuya carne blanquecina, algo seca, ocupa un término medio entre la del conejo y la del cerdo. Desde luego, habría sido difícil dar alcance a aquellos raudos roedores en la carrera —incluso con la ayuda de Phann—. Sin embargo, cuando se hallaban en su madriguera, bastaba con silbar suavemente para atraerlos a la entrada y apoderarse de ellos. En diversas ocasiones, los jóvenes cazadores también trajeron zorrillos, hurones grises y zorinos, muy parecidos a las martas con su hermosa piel negra rayada de blanco, pero que despedían emanaciones fétidas.

—¿Cómo pueden soportar semejante olor? —preguntó un día Iverson.

—¡Bah!... ¡Cuestión de costumbre! —respondió Service.

Si el río proporcionaba su cuota de galaxias, el lago Family, poblado de especies más grandes, daba, entre otros peces, hermosas truchas que, pese a la cocción, conservaban un sabor algo salobre. Siempre quedaba, es cierto, el recurso de ir a pescar entre las algas y los fucos de Sloughi-bay aquellas especies de merluzas que se refugiaban allí por miríadas. Y luego, cuando llegara el momento en que los salmones intentaran remontar el curso del río Zealand, Moko procuraría aprovisionarse de esos peces que, conservados en sal, asegurarían un excelente alimento para la temporada de invierno.

Fue por entonces, a petición de Gordon, cuando Baxter se ocupó de fabricar arcos con elásticas ramas de fresno y flechas de caña armadas con un clavo en la punta, lo que permitió a Wilcox y Cross —los más hábiles después de Doniphan— abatir de vez en cuando alguna pieza de caza menor.

Sin embargo, si Gordon se mostraba siempre opuesto al gasto de municiones, sobrevino una circunstancia en la que tuvo que apartarse de su ha-

bitual parsimonia.

Un día —era el 7 de diciembre— Doniphan, habiéndole tomado aparte, le dijo:

—Gordon, ¡estamos infestados de chacales y zorros! Vienen en manadas durante la noche y destruyen nuestros lazos junto con la caza que ha caído en ellos... ¡Hay que acabar con esto de una vez!

—¿No se pueden poner trampas? —observó Gordon, viendo bien adónde quería ir a parar su camarada.

—¿Trampas? —respondió Doniphan, que no había perdido nada de su desdén por esos vulgares ingenios de caza—. ¡Trampas!... Bueno, a lo mejor, si se tratara de chacales, que son bastante torpes para caer en ellas a veces. En cuanto a los zorros, es otra cosa. ¡Esos animales son demasiado listos y desconfían, pese a todas las precauciones que toma Wilcox! ¡Una noche de estas, nuestro cercado será devastado y no quedará nada de las aves del corral!...

—Pues bien, ya que es necesario —respondió Gordon—, autorizo algunas docenas de cartuchos. ¡Sobre todo, procurad no disparar sino a tiro seguro!...

—¡Bien!... ¡Gordon, puedes contar con ello! ¡La próxima noche nos apostamos en el paso de esos animales y haremos tal matanza que no se verá ninguno en mucho tiempo!

Aquella exterminación era urgente. Los zorros de estas regiones, los de América del Sur en particular, son, según parece, aún más astutos que sus congéneres de Europa. En efecto, en los alrededores de las haciendas causan estragos incesantes, pues tienen la inteligencia suficiente para cortar las correas de cuero que sujetan a los caballos o al ganado en los pastizales.

Llegada la noche, Doniphan, Briant, Wilcox, Baxter, Webb, Cross y Service fueron a apostarse en los aledaños de un *covert* —nombre que se da en el Reino Unido a las grandes extensiones de terreno sembradas de matorrales y maleza—. Este *covert* estaba situado cerca de Traps-woods, del lado del lago.

Phann no había sido invitado a unirse a los cazadores. Más bien les habría estorbado dando la alarma a los zorros. Tampoco se trataba, por lo

demás, de rastrear ninguna pista. Incluso cuando está acalorado por la carrera, el zorro no deja rastro de su olor tras de sí, o, al menos, las emanaciones son tan tenues que los mejores perros no pueden detectarlas.

Eran las once de la noche cuando Doniphan y sus camaradas se pusieron al acecho entre los manojos de brezo silvestre que bordeaban el *covert*.

La noche era muy oscura.

Un profundo silencio, que ni el más leve soplo de brisa turbaba, permitiría oír el deslizarse de los zorros sobre las hierbas secas.

Poco después de medianoche, Doniphan señaló la aproximación de una manada de aquellos animales que atravesaban el *covert* para ir a abreviar al lago.

Los cazadores esperaron, no sin impaciencia, a que se reunieran en número de una veintena —lo que llevó cierto tiempo, pues avanzaban con gran cautela, como si presintieran alguna emboscada—. De repente, a la señal de Doniphan, resonaron varios disparos simultáneamente. Todos hicieron blanco. Cinco o seis zorros rodaron por el suelo, mientras que los demás, enloquecidos, al lanzarse a derecha e izquierda, fueron en su mayoría heridos de muerte.

Al amanecer, se encontró una decena de aquellos animales tendidos entre las hierbas del *covert*. Y como esta matanza se repitió durante tres noches consecutivas, la pequeña colonia quedó pronto libre de aquellas visitas peligrosas que ponían en peligro a los huéspedes del cercado. Además, les valió unas cincuenta hermosas pieles de color gris plateado que, ya como alfombras, ya como prendas de abrigo, añadieron al confort de French-den.

El 15 de diciembre, gran expedición a Sloughi-bay. Como el tiempo era muy hermoso, Gordon decidió que todos participarían en ella —lo que los más pequeños acogieron con grandes muestras de alegría.

Muy probablemente, partiendo al despuntar el día, el regreso podría efectuarse antes de anocheecer. Si se producía algún retraso, no habría más remedio que acampar bajo los árboles.

Esta expedición tenía como objetivo principal una cacería de focas que frecuentaban el litoral de Wreck-coast en época de frío. En efecto, el alumbrado, consumido en gran parte durante las veladas y las noches de aquel

largo invierno, estaba a punto de agotarse. De la provisión de velas fabricadas por el náufrago francés, no quedaban más que dos o tres docenas. En cuanto al aceite contenido en los barriles del Sloughi, que servía para alimentar los faroles del hall, la mayor parte se había gastado, y eso preocupaba seriamente al previsor Gordon.

Sin duda, Moko había podido poner en reserva una notable cantidad de aquellas grasas que le proporcionaba la caza —rumiantes, roedores o aves—; pero era demasiado cierto que se agotarían rápidamente por el consumo cotidiano. ¿No era posible reemplazarlas por una sustancia que la naturaleza facilitara ya preparada, o casi? A falta de aceite vegetal, ¿no podría la pequeña colonia asegurarse un stock, por así decirlo, inagotable de aceites animales?

Sí, evidentemente, si los cazadores conseguían matar cierto número de aquellas focas y otarias peleteras que venían a retozar en el banco de arrecifes de Sloughi-bay durante la estación cálida. Había incluso que darse prisa, pues aquellos anfibios no tardarían en buscar aguas más meridionales en los parajes del océano Antártico.

Así pues, la expedición proyectada tenía gran importancia, y los preparativos se hicieron de modo que pudiera dar buenos resultados.

Desde hacía algún tiempo, Service y Garnett se habían aplicado con éxito a adiestrar a los dos guanacos como animales de tiro. Baxter les había fabricado un ronzal de hierbas enfundadas en gruesa lona de vela y, si todavía no se los montaba, al menos era posible engancharlos al carro. Eso era preferible a engancharse uno mismo.

Aquel día, pues, el carro fue cargado de municiones, provisiones y diversos utensilios, entre otros una gran palangana y media docena de barriles vacíos que regresarían llenos de aceite de foca. En efecto, mejor era despiezar a aquellos animales in situ que traerlos a French-den, donde el aire habría quedado impregnado de olores malsanos.

La partida se efectuó al salir el sol, y la marcha transcurrió sin dificultad durante las dos primeras horas. Si el carro no fue muy rápido, fue porque el terreno desigual de la orilla derecha del río Zealand se prestaba muy imperfectamente a la tracción de los guanacos. Pero donde se hizo bastante difícil fue cuando la pequeña tropa bordeó el barrizal de Bog-woods, entre los ár-

boles del bosque. Las piernecillas de Dole y Costar lo acusaron. Por eso Gordon, a petición de Briant, tuvo que autorizarlos a subir al carro para descansar mientras hacían el camino.

Hacia las ocho de la mañana, mientras el tiro bordeaba penosamente los límites del barrizal, los gritos de Cross y Webb, que marchaban algo por delante, hicieron acudir primero a Doniphan y luego a los demás.

En medio del fango de Bog-woods, a una distancia de unos cien pasos, se revolcaba un enorme animal que el joven cazador reconoció al instante. Era un hipopótamo, gordo y rosado, el cual —afortunadamente para él— desapareció bajo la espesa maraña del pantano antes de que hubiera sido posible disparar contra él. ¡Y para qué, por otra parte, un disparo tan inútil!

—¿Qué es ese bicho tan gordo? —preguntó Dole, bastante inquieto con solo haberlo vislumbrado.

—Es un hipopótamo —le respondió Gordon.

—¡Un hipopótamo!... ¡Qué nombre tan raro!

—Es como quien dice un caballo de río —respondió Briant.

—¡Pero no se parece a un caballo! —observó Costar, con mucha razón.

—¡No! —exclamó Service—. ¡Y yo creo que habría sido mejor llamarlo cerdopótamo!

Observación que no carecía de fundamento y que provocó la alegre carcajada de los pequeños.

Era un poco más de las diez de la mañana cuando Gordon desembocó en la orilla de Sloughi-bay. Se hizo un alto cerca de la ribera del río, en el lugar donde se había establecido el primer campamento durante el desguace del yate.

Un centenar de focas estaban allí, retozando entre las rocas o calentándose al sol. Las había incluso que se recreaban en la arena, a este lado del cordón de arrecifes.

Aquellos anfibios debían de estar poco habituados a la presencia del hombre. Quizá, al fin y al cabo, nunca habían visto un ser humano, pues la muerte del naufrago francés se remontaba ya a más de veinte años. Por eso, aunque es una medida de prudencia habitual entre los que se los persigue en

los parajes árticos o antárticos, los más viejos de la manada no habían puesto centinelas para vigilar el peligro. Sin embargo, había que guardarse bien de asustarlos prematuramente, pues en pocos instantes habrían abandonado el lugar.

Y ante todo, en cuanto llegaron frente a Sloughi-bay, los jóvenes colonos habían dirigido la mirada hacia aquel horizonte, tan ampliamente abierto entre el cabo American y False-Sea-point.

El mar estaba absolutamente desierto. Había razones para reconocerlo una vez más: aquellos parajes parecían hallarse fuera de las rutas marítimas.

Podía ocurrir, sin embargo, que algún navío pasara a la vista de la isla. En ese caso, un puesto de observación establecido en la cresta de Auckland-hill, o incluso en la cumbre del promontorio de False-Sea-point —donde se habría izado uno de los cañones del goleta—, habría valido más que el mástil de señales para atraer la atención. Pero eso habría exigido quedarse de guardia día y noche en ese puesto, y, por consiguiente, lejos de French-den. Gordon consideraba, pues, aquella medida como impracticable. El propio Briant, al que la cuestión del regreso a casa preocupaba siempre, tuvo que reconocerlo. Lo lamentable era que French-den no estuviera situado en ese lado de Auckland-hill, frente a Sloughi-bay.

Tras un almuerzo rápido, cuando el sol del mediodía invitaba a las focas a calentarse en la orilla, Gordon, Briant, Doniphan, Cross, Baxter, Webb, Wilcox, Garnett y Service se prepararon para darles caza. Durante esta operación, Iverson, Jenkins, Jacques, Dole y Costar debían permanecer en el campamento bajo la guardia de Moko —al igual que Phann, al que importaba no soltar en medio del rebaño de anfibios—. Tendrían, además, que vigilar a los dos guanacos, que se pusieron a pacer bajo los primeros árboles del bosque.

Todas las armas de fuego de la colonia —fusiles y revólveres— habían sido llevadas con municiones en cantidad suficiente, que Gordon no había escatimado esta vez, pues se trataba del interés general.

Cortar la retirada a las focas por el lado del mar: a eso había que atender ante todo. Doniphan, a quien sus camaradas cedieron de buen grado el cuidado de dirigir la maniobra, los instó a descender por el río hasta su de-

sembocadura, ocultándose al amparo de la orilla. Hecho esto, sería fácil avanzar pegados a los arrecifes de modo que rodearan la playa.

El plan se ejecutó con mucha cautela. Los jóvenes cazadores, espaciados de veinte a treinta metros el uno del otro, formaron pronto un semicírculo entre la orilla y el mar.

Entonces, a una señal que dio Doniphan, todos se levantaron a la vez, las detonaciones estallaron simultáneamente y cada disparo hizo una víctima.

Las focas que no habían sido alcanzadas se irguieron agitando la cola y las aletas. Asustadas sobre todo por el estruendo de las detonaciones, se precipitaron a saltos hacia los arrecifes.

Se las persiguió a tiros de revólver. Doniphan, completamente entregado a sus instintos, hacía maravillas, mientras sus camaradas le imitaban lo mejor que podían.

Aquella matanza no duró sino unos minutos, aunque los anfibios fueron acosados hasta el borde de las últimas rocas. Más allá, los supervivientes desaparecieron, dejando abandonadas en la orilla una veintena de muertas o heridas.

La expedición había tenido pleno éxito, y los cazadores, de regreso al campamento, se instalaron bajo los árboles de modo que pudieran pasar allí treinta y seis horas.

La tarde se ocupó en un trabajo que no dejaba de ser hartamente repugnante. Gordon tomó parte en él en persona y, como era una faena indispensable, todos se aplicaron a ella con decisión. Hubo que llevar primero a la arena las focas que habían caído entre los arrecifes. Aunque aquellos animales eran de talla mediana, ello dio algún trabajo.

Mientras tanto, Moko había dispuesto la palangana sobre un fuego establecido entre dos gruesas piedras. Los trozos de foca, despiezados en pedazos de dos a tres kilos cada uno, fueron depositados en aquella palangana previamente llenada de agua dulce tomada del río en hora de bajamar. Bastaron unos instantes para que la ebullición desprendiera un aceite claro que sobrenadó en la superficie y con el que se fueron llenando sucesivamente los toneles.

Aquel trabajo hacía el lugar verdaderamente insoportable por la infección que desprendía. Todos se tapaban la nariz, pero no los oídos —lo que permitía escuchar las bromas que provocaba aquella desagradable operación—. El delicado «lord Doniphan» tampoco se remoloneó ante la faena, que se reanudó al día siguiente.

Al final de esta segunda jornada, Moko había recogido así varios centenares de litros de aceite. Pareció suficiente detenerse ahí, puesto que el alumbrado de French-den quedaba asegurado para toda la duración del próximo invierno. Por lo demás, las focas no habían vuelto a los arrecifes ni a la orilla y, ciertamente, no frecuentarían de nuevo el litoral de Sloughi-bay antes de que el tiempo hubiera calmado su espanto.

A la mañana siguiente, el campamento se levantó al amanecer —con satisfacción general, puede afirmarse—. La víspera por la noche, el carro había sido cargado con los barriles, herramientas y utensilios. Como había de ser más pesado al regreso que a la ida, los guanacos no podrían arrastrarlo muy deprisa, pues el suelo subía sensiblemente en dirección al lago Family.

En el momento de la partida, el aire estaba lleno de los ensordecedores gritos de miles de aves de presa —aguiluchos o halcones— que, llegados del interior de la isla, se encarnizaban en los restos de las focas, de los que pronto no quedaría huella alguna.

Tras un último saludo enviado a la bandera del Reino Unido que ondeaba en la cresta de Auckland-hill, y tras un último vistazo al horizonte del Pacífico, la pequeña tropa se puso en marcha remontando la orilla derecha del Zealand.

El regreso no estuvo marcado por ningún incidente. Pese a las dificultades del camino, los guanacos cumplieron tan bien su cometido y los mayores los ayudaron tan oportunamente en los pasos difíciles, que todos habían regresado a French-den antes de las seis de la tarde.

El día siguiente y los días sucesivos se dedicaron a las tareas habituales. Se probó el aceite de foca en los faroles, y se comprobó que la luz que daba, aunque de calidad bastante mediocre, bastaba para el alumbrado del hall y de Store-room. Así pues, ya no había que temer quedarse sumidos en la oscuridad durante los largos meses de invierno.

Sin embargo, se acercaba el Christmas, celebrado con tanta alegría entre los anglosajones, el día de Navidad. Gordon quiso, con razón, que se celebrase con cierta solemnidad. Sería como un recuerdo enviado al país perdido, como un envío del corazón hacia las familias ausentes. ¡Ah! ¡Si todos aquellos niños hubieran podido hacerse escuchar, cómo habrían gritado: «Estamos aquí... ¡todos! ¡vivos, muy vivos!... ¡Nos volveréis a ver!... ¡Dios nos devolverá junto a vosotros!»! Sí... Ellos podían abrigar todavía una esperanza que sus padres ya no tenían allá, en Auckland —la esperanza de volver a verlos algún día.

Gordon anunció, pues, que los días 25 y 26 de diciembre habría vacaciones en French-den. Los trabajos quedarían suspendidos durante esos dos días. Aquel primer Christmas sería, en la isla Chairman, lo que es en diversos países de Europa el primer día del año.

¡Cuál fue la acogida que tuvo esta propuesta, es fácil imaginarlo! Estaba claro que el 25 de diciembre habría un festín de gala, para el que Moko prometía maravillas. Por eso, Service y él no cesaban de conferenciar misteriosamente al respecto, mientras Dole y Costar, golosos de antemano, intentaban descubrir el secreto de sus deliberaciones. La despensa, por lo demás, estaba bastante bien provista para proporcionar los elementos de una comida solemne.

Llegó el gran día. Sobre la puerta del hall, por el exterior, Baxter y Wilcox habían dispuesto artísticamente la serie de flámulas, gallardetes y banderas del Sloughi, lo que daba un aire de fiesta a French-den.

Desde por la mañana, un cañonazo despertó ruidosamente los alegres ecos de Auckland-hill. Era una de las dos piezas, apuntada a través de la tronera del hall, que Doniphan acababa de disparar en honor del Christmas.

Al instante, los pequeños vinieron a ofrecer a los mayores sus saludos de año nuevo, que les fueron devueltos paternalmente. Hubo incluso, dirigido al jefe de la isla Chairman, un cumplido que recitó Costar y del que no salió demasiado mal.

Todos habían vestido sus mejores ropas para la ocasión. El tiempo era magnífico; hubo, antes y después del almuerzo, paseo a lo largo del lago y juegos variados en Sport-terrace, en los que todos quisieron tomar parte. A bordo del yate se habían llevado todos los artilugios especiales tan usados

en Inglaterra: bolas, pelotas, mazas, raquetas —para el *golf*, que consiste en enviar pelotas de goma a diferentes agujeros cavados a larga distancia— , para el *foot-ball*, cuyo balón de cuero se lanza con el pie— , para los *bowls*, bolas de madera que se lanzan a mano y cuya desviación debida a su forma ovalada hay que corregir hábilmente— , y finalmente para los *fives*, que recuerdan al juego de pelota contra la pared.

La jornada estuvo bien aprovechada. Los pequeños, sobre todo, se divirtieron a sus anchas. Todo transcurrió bien. No hubo ni discusiones ni riñas. Es cierto que Briant se había encargado más especialmente de entretener a Dole, Costar, Iverson y Jenkins —sin haber podido conseguir que su hermano Jacques se uniera a ellos— , mientras que Doniphan y sus habituales compañeros, Webb, Cross y Wilcox, formaban grupo aparte, pese a las observaciones del sensato Gordon. Finalmente, cuando la hora de la cena fue anunciada por una nueva descarga de artillería, los jóvenes comensales acudieron alegremente a tomar asiento en el festín, servido en el refectorio de Store-room.

Realmente, Moko se había superado en la elaboración de su menú, y se mostró muy orgulloso de los elogios que le fueron dirigidos, así como a Service, su amable colaborador. Un agutí en daube, un salmis de tinamúes, una liebre asada trufada de hierbas aromáticas, una avutarda con las alas levantadas y el pico al aire como un faisán en bella postura, tres latas de verduras en conserva, un pudding —¡y qué pudding!— , dispuesto en forma de pirámide, con sus tradicionales uvas de Corinto mezcladas con frutos de algarrobo, y que desde hacía más de una semana se empapaba en un baño de brandy; luego, algunas copas de clarete, de jerez, licores, té, café en el postre: había allí, hay que reconocerlo, con qué celebrar espléndidamente el aniversario del Christmas en la isla Chairman.

Y entonces Briant brindó cordialmente por Gordon, quien le respondió bebiendo a la salud de la pequeña colonia y al recuerdo de las familias ausentes.

Finalmente —y esto fue muy emocionante— , Costar se levantó y, en nombre de los más pequeños, agradeció a Briant el devotísimo empeño del que había dado tantas pruebas en su favor.

Briant no pudo evitar una profunda emoción cuando los hurras resonaron en su honor —unos hurras que no encontraron eco en el corazón de

Doniphan.

CAPÍTULO 17

Ocho días después comenzaba el año 1861, y en esa parte del hemisferio austral era en pleno corazón del verano cuando se iniciaba el año nuevo.

¡Hacía cerca de diez meses que los jóvenes náufragos del Sloughi habían sido arrojados sobre su isla, a mil ochocientas leguas de Nueva Zelanda!

Durante ese período, hay que reconocerlo, su situación había ido mejorando poco a poco. Parecía incluso que en lo sucesivo estaban asegurados de atender a todas las necesidades de la vida material. Pero seguía siendo el abandono en una tierra desconocida. Los socorros del exterior —los únicos que podían esperar— ¿llegarían por fin, y llegarían antes de que acabara la buena estación? ¿Estaría la colonia condenada a soportar los rigores de un segundo invierno antártico? Hasta entonces, a decir verdad, la enfermedad no los había aquejado. Todos, grandes y pequeños, habían gozado de tan buena salud como cabía esperar. Gracias a la prudencia de Gordon, que velaba por ello —lo cual no dejaba de provocar a veces quejas contra su severidad—, no se había cometido ninguna imprudencia ni ningún exceso. Sin embargo, ¿no había que contar con las dolencias de las que raramente se libran los niños de esa edad, en especial los más pequeños? En suma, si el presente era aceptable, el futuro seguía preñado de inquietudes. A toda costa —y en ello pensaba Briant sin cesar— habría querido abandonar la isla Chairman. Pero con la única embarcación de que disponían, con aquella frágil yola, ¿cómo arriesgarse a emprender una travesía que podía ser larga, si la isla no pertenecía a alguno de los archipiélagos del Pacífico, o si el continente más cercano se hallaba a varios cientos de millas? Aun cuando dos o tres de los más atrevidos se hubieran sacrificado para ir en busca de tierra por el este, ¿cuántas posibilidades había de que no logran alcanzarla! En cuanto a construir un navío bastante grande para cruzar esas aguas

del Pacífico, ¿podían hacerlo? ¡No, ciertamente! Aquello superaba sus fuerzas, y Briant no sabía qué imaginar para la salvación de todos.

Así pues, esperar, seguir esperando, y trabajar para hacer más confortable la instalación de French-den: no había más que eso por hacer. Y luego, si no ese verano —porque el trabajo apremiaba en previsión de la estación fría—, al menos el verano siguiente, los jóvenes colonos terminarían de reconocer enteramente su isla.

Cada uno se puso resueltamente a la tarea. La experiencia había demostrado cuáles eran los rigores del invierno en aquella latitud. Durante semanas, durante meses incluso, el mal tiempo les obligaría a recluirse en el hall, y no era sino prudente precaverse contra el frío y el hambre, los dos enemigos más temibles.

Combatir el frío en French-den era únicamente una cuestión de combustible, y el otoño, por breve que fuera, no acabaría sin que Gordon hubiera almacenado suficiente madera para alimentar las estufas día y noche. Pero ¿no había que pensar también en los animales domésticos que albergaban el corral y el gallinero? Encerrarlos en el Store-room habría resultado una molestia excesiva, e incluso una imprudencia desde el punto de vista higiénico. Por tanto, era necesario hacer más habitable el cobertizo del corral, protegerlo de las bajas temperaturas, calentarlo instalando un hogar que pudiera mantener el aire interior a una temperatura soportable. A eso se dedicaron Baxter, Briant, Service y Moko durante el primer mes del año nuevo.

En cuanto a la cuestión no menos grave de la alimentación durante todo el período invernal, Doniphan y sus compañeros de caza se encargaron de resolverla. Cada día visitaban las trampas, los cepos y los lazos. Lo que no servía para el consumo diario iba a engrosar las reservas de la despensa en forma de carnes saladas o ahumadas que Moko preparaba con su habitual esmero. Así quedaba asegurada la alimentación, por largo o riguroso que pudiera ser el invierno.

Sin embargo, una exploración se imponía: la que tendría por objeto, no recorrer todos los territorios desconocidos de la isla Chairman, sino al menos la parte comprendida al este del lago Family. ¿Encerraba bosques, marismas o dunas? ¿Ofrecía nuevos recursos que pudieran aprovecharse?

Un día Briant conferenció con Gordon sobre este asunto, enfocándolo, por lo demás, desde otra perspectiva.

— Aunque el mapa del naufrago Baudoin esté trazado con cierta exactitud que hemos podido comprobar — dijo —, convendría echar un vistazo al Pacífico por el este. Disponemos de excelentes catalejos que mi compatriota no poseía, y ¿quién sabe si no avistaríamos tierras que él no pudo ver? Su mapa presenta la isla Chairman como aislada en estas aguas, y quizá no lo esté.

— Sigues con tu idea — respondió Gordon —, y te mueres de ganas de partir...

— Sí, Gordon, y en el fondo estoy seguro de que tú piensas como yo. ¿Acaso no deben tender todos nuestros esfuerzos a repatriarnos en el menor plazo posible?

— Sea — respondió Gordon —, y puesto que te empeñas en ello, organizaremos una expedición...

— ¿Una expedición en la que tomaríamos parte todos? — preguntó Briant.

— No — respondió Gordon —. Me parece que con seis o siete compañeros...

— Seguiría siendo demasiado, Gordon. Siendo tan numerosos, no tendrían más remedio que rodear el lago por el norte o por el sur, ¿y es seguro que eso no exigiría mucho tiempo y mucho esfuerzo?

— ¿Qué propones entonces, Briant?

— Propongo cruzar el lago en la yola partiendo de French-den para alcanzar la orilla opuesta, y, a tal efecto, ir solo dos o tres personas.

— ¿Y quién gobernaría la yola?

— Moko — respondió Briant —. Conoce la maniobra de una embarcación, y yo mismo entiendo algo del asunto. Con la vela, si el viento es favorable, y a dos remos, si es contrario, cubriremos fácilmente las cinco o seis millas que mide el lago en dirección a ese curso de agua que, según el mapa, atraviesa los bosques del este; bajaremos así hasta su desembocadura.

— Convenido, Briant — respondió Gordon —. Apruebo tu idea. ¿Y quién acompañaría a Moko?

— Yo, Gordon, puesto que no formé parte de la expedición al norte del lago. Me toca el turno de ser útil... y lo reclamo...

— ¡Útil! —exclamó Gordon—. ¡Pero si ya nos has prestado mil servicios, querido Briant! ¿No te has sacrificado más que nadie? ¿No te debemos gratitud?

— ¡Vamos, Gordon! ¡Todos hemos cumplido con nuestro deber! Vamos, ¿quedamos de acuerdo?

— De acuerdo, Briant. ¿A quién tomarás como tercer compañero de viaje? No te propongo a Doniphan, ya que no os lleváis bien...

— ¡Oh! ¡Lo aceptaría de buena gana! —respondió Briant—. Doniphan no tiene mal corazón, es valiente, es hábil, y, de no ser por su carácter envidioso, sería un compañero excelente. Además, poco a poco irá cambiando, cuando haya comprendido que yo no busco ponerme por delante ni por encima de nadie, y nos haremos, estoy seguro, los mejores amigos del mundo. Pero he pensado en otro compañero de viaje.

— ¿Quién?...

— Mi hermano Jacques —respondió Briant—. Su estado me preocupa cada vez más. Evidentemente, tiene algo grave que reprocharse y que no quiere confesar. Quizá, durante esta excursión, estando a solas conmigo...

— Tienes razón, Briant. Llévate a Jacques, y desde hoy mismo empieza los preparativos de partida.

— No tardará mucho —respondió Briant—, pues nuestra ausencia no durará más de dos o tres días.

Ese mismo día, Gordon comunicó la expedición proyectada. Doniphan se mostró muy disgustado por no formar parte de ella, y, como se quejó a Gordon, este le hizo comprender que, dadas las condiciones en que iba a realizarse, la expedición no requería más que tres personas, que habiendo sido idea de Briant, a él le correspondía llevarla a cabo, etcétera.

— En fin —respondió Doniphan—, solo cuenta él, ¿verdad, Gordon?

— Eres injusto, Doniphan, injusto con Briant, e injusto también conmigo.

Doniphan no insistió más y se reunió con sus amigos Wilcox, Cross y Webb, junto a quienes pudo desahogar a su placer su mal humor.

Cuando el grumete supo que iba a cambiar momentáneamente sus funciones de cocinero jefe por las de patrón de la yola, no ocultó su satisfacción. La idea de partir con Briant le doblaba el placer. En cuanto a su sustituto ante el fogón del Store-room, sería naturalmente Service, quien se alegró ante la perspectiva de poder guisar a su antojo sin que nadie le asistiera. En lo que respecta a Jacques, parecía convenirle acompañar a su hermano y dejar French-den durante unos días.

La yola fue puesta en condiciones enseguida. Llevaba aparejada una pequeña vela latina que Moko envergó y enrolló a lo largo del mástil. Dos fusiles, tres revólveres, munición en cantidad suficiente, tres mantas de viaje, provisiones líquidas y sólidas, impermeables por si llovía, dos remos con un par de repuesto: tal era el material necesario para una expedición de corta duración, sin olvidar la copia que se había hecho del mapa del naufrago, a la que irían añadiéndose nuevos nombres a medida que se hicieran descubrimientos.

El 4 de febrero, hacia las ocho de la mañana, tras despedirse de sus camaradas, Briant, Jacques y Moko se embarcaron en el dique del río Zealand. Hacía buen tiempo, con una ligera brisa del suroeste. Se izó la vela, y Moko, situado en la popa, tomó la caña del timón, dejando a Briant el cuidado de llevar la escota. Aunque la superficie del lago apenas se rizaba con soplos intermitentes, la yola acusó con mayor viveza el efecto de la brisa en cuanto se encontró algo más adentro. Su velocidad se aceleró. Media hora más tarde, Gordon y los demás, apostados en la orilla del Sport-terrace, ya no divisaban más que un punto negro que pronto habría de desaparecer.

Con Moko en la popa y Briant en el centro, Jacques se había colocado en la proa, al pie del mástil. Durante una hora, las altas crestas de Auckland-hill permanecieron a la vista, luego se hundieron bajo el horizonte. Sin embargo, la orilla opuesta del lago aún no aparecía, aunque no podía estar lejos. Desgraciadamente, como suele ocurrir cuando el sol ha cobrado fuerza, el viento mostró tendencia a amainar, y hacia el mediodía no se manifestaba ya más que en algunas rachas caprichosas.

—Es una lástima —dijo Briant— que la brisa no haya aguantado todo el día.

—Mucho más lamentable sería, señor Briant —respondió Moko—, si se hubiera vuelto contraria.

—Eres un filósofo, Moko.

—No sé lo que quiere decir esa palabra —respondió el grumete—. Por mi parte, pase lo que pase, tengo costumbre de no acongojarme jamás.

—Pues eso es precisamente la filosofía.

—Vaya con la filosofía, y pongámonos a los remos, señor Briant. Sería deseable que hubiéramos alcanzado la otra orilla antes de que anochezca. Después de todo, si no lo logramos, no habrá más que resignarse.

—Como dices, Moko. Yo tomaré un remo, tú el otro, y Jacques se pondrá al timón.

—Muy bien —replicó el grumete—. Si el señor Jacques gobierna bien, haremos buena derrota.

—Me dirás cómo maniobrar, Moko —respondió Jacques—, y seguiré tus indicaciones lo mejor que pueda.

Moko arrió la vela, que ya ni siquiera se inflaba, pues el viento había caído del todo. Los tres muchachos se apresuraron a comer algo. Después, el grumete se colocó en la proa, mientras Jacques venía a sentarse en la popa, quedando Briant en el centro. La yola, enérgicamente impulsada, se dirigió describiendo una ligera oblicua hacia el nordeste, según la brújula.

La embarcación se encontraba entonces en el centro de aquella vasta extensión de agua.

Hacia las tres de la tarde, el grumete, habiendo tomado el catalejo, pudo asegurar que reconocía indicios de tierra. Un poco más tarde, Briant constató que Moko no se había equivocado. A las cuatro, unas copas de árboles asomaban sobre una ribera bastante baja —lo que explicaba por qué, desde la cima del False-Sea-point, Briant no había podido verla—. Así, la isla Chairman no encerraba otras alturas que las de Auckland-hill, que la accidentaban entre Sloughi-bay y el lago Family.

Todavía dos millas y media a tres millas, y se alcanzaría la orilla oriental. Briant y Moko manejaban sus remos con ardor, no sin cierto cansancio, pues el calor era intenso. La superficie del lago estaba lisa como un espejo.

Con frecuencia, sus aguas, muy claras, dejaban ver el fondo a tres o cuatro metros de profundidad, erizado de hierbas acuáticas entre las que jugueteaban miríadas de peces.

Por fin, hacia las seis de la tarde, la yola fue a tocar tierra al pie de una ribera sobre la que se inclinaba el espeso ramaje de encinas y pinos marítimos. Esa ribera, bastante elevada, no se prestaba a un desembarco, y hubo que seguirla durante algo menos de un kilómetro río arriba hacia el norte.

—Ese es el río marcado en el mapa —dijo entonces Briant.

Y señalaba un ensanchamiento de la ribera por el que se derramaba el exceso de las aguas del lago.

—Bien, creo que no podemos dejar de darle un nombre —respondió el grumete.

—Tienes razón, Moko. Llamémoslo East-river, puesto que corre al oriente de la isla.

—Perfecto —dijo Moko—, y ahora solo nos queda seguir la corriente del East-river y descenderla hasta su desembocadura.

—Así es como procederemos mañana, Moko. Mejor pasar la noche aquí. Luego, desde el alba, dejaremos derivar la yola, lo que nos permitirá reconocer el terreno en las dos orillas del río.

—¿Desembarcamos? —preguntó Jacques.

—Sin duda —respondió Briant—, y acamparemos al abrigo de los árboles.

Briant, Moko y Jacques saltaron a la ribera, que formaba el fondo de una pequeña cala. Después de amarrar sólidamente la yola a un tocón, sacaron de ella las armas y las provisiones. Se encendió una hoguera de madera seca al pie de una gran encina. Cenaron galletas y carne fría, extendieron las mantas sobre el suelo, y a esos muchachos no les hacía falta más para dormir a pierna suelta. Por si acaso, las armas habían sido cargadas; pero, aunque se oyeron algunos aullidos al caer la noche, esta transcurrió sin alarma.

—¡Vamos, en marcha! —exclamó Briant, que fue el primero en despertar, a las seis de la mañana.

En pocos minutos, los tres tomaron de nuevo sitio en la yola y se dejaron llevar por la corriente del río.

Esta corriente era bastante fuerte —la marea llevaba ya media hora bajando— para que no fuera necesario recurrir a los remos. Así, Briant y Jacques se habían sentado en la proa de la yola, mientras que Moko, instalado en la popa, se servía de uno de los remos a modo de espadilla para mantener la ligera embarcación en el hilo de las aguas.

—Lo más probable —dijo— es que una marea baste para llevarnos hasta el mar, si el East-river no mide más de cinco o seis millas, pues su corriente es más rápida que la del río Zealand.

—Eso es de desear —respondió Briant—. Al regreso necesitaremos, creo, dos o tres mareas...

—En efecto, señor Briant, y si quiere, partiremos sin entretenernos...

—Sí, Moko —respondió Briant—, en cuanto hayamos visto si existe o no alguna tierra en las aguas al este de la isla Chairman.

Mientras tanto, la yola surcaba las aguas a una velocidad que Moko estimaba en más de una milla por hora. Además, el East-river seguía una dirección casi rectilínea, relevada al estenordeste según la brújula. Su cauce era más encajonado que el del río Zealand y también menos ancho —apenas unos diez metros—, lo que explicaba la rapidez de su curso. El único temor de Briant era que se convirtiera en rápidos o remolinos y no fuera navegable hasta la costa. En todo caso, habría tiempo de buscar solución si se presentaba algún obstáculo.

Estaban en plena selva, en medio de una vegetación bastante cerrada. Allí se encontraban más o menos las mismas especies que en Traps-woods, con la diferencia de que dominaban encinas, alcornoques, pinos y abetos.

Entre otras cosas —aunque estuviera menos familiarizado con la botánica que Gordon—, Briant reconoció cierto árbol del que se encuentran bastantes ejemplares en Nueva Zelanda. Ese árbol, que desplegaba el parasol de sus ramas a unos dieciocho metros sobre el suelo, llevaba frutos cónicos, de unos siete a diez centímetros de largo, puntiagudos en su extremo y revestidos de una especie de escama lustrosa.

—¡Debe de ser el pino piñonero! —exclamó Briant.

—Si no se equivoca usted, señor Briant —respondió Moko—, detengámonos un momento. ¡Vale la pena!

Un golpe de espadilla dirigió la yola hacia la orilla izquierda. Briant y Jacques saltaron a la ribera. Unos minutos después traían una abundante cosecha de esos piñones, cada uno de los cuales contiene una almendra de forma ovalada, envuelta en una fina película y perfumada como una avelana. Valioso hallazgo para los golosos de la pequeña colonia, pero también —como Gordon les explicó tras el regreso de Briant— porque esos frutos producen un aceite excelente.

Importaba también comprobar si ese bosque era tan rico en caza como los demás bosques situados al occidente del lago Family. Así debía de ser, pues Briant vio pasar entre los matorrales una bandada asustada de ñandúes y vicuñas, e incluso una pareja de guanacos que huían con maravillosa rapidez. En cuanto a aves, Doniphan habría tenido allí magníficas oportunidades de disparo. En cambio Briant se abstuvo de gastar pólvora inútilmente, pues la yola llevaba provisiones en cantidad suficiente.

Hacia las once, fue evidente que el espeso macizo arbóreo tendía a aclararse. Algunos claros ventilaban el sotobosque. Al mismo tiempo, la brisa se impregnaba de un olor salino que indicaba la proximidad del mar.

Y, pocos minutos después, de repente, más allá de un grupo de soberbias encinas, una línea azulada apareció en el horizonte.

La corriente arrastraba siempre la yola, aunque con menos rapidez. La marea no tardaría en dejarse sentir en el cauce del East-river, que en ese punto medía ya entre doce y quince metros de ancho.

Al llegar junto a las rocas que se alzaban en el litoral, Moko empujó la yola hacia la orilla izquierda; luego, lanzando el rezón a tierra, lo hundió sólidamente en la arena, mientras Briant y su hermano desembarcaban a su vez.

¡Qué aspecto tan diferente al que ofrecía la costa al oeste de la isla Chairman! Aquí se abría también una bahía profunda, precisamente a la altura de Sloughi-bay; pero, en lugar de una amplia playa de arena bordeada por un cordón de arrecifes y limitada por el acantilado que se alzaba al fondo de Wreck-coast, había un amontonamiento de rocas entre las que —

Briant pronto pudo comprobarlo — habría encontrado veinte cuevas por una.

Esa costa era, pues, muy habitable, y si la goleta hubiera encallado en ese lugar, si su reflotamiento hubiera sido viable tras el encallamiento, habría podido refugiarse en la desembocadura del East-river, en un pequeño puerto natural donde el agua no faltaba ni siquiera en bajamar.

En primer lugar, Briant había dirigido la mirada hacia alta mar, al extremo horizonte de aquella vasta bahía. Desarrollada en un sector de unos veinticinco kilómetros, entre dos puntas arenosas, bien hubiera merecido el nombre de golfo.

En ese momento, la bahía estaba desierta — como siempre, sin duda — . ¡Ni un barco a la vista, ni siquiera en su perímetro, nítidamente recortado sobre el fondo del cielo! ¡De tierra o isla, ni la más mínima apariencia! Moko, acostumbrado a distinguir esos vagos contornos de alturas lejanas que a menudo se confunden con las neblinas del horizonte, no descubrió nada con el catalejo. La isla Chairman parecía estar tan aislada en las aguas del este como en las del oeste. Y he ahí por qué el mapa del náufrago francés no indicaba ninguna tierra en esa dirección.

Decir que Briant quedó muy decepcionado sería exagerar. ¡No! Ya lo esperaba. Por eso encontró muy natural bautizar esa escotadura de la costa con el nombre de Deception-bay (bahía Decepción).

— Vamos — dijo — , no es por este lado por donde podremos tomar el camino de vuelta.

— Eh, señor Briant — respondió Moko — , siempre se sale adelante, sea por un camino o por otro. Por lo pronto, creo que haremos bien en almorzar...

— Sea — respondió Briant — , y demos prisa. ¿A qué hora podrá remontar la yola el East-river?

— Si quisiéramos aprovechar la marea, habría que embarcarse ahora mismo.

— ¡Eso es imposible, Moko! Me empeño en observar el horizonte en condiciones más favorables, y desde lo alto de alguna roca que domine la playa.

—Entonces, señor Briant, nos veremos obligados a esperar la próxima marea, que no se dejará sentir en el East-river antes de las diez de la noche.

—¿No temerías navegar de noche? —preguntó Briant.

—No, y lo haré sin peligro —respondió Moko—, pues tendremos luna llena. Además, el curso del río es tan recto que bastará gobernar con la espadilla mientras dure la marea. Luego, cuando la corriente vuelva a bajar, intentaremos remontar a remo o, si es demasiado fuerte, haremos parada hasta el amanecer.

Tras el almuerzo y hasta la hora de cenar, todo el tiempo se empleó en visitar esa parte de la costa, protegida por macizos de árboles que avanzaban hasta el pie mismo de las rocas. En cuanto a la caza, parecía ser tan abundante como en los alrededores de French-den, y Briant se permitió abatir algunos tinamúes para la cena.

Lo que caracterizaba el aspecto de ese litoral era el apilamiento de bloques de granito. Desorden verdaderamente grandioso el de ese amontonamiento de gigantescas rocas —especie de campo de Carnac— cuya disposición irregular no era obra de mano humana. Allí se abrían esas profundas oquedades que en algunos países celtas llaman «chimeneas», y habría sido fácil instalarse entre sus paredes. No habrían faltado ni halls ni Store-rooms para las necesidades de la pequeña colonia. En apenas medio kilómetro, Briant encontró una docena de esas confortables excavaciones.

Así, Briant se vio naturalmente llevado a preguntarse por qué el naufrago francés no se había refugiado en esa parte de la isla Chairman. En cuanto a haberla visitado, no había duda al respecto, puesto que las líneas generales de esa costa figuraban exactamente en su mapa. Por lo tanto, si no se encontraba ninguna huella de su paso, era porque muy probablemente François Baudoin había elegido domicilio en French-den antes de haber llevado su exploración hasta los territorios del este, y allí, encontrándose menos expuesto a los vendavales del mar abierto, había juzgado conveniente quedarse. Explicación muy plausible que Briant creyó deber aceptar.

Hacia las dos, cuando el sol hubo rebasado el punto más alto de su curso, pareció llegado el momento favorable para proceder a una rigurosa observación del mar frente a la isla. Briant, Jacques y Moko intentaron entonces escalar un macizo rocoso que semejaba un enorme oso. Ese macizo se alza-

ba a unos treinta metros sobre el pequeño puerto, y no sin dificultades lograron alcanzar su cima.

Desde allí, cuando la mirada se volvía hacia atrás, dominaba el bosque que se extendía hacia el oeste hasta el lago Family, cuya superficie ocultaba un vasto telón de verdor. Al sur, el terreno parecía surcado por dunas amarillentas entrecortadas por algunas negruzcas arboledas de abetos, como en las áridas campiñas de los países septentrionales. Al norte, el contorno de la bahía terminaba en una punta baja que formaba el límite de una inmensa llanura arenosa situada más allá. En suma, la isla Chairman era verdaderamente fértil solo en su parte central, donde las aguas dulces del lago le deramaban la vida al verterse por los distintos ríos de sus dos orillas.

Briant dirigió el catalejo hacia el horizonte del este, que en ese momento se recortaba con gran nitidez. Cualquier tierra situada en un radio de doce a quince kilómetros habría aparecido ciertamente a través del objetivo del instrumento.

¡Nada en esa dirección!... ¡Nada más que el vasto mar, circunscrito por la línea ininterrumpida del cielo!

Durante una hora, Briant, Jacques y Moko no dejaron de observarlo atentamente, y estaban a punto de descender a la playa cuando Moko detuvo a Briant.

—¿Qué hay ahí? —preguntó, extendiendo la mano hacia el nordeste.

Briant apuntó el catalejo hacia el punto indicado.

Allí, en efecto, un poco por encima del horizonte, relucía una mancha blanquecina que el ojo habría podido confundir con una nube, de no haber estado el cielo absolutamente despejado en ese momento. Por lo demás, después de mantenerla largo rato en el campo de su catalejo, Briant pudo afirmar que esa mancha no se desplazaba y que su forma no se alteraba en absoluto.

—No sé lo que puede ser eso —dijo—, a menos que sea una montaña. Y aun así, ¡una montaña no tendría ese aspecto!

Poco después, el sol descendiendo cada vez más hacia el oeste, la mancha había desaparecido. ¿Existía allí alguna tierra elevada, o bien aquel color blanquecino no era más que un reflejo luminoso de las aguas? Esta últi-

ma hipótesis fue la que Jacques y Moko aceptaron, aunque Briant creyó conveniente mantener algunas dudas al respecto.

Terminada la exploración, los tres regresaron a la desembocadura del East-river, al pequeño puerto en cuyo fondo estaba amarrada la yola. Jacques recogió leña muerta bajo los árboles; luego encendió fuego, mientras Moko preparaba su asado de tinamúes.

Hacia las siete, después de comer con apetito, Jacques y Briant salieron a pasear por la playa mientras esperaban la hora de la marea para partir.

Por su parte, Moko subió por la orilla izquierda del río, donde crecían pinos piñoneros de los que quería coger algunos frutos.

Cuando regresó hacia la desembocadura del East-river, comenzaba a anochecer. Mar adentro, si el mar todavía se iluminaba con los últimos rayos del sol que se deslizaban sobre la superficie de la isla, el litoral estaba ya sumido en una penumbra.

En el momento en que Moko llegó junto a la yola, Briant y su hermano no habían regresado todavía. Como no podían estar lejos, no había motivo de inquietud.

Pero he aquí que Moko se sorprendió muchísimo al oír gemidos y, al mismo tiempo, voces airadas. No se equivocaba: esa voz era la de Briant.

¿Corrían acaso los dos hermanos algún peligro? El grumete no dudó en lanzarse hacia la playa, tras doblar las últimas rocas que cerraban el pequeño puerto.

De repente, lo que vio le impidió avanzar más.

¡Jacques estaba de rodillas ante Briant!... ¡Parecía suplicarle, pedirle clemencia!... De ahí esos gemidos que habían llegado a los oídos de Moko.

El grumete habría querido retirarse por discreción... ¡Era demasiado tarde!... ¡Lo había oído todo y lo había comprendido todo! Conocía ahora la falta que Jacques había cometido y de la que acababa de acusarse ante su hermano. Y este exclamaba:

—¡Desgraciado!... ¡Cómo, eres tú... tú quien hizo eso!... ¡Tú el causante de...

—Perdón... hermano... ¡perdón!

— ¡Así que por eso te mantenías apartado de tus camaradas!... ¡Por eso les tenías miedo!... ¡Ah! ¡Que no lo sepan jamás!... ¡No!... ¡Ni una palabra... Ni una palabra... a nadie!

Moko habría dado mucho por no saber nada de ese secreto. Pero ahora fingir ignorarlo ante Briant le habría costado demasiado. Así, poco después, cuando lo encontró a solas junto a la yola:

— Señor Briant —dijo—, he oído...

— ¡Cómo! ¿Sabes lo que Jacques...?

— Sí, señor Briant... Y hay que perdonarle...

— ¿Le perdonarían los demás?...

— ¡Quizá! —respondió Moko—. En todo caso, es mejor que no se enteren de nada, y puede estar seguro de que guardaré silencio.

— ¡Ah, mi pobre Moko! —murmuró Briant, estrechándole la mano al grumete.

Durante dos horas, hasta el momento de embarcarse, Briant no dirigió la palabra a Jacques. Este, por su parte, permaneció sentado al pie de una roca, sin duda más abatido que nunca desde que, cediendo a las instancias de su hermano, lo había confesado todo.

Hacia las diez, sintiéndose la marea, Briant, Jacques y Moko tomaron sitio en la yola. En cuanto zarpó, la corriente la arrastró con rapidez. La luna, que había salido poco después de la puesta del sol, iluminaba suficientemente el curso del East-river para que la navegación fuera viable hasta cerca de la medianoche y media. La vaciante, que se estableció entonces, obligó a tomar los remos, y durante una hora la yola no ganó ni una milla río arriba.

Briant propuso por tanto fondear hasta el primer amanecer, a fin de esperar la marea montante, lo que así se hizo. A las seis de la mañana reanudaron la marcha, y eran las nueve cuando la yola encontró de nuevo las aguas del lago Family.

Allí, Moko izó de nuevo la vela, y con una agradable brisa que soplaba por el través, puso proa a French-den.

Hacia las seis de la tarde, tras una feliz travesía durante la cual ni Briant ni Jacques habían salido apenas de su mutismo, Garnett, que pescaba a orillas del lago, avistó la yola. Pocos instantes después, esta atracaba en el dique, y Gordon salía al encuentro de sus camaradas con vivo regocijo.

CAPÍTULO 18

A propósito de aquella escena sorprendida por Moko entre su hermano y él, Briant había juzgado oportuno guardar silencio —incluso con Gordon—. En cuanto al relato de su expedición, lo hizo ante sus camaradas, reunidos en el hall. Describió la costa oriental de la isla Chairman en toda la parte que circundaba la bahía Deception, el curso del East-river a través de los bosques cercanos al lago, tan ricos en especies de árboles de hoja perenne. Afirmó que el asentamiento habría sido más fácil en ese litoral que en el del oeste, aunque añadió que no había motivo para abandonar French-den. En lo que concernía a aquella porción del Pacífico, no se divisaba tierra alguna en el horizonte. Briant mencionó, sin embargo, esa mancha blanquecina que había avistado mar adentro y cuya presencia sobre el horizonte no acertaba a explicarse. Con toda probabilidad no era más que una espiral de vapores, y convendría cerciorarse de ello cuando fueran a visitar la bahía Deception. En resumen —lo que parecía demasiado cierto—, la isla Chairman no tenía tierras vecinas en aquellas aguas y, sin duda, varios cientos de millas la separaban del continente o de los archipiélagos más próximos.

Convenía, pues, reanudar con valentía la lucha por la vida, esperando que la salvación llegara del exterior, pues parecía improbable que los jóvenes colonos pudieran tenerla nunca en sus propias manos. Cada uno volvió al trabajo. Todas las medidas se encaminaron a preservarse del rigor del próximo invierno. Briant se aplicó a ello incluso con mayor celo que hasta entonces. Sin embargo, se notaba que se había vuelto menos comunicativo y que él también, a ejemplo de su hermano, mostraba una propensión a mantenerse apartado. Gordon, al advertir este cambio de carácter, observó asimismo que Briant procuraba poner a Jacques en primer plano en todas las ocasiones en que había que desplegar algún valor, que afrontar algún

peligro —lo que Jacques aceptaba, por lo demás, con presteza—. Como Briant nunca decía nada que pudiera inducir a Gordon a interrogarle sobre el particular, este se mantuvo reservado, aunque tendía a creer que debía de haberse producido una explicación entre los dos hermanos.

El mes de febrero transcurrió entre trabajos de diversa índole. Habiendo señalado Wilcox una remontada de salmones hacia las aguas dulces del lago Family, se capturó un buen número de ellos mediante redes tendidas de una orilla a otra del río Zealand. La necesidad de conservarlos exigía procurarse una cantidad considerable de sal. Ello ocasionó varios viajes a la bahía Sloughi, donde Baxter y Briant establecieron una pequeña salina —un simple cuadrado excavado entre los pliegues de la arena, en el que se depositaba la sal una vez que el agua del mar se evaporaba bajo la acción de los rayos solares—.

Durante la primera quincena de marzo, tres o cuatro de los jóvenes colonos pudieron explorar una parte de aquella región pantanosa de los South-moors, que se extendía por la orilla izquierda del río Zealand. Fue Doniphan quien tuvo la idea de esta exploración, y Baxter, siguiendo su consejo, fabricó varios pares de zancos utilizando ligeras varas. Como el pantano estaba en algunos lugares cubierto por una delgada capa de agua, esos zancos permitirían aventurarse a pie enjuto hasta las superficies sólidas.

El 17 de abril, desde primera hora de la mañana, Doniphan, Webb y Wilcox, tras cruzar el río en el bote, desembarcaron en la orilla izquierda. Llevaban los fusiles en bandolera. E incluso Doniphan se había armado con la escopeta de pato que poseía el arsenal de French-den, pensando que allí tendría una excelente ocasión de usarla.

En cuanto los tres cazadores pusieron pie en la ribera, se calzaron los zancos para alcanzar las elevaciones del pantano que emergían en pleamar.

Phann los acompañaba. Él no necesitaba zancos y no temía mojarse las patas brincando por entre los charcos.

Después de haber recorrido cerca de kilómetro y medio en dirección al suroeste, Doniphan, Wilcox y Webb alcanzaron el suelo seco del pantano. Retiraron entonces los zancos para poder seguir con más comodidad la caza.

De aquella vasta extensión de los South-moors la vista no alcanzaba el límite, salvo hacia el este, donde la línea azul del mar se curvaba en el horizonte.

¡Cuánta caza en su superficie!: agachadizas, patos rabos de aguja, ánades, rascones, chorlitos, cercetas y, por millares, esas negretas, más buscadas por su plumón que por su carne, pero que, bien preparadas, resultan un manjar muy aceptable. Doniphan y sus dos camaradas habrían podido abatir centenares de aquellas innumerables aves acuáticas sin perder un solo perdigón. Pero se mostraron sensatos y se contentaron con algunas docenas de volatería que Phann iba a recoger hasta el centro de los grandes charcos.

Sin embargo, Doniphan fue vivamente tentado de abatir otros animales que, por lo demás, no habrían podido figurar en la mesa del Store-room, pese a todo el talento culinario del grumete. Eran tinocoros, pertenecientes a la familia de los zancudos, y garzas adornadas con un brillante penacho de plumas blancas. Si el joven cazador se contuvo —pues habría sido quemar pólvora en balde—, no ocurrió lo mismo cuando divisó una bandada de esos flamencos de alas color de fuego que gustan especialmente de las aguas salobres y cuya carne vale la de la perdiz. Aquellas aves, formadas en buen orden, estaban vigiladas por centinelas que lanzaron algo así como una llamada de trompeta en el momento en que sintieron el peligro. Ante la visión de aquellos magníficos ejemplares de la ornitología de la isla, Doniphan se dejó llevar por sus instintos. Por lo demás, Wilcox y Webb no se mostraron más prudentes que él. Y allá fueron en su persecución —del todo inútilmente—. Ignoraban que, de haberse acercado sin ser vistos, habrían podido disparar sobre los flamencos a su antojo, pues las detonaciones tienen el efecto de aturdirlos, no de ponerlos en fuga.

Fue, pues, en vano que Doniphan, Webb y Wilcox intentaron alcanzar aquellos soberbios palmípedos, que medían más de un metro veinte desde la punta del pico hasta el extremo de la cola. La voz de alarma había sido dada, y la bandada desapareció hacia el sur antes de que hubiera sido posible alcanzarla, incluso haciendo uso de la escopeta de largo alcance.

No obstante, los tres cazadores volvieron con caza suficiente como para no tener nada que lamentar de su paseo por los South-moors. Una vez en el límite de los charcos, retomaron los zancos y ganaron la orilla del río,

prometiéndose renovar una excursión que los primeros fríos harían aún más fructífera.

Por lo demás, Gordon no debía esperar a que llegara el invierno para poner French-den en condiciones de soportar sus rigores. Había que hacer amplia provisión de combustible para asegurar igualmente la calefacción de los establos y de la granja. Con ese fin, se organizaron numerosas expediciones al lindero de los Bog-woods. El carro, uncido a los dos guanacos, bajó y subió la ribera varias veces al día durante una quincena. Y ahora, aunque el invierno durase seis meses o más, con un considerable caudal de leña y la reserva de aceite de foca, French-den no tendría nada que temer del frío ni de la oscuridad.

Esos trabajos no impedían seguir el programa que organizaba la instrucción de aquel pequeño mundo. Por turno, los mayores daban clase a los más jóvenes. Durante las conferencias, que se celebraban dos veces por semana, Doniphan seguía haciendo gala en demasía de su superioridad —lo que no era el mejor modo de granjearse amigos—. Así, salvo sus partidarios habituales, no gozaba de gran estima entre los demás. Y sin embargo, antes de dos meses, cuando finalizaran las funciones de Gordon, contaba con sucederle como jefe de la colonia. Su amor propio le hacía creer que aquella situación le correspondía por derecho. ¿No era una verdadera injusticia que no hubiera sido elegido en la primera votación? Wilcox, Cross y Webb le alentaban torpemente en esas ideas, tanteaban incluso el terreno respecto a la futura elección y no parecían dudar del éxito.

Sin embargo, Doniphan no contaba con la mayoría entre sus camaradas. Los más pequeños, sobre todo, no parecían inclinados a declararse por él —ni tampoco por Gordon, dicho sea de paso—.

Gordon veía claramente toda esa maniobra y, aunque era reelegible, no deseaba —ya se sabe— conservar aquella situación. Lo presentía: la severidad que había mostrado durante «su año de presidencia» no le iba a atraer votos. Sus maneras algo ásperas, su espíritu quizá demasiado práctico, habían disgustado en más de una ocasión, y Doniphan esperaba que ese desagrado redundara en su propio beneficio. En el momento de la elección, habría sin duda una pugna que resultaría interesante seguir.

Lo que los pequeños, principalmente, reprochaban a Gordon era su economía, verdaderamente demasiado minuciosa en materia de postres.

Además, los regañaba cuando no cuidaban la ropa, cuando volvían a French-den con una mancha o un desgarró, y sobre todo con los zapatos agujereados —lo que obligaba a reparaciones difíciles, convirtiendo aquella cuestión del calzado en un asunto de la mayor gravedad—. Y a propósito de botones perdidos, ¡qué de reprimendas y a veces qué de castigos! En verdad, aquel asunto de los botones de chaqueta o de pantalón reaparecía sin cesar, y Gordon exigía que cada uno presentara cada noche el número reglamentario, so pena de quedarse sin postre o quedar arrestado. Entonces Briant intercedía, ora por Jenkins, ora por Dole, y ahí estaba su popularidad. Además, los pequeños sabían bien que los dos funcionarios de la despensa, Service y Moko, eran devotos de Briant, y si este llegaba algún día a ser el jefe de la isla Chairman, vislumbraban un porvenir sabroso en el que las golosinas no escasearían...

¡De qué pequeñeces dependen las cosas en este mundo! En verdad, aquella colonia de muchachos ¿no era la imagen de la sociedad, y no tienen los niños tendencia a «hacer de hombres» desde el comienzo de la vida?

En cuanto a Briant, no se interesaba en absoluto por esas cuestiones. Trabajaba sin descanso, sin escatimar la faena a su hermano, siendo los dos los primeros y los últimos en la labor, como si ambos hubieran tenido particularmente un deber que cumplir.

Sin embargo, las jornadas no se consagraban por entero a la instrucción común. El programa también había reservado algunas horas de recreo. Había entre ellos algunos de esos juegos tan en boga entre los jóvenes ingleses; y, además de los ya mencionados, el críquet, los *rounders*, en los que la pelota es golpeada con un largo palo sobre clavijas de madera dispuestas en cada uno de los ángulos de un vasto pentágono regular, y los *quoits*, que exigen sobre todo la fuerza de los brazos y la precisión de la vista. Pero conviene describir este último juego con algún detalle, porque cierto día dio lugar a una escena de lo más lamentable entre Briant y Doniphan.

Era el 25 de abril, por la tarde. Repartidos en dos bandos, ocho en total —Doniphan, Webb, Wilcox y Cross por un lado; Briant, Baxter, Garnett y Service por el otro—, jugaban una partida de *quoits* en el césped de la Sport-terrace.

En la superficie plana de aquel terreno se habían clavado dos piquetas de hierro, dos *hobs*, separadas entre sí a unos quince metros la una de la otra.

Cada uno de los jugadores disponía de dos *quoits*, una especie de discos metálicos con un agujero en el centro, más delgados en la circunferencia que en el medio.

En ese juego, cada jugador debe lanzar sus *quoits* sucesivamente y con suficiente destreza para que encajen, primero en la primera piqueta y luego en la segunda. Si acierta a alcanzar uno de los *hobs*, el jugador obtiene dos puntos, y cuatro si logra alcanzar los dos. Cuando los *quoits* solamente se aproximan al *hob*, ello vale únicamente dos puntos para los dos que estén más cerca del blanco y un solo punto si únicamente hay un *quoit* bien colocado.

Aquel día, el ánimo de los jugadores era grande, y precisamente porque Doniphan estaba en el bando contrario al de Briant, cada uno ponía en ello un amor propio extraordinario.

Ya se habían jugado dos partidas. Briant, Baxter, Service y Garnett habían ganado la primera con siete puntos, mientras que sus adversarios habían ganado la segunda con seis.

Estaban jugando el desempate. Habiendo llegado ambos bandos a cinco puntos cada uno, solo quedaban dos *quoits* por lanzar.

—A ti, Doniphan —dijo Webb—, ¡y apunta bien! Estamos en nuestro último *quoit* y hay que ganar.

—¡Tranquilo! —respondió Doniphan.

Y tomó posición, los pies bien colocados uno delante del otro, la mano derecha sosteniendo el disco, el cuerpo ligeramente inclinado, el torso cargado sobre el flanco izquierdo para asegurar mejor el lanzamiento.

Se veía que aquel muchacho vanidoso se ponía en ello con toda el alma, como suele decirse, con los dientes apretados, las mejillas algo pálidas, la mirada viva bajo el entrecejo fruncido.

Tras apuntar cuidadosamente balanceando el disco, lo proyectó horizontal y vigorosamente, pues el blanco estaba a unos quince metros.

El disco no alcanzó el *hob* más que por su borde externo y, en lugar de encajar en la cabeza de la piqueta, cayó a tierra —lo que dejó el total en seis puntos—.

Doniphan no pudo reprimir un gesto de despecho y golpeó el suelo con el pie, furioso.

—Es una lástima —dijo Cross—, ¡pero no hemos perdido por eso, Doniphan!

—¡Desde luego que no! —añadió Wilcox—. Tu *quoit* está al pie mismo del *hob*, y a menos que Briant encaje el suyo, ¡lo desafío a que lo haga mejor!

En efecto, si el disco que Briant iba a lanzar —le tocaba el turno a él— no se clavaba en el *hob*, la partida estaría perdida para su bando, pues era casi imposible colocarlo más cerca que Doniphan.

—¡Apunta bien!... ¡Apunta bien! —gritó Service.

Briant no respondió, sin pretender disgustar a Doniphan. Solo quería una cosa: asegurar la victoria de la partida, más por sus camaradas que por él mismo.

Se puso, pues, en posición y envió su *quoit* con tal destreza que este encajó en el *hob*.

—¡Siete puntos! —exclamó Service triunfalmente—. ¡Ganada la partida, ganada!

Doniphan se había adelantado vivamente.

—¡No!... ¡La partida no está ganada! —dijo.

—¿Y por qué? —preguntó Baxter.

—¡Porque Briant ha hecho trampa!

—¿Trampa? —respondió Briant, cuyo rostro palideció ante aquella acusación.

—¡Sí!... ¡Trampa! —repitió Doniphan—. ¡Briant no tenía los pies en la línea donde debían estar!... ¡Se había acercado dos pasos!

—¡Eso es falso! —exclamó Service.

—¡Sí, falso! —respondió Briant—. Aunque fuera verdad, no habría sido más que un error mío, ¡y no consentiré que Doniphan me acuse de hacer trampa!

—¡De veras!... ¿No lo consentirías?... —dijo Doniphan encogiéndose de hombros.

—No —respondió Briant, que empezaba a perder el control—. Y ante todo, demostraré que mis pies estaban exactamente sobre la línea...

—¡Sí!... ¡Sí!... —gritaron Baxter y Service.

—¡No!... ¡No!... —replicaron Webb y Cross.

—¡Mirad la huella de mis zapatos en la arena! —prosiguió Briant—. Y como Doniphan no ha podido equivocarse, le digo yo que ha mentido.

—¡Mentido! —exclamó Doniphan, que se aproximó lentamente a su camarada.

Webb y Cross se habían colocado detrás de él para apoyarle, mientras que Service y Baxter se mantenían dispuestos a asistir a Briant si había lucha.

Doniphan había adoptado la postura del boxeador, con la chaqueta quitada, las mangas remangadas hasta el codo y el pañuelo enrollado en torno a la muñeca.

Briant, que había recobrado la sangre fría, permanecía inmóvil, como si le repugnara pelear con uno de sus camaradas, dar semejante ejemplo a la pequeña colonia.

—Has hecho mal en insultarme, Doniphan —dijo—, ¡y ahora haces mal en provocarme!...

—En efecto —respondió Doniphan con el tono del más profundo desprecio—, ¡siempre se hace mal en provocar a quienes no saben responder a las provocaciones!

—Si no respondo —dijo Briant—, ¡es porque no me conviene hacerlo!...

—Si no respondes —replicó Doniphan—, ¡es porque tienes miedo!

—¿Miedo?... ¿Yo?...

—¡Es que eres un cobarde!

Briant, habiéndose remangado, se dirigió resueltamente hacia Doniphan. Los dos adversarios estaban ahora en postura, uno frente al otro.

Entre los ingleses, e incluso en los internados ingleses, el boxeo forma parte, por así decirlo, de la educación. Se ha observado, por lo demás, que los muchachos hábiles en ese ejercicio muestran más dulzura y paciencia que los demás y no buscan pendencia a la menor ocasión.

Briant, en su calidad de francés, nunca había tenido afición por ese intercambio de puñetazos que toma únicamente el rostro como blanco. Se encontraba, pues, en una situación de inferioridad frente a su adversario, que era un pugilista muy habilidoso, aunque ambos tuvieran la misma edad, la misma estatura y fueran sensiblemente iguales en vigor.

La lucha estaba a punto de iniciarse y el primer asalto iba a darse cuando Gordon, avisado por Dole, se apresuró a intervenir.

— ¡Briant!... ¡Doniphan!... —gritó.

— ¡Me ha llamado mentiroso!... —dijo Doniphan.

— ¡Después de acusarme de hacer trampa y de llamarme cobarde! —respondió Briant.

En ese momento, todos se habían congregado en torno a Gordon, mientras los dos adversarios habían retrocedido algunos pasos: Briant con los brazos cruzados, Doniphan en la postura del boxeador.

— Doniphan —dijo entonces Gordon con voz severa—, ¡conozco a Briant!... No ha sido él quien te ha buscado pelea... ¡Tú eres el que ha tenido la primera culpa!...

— ¡De veras, Gordon! —replicó Doniphan—. ¡Bien te reconozco en eso!... ¡Siempre dispuesto a ponerte en mi contra!

— Sí... ¡cuando te lo mereces! —respondió Gordon.

— ¡Sea! —repuso Doniphan—. Pero, véngala culpa de Briant o de mí, si Briant se niega a pelear, será un cobarde.

— Y tú, Doniphan —respondió Gordon—, eres un chico perverso que da un ejemplo detestable a sus camaradas. ¡Cómo! En la grave situación en que nos encontramos, ¡uno de nosotros no hace más que fomentar la desunión! ¡Hay que meterse sin cesar con el mejor de todos!...

— ¡Briant, dale las gracias a Gordon! —exclamó Doniphan—. ¡Y ahora, en guardia!

— ¡Pues no! —exclamó Gordon—. Yo, vuestro jefe, me opongo a toda escena de violencia entre vosotros. ¡Briant, regresa a French-den! En cuanto a ti, Doniphan, ve a desfogar tu cólera donde quieras, y no vuelvas hasta que estés en condiciones de comprender que, al darte la razón a él, no he hecho más que mi deber.

— ¡Sí!... ¡Sí!... —exclamaron los demás —salvo Webb, Wilcox y Cross—. ¡Hurra por Gordon!... ¡Hurra por Briant!

Ante aquella unanimidad casi total, no quedaba más que obedecer. Briant regresó al hall y, aquella noche, cuando Doniphan volvió a la hora de acostarse, no manifestó ya ningún conato de dar continuidad a aquel asunto. Sin embargo, se sentía que una sorda rencilla ardía en él, que su enemistad hacia Briant había crecido aún más y que no olvidaría, llegada la ocasión, la lección que Gordon acababa de darle. Además, rechazó los intentos de reconciliación que este quiso hacer.

Bien lamentables eran, en efecto, aquellas desavenencias que amenazaban la paz de la pequeña colonia. Doniphan contaba con Wilcox, Cross y Webb, que se dejaban influir por él, que le daban la razón a todo momento, ¿y no había motivo para temer una escisión en el futuro?

Sin embargo, desde aquel día no volvió a hablarse de nada. Nadie hizo alusión alguna a lo ocurrido entre los dos rivales, y los trabajos habituales continuaron ejecutándose en previsión del invierno.

Este no tardaría mucho en llegar. Durante la primera semana de mayo, el frío fue lo bastante sensible para que Gordon diera la orden de encender las estufas del hall y mantenerlas cargadas noche y día. Pronto incluso pareció necesario calentar el cobertizo del recinto y la granja —lo que entraba en las atribuciones de Service y de Garnett—.

En aquella época, ciertas aves se preparaban a emigrar en bandadas. ¿Hacia qué regiones volaban? Era evidente que debían de ser hacia las comarcas septentrionales del Pacífico o del continente americano, que les ofrecían un clima menos riguroso que el de la isla Chairman.

Entre esas aves figuraban en primer lugar las golondrinas, esos maravillosos migradores capaces de trasladarse rápidamente a distancias considerables. Bajo aquella preocupación incesante de emplear todos los medios para regresar a casa, Briant tuvo entonces la idea de aprovechar la partida

de esas aves para dar a conocer la situación actual de los náufragos del *Sloughi*. Nada fue más fácil que atrapar algunas docenas de aquellas golondrinas, de la especie de las *rústicas*, pues venían a anidar hasta el interior del Store-room. Se les puso en el cuello una pequeña bolsita de tela que contenía un billete que indicaba aproximadamente en qué parte del Pacífico convendría buscar la isla Chairman, con ruego expreso de que se diera aviso a Auckland, la capital de Nueva Zelanda.

Luego se soltaron las golondrinas y no fue sin una verdadera emoción que los jóvenes colonos les enviaron un entrañable «¡Hasta la vista!» en el instante en que desaparecían en dirección al nordeste.

Una posibilidad de salvación bien modesta; pero, por poco probable que fuera que uno de esos billetes pudiera ser recogido, Briant había tenido razón en no desdeñarla.

A partir del 25 de mayo aparecieron las primeras nieves, y por consiguiente algunos días antes que el año anterior. ¿Debía concluirse de esa precocidad del invierno que este sería muy riguroso? Era de temer, al menos. Afortunadamente, calor, luz y alimentación estaban asegurados durante largos meses en French-den, sin contar con el producto de los South-moors, cuya caza se replegaba con gusto hacia las orillas del río Zealand.

Hacía ya algunas semanas que se habían distribuido ropas de abrigo, y Gordon velaba por que las medidas de higiene se observaran rigurosamente.

Fue durante ese último período cuando French-den se vio sacudida por una agitación secreta que alborotó a las jóvenes cabezas. En efecto, el año para el que Gordon había sido nombrado jefe de la isla Chairman iba a concluir el 10 de junio.

De ahí surgieron conversaciones, conciliábulos e, incluso podría decirse, intrigas que no dejaban de agitar seriamente a aquel pequeño mundo. Gordon, ya se sabe, quería permanecer indiferente. En cuanto a Briant, siendo de origen francés, no pensaba en gobernar una colonia de muchachos en la que los ingleses se encontraban en mayoría.

En el fondo, y sin mostrarlo demasiado, quien más se inquietaba por aquella elección era Doniphan. Evidentemente, con su inteligencia superior a lo corriente y su valentía de la que nadie dudaba, habría tenido grandes

posibilidades, de no ser por su carácter altivo, su espíritu dominador y los defectos de su naturaleza envidiosa.

Sin embargo, ya fuera porque se creyera seguro de suceder a Gordon, ya fuera porque su vanidad le impidiera mendigar votos, adoptó la actitud de mantenerse al margen. Por lo demás, lo que él no hizo abiertamente, sus amigos lo hicieron por él. Wilcox, Webb y Cross trabajaban en la sombra a sus camaradas para que dieran su sufragio a Doniphan —sobre todo a los pequeños, cuyo apoyo era precioso—. Y como no se ponía ningún otro nombre sobre la mesa, Doniphan pudo considerar con cierta razón que su elección estaba asegurada.

El 10 de junio llegó.

Iba a procederse a la votación por la tarde. Cada uno debía escribir en una papeleta el nombre de aquel por quien quería votar. La mayoría de los sufragios decidiría. Como la colonia contaba con catorce miembros —Moko, en su calidad de hombre de color, no pudiendo pretender ni pretendiendo ejercer el derecho de voto—, siete votos, más uno, recaídos sobre el mismo nombre, determinarían la elección del nuevo jefe.

La votación se abrió a las dos de la tarde bajo la presidencia de Gordon y se realizó con esa gravedad que la raza anglosajona aporta a todas las operaciones de este género.

Y cuando se hizo el escrutinio, arrojó los siguientes resultados:

Ni Gordon ni Doniphan habían querido tomar parte en la votación. En cuanto a Briant, había votado por Gordon.

Al oír proclamar ese resultado, Doniphan no pudo ocultar su decepción ni la profunda irritación que sentía.

Briant, muy sorprendido de haber obtenido la mayoría de los votos, estuvo al principio a punto de rechazar el honor que se le hacía. Pero, sin duda, le vino una idea a la mente, pues, después de mirar a su hermano Jacques:

—Gracias, camaradas —dijo—, ¡acepto!

A partir de ese día, Briant era durante un año el jefe de los jóvenes colonos de la isla Chairman.

CAPÍTULO 19

Lo que sus compañeros habían querido al otorgar su voto a Briant era rendir justicia a su carácter servicial, al valor que demostraba en todas las ocasiones de las que dependía la suerte de la colonia, y a su infatigable entrega al bien común. Desde el día en que había tomado, por así decir, el mando de la goleta durante la travesía de Nueva Zelanda a la isla Chairman, jamás había retrocedido ante el peligro ni ante la fatiga. Aunque fuera de distinta nacionalidad, todos le querían, grandes y pequeños —éstos sobre todo, a quienes se había dedicado sin cesar con tanto celo, y que habían votado por él de forma unánime. Solo Doniphan, Cross, Wilcox y Webb se negaban a reconocer las cualidades de Briant; pero en el fondo sabían perfectamente que eran injustos con el más meritorio de sus camaradas.

Aunque preveía que aquella elección acentuaría aún más la disidencia ya existente, aunque pudiera temer que Doniphan y sus partidarios tomaran alguna resolución lamentable, Gordon no escatimó sus felicitaciones a Briant. Por un lado, tenía un espíritu demasiado ecuánime para no aprobar la elección realizada; por otro, prefería no tener que ocuparse de nada más que de la contabilidad de French-den.

Desde ese mismo día, sin embargo, resultó evidente que Doniphan y sus tres amigos estaban decididos a no tolerar ese estado de cosas, si bien Briant se había prometido no darles ocasión alguna de llegar a algún exceso.

En cuanto a Jacques, no había sido sin cierta sorpresa que vio a su hermano aceptar el resultado de la votación.

—¿Quieres entonces...? —le dijo, sin terminar el pensamiento que Briant completó respondiéndole en voz baja:

—Sí, quiero estar en condiciones de hacer aún más de lo que hemos hecho hasta ahora para redimir tu falta.

—Gracias, hermano —respondió Jacques—, ¡y no me perdones nada!

Al día siguiente se reanudó el curso de aquella existencia que los largos días del invierno harían tan monótona.

Y, ante todo, antes de que los grandes fríos impidieran toda excursión a la bahía Sloughi, Briant tomó una medida que no carecía de utilidad.

Bien se sabe que había sido izado un mástil de señales en una de las cumbres más altas de Auckland-hill. Pues bien: del pabellón izado en lo alto de aquel mástil apenas quedaban jirones, sacudidos como habían estado durante semanas por los vientos del mar abierto. Importaba, pues, sustituirlo por un aparato capaz de resistir incluso las galernas invernales. Por consejo de Briant, Baxter fabricó una especie de globo trenzado con los juncos flexibles que bordeaban la marisma, y que podría resistir, pues el viento pasaría a través de él. Terminado este trabajo, se realizó una última excursión a la bahía el 17 de junio, y Briant sustituyó el pabellón del Reino Unido por esta nueva señal, visible en un radio de varios kilómetros.

Sin embargo, no estaba ya lejos el momento en que Briant y sus «administrados» quedarían acuartelados en French-den. El termómetro bajaba lentamente siguiendo una progresión continua —lo cual indicaba que los grandes fríos habrían de persistir.

Briant hizo poner el yole en tierra, en el ángulo del contrafuerte.

Entre tanto, Doniphan y dos o tres de sus camaradas, montados en sus zancos, hacían excursiones por los South-moors, de donde nunca volvían «de vacío», aunque sin malgastar la pólvora, pues en lo tocante a municiones Briant era tan parco como Gordon.

Durante los primeros días de julio, el río comenzó a helarse. Los pocos témpanos que se formaron en el lago Family derivaron con la corriente. Pronto, por su acumulación un poco aguas abajo de French-den, se formó un atasco de hielo, y la superficie del curso de agua no ofreció más que una gruesa costra helada. Con el mantenimiento del frío, que ya marcaba una docena de grados bajo cero centígrado, el lago no tardaría en solidificarse en toda su extensión. En efecto, tras un violento embate de rachas que hizo

más lenta esa solidificación, el viento giró al sureste, el cielo se despejó y la temperatura bajó a casi veinte grados bajo cero.

El programa de la vida invernal se retomó en las condiciones en que había sido establecido el año anterior. Briant lo llevaba a rajatabla, sin pretender abusar de su autoridad. Le obedecían de buen grado, además, y Gordon facilitaba mucho su tarea dando ejemplo de obediencia. Por lo demás, Doniphan y sus partidarios nunca llegaron a la insubordinación. Se ocupaban del servicio diario de las trampas, cepos, lazos y collares que les habían sido asignados de modo especial, mientras seguían viviendo entre ellos, hablando en voz baja, mezclándose muy raramente a la conversación general, incluso durante las comidas, incluso durante las veladas nocturnas. ¿Tramaban algo? No se sabía. En suma, no había reproche alguno que hacerles, y Briant no tuvo que intervenir. Se contentaba con ser justo con todos, asumiendo a menudo las tareas más penosas y difíciles, sin eximir de ellas a su hermano, que rivalizaba con él en celo. Gordon pudo incluso observar que el carácter de Jacques tendía a modificarse, y Moko veía, no sin agrado, que, desde la aclaración que había tenido con Briant, el joven se mezclaba más abiertamente en las conversaciones y los juegos de sus camaradas.

Los estudios llenaban esas largas horas que el frío obligaba a pasar en el hall. Jenkins, Iverson, Dole y Costar hacían progresos notables. Al instruirlos, los mayores no dejaban de instruirse ellos mismos. Durante las largas veladas, se leían en voz alta relatos de viajes, a los que Service hubiera preferido con toda seguridad la lectura de sus Robinsones. A veces también, el acordeón de Garnett dejaba escapar alguna de esas melodías empalagosas que el desafortunado melómano «soplaba» con una convicción deplorable. Otros cantaban en coro algunas canciones de su infancia. Y cuando el concierto concluía, cada uno regresaba a su litera.

Sin embargo, Briant no cesaba de pensar en el regreso a Nueva Zelanda. Era su gran preocupación. En eso se diferenciaba de Gordon, que solo pensaba en perfeccionar la organización de la colonia en la isla Chairman. La presidencia de Briant había de estar marcada, pues, sobre todo por los esfuerzos que se realizarían con el fin de repatriarse. Pensaba siempre en aquella mancha blanquecina avistada frente a la bahía Deception. ¿No pertenecería a alguna tierra situada en las inmediaciones de la isla? se preguntaba. Y bien, si así era, ¿resultaría imposible construir una embarcación con la que intentar alcanzar esa tierra? Pero cuando lo comentaba con

Baxter, este meneaba la cabeza, comprendiendo perfectamente que semejante tarea superaba sus fuerzas.

—¡Ah! ¿Por qué no somos más que niños? —repetía Briant—. ¡Sí, niños, cuando haría falta ser hombres!

Y ese era su mayor pesar.

Durante aquellas noches de invierno, aunque la seguridad de French-den parecía asegurada, se produjeron algunas alarmas. En varias ocasiones, Phann lanzaba largos ladridos de alerta cuando manadas de carnívoros — casi siempre chacales — venían a rondar en torno al cercado. Doniphan y los demás se precipitaban entonces por la puerta del hall y, lanzando tizones encendidos a aquellas malditas bestias, lograban ponerlas en fuga.

Dos o tres veces también, varias parejas de jaguares y pumas se dejaron ver en los alrededores, aunque nunca se acercaron tanto como los chacales. A estos se les recibía a tiros de fusil, si bien desde la distancia a que se les disparaba no podían ser heridos de muerte. En suma, no fue sin esfuerzo que se logró preservar el cercado.

El 24 de julio, Moko tuvo por fin ocasión de desplegar nuevos talentos culinarios preparando una pieza de caza con la que todos se regalaron, unos como gourmets y otros como glotones.

Wilcox —y Baxter, que le ayudaba de buen grado— no se habían conformado con instalar trampas para los animales de pequeña especie, ya fueran aves o roedores. Doblando algunos de aquellos renuevos que crecían entre los matorrales de Traps-woods, habían podido instalar auténticos lazos corredizos para caza mayor. Este tipo de trampa se usa comúnmente en los bosques en los pasos de corzos, y no es raro que produzca buenos resultados.

En Traps-woods, no fue un corzo, sino un magnífico flamenco el que, en la noche del 24 de julio, vino a quedar atrapado en uno de esos lazos corredizos de los que sus forcejeos no pudieron liberarle. A la mañana siguiente, cuando Wilcox revisó sus trampas, el animal estaba ya estrangulado por la lazada que el renuevo, al enderezarse, le había apretado en torno al cuello. Aquel flamenco, bien desplumado, bien vaciado, bien relleno de hierbas aromáticas y asado en su punto, fue declarado excelente. Tanto de las alas como de los muslos, hubo para todos, e incluso cada uno tuvo su pe-

queña parte de la lengua, que es lo mejor que puede comerse bajo la bóveda del cielo.

La primera quincena del mes de agosto estuvo marcada por cuatro días de frío excesivo. Briant no vio sin aprensión cómo el termómetro caía a treinta grados centígrados bajo cero. La pureza del aire era incomparable y, como suele ocurrir con esos grandes descensos de temperatura, ni un soplo turbaba la atmósfera.

Durante ese período, salir de French-den significaba quedar traspasado hasta la médula de los huesos al instante. Se prohibió a los pequeños exponerse al aire, incluso un momento. Los mayores, por su parte, solo lo hacían en caso de absoluta necesidad, principalmente para alimentar día y noche los hogares del establo y el corral.

Por fortuna, aquellos fríos duraron poco. Hacia el 6 de agosto, el viento se fue al oeste. La bahía Sloughi y el litoral de Wreck-coast fueron entonces asaltados por temporales espantosos que, tras golpear de frente el reverso de Auckland-hill, rebotaban por encima de él con una violencia incomparable. Sin embargo, French-den no sufrió en absoluto. No habría hecho falta menos que un terremoto para dislocar sus sólidas paredes. Las ráfagas más irresistibles, las que arrojan contra la costa navíos de alto bordo o derriban edificios de piedra, no hacían mella en el inquebrantable acantilado. En cuanto a los árboles derribados, si bien fueron numerosos, representaban otro tanto de trabajo ahorrado a los jóvenes leñadores cuando llegara el momento de reponer su provisión de combustible.

En suma, esas tormentas tuvieron como resultado modificar profundamente el estado atmosférico, en el sentido de que trajeron el fin de los grandes fríos. A partir de ese momento, la temperatura subió de manera constante y, en cuanto cesaron los trastornos, se mantuvo en una media de siete u ocho grados bajo cero.

La última quincena de agosto fue muy llevadera. Briant pudo reanudar los trabajos al exterior, a excepción de la pesca, pues un grueso hielo cubría todavía las aguas del río y del lago. Se hicieron numerosas visitas a las trampas, lazos y cepos, donde la caza de marisma abundaba, y la despensa no dejó de estar provista de caza fresca.

Por lo demás, el cercado pronto contó con algunos huéspedes nuevos. Además de las nidadas de avutardas y pintadas, la vicuña parió una camada de cinco crías de las que Service y Garnett se ocuparon con esmero.

Fue en estas circunstancias, ya que el estado del hielo aún lo permitía, cuando a Briant se le ocurrió ofrecer a sus camaradas una gran partida de patinaje. Con una suela de madera y una lámina de hierro, Baxter logró fabricar algunos pares de patines. Aquellos muchachos, por lo demás, estaban todos más o menos acostumbrados a ese ejercicio, muy popular en los inviernos rigurosos de Nueva Zelanda, y se sintieron encantados de tener ocasión de lucir sus habilidades sobre la superficie del lago Family.

Así pues, el 25 de agosto, hacia las once de la mañana, Briant, Gordon, Doniphan, Webb, Cross, Wilcox, Baxter, Garnett, Service, Jenkins y Jacques, dejando a Iverson, Dole y Costar al cuidado de Moko y Phann, abandonaron French-den para ir en busca de un lugar donde la capa de hielo ofreciera una vasta extensión propicia al patinaje.

Briant había tomado uno de los cuernos de a bordo para llamar a su pequeña tropa en caso de que alguno se dejara llevar demasiado lejos sobre el lago. Todos habían almorzado antes de partir y contaban con regresar para la cena.

Hubo que remontar la orilla durante casi cinco kilómetros antes de encontrar un emplazamiento conveniente, pues el lago Family estaba obstruido por témpanos en las inmediaciones de French-den. Fue a la altura de Traps-woods donde los jóvenes colonos se detuvieron ante una superficie uniformemente solidificada que se extendía hasta perderse de vista hacia el este. Habría sido un magnífico campo de maniobras para un ejército de patinadores.

Huelga decir que Doniphan y Cross habían traído sus fusiles para disparar sobre alguna pieza de caza si se presentaba la ocasión. En cuanto a Briant y Gordon, que nunca habían sentido afición por ese género de deporte, solo habían venido con la intención de evitar imprudencias.

Sin duda alguna, los patinadores más diestros de la colonia eran Doniphan, Cross —y Jacques sobre todo, que los superaba tanto por su velocidad de desplazamiento como por la precisión con que trazaba complicadas curvas.

Antes de dar la señal de partida, Briant reunió a sus camaradas y les dijo:

—No necesito recomendaros que os portéis con sensatez ni que dejéis a un lado el amor propio. Si no hay que temer que el hielo se rompa, siempre hay que temer romperse un brazo o una pierna. ¡No os alejéis fuera de la vista! En caso de que os vierais arrastrados demasiado lejos, no olvidéis que Gordon y yo os esperamos aquí. Así pues, cuando yo dé la señal con el cuerno, cada uno deberá ponerse en camino para reunirse con nosotros.

Hechas estas recomendaciones, los patinadores se lanzaron sobre el lago, y Briant se tranquilizó al verlos desplegar una habilidad verdadera. Si al principio hubo algunas caídas, no provocaron más que carcajadas.

En verdad, Jacques hacía maravillas: hacia adelante, hacia atrás, sobre un pie, sobre dos, erguido o en cuclillas, describiendo círculos y elipses con una regularidad perfecta. ¡Y qué satisfacción para Briant ver a su hermano participar en los juegos de los demás!

Es probable que Doniphan, el deportista tan apasionado por todos los ejercicios del cuerpo, sintiera cierta envidia del éxito de Jacques, a quien aplaudían de corazón. Así que no tardó en alejarse de la orilla, haciendo caso omiso de las instantes recomendaciones de Briant. Y es más: en un momento dado, hizo una señal a Cross para que fuera a reunirse con él.

—¡Eh, Cross! —le gritó—. ¡Veo una bandada de patos... allá... al este! ¿Los ves?

—Sí, Doniphan.

—¡Tú tienes tu fusil! ¡Yo tengo el mío! ¡A cazar!

—Pero Briant lo ha prohibido...

—¡Bah, déjame tranquilo con tu Briant! ¡En marcha... a toda velocidad!

En un abrir y cerrar de ojos, Doniphan y Cross habían recorrido casi un kilómetro, persiguiendo aquella bandada de aves que revoloteaban sobre el lago Family.

—¿Adónde van? —dijo Briant.

—Habrán visto alguna pieza de caza por allá —respondió Gordon—, y el instinto de la caza...

—¡O más bien el instinto de la desobediencia! —replicó Briant—. Es Doniphan otra vez...

—¿Crees, Briant, que hay algo que temer por ellos?

—¡Eh, quién sabe, Gordon! Alejarse siempre es una imprudencia... ¡Mira qué lejos están ya!

Y, en efecto, arrastrados en una carrera veloz, Doniphan y Cross no aparecían ya más que como dos puntos en el horizonte del lago.

Si tenían tiempo de volver, pues el día debía de durar todavía algunas horas, era sin embargo una imprudencia. En efecto, en aquella época del año, siempre había motivo para temer un cambio repentino en el estado de la atmósfera. Un cambio en la dirección del viento habría bastado para desencadenar ráfagas o nieblas.

Así que puede juzgarse cuáles fueron las aprensiones de Briant cuando, hacia las dos, el horizonte quedó bruscamente oculto bajo una espesa capa de brumas.

En ese momento, Cross y Doniphan no habían reaparecido todavía, y los vapores, acumulados ahora sobre la superficie del lago, ocultaban la orilla occidental.

—¡Esto es lo que temía! —exclamó Briant—. ¿Cómo van a encontrar su camino?

—¡Un toque de cuerno! ¡Da un toque de cuerno! —respondió Gordon con viveza.

Tres veces retumbó el cuerno, y su nota bronceada se prolongó por el espacio. Quizá fuera respondida con disparos de fusil —el único medio que tendrían Doniphan y Cross de dar a conocer su posición.

Briant y Gordon escucharon... Ninguna detonación llegó a sus oídos.

Ya, sin embargo, la niebla había ganado mucho en espesor y en extensión, y sus primeras volutas se desplegaban a menos de cuatrocientos metros de la orilla. Y como ascendía al mismo tiempo hacia las zonas más altas, el lago habría desaparecido por completo en pocos minutos.

Briant llamó entonces a quienes de sus camaradas permanecían al alcance de la vista. Momentos después, todos estaban reunidos en la orilla.

—¿Qué decidir? —preguntó Gordon.

—Intentarlo todo para encontrar a Cross y Doniphan antes de que se pierdan del todo en la niebla. Que uno de nosotros vaya en la dirección que tomaron e intente reunirlos con toques de cuerno...

—¡Estoy dispuesto a partir! —dijo Baxter.

—¡Nosotros también! —añadieron dos o tres más.

—¡No! ¡Iré yo! —dijo Briant.

—Seré yo, hermano —respondió Jacques—. Con mis patines, alcanzaré a Doniphan en un momento...

—¡Bien! —respondió Briant—. Ve, Jacques, y escucha atentamente por si oyes disparos de fusil. Toma, llévate este cuerno, que te servirá para señalar tu presencia.

—Sí, hermano.

Un instante después, Jacques era invisible en medio de las brumas, que se volvían cada vez más opacas.

Briant, Gordon y los demás prestaron atenta oreja a los toques de cuerno lanzados por Jacques; pero la distancia los fue apagando pronto.

Transcurrió media hora. Ninguna noticia de los ausentes: ni de Cross ni de Doniphan, incapaces de orientarse en el lago, ni de Jacques, que había salido a su encuentro.

¿Y qué sería de los tres si llegaba la noche antes de que hubieran regresado?

—Si al menos tuviéramos armas de fuego —exclamó Service—, quizá...

—¿Armas? —respondió Briant—. ¡Las hay en French-den! ¡Ni un instante que perder! ¡En marcha!

Era la mejor decisión que podía tomarse, pues, ante todo, importaba indicar tanto a Jacques como a Doniphan y a Cross qué dirección convenía seguir para encontrar la orilla del lago Family. Lo mejor era, pues, volver por el camino más corto a French-den, desde donde podrían hacerse señales mediante detonaciones sucesivas.

En menos de media hora, Briant, Gordon y los demás cubrieron los casi cinco kilómetros que les separaban de Sport-terrace.

En aquella ocasión, no se trataba de economizar pólvora. Wilcox y Baxter cargaron dos fusiles, que fueron disparados en dirección al este.

Ninguna respuesta. Ni disparo de fusil ni toque de cuerno.

Eran ya las tres y media. La niebla tendía a espesarse a medida que el sol se ocultaba detrás del macizo de Auckland-hill. A través de aquellos pesados vapores, imposible ver nada en la superficie del lago.

—¡El cañón! —dijo Briant.

Una de las dos pequeñas piezas del Sloughi —la que estaba apuntada a través de una de las troneras abiertas cerca de la puerta del hall— fue arrastrada hasta el centro de Sport-terrace y convenientemente orientada hacia el nordeste.

Se la cargó con uno de los cartuchos de señales, y Baxter iba a tirar de la cuerda del cebador cuando Moko sugirió la idea de colocar un taco de hierba untada en grasa sobre el cartucho. Creía saber que eso daría más fuerza a la detonación, y no se equivocaba.

El disparo partió —no sin que Dole y Costar se taparan los oídos.

En una atmósfera tan perfectamente en calma, era inconcebible que aquella detonación no se oyera a varios kilómetros de distancia.

Se escuchó... ¡Nada!

Durante una hora más, la pequeña pieza fue disparada cada diez minutos. Que Doniphan, Cross y Jacques pudieran confundirse sobre el significado de esos disparos repetidos que indicaban la posición de French-den era imposible. Además, aquellas descargas debían oírse en toda la superficie del lago Family, pues las nieblas son muy propicias a la propagación lejana del sonido, propiedad que aumenta incluso con su densidad.

Por fin, un poco antes de las cinco, dos o tres disparos de fusil, todavía lejanos, fueron percibidos con bastante claridad en dirección al nordeste.

—¡Son ellos! —exclamó Service.

Y al punto Baxter respondió con una última descarga a la señal de Doniphan.

Momentos después, dos sombras se recortaron entre las brumas, que eran menos espesas cerca de la orilla que sobre el lago. Pronto, los hurras se unieron a los hurras que salían de Sport-terrace.

Eran Doniphan y Cross.

Jacques no estaba con ellos.

Puede imaginarse qué angustias mortales debió de sufrir Briant. Su hermano no había podido encontrar a los dos cazadores, que ni siquiera habían oído sus toques de cuerno. En ese momento, en efecto, Cross y Doniphan, tratando de orientarse, ya se habían desviado hacia la parte meridional del lago Family, mientras Jacques se adentraba hacia el este para intentar reunirse con ellos. Ellos mismos, por otro lado, sin las detonaciones partidas de French-den, nunca habrían podido encontrar su camino.

Briant, absorto en el pensamiento de su hermano perdido entre las brumas, apenas pensaba en reprocharle nada a Doniphan, cuya desobediencia amenazaba con tener consecuencias tan graves. Que Jacques se viera obligado a pasar la noche sobre el lago con una temperatura que quizás bajara a quince grados bajo cero... ¿cómo resistiría a unos fríos tan intensos?

—Debería haber ido yo en su lugar... yo —repetía Briant, a quien Gordon y Baxter intentaban en vano infundir algo de esperanza.

Se dispararon algunos cañonazos más. Era evidente que, si Jacques se hubiera aproximado a French-den, los habría oído y no habría dejado de señalar su presencia con toques de cuerno.

Pero cuando sus últimos retumbos se perdieron a lo lejos, las detonaciones quedaron sin respuesta.

Y ya, al empezar a hacerse de noche, la oscuridad no tardaría en envolver toda la isla.

Sin embargo, se produjo entonces una circunstancia bastante favorable. La niebla parecía tener tendencia a disiparse. La brisa que había soplado del poniente, como ocurría casi cada tarde después de las calmas del día, empujaba las brumas hacia el este dejando libre la superficie del lago Family.

Pronto, la dificultad de encontrar French-den solo se debería a la oscuridad de la noche.

En esas condiciones, no había más que una cosa por hacer: encender un gran fuego en la orilla para que pudiera servir de señal. Y ya Wilcox, Baxter y Service amontonaban leña seca en el centro de Sport-terrace cuando Gordon los detuvo.

—¡Esperad! —dijo.

Con el catalejo en el ojo, Gordon miraba atentamente en dirección al nordeste.

—Me parece que veo un punto... —dijo—, un punto que se desplaza...

Briant había tomado el catalejo y miraba a su vez.

—¡Gracias a Dios! ¡Es él! ¡Es Jacques! —exclamó—. ¡Lo veo!

Y todos a gritar a pleno pulmón, ¡como si pudieran oírse a una distancia que no debía evaluarse en menos de kilómetro y medio!

Sin embargo, aquella distancia disminuía a ojos vistas. Jacques, con los patines en los pies, se deslizaba con la rapidez de una flecha sobre la costra helada del lago, acercándose a French-den. Unos minutos más y habría llegado.

—¡Parece que no viene solo! —exclamó Baxter, que no pudo contener un gesto de sorpresa.

En efecto, una observación más atenta hizo distinguir que otros dos puntos se movían detrás de Jacques, a unos treinta metros de él.

—¿Qué es eso? —preguntó Gordon.

—¿Hombres? —respondió Baxter.

—¡No! Parecen animales —dijo Wilcox.

—¡Fieras, quizás! —exclamó Doniphan.

No se equivocaba y, sin vacilar, fusil en mano, se lanzó sobre el lago al encuentro de Jacques.

En pocos instantes, Doniphan alcanzó al muchacho y descargó sus dos tiros sobre las fieras, que dieron media vuelta y desaparecieron enseguida.

Eran dos osos, que nadie habría esperado ver figurar en la fauna de Chairman. Puesto que esas temibles bestias rondaban por la isla, ¿cómo era posible que los cazadores no hubieran encontrado jamás rastro de ellas? ¿Habría que admitir entonces que no la habitaban, sino que, durante el invierno, ya fuera aventurándose sobre la superficie del mar helado, ya embarcando en témpanos flotantes, esos osos se atrevían a llegar hasta aquellos parajes? ¿Y no parecía esto indicar que había algún continente en las cercanías de la isla Chairman? Habría que reflexionar sobre ello.

Sea como fuere, Jacques estaba a salvo, y su hermano lo estrechaba entre sus brazos.

No faltaron felicitaciones, abrazos ni apretones de manos para el valiente muchacho. Después de haber tocado el cuerno en vano para llamar a sus dos camaradas, él también, perdido en lo más espeso de las brumas, se había visto en la imposibilidad de orientarse cuando estallaron las primeras detonaciones.

—¡Solo puede ser el cañón de French-den! —se dijo, tratando de captar de dónde venía el sonido.

Se encontraba entonces a varios kilómetros de la orilla, en el nordeste del lago.

Al instante, a toda la velocidad de sus patines, echó a correr en la dirección que le señalaban.

De pronto, en el momento en que la niebla empezaba a disolverse, se encontró ante dos osos que se lanzaron hacia él. A pesar del peligro, la sangre fría no le abandonó ni un instante y, gracias a la rapidez de su carrera, pudo mantener a esos animales a distancia. Pero, de haber caído, habría estado perdido.

Y entonces, tomando a Briant aparte mientras todos regresaban a French-den:

—Gracias, hermano —le dijo en voz baja—, gracias, pues me has permitido...

Briant le apretó la mano sin responder.

Luego, en el momento en que Doniphan iba a cruzar la puerta del hall, le dijo:

—Te había prohibido alejarte y, ya lo ves, tu desobediencia podría haber causado una gran desgracia. Sin embargo, aunque hayas obrado mal, Doniphan, no debo dejar de agradecerte que hayas ido en socorro de Jacques.

—No he hecho más que mi deber —respondió fríamente Doniphan.

Y ni siquiera tomó la mano que su camarada le tendía con tanta cordialidad.

CAPÍTULO 20

Seis semanas después de estos acontecimientos, hacia las cinco de la tarde, cuatro de los jóvenes colonos acababan de detenerse en el extremo meridional del lago Family.

Era el 10 de octubre. Se dejaba sentir la influencia del buen tiempo. Bajo los árboles, revestidos de una verdura del todo fresca, el suelo había recuperado su color primaveral. Una suave brisa rizaba levemente la superficie del lago, aún iluminada por los últimos rayos del sol que rozaban la vasta llanura de los South-moors, bordeada por una estrecha franja de arena. Numerosas aves pasaban en bandadas chillonas, regresando a sus refugios nocturnos en la sombra del bosque o en las grietas del acantilado. Distintos grupos de árboles de hoja perenne —pinos, encinas verdes— y, no lejos, una pinada de algunas hectáreas, rompían solos la monótona aridez de esa parte de la isla Chairman. El marco vegetal del lago se interrumpía en ese lugar y, para encontrar de nuevo el tupido telón de los bosques, habría hecho falta remontar varios kilómetros por una u otra de las dos orillas laterales.

En ese momento, una buena hoguera, encendida al pie de un pino marítimo, lanzaba su oloroso humo que el viento empujaba sobre el pantano. Un par de patos se asaban ante un fuego chispeante, dispuesto entre dos piedras. Tras la cena, los cuatro chicos no tendrían más que envolverse en sus mantas y, mientras uno de ellos velara, los otros tres dormirían tranquilamente hasta el día.

Eran Doniphan, Cross, Webb y Wilcox, y he aquí en qué circunstancias habían tomado la decisión de separarse de sus camaradas.

Durante las últimas semanas de aquel segundo invierno que los jóvenes colonos acababan de pasar en French-den, las relaciones se habían tensado entre Doniphan y Briant. No se ha olvidado con qué despecho había visto Doniphan que la elección recaía en su rival. Cada vez más celoso e irritable, no se resignaba de buen grado a someterse a las órdenes del nuevo jefe de la isla Chairman. Si no le resistió abiertamente fue porque sabía que la mayoría no le habría apoyado. Sin embargo, en diversas ocasiones había manifestado tal mala voluntad que Briant no había podido ahorrarle justas reconvencciones. Desde los incidentes del patinaje, en que su desobediencia había sido flagrante, ya fuera arrastrado por su instinto de cazador o porque hubiera querido obrar a su antojo, su insubordinación no había hecho sino crecer, y había llegado el momento en que Briant se vería obligado a tomar medidas.

Hasta entonces, muy preocupado por este estado de cosas, Gordon había conseguido de Briant que se contuviera. Pero este sentía bien que su paciencia estaba al límite y que, en el interés general y para mantener el buen orden, sería necesario un escarmiento. En vano había intentado Gordon reconducir a Doniphan a mejores sentimientos. Si en otros tiempos había tenido alguna influencia sobre él, debió reconocer que la había perdido por completo. Doniphan no le perdonaba haberse puesto con tanta frecuencia del lado de su rival. Así pues, la intervención de Gordon no tuvo ningún resultado, y fue con profundo pesar que previó complicaciones muy próximas.

De ese estado de cosas resultaba, pues, que la buena armonía, tan indispensable para la tranquilidad de los huéspedes de French-den, estaba rota. Se experimentaba un malestar moral que hacía muy penosa la vida en común.

En efecto, salvo en las horas de las comidas, Doniphan y sus partidarios —Cross, Webb y Wilcox, que cada vez se sometían más a su dominio— vivían aparte. Cuando el mal tiempo les impedía salir a cazar, se reunían en un rincón del salón y allí conversaban en voz baja entre ellos.

—Con toda seguridad —le dijo un día Briant a Gordon—, los cuatro se entienden para alguna maquinación...

—¿Contra ti, Briant? —respondió Gordon—. ¿Intentar ocupar tu puesto?... ¡Doniphan no se atrevería!... Todos estaríamos de tu parte, ya lo sabes, y él no lo ignora.

—Quizá Wilcox, Cross, Webb y él estén pensando en separarse de nosotros...

—Eso es de temer, Briant, y no creo que tengamos derecho a impedirselo.

—¿Los ves tú, Gordon, marchándose a instalarse lejos de aquí...

—Quizá no piensen en eso, Briant.

—¡Al contrario, sí piensan! He visto a Wilcox sacar una copia del mapa del náufrago Baudoin, y evidentemente con la intención de llevárselo...

—¿Wilcox ha hecho eso?...

—Sí, Gordon, y, en verdad, no sé si, para acabar con tales disgustos, no sería mejor que yo cediera el puesto a otro... a ti, Gordon, o incluso a Doniphan... Eso cortaría de raíz toda rivalidad...

—¡No, Briant! —respondió Gordon con energía—. ¡No!... Eso sería faltar a tus deberes con quienes te eligieron... y a lo que te debes a ti mismo.

Fue en el transcurso de estas penosas disensiones como llegó el fin del invierno. Con los primeros días de octubre, desaparecido definitivamente el frío, la superficie del lago y la del río habían quedado del todo libres de hielo. Y fue entonces —en la tarde del 9 de octubre— cuando Doniphan hizo conocer su decisión de abandonar French-den junto con Webb, Cross y Wilcox.

—¿Queréis abandonarnos? —dijo Gordon.

—¿Abandonaros?... No, Gordon —respondió Doniphan—. Solo es que Cross, Wilcox, Webb y yo hemos formado el proyecto de ir a establecernos en otra parte de la isla.

—¿Y por qué, Doniphan? —replicó Baxter.

—Sencillamente porque deseamos vivir a nuestro albedrío y, lo digo con franqueza, porque no nos conviene recibir órdenes de Briant.

—Querría saber qué tienes que reprocharme, Doniphan —preguntó Briant.

—Nada... salvo estar al frente de nosotros —respondió Doniphan—. ¿Ya hemos tenido a un americano como jefe de la colonia?... ¡Ahora es un

francés quien nos manda!... De veras que ya solo faltaría nombrar a Moko...

—¿Hablas en serio? —preguntó Gordon.

—Lo que sí es serio —respondió Doniphan con tono altanero— es que, si a nuestros camaradas les place tener por jefe a cualquiera que no sea inglés, eso no nos place ni a mis amigos ni a mí.

—¡Bien! —respondió Briant—. Wilcox, Webb, Cross y tú, Doniphan, sois libres de marcharos y de llevaros la parte de los objetos que os corresponde.

—Nunca lo hemos dudado, Briant, y mañana mismo abandonaremos French-den.

—¡Ojalá no tengáis que arrepentiros de vuestra decisión! —añadió Gordon, que comprendió que toda insistencia sobre el asunto sería vana.

En cuanto al proyecto que Doniphan había resuelto llevar a cabo, era el siguiente:

Pocas semanas antes, al relatar su excursión por la parte oriental de la isla Chairman, Briant había afirmado que la pequeña colonia habría podido instalarse allí en buenas condiciones. Las masas rocosas de la costa encerraban numerosas cavernas, los bosques al este del lago Family lindaban con la playa, el East-river proporcionaba agua dulce en abundancia, la caza mayor y de pluma abundaba en sus orillas; en fin, la vida allí debía de ser tan cómoda como en French-den, y mucho más que en Sloughi-bay. Además, la distancia entre French-den y la costa no era más que de diecinueve kilómetros en línea recta, de los cuales unos diez para cruzar el lago y otros tantos para descender el curso del East-river. Por tanto, en caso de absoluta necesidad, sería fácil comunicarse con French-den.

Fue después de haber reflexionado seriamente en todas estas ventajas cuando Doniphan convenció a Wilcox, Cross y Webb de ir a establecerse con él en el otro litoral de la isla.

Sin embargo, no era por agua como Doniphan se proponía llegar a Deception-bay. Descender la orilla del lago Family hasta su punta meridional, rodear esa punta, remontar la orilla opuesta para alcanzar el East-river, explorando un territorio del que aún no se conocía nada, y luego seguir el

curso del río a través del bosque hasta su desembocadura: tal era el itinerario que pensaba seguir. Sería un recorrido bastante largo —unos veinticinco kilómetros—, pero sus camaradas y él lo harían como cazadores. De esa forma, Doniphan evitaría embarcarse en la yola, cuya maniobra habría requerido una mano más experta que la suya. El halkett-boat que quería llevarse bastaría para cruzar el East-river y, en caso necesario, para franquear otros ríos, si los hubiera en el este de la isla.

Por lo demás, esta primera expedición tendría como único objetivo reconocer el litoral de Deception-bay para elegir el lugar donde Doniphan y sus tres amigos regresarían a instalarse definitivamente. Así pues, sin querer cargarse de equipaje, resolvieron llevar solo dos fusiles, cuatro revólveres, dos hachas, municiones en cantidad suficiente, sedales de fondo, mantas de viaje, una de las brújulas de bolsillo, el ligero bote de goma y únicamente algunas conservas, no dudando de que la caza y la pesca habrían de satisfacer ampliamente sus necesidades. Además, esta expedición —creían— no duraría más que seis o siete días. Cuando hubieran elegido una vivienda, volverían a French-den, tomarían su parte de los objetos procedentes del Sloughi de los que eran legítimos propietarios y cargarían el carro con ese material. Si a Gordon o a algún otro le apetecía visitarles, sería bien recibido; pero en cuanto a continuar compartiendo la vida en común en las actuales condiciones, se negaban rotundamente, y en ese punto no consentirían en reconsiderar su decisión.

Al día siguiente, en cuanto salió el sol, Doniphan, Cross, Webb y Wilcox se despidieron de sus camaradas, que mostraron gran tristeza ante aquella separación. Quizás ellos mismos estaban más emocionados de lo que dejaban ver, aunque estaban muy firmemente decididos a llevar adelante su proyecto, en el que el orgullo tenía una gran parte. Tras cruzar el río Zealand en la yola, que Moko devolvió al pequeño embarcadero, se alejaron sin demasiada prisa, examinando a la vez esa parte inferior del lago Family, que se estrechaba poco a poco hacia su punta, y la inmensa llanura de los South-moors, cuyo final no se divisaba ni al sur ni al oeste.

Algunos pájaros fueron abatidos por el camino, a orillas mismas del pantano. Doniphan, comprendiendo que debía economizar sus municiones, se había contentado con la caza necesaria para la alimentación del día.

El tiempo estaba cubierto, sin amenaza de lluvia, y la brisa parecía fija en el nordeste. Durante esa jornada, los cuatro chicos no hicieron más de ocho o diez kilómetros y, llegados hacia las cinco de la tarde al extremo del lago, se detuvieron para pasar allí la noche.

Tales son los hechos que se habían producido en French-den entre los últimos días de agosto y el 11 de octubre.

Así pues, Doniphan, Cross, Wilcox y Webb estaban ahora lejos de sus camaradas, ¡de quienes ninguna consideración habría debido separarles jamás! ¿Se sentían ya solos? ¡Sí, quizás! Pero, decididos a llevar su proyecto hasta el final, solo pensaban en crearse una nueva existencia en algún otro punto de la isla Chairman.

La noche, que el fuego mantenido hasta el alba había hecho llevadera, tocaba a su fin; los cuatro se prepararon para partir. La punta meridional del lago Family trazaba un ángulo muy agudo en la confluencia de las dos orillas, de las cuales la derecha remontaba casi perpendicularmente hacia el norte. Al este, el territorio era aún pantanoso, aunque el agua no inundase su suelo herboso, elevado un metro o poco más por encima del lago. Unas ondulaciones tapizadas de hierba y sombreadas de árboles raquíticos lo accidentaban. Como ese territorio parecía formado principalmente de dunas, Doniphan le dio el nombre de Downs-lands (Tierra de las Dunas). Luego, no queriendo lanzarse a lo desconocido, resolvió continuar siguiendo la orilla para alcanzar el East-river y la parte del litoral ya reconocida por Briant. Ya se vería más adelante si explorar esa región de los Downs-lands hasta la costa.

Sin embargo, sus compañeros y él lo discutieron antes de ponerse en marcha.

—Si las distancias están marcadas con exactitud en el mapa —dijo Doniphan—, deberíamos encontrar el East-river a once kilómetros como máximo de la punta del lago, y podremos alcanzarlo sin demasiada fatiga al atardecer.

—¿Por qué no cortar al nordeste para encontrar el río cerca de su desembocadura? —observó Wilcox.

—En efecto, eso nos ahorraría un buen tercio del camino —añadió Webb.

—Sin duda —respondió Doniphan—, pero ¿para qué aventurarse en medio de esos territorios pantanosos que no conocemos y arriesgarse a tener que volver atrás? En cambio, siguiendo la orilla del lago, hay muchas posibilidades de que ningún obstáculo nos cierre el paso.

—Y además —añadió Cross—, nos interesa explorar el curso del East-river.

—Evidentemente —respondió Doniphan—, porque ese río establece una comunicación directa entre la costa y el lago Family. Por lo demás, al bajar por él tendremos también la ocasión de visitar la parte del bosque que atraviesa.

Dicho esto, se pusieron en marcha a buen paso. Un estrecho camino dominaba de un metro a metro y veinte centímetros, por un lado, el nivel del lago, y por el otro, la larga llanura de dunas que se extendía a la derecha. Como el suelo ascendía sensiblemente, era de suponer que el aspecto del territorio cambiaría por completo algunos kilómetros más adelante.

En efecto, hacia las once, Doniphan y sus compañeros se detenían a almorzar a orillas de una pequeña ensenada, sombreada por grandes hayas. Desde allí, hasta donde alcanzaba la vista en dirección al este, no era más que una confusa masa de verdor que ocultaba el horizonte.

Un agutí, abatido por la mañana por Wilcox, corrió con los gastos del almuerzo, del que Cross —encargado más especialmente de sustituir a Moko como cocinero jefe— salió del paso como pudo. Tras tomar justo el tiempo de hacer unos asados en las brasas, de devorarlos y de aplacar a un tiempo la sed y el hambre, Doniphan y sus compañeros se internaron por la orilla del lago Family.

Ese bosque, cuya linde seguía el lago, estaba formado siempre de las mismas especies que los Traps-woods de la parte occidental. Solo que los árboles de hoja perenne crecían allí en mayor número. Se contaban más pinos marítimos, abetos y encinas verdes que abedules o hayas, todos soberbios por sus dimensiones.

Doniphan pudo comprobar también —con gran satisfacción— que la fauna no era menos variada en esa parte de la isla. Guanacos y vicuñas se mostraron en varias ocasiones, así como una manada de ñandúes que se ale-

jaba después de haber bebido. Las liebres maras, los tucutucos, los pecaríes y la caza de pluma abundaban en los matorrales.

Hacia las seis de la tarde, fue preciso hacer alto. En ese lugar, la orilla estaba cortada por un curso de agua que servía de desagüe al lago. Debía de ser, y era en efecto, el East-river. Eso fue tanto más fácil de reconocer cuanto que Doniphan descubrió, bajo un grupo de árboles, en el fondo de una estrecha cala, huellas recientes de acampada, es decir, las cenizas de una hoguera.

Era allí donde Briant, Jacques y Moko habían desembarcado durante su excursión a Deception-bay, allí donde habían pasado su primera noche.

Acampar en ese lugar, avivar los carbones apagados y, tras la cena, tenderse bajo los mismos árboles que habían cobijado a sus camaradas: eso era lo mejor que podían hacer Doniphan, Webb, Wilcox y Cross, y eso fue lo que hicieron.

Ocho meses antes, cuando Briant se había detenido en ese lugar, estaba lejos de sospechar que cuatro de sus compañeros vendrían a su vez allí con la intención de vivir separados en esa parte de la isla Chairman.

Y quizás, al verse allí, lejos de esa confortable morada de French-den donde solo hubiera dependido de ellos quedarse, Cross, Wilcox y Webb tuvieron algún arrepentimiento de aquella temeridad. Pero su suerte estaba ahora ligada a la de Doniphan, y Doniphan tenía demasiado orgullo para reconocer sus errores, demasiada obstinación para renunciar a sus proyectos, demasiados celos para consentir en ceder ante su rival.

Llegado el día, Doniphan propuso cruzar inmediatamente el East-river.

— Así lo tendremos adelantado — dijo —, y la jornada nos bastará para llegar a la desembocadura, que no está a más de ocho o diez kilómetros.

— Y además — observó Cross —, es en la orilla izquierda donde Moko recogió sus piñones, y haremos provisión de ellos durante el camino.

El hallett-boat fue entonces desplegado y, en cuanto estuvo en el agua, Doniphan se dirigió hacia la orilla opuesta, largando una cuerda por la popa. Con unos pocos golpes de remo cruzó pronto los nueve o doce metros de anchura que el río medía en ese lugar. Luego, tirando de la cuerda cuyo ex-

tremo habían conservado, Wilcox, Webb y Cross se trajeron el ligero bote, en el que pasaron sucesivamente a la otra orilla.

Hecho esto, Wilcox deshinchó el halkett-boat, lo plegó como una bolsa de viaje, se lo cargó a la espalda y se reanudó la marcha. Sin duda, habría sido menos fatigoso dejarse llevar por la corriente del East-river en la yola, como habían hecho Briant, Jacques y Moko; pero el bote de goma no podía llevar más que a una persona a la vez, por lo que se había tenido que renunciar a ese modo de locomoción.

Esa jornada fue muy penosa. El espesor del bosque, su suelo erizado la mayor parte de las veces de hierba tupida y sembrado de ramas caídas por los últimos temporales, varios barrizales que hubo que rodear no sin esfuerzo, retrasaron la llegada al litoral. Por el camino, Doniphan pudo comprobar que el naufrago francés no parecía haber dejado huellas de su paso por esa parte de la isla, como las había dejado bajo los macizos de Traps-woods. Y, sin embargo, no había duda de que la había explorado, puesto que su mapa indicaba con exactitud el curso del East-river hasta Deception-bay.

Un poco antes del mediodía se hizo un alto para almorzar, precisamente en el lugar donde crecían los pinos piñoneros. Cross recogió cierta cantidad de esos frutos, de los que todos disfrutaron. Luego, durante otros tres kilómetros más, fue necesario deslizarse entre esos tupidos matorrales e incluso abrirse paso a hachazos para no alejarse del curso del agua.

A causa de estos retrasos, el límite extremo del bosque no fue sobrepasado hasta cerca de las siete de la tarde. Al llegar la noche, Doniphan no pudo reconocer la disposición del litoral. Sin embargo, si no vio más que una línea espumosa, oyó el largo y grave rugido del mar que rompía sobre la playa.

Se decidió hacer alto en ese lugar para dormir al raso. Para la noche siguiente, no había duda de que la costa ofrecería mejor abrigo en una de las cavernas, no lejos de la desembocadura del río.

Organizado el campamento, la cena —o, más bien, dado lo avanzado de la hora, la cena tardía— se compuso de algunos urogallos que fueron asados a la llama de una hoguera de ramas muertas y piñas recogidas bajo los árboles.

Por prudencia, se había convenido en que ese fuego se mantendría hasta el día, y durante las primeras horas fue Doniphan quien se encargó de ese cometido.

Wilcox, Cross y Webb, tendidos bajo el ramaje de un amplio pino parasol y muy fatigados tras esa larga jornada de marcha, se durmieron de inmediato.

Doniphan tuvo mucho trabajo para luchar contra el sueño. Resistió, sin embargo; pero, llegado el momento en que debía ser relevado por uno de sus compañeros, todos estaban sumidos en un sueño tan profundo que no pudo decidirse a despertar a nadie.

Por lo demás, el bosque estaba tan tranquilo en los alrededores del campamento que la seguridad no debía de ser menor allí que en French-den.

Así pues, tras echar algunos brazados de leña al fuego, Doniphan fue a tenderse al pie del árbol. Allí, sus ojos se cerraron al instante para no abrirse de nuevo hasta el momento en que el sol ascendía sobre un amplio horizonte de mar que se perfilaba al ras del cielo.

CAPÍTULO 21

El primer cuidado de Doniphan, Wilcox, Webb y Cross fue descender la orilla del curso de agua hasta su desembocadura. Desde allí, sus miradas se pasearon ávidamente por ese mar que veían por primera vez. Estaba tan desierto como el litoral opuesto.

—Y sin embargo —hizo notar Doniphan—, si, como tenemos motivos para creer, la isla Chairman no está lejos del continente americano, los navíos que salen del estrecho de Magallanes y remontan hacia los puertos de Chile y del Perú deben pasar por el este. ¡Razón de más para establecernos en la costa de la bahía Deception, y, aunque Briant la haya llamado así, espero bien que no tardará en desmentir ese nombre de mal agüero!

Quizás, al hacer esta observación, Doniphan buscaba excusas o al menos pretextos para su ruptura con sus camaradas de French-den. Bien considerado, por otra parte, era en esa parte del Pacífico, al oriente de la isla Chairman, donde con mayor probabilidad habrían de aparecer navíos con destino a los puertos de Sudamérica.

Tras observar el horizonte con su catalejo, Doniphan quiso visitar la desembocadura del East-river. Al igual que hiciera Briant, él y sus compañeros constataron que la naturaleza había creado allí un pequeño puerto, muy resguardado del viento y del oleaje. Si la goleta hubiera atracado en la isla Chairman por ese lugar, no habría sido imposible evitar su varada y conservarla intacta para el regreso a casa de los jóvenes colonos.

Tras las rocas que formaban el puerto se agrupaban los primeros árboles del bosque, que se extendía no solo hasta el lago Family, sino también hacia el norte, donde la vista no encontraba más que un horizonte de verdor. En cuanto a las excavaciones horadadas en las masas graníticas del litoral,

Briant no había exagerado en absoluto. Doniphan solo tendría que elegir. Sin embargo, le pareció conveniente no alejarse de las orillas del East-river, y pronto encontró una «chimenea» tapizada de arena fina, con recovecos y rincones, en la que la comodidad no estaría menos asegurada que en French-den. Aquella caverna habría podido albergar incluso a toda la colonia, pues comprendía una serie de cavidades anexas que podrían haberse convertido en otras tantas habitaciones distintas, en lugar de disponer únicamente del vestíbulo y del Store-room.

Aquella jornada se empleó en visitar la costa en una extensión de kilómetro y medio a tres kilómetros. Entretanto, Doniphan y Cross abatieron algunos tinamúes, mientras que Wilcox y Webb tendían un palangre en las aguas del East-river, a unos cien pasos por encima de la desembocadura. Se capturó media docena de peces, del tipo de los que remontaban el curso del río Zealand —entre ellos, dos percas de bastante buen tamaño—. Los moluscos también abundaban en los innumerables huecos de los arrecifes que, al noreste, protegían el puerto del oleaje del mar abierto. Los mejillones y las lapas abundaban allí y eran de buena calidad. Se tendrían, pues, esos moluscos al alcance de la mano, así como los peces de mar, que se deslizaban entre los grandes fucos, sumergidos al pie del banco, sin que fuera necesario ir a buscarlos a cuatro o cinco millas.

No se ha olvidado que, durante su exploración a la desembocadura del East-river, Briant había ascendido a una alta roca que recordaba la silueta de un oso gigantesco. Doniphan quedó igualmente impresionado por su singular forma. Por eso, tomando posesión del lugar, dio el nombre de Bear-rock-harbour (puerto de la Roca del Oso) al pequeño puerto que dominaba esa roca, y ese es el nombre que figura ahora en el mapa de la isla Chairman.

Durante la tarde, Doniphan y Wilcox escalaron Bear-rock con el fin de obtener una amplia panorámica de la bahía. Pero ni navío ni tierra alguna se les apareció al levante de la isla. Aquella mancha blanquecina que había llamado la atención de Briant al noreste, ni siquiera la vislumbraron, ya fuera porque el sol estuviera ya demasiado bajo en el horizonte opuesto, ya fuera porque esa mancha no existiese y Briant hubiera sido víctima de una ilusión óptica.

Al caer la tarde, Doniphan y sus compañeros tomaron su comida bajo un grupo de espléndidos almeces, cuyas ramas bajas se extendían sobre el cur-

so de agua. Luego se trató esta cuestión: si convenía regresar de inmediato a French-den para traer los objetos necesarios para una instalación definitiva en la caverna de Bear-rock.

—Pienso —dijo Webb— que no debemos tardar, pues volver a hacer el camino por el sur del lago Family nos llevará varios días.

—Pero —hizo notar Wilcox—, cuando regresemos aquí, ¿no valdría más atravesar el lago para bajar después por el East-river hasta su desembocadura? Lo que Briant ya hizo con el bote, ¿por qué no lo haríamos nosotros?

—Ganaríamos tiempo y nos ahorraríamos mucha fatiga —añadió Webb.

—¿Qué piensas tú, Doniphan? —preguntó Cross.

Doniphan reflexionaba sobre esta propuesta, que ofrecía ventajas reales.

—Tienes razón, Wilcox —respondió—, y, embarcándonos en el bote que pilotaría Moko...

—A condición de que Moko consintiera —hizo notar Webb con tono dubitativo.

—¿Y por qué no iba a consentir? —respondió Doniphan—. ¿Acaso no tengo yo el mismo derecho a darle una orden que Briant? Además, solo se trataría de guiarnos a través del lago...

—¡Tendrá que obedecer! —exclamó Cross—. Si nos viéramos obligados a transportar por tierra todo nuestro material, no habría quien acabase. Añado que el carro quizás no encontraría paso a través del bosque. Así pues, sirvámonos del bote...

—¿Y si se niegan a dárnoslo? —insistió Webb.

—¿Negarse? —exclamó Doniphan—. ¿Y quién se negaría?

—¡Briant!... ¿No es él el jefe de la colonia?

—¡Briant!... ¡negarse!... —repitió Doniphan—. ¿Es que esa embarcación le pertenece a él más que a nosotros? Si Briant se permitiera negarse...

Doniphan no terminó la frase; pero se notaba que ni en ese punto ni en ningún otro aquel chico imperioso se sometería a las imposiciones de su rival.

Por lo demás, como hizo notar Wilcox, era inútil discutir sobre ese asunto. En su opinión, Briant daría a sus camaradas toda facilidad para instalarse en Bear-rock, y no valía la pena calentarse la cabeza. Quedaba por decidir si se regresaría de inmediato a French-den.

— ¡Eso me parece indispensable! — dijo Cross.

— ¿Entonces, mañana mismo? — preguntó Webb.

— No — respondió Doniphan —. Antes de partir, me gustaría aventurarme más allá de la bahía para reconocer la parte norte de la isla. En cuarenta y ocho horas podemos haber regresado a Bear-rock tras haber alcanzado la costa septentrional. ¿Quién sabe si no hay en esa dirección alguna tierra que el naufrago francés no pudo ver y, por consiguiente, no pudo indicar en su mapa? Sería poco razonable establecernos aquí sin saber a qué atenernos.

La observación era justa. De modo que, aunque ese proyecto prolongara la ausencia dos o tres días, se decidió que se llevaría a cabo sin demora.

Al día siguiente, 14 de octubre, Doniphan y sus tres amigos partieron al amanecer y tomaron dirección norte sin abandonar el litoral.

A lo largo de unos cinco kilómetros, las masas rocosas se extendían entre el bosque y el mar, dejando a su base únicamente una playa arenosa de no más de unos treinta metros de anchura.

Fue al mediodía cuando los muchachos, tras dejar atrás la última roca, se detuvieron para almorzar.

En ese lugar, un segundo curso de agua desembocaba en la bahía; pero, por su dirección, que era de sureste a noroeste, había motivos para suponer que no nacía en el lago. Las aguas que vertía en una angosta ensenada debían ser las que recogía al atravesar la región superior de la isla. Doniphan lo llamó North-creek (arroyo del Norte) y, en realidad, no merecía la calificación de río.

Bastaron unos golpes de remo para que el hallett-boat lo cruzara, y no hubo más que bordear el bosque, cuya orilla izquierda marcaba el límite del arroyo.

En el camino, Doniphan y Cross dispararon sus fusiles dos veces en las circunstancias siguientes:

Eran aproximadamente las tres de la tarde. Siguiendo el curso del North-creek, Doniphan se había desviado hacia el noroeste más de lo conveniente, puesto que su propósito era alcanzar la costa septentrional. Iba ya a rectificar el rumbo hacia su derecha cuando Cross, deteniéndolo, exclamó de repente:

— ¡Mira, Doniphan, mira!

Y señalaba una masa rojiza que se agitaba visiblemente entre la hierba alta y los juncos del arroyo, bajo la bóveda de los árboles.

Doniphan hizo señas a Webb y a Wilcox de que no se movieran. Luego, acompañado de Cross, con el fusil listo para ser apuntado, se deslizó sin ruido hacia la masa en movimiento.

Era un animal de gran tamaño que habría recordado a un rinoceronte si su cabeza hubiera estado armada de cuernos y si su labio inferior se hubiera alargado desmedidamente.

En ese instante estalló un disparo, seguido de inmediato de una segunda detonación. Doniphan y Cross habían disparado casi a la vez.

Sin duda, a esa distancia de unos cuarenta y cinco metros, el plomo no había producido ningún efecto sobre la gruesa piel del animal, pues este, lanzándose fuera de los juncos, cruzó rápidamente la orilla y desapareció en el bosque.

Doniphan había tenido tiempo de reconocerlo. Era un anfibio, por lo demás perfectamente inofensivo, un «anta», de pelaje de color pardo, es decir, uno de esos enormes tapires que se encuentran más habitualmente en las proximidades de los ríos de Sudamérica. Como no se habría podido hacer nada con ese animal, no había por qué lamentar su desaparición, salvo desde el punto de vista del amor propio cinegético.

Por ese lado de la isla Chairman se extendían todavía, hasta perderse de vista, masas de vegetación exuberante. La vegetación era prodigiosamente densa y, como las hayas crecían por millares, Doniphan le dio el nombre de Beechs-forest (bosque de las Hayas), que quedó consignado en el mapa junto con las denominaciones de Bear-rock y North-creek, ya admitidas anteriormente.

Al caer la tarde, habían recorrido unos catorce kilómetros. Otros tantos, y los jóvenes exploradores habrían alcanzado el norte de la isla. Esa sería la tarea del día siguiente.

La marcha se reanudó al salir el sol. Había razones para darse prisa. El tiempo amenazaba con cambiar. El viento, que soplaba del oeste, mostraba tendencia a arreciar. Ya las nubes avanzaban desde el mar abierto manteniéndose todavía en una zona elevada, lo que permitía esperar que no se resolverían en lluvia. Desafiar el viento, aunque soplara en forma de tormenta, no era cosa que asustara a unos muchachos resueltos. Pero la ráfaga, con su habitual acompañamiento de aguaceros torrenciales, los habría entorpecido enormemente y los habría obligado a suspender su expedición para regresar al cobijo de Bear-rock.

Apretaron el paso, pues, aunque tuvieran que luchar contra el chubasco que los tomaba de costado. La jornada fue extremadamente penosa y anunciaba una noche muy mala. En efecto, nada menos que una tormenta se abatió sobre la isla y, a las cinco de la tarde, largos truenos retumbaron en medio del resplandor de los relámpagos.

Doniphan y sus camaradas no retrocedieron. La idea de que estaban a punto de alcanzar la meta los alentaba. Además, las espesuras de Beech-forest se prolongaban todavía en esa dirección, y siempre tendrían el recurso de poder refugiarse bajo los árboles. El viento se desencadenaba con demasiada violencia para que hubiera que temer la lluvia. Por otra parte, la costa no podía estar lejos.

Hacia las ocho, el sonoro mugido del oleaje rompiente se hizo oír, lo que indicaba la presencia de un banco de arrecifes frente a la isla Chairman.

Sin embargo, el cielo, ya velado por espesos vapores, se oscurecía poco a poco. Para que la vista pudiera extenderse lejos sobre el mar mientras los últimos resplandores iluminaban aún el espacio, era preciso apresurar la marcha. Más allá del borde del bosque se extendía una playa de unos cuatrocientos metros de anchura, sobre la que las olas, blancas de espuma, se desplegaban tras chocar contra los arrecifes del norte.

Doniphan, Webb, Cross, Wilcox, aunque muy fatigados, tuvieron aún fuerzas para correr. Querían al menos vislumbrar esa parte del Pacífico

mientras quedaba algo de día. ¿Era un mar sin límites o tan solo un estrecho canal lo que separaba esa costa de un continente o de una isla?

De pronto, Wilcox, que se había adelantado un poco, se detuvo. Con la mano señalaba una masa negruzca que se perfilaba al borde de la playa. ¿Había allí algún animal marino, uno de esos grandes cetáceos, como un ballenato o una ballena, varado en la arena? ¿No sería más bien una embarcación que había encallado tras ser arrastrada más allá de los arrecifes?

¡Sí! Era una embarcación, escorada sobre su costado de estribor. Y más acá, junto al cordón de algas enrolladas en el límite de la marea alta, Wilcox señalaba dos cuerpos tendidos a pocos pasos de la embarcación.

Doniphan, Webb y Cross habían interrumpido primero su carrera. Luego, sin reflexionar, se lanzaron a través de la playa y llegaron ante los dos cuerpos tendidos sobre la arena, ¡tal vez cadáveres!

Fue entonces cuando, presa del espanto, sin tener siquiera la idea de que podía quedar algo de vida en esos cuerpos, de que era preciso prodigarles atención inmediata, regresaron precipitadamente a buscar refugio bajo los árboles.

La noche era ya oscura, aunque todavía iluminada por algunos relámpagos que no tardaron en apagarse. En medio de aquellas profundas tinieblas, los aullidos del vendaval se redoblaban con el estruendo de un mar enfurecido.

¡Qué tormenta! Los árboles crujían por todas partes, y no era sin peligro para quienes se cobijaban bajo ellos; pero habría sido imposible acampar en la playa, cuya arena, arrancada por el viento, azotaba el aire como una metralla.

Durante toda la noche, Doniphan, Wilcox, Webb y Cross permanecieron en ese lugar y no pudieron cerrar los ojos ni un solo instante. El frío los hizo sufrir cruelmente, pues no habían podido encender un fuego que se habría dispersado de inmediato, con riesgo de prender en las ramas muertas acumuladas en el suelo.

Y además, la emoción los tenía en vela. ¿De dónde venía esa barca? ¿A qué nación pertenecían esos naufragos? ¿Había entonces tierras en las proximidades, puesto que una embarcación había podido llegar a la isla? ¿A

menos que procediera de algún navío que acababa de hundirse en esas aguas en lo más recio del vendaval?

Estas diversas hipótesis eran admisibles y, durante los raros instantes de calma, Doniphan y Wilcox, apretados el uno contra el otro, se las comunicaban en voz baja.

Al mismo tiempo, con el cerebro presa de las alucinaciones, creían escuchar gritos lejanos cuando el viento amainaba un poco y, prestando oído, se preguntaban si otros náufragos no andarían errando por la playa. ¡No! Eran víctimas de una ilusión de sus sentidos. Ningún llamamiento desesperado resonaba en medio de los furores de la tormenta. Ahora se decían que habían obrado mal al ceder a ese primer impulso de espanto. Querían lanzarse hacia los arrecifes, aun a riesgo de ser derribados por las ráfagas. Y sin embargo, en medio de aquella noche negra, a través de una playa descubierta que barría la espuma de la marea ascendente, ¿cómo habrían podido encontrar el lugar donde había encallado la embarcación volcada, el sitio donde los cuerpos yacían sobre la arena?

Por otra parte, la fuerza moral y la fuerza física les faltaban a la vez. Desde hacía tanto tiempo que se las arreglaban solos y que quizás se habían creído hombres, se sentían convertidos de nuevo en niños ante los primeros seres humanos que habían encontrado desde el naufragio del Sloughi, seres a quienes el mar había arrojado como cadáveres a su isla.

Por fin, recuperando la sangre fría, comprendieron lo que el deber les ordenaba hacer.

Al día siguiente, en cuanto amaneciera, volverían al borde de la playa, cavarían una fosa en la arena, enterrarían a los dos náufragos tras haber rezado una oración por el descanso de sus almas.

¡Cuánto les pareció interminable aquella noche! Parecía de verdad que el alba nunca llegaría a disipar sus horrores.

Y más aún si al menos hubieran podido darse cuenta del tiempo transcurrido consultando sus relojes. Pero fue imposible encender una cerilla, aunque fuera resguardándola bajo las mantas. Cross lo intentó y tuvo que desistir.

Entonces Wilcox tuvo la idea de recurrir a otro medio para saber aproximadamente la hora. Su reloj se daba cuerda haciendo doce vueltas con la

corona en veinticuatro horas, es decir, una vuelta por cada dos horas. Pues bien, puesto que le había dado cuerda aquella noche a las ocho, le bastaría con contar las vueltas que aún tuviera que darle para conocer el número de horas transcurridas. Eso hizo, y, al no haber tenido que dar más que cuatro vueltas, concluyó que debían de ser aproximadamente las cuatro de la mañana. El día no tardaría, pues, en aparecer.

En efecto, poco después, los primeros claros de la mañana se dibujaron en el este. El vendaval no se había calmado y, como las nubes descendían hacia el mar, había que temer la lluvia antes de que Doniphan y sus compañeros pudieran alcanzar el puerto de Bear-rock.

Pero, antes que nada, debían rendir los últimos honores a los náufragos. Así, en cuanto el alba filtró a través de la masa de vapores acumulados en el mar abierto, se arrastraron por la playa, luchando no sin esfuerzo contra el empuje de las ráfagas. En varias ocasiones tuvieron que sostenerse mutuamente para no ser derribados.

La embarcación había encallado junto a una ligera elevación de la arena. Se veía, por la disposición de la línea de pleamar, que la marea, crecida por el viento, debía haberla sobrepasado.

En cuanto a los dos cuerpos, ya no estaban allí...

Doniphan y Wilcox avanzaron unos veinte pasos por la playa...

¡Nada! Ni siquiera huellas que, por lo demás, el reflujo habría borrado sin duda.

—¡Esos desdichados —exclamó Wilcox— estaban vivos, puesto que han podido levantarse!

—¿Dónde están? —preguntó Cross.

—¿Dónde están? —respondió Doniphan, señalando el mar que rompía con furia—. ¡Allí donde los ha llevado la marea descendente!

Doniphan se arrastró entonces hasta el borde del banco de arrecifes y pasó el catalejo por la superficie del mar...

¡Ni un cadáver!

¡Los cuerpos de los náufragos habían sido arrastrados mar adentro!

Doniphan se reunió con Wilcox, Cross y Webb, que se habían quedado junto a la embarcación.

¿Tal vez había en ella algún superviviente de aquella catástrofe?

La embarcación estaba vacía.

Era una chalupa de navío mercante, con cubierta en la proa, cuya quilla medía unos nueve metros. Ya no estaba en condiciones de navegar, pues el costado de estribor había sido destrozado en la línea de flotación por los golpes del encallamiento. Un trozo de mástil, roto por la carlinga, algunos jirones de vela enganchados en las cornamusas del trancanil, restos de cabos: eso era todo lo que quedaba de su aparejo. En cuanto a provisiones, utensilios, armas, nada en los cofres, nada bajo la pequeña cubierta de proa.

A popa, dos nombres indicaban a qué navío había pertenecido y cuál era su puerto de matrícula:

¡San Francisco! ¡Uno de los puertos del litoral californiano! ¡El navío era de nacionalidad estadounidense!

En cuanto a esa parte de la costa en que los náufragos del Severn habían sido arrojados por la tormenta, era el mar quien limitaba su horizonte.

CAPÍTULO 22

Nadie habrá olvidado en qué circunstancias Doniphan, Webb, Cross y Wilcox habían abandonado French-den. Desde su marcha, la vida de los jóvenes colonos se había vuelto muy triste. ¡Con qué profunda pena habían visto todos producirse aquella separación, cuyas consecuencias podían resultar tan funestas en el futuro! Ciertamente, Briant no tenía nada que reprocharse y, sin embargo, quizá estaba más afectado que los demás, puesto que había sido por su causa por la que se había producido la escisión.

En vano buscaba Gordon consolarlo diciéndole:

— Volverán, Briant, ¡y antes de lo que creen! Por muy testarudo que sea Doniphan, las circunstancias serán más fuertes que él. ¡Me apostaría a que nos habrán alcanzado en French-den antes de que llegue el mal tiempo!

Briant, meneando la cabeza, no se atrevía a responder nada. Que unas circunstancias tuviesen por resultado traer de vuelta a los ausentes, sí, ¡quizá! Pero en ese caso habría de ser porque aquellas circunstancias se hubieran vuelto muy graves.

«¡Antes de que regrese el mal tiempo!», había dicho Gordon. ¿Estaban, pues, los jóvenes colonos condenados a pasar un tercer invierno en la isla Chairman? ¿No les llegaría ningún socorro antes de entonces? ¿Acaso aquellos parajes del Pacífico no eran frecuentados, durante el verano, por algún buque mercante, y el globo-señal izado en la cresta del Auckland-hill no sería avistado al fin?

Aquel globo, a decir verdad, elevado apenas unos sesenta metros por encima del suelo de la isla, no podía ser visible más que en un radio bastante reducido. Así pues, tras haber intentado en vano con Baxter diseñar el

plano de una embarcación que fuera capaz de hacerse a la mar, Briant se vio impulsado a buscar la manera de elevar alguna señal a mayor altura. Con frecuencia hablaba de ello, y un día dijo a Baxter que no creía imposible emplear una cometa para tal fin.

—Ni la lona ni la cuerda nos faltan —añadió—, y si damos a este aparato dimensiones suficientes, planeará en una zona elevada, ¡a trescientos metros, por ejemplo!

—¡Excepto los días en que no soplara ni una briza de viento! —observó Baxter.

—Esos días son escasos —respondió Briant—, y en tiempo de calma bastaría con recoger la máquina a tierra. Pero, salvo en ese caso, una vez anclada al suelo por el extremo de su cuerda, seguiría por sí sola los cambios de brisa, y no tendríamos que preocuparnos de su dirección.

—Vale la pena intentarlo —dijo Baxter.

—Además —replicó Briant—, si esta cometa fuera visible de día a gran distancia, quizá a unas sesenta millas, ¡también lo sería de noche si atáramos uno de nuestros faroles a su cola o a su armazón!

En suma, la idea de Briant no dejaba de ser práctica. En cuanto a su ejecución, eso no era como para desconcertar a unos muchachos que habían remontado cometas en las praderas de Nueva Zelanda en más de una ocasión.

Así pues, cuando el proyecto de Briant fue conocido, causó una alegría general. Los pequeños sobre todo, Jenkins, Iverson, Dole y Costar, tomaron el asunto por su lado divertido y se regodearon ante la idea de una cometa que superaría todo lo que habían visto hasta entonces. ¡Qué placer sería tirar de la cuerda bien tensa mientras se balanceara en el aire!

—¡Le pondremos una cola muy larga! —decía uno.

—¡Y grandes orejas! —repetía otro.

—¡Pintaremos en ella un magnífico Punch que se contoneará muy bien ahí arriba!

—¡Y le mandaremos mensajeros!

¡Era una alegría de verdad! Y, en rigor, allí donde aquellos chicos no veían más que una diversión, había una idea muy seria, y estaba permitido

abrigar la esperanza de que daría felices resultados.

Baxter y Briant se pusieron manos a la obra pasado un día del mismo en que Doniphan y sus tres compañeros habían abandonado French-den.

—¡Eso sí que les hará abrir los ojos cuando vean semejante máquina! — exclamó Service—. ¡Qué lástima que mis Robinsones nunca tuvieran la idea de lanzar una cometa al espacio!

—¿Podrá verse desde todos los puntos de nuestra isla? —preguntó Garnett.

—No solo desde nuestra isla —respondió Briant—, sino desde gran distancia en los parajes circundantes.

—¿Se verá desde Auckland?... —exclamó Dole.

—¡Ay, no! —respondió Briant sonriendo ante la ocurrencia—. Después de todo, cuando Doniphan y los demás la vean, ¡quizá eso les anime a volver!

Ya se ve, el buen chico solo pensaba en los ausentes y no deseaba más que una cosa: que aquella funesta separación terminara cuanto antes.

Aquel día y los siguientes se emplearon en la construcción de la cometa, a la que Baxter propuso dar forma octogonal. El armazón, ligero y resistente, se hizo con una especie de cañas muy rígidas que crecían en las orillas del lago Family. Era lo bastante sólido para soportar el esfuerzo de una brisa ordinaria. Sobre ese armazón, Briant hizo tender una de las lonas ligeras, impregnadas de caucho, que servían para cubrir las claraboyas de la goleta —lonas tan impermeables que el viento no podría filtrarse por su tejido—. En cuanto a la cuerda, se emplearía una «línea» de al menos seiscientos metros de longitud, de torzal muy apretado, que se utilizaba para largar la corredera por la popa y que era capaz de soportar una tensión considerable.

Huelga decir que el aparato iría adornado de una magnífica cola, destinada a mantenerlo en equilibrio cuando se inclinase sobre el lecho del viento. Estaba tan sólidamente construido que habría podido, sin demasiado peligro, elevar en el aire a cualquiera de los jóvenes colonos. Pero de eso no se trataba, y bastaba con que fuera lo suficientemente sólido para resistir las brisas frescas, lo suficientemente amplio para alcanzar cierta altura y lo su-

ficientemente grande para ser avistado en un radio de cincuenta a sesenta millas.

Está claro que semejante cometa no podía sostenerse a mano. Empujada por el viento, habría arrastrado a todo el personal de la colonia, y más deprisa de lo que hubiera deseado. Así pues, la cuerda debía de enrollarse en uno de los molinetes de la goleta. Dicho torno horizontal pequeño fue trasladado al centro de Sport-terrace y fijado firmemente al suelo para resistir la tracción del «Gigante de los aires», nombre que los pequeños adoptaron de común acuerdo.

Terminada esta labor al anochecer del día 15, Briant dejó para el día siguiente, por la tarde, el lanzamiento, al que asistirían todos sus camaradas.

Pero al día siguiente resultó imposible proceder al experimento. Se había desencadenado una tempestad, y el aparato habría sido hecho trizas al instante si hubiera dado presa al viento.

Era aquella misma tormenta que había asaltado a Doniphan y sus compañeros en la parte septentrional de la isla, al mismo tiempo que empujaba la chalupa y los náufragos americanos contra los arrecifes del norte, a los que más tarde se dio el nombre de Severn-shores (escollos del Severn).

Pasado un día más — 16 de octubre —, aunque se había producido cierta calma, la brisa era todavía demasiado violenta para que Briant quisiera lanzar su aparato aéreo. Pero, como el tiempo mejoró por la tarde, gracias a la dirección del viento, que amainó muy sensiblemente al rotar al sureste, se aplazó el experimento al día siguiente.

Era el 17 de octubre, fecha que habría de ocupar un lugar destacado en los anales de la isla Chairman.

Aunque ese día fuera viernes, Briant no creyó necesario —por superstición— esperar veinticuatro horas. Además, el tiempo se había vuelto propicio, con una bonita brisa, constante y regular, de naturaleza a sostener bien la cometa. Gracias a la inclinación que le aseguraba su contrapeso sobre el lecho del viento, se elevaría a gran altura y, al caer la noche, se recogería para atarle un farol cuya luz permanecería visible durante toda la noche.

La mañana se dedicó a los últimos preparativos, que se prolongaron más de una hora después del almuerzo. Luego, todos se dirigieron a Sport-terrace.

—¡Qué buena idea había tenido Briant al construir esta máquina! — repetían Iverson y los demás aplaudiendo.

Era la una y media. El aparato, extendido sobre el suelo con su larga cola desplegada, estaba a punto de ser entregado a la acción de la brisa, y solo se esperaba la señal de Briant, cuando este suspendió la maniobra.

En ese momento, en efecto, su atención acababa de ser atraída por Phann, que se lanzaba precipitadamente hacia el bosque lanzando unos ladridos tan lastimeros, tan extraños, que había razón para sorprenderse.

—¿Qué le pasa a Phann? —preguntó Briant.

—¿Ha olfateado algún animal entre los árboles? —respondió Gordon.

—¡No!... ¡Ladraría de otra manera!

—¡Vamos a ver! —exclamó Service.

—¡No sin ir armados! —añadió Briant.

Service y Jacques corrieron a French-den, de donde volvieron cada uno con un fusil cargado.

—Venid —dijo Briant.

Y los tres, acompañados de Gordon, se dirigieron hacia la linde de Traps-woods. Phann ya la había cruzado, y, si ya no se le veía, todavía se le oía.

Briant y sus camaradas apenas habían dado cincuenta pasos cuando divisaron al perro detenido ante un árbol, a cuyo pie yacía una figura humana.

Una mujer estaba tendida allí, inmóvil como una muerta; una mujer cuyas ropas —falda de tela gruesa, corpiño igual, chal de lana parda anudado a su cintura— parecían todavía en bastante buen estado. Su rostro mostraba huellas de sufrimientos extremos, aunque era de constitución robusta, pues no tenía más de cuarenta a cuarenta y cinco años. Agotada de fatiga, de hambre quizá, había perdido el conocimiento, pero un leve aliento se exhalaba de sus labios.

Que se juzgue la emoción de los jóvenes colonos ante la primera criatura humana que habían encontrado desde su llegada a la isla Chairman.

—¡Respira!... ¡Respira! —exclamó Gordon—. Sin duda, el hambre, la sed...

Al instante Jacques corrió hacia French-den, de donde trajo un poco de galleta y una petaca de brandy.

Entonces Briant, inclinado sobre aquella mujer, entreabrió sus labios, apretados herméticamente, y logró introducir en ellos unas gotas del reconfortante licor.

La mujer hizo un movimiento, levantó los párpados. Al principio, su mirada se animó al ver a aquellos niños reunidos en torno a ella... Luego, aquel trozo de galleta que le presentaba Jacques lo llevó ávidamente a la boca.

Estaba claro: aquella desdichada se moría de necesidad más que de cansancio.

Pero ¿quién era aquella mujer? ¿Sería posible intercambiar algunas palabras con ella y entenderse?...

Briant quedó enseguida al tanto al respecto.

La desconocida se había incorporado, y acababa de pronunciar estas palabras en inglés:

—Gracias... chicos míos... ¡gracias!

Media hora después, Briant y Baxter la habían depositado en el salón. Allí, ayudados de Gordon y de Doniphan, le prodigaban todos los cuidados que reclamaba su estado.

En cuanto se sintió un poco repuesta, se apresuró a contar su historia.

He aquí lo que dijo, y se verá en qué medida el relato de sus aventuras debía interesar a los jóvenes colonos.

Era de origen americano y había vivido largo tiempo en los territorios del Lejano Oeste de los Estados Unidos. Se llamaba Catherine Ready, o más sencillamente Kate. Hacía más de veinte años que desempeñaba las funciones de ama de confianza al servicio de la familia William R. Penfield, que residía en Albany, capital del estado de Nueva York.

Hacía un mes, el señor y la señora Penfield, que deseaban trasladarse a Chile, donde vivía uno de sus parientes, habían llegado a San Francisco, principal puerto de California, para embarcarse en el navío mercante Severn, mandado por el capitán John F. Turner. Dicho navío tenía como

destino Valparaíso, y en él tomaron pasaje el señor y la señora Penfield con Kate, que formaba por así decirlo parte de su familia.

El Severn era un buen barco, y sin duda habría hecho una excelente travesía de no ser porque los ocho hombres de su tripulación, recién reclutados, eran unos miserables de la peor calaña. Nueve días después de zarpar, uno de ellos, Walston, ayudado de sus compañeros Brandt, Rock, Henley, Cook, Forbes, Cope y Pike, provocó un motín en el que el capitán Turner y su segundo fueron muertos, así como el señor y la señora Penfield.

El propósito de los asesinos, tras apoderarse del navío, era emplearlo en la trata, que aún se practicaba con algunas provincias de Sudamérica.

A bordo solo dos personas habían sido perdonadas: Kate, por quien había intercedido el marinero Forbes —menos cruel que sus cómplices—, y el piloto del Severn, un hombre de unos treinta años llamado Evans, a quien era necesario recurrir para gobernar el buque.

Aquellas horribles escenas habían tenido lugar en la noche del 7 al 8 de octubre, cuando el Severn se encontraba a unas doscientas millas de la costa chilena.

So pena de muerte, Evans fue obligado a maniobrar de manera que doblase el cabo de Hornos para alcanzar los parajes al oeste de África.

Pero unos días después —nunca se supo a qué causa atribuirlo— se declaró un incendio a bordo. En pocos instantes, su violencia fue tal que Walston y sus compañeros trataron en vano de salvar el Severn de una destrucción total. Uno de ellos, Henley, pereció al arrojar al mar para escapar del fuego. Hubo que abandonar el navío, echar a toda prisa en la chalupa algunas provisiones, municiones y armas, y alejarse en el momento en que el Severn se hundía entre las llamas.

La situación de los naufragos era extremadamente crítica, puesto que los separaban doscientas millas de las tierras más cercanas. Habría sido de justicia, en verdad, que la chalupa pereciera con los malhechores que transportaba, de no ser porque Kate y el piloto Evans iban a bordo.

Pasado un día, se desató una violenta tormenta, lo que volvió la situación más terrible. Pero, como el viento soplaba de alta mar, la embarcación, con el mástil roto y la vela hecha jirones, fue empujada hacia la isla Chairman. Ya se sabe cómo, en la noche del 15 al 16, tras haber sido zarandeada sobre

la superficie de los rompientes, vino a encallar en la playa, con la cuaderna en parte destrozada y el costado entreabierto.

Walston y sus compañeros, agotados por una larga lucha contra la tempestad y con gran parte de las provisiones consumidas, estaban rendidos de frío y de fatiga. Así pues, estaban casi sin vida cuando la chalupa embarrancó en los arrecifes. Un golpe de mar arrebató entonces a cinco de ellos un poco antes de que encallara, y, pocos instantes después, los otros dos fueron lanzados sobre la arena, mientras Kate caía al lado opuesto de la embarcación.

Aquellos dos hombres permanecieron bastante tiempo desmayados, igual que la propia Kate. Habiendo recobrado pronto el conocimiento, Kate tuvo cuidado de permanecer inmóvil, aunque debía de pensar que Walston y los demás habían perecido. Esperaba el día para ir en busca de socorro en aquella tierra desconocida, cuando, hacia las tres de la madrugada, unos pasos hicieron crujir la arena junto a la chalupa.

Eran Walston, Brandt y Rock, que, no sin trabajo, habían podido salvarse del golpe de mar antes de que encallara la embarcación. Habiendo cruzado el banco de los arrecifes y alcanzado el lugar donde yacían sus compañeros Forbes y Pike, se apresuraron a reanimarlos; luego deliberaron mientras el piloto Evans los esperaba a unos doscientos pasos de allí, bajo la vigilancia de Cope y de Rock.

Y estas fueron las palabras que se intercambiaron, palabras que Kate oyó con toda claridad:

—¿Dónde estamos? —preguntó Rock.

—¡No lo sé! —respondió Walston—. ¡Poco importa! No nos quedemos aquí y bajemos hacia el este. Ya veremos cómo nos las arreglamos cuando amanezca.

—¿Y nuestras armas?... —dijo Forbes.

—¡Aquí están, junto con nuestras municiones, que están intactas! —respondió Walston.

Y sacó del cofre de la chalupa cinco fusiles y varios paquetes de cartuchos.

—Es poco —añadió Rock— para salir del paso en estas tierras de salvajes.

—¿Dónde está Evans?... —preguntó Brandt.

—Evans está ahí —respondió Walston—, vigilado por Cope y Rock. Tendrá que acompañarnos, por las buenas o por las malas, ¡y si opone resistencia, yo me encargo de hacerle entrar en razón!

—¿Qué ha sido de Kate?... —dijo Rock—. ¿Habría conseguido salvarse?...

—¿Kate?... —respondió Walston—. ¡Nada que temer de ella! La vi caer por la borda antes de que la chalupa varase, y está en el fondo.

—¡Menos mal que nos la hemos quitado de encima! —respondió Rock—. Sabía demasiado de nosotros.

—¡No lo habría sabido mucho tiempo! —añadió Walston, sobre cuyas intenciones no cabía hacerse ilusiones.

Kate, que lo había oído todo, estaba bien resuelta a huir en cuanto los marineros del Severn se marcharan.

Apenas transcurridos unos instantes, Walston y sus compañeros, sosteniendo a Forbes y a Pike, cuyas piernas andaban bastante flojas, se llevaron sus armas, sus municiones y lo que quedaba de provisiones en los cofres de la chalupa —es decir, dos o tres kilos de carne en salazón, algo de tabaco y dos o tres petacas de ginebra—. Se alejaban en el momento en que la borrasca arreciaba en toda su violencia.

En cuanto estuvieron a buena distancia, Kate se incorporó. Era el momento, pues la marea creciente alcanzaba ya la playa y pronto la habría arastrado el oleaje.

Se comprende ahora por qué Doniphan, Wilcox, Webb y Cross, cuando volvieron para rendir los últimos honores a los náufragos, encontraron el lugar vacío. Ya Walston y su banda habían bajado en dirección al este, mientras que Kate, tomando en sentido contrario, se encaminaba, sin saberlo, hacia la punta septentrional del lago Family.

Fue allí donde llegó por la tarde del día 16, extenuada de cansancio y de hambre. Algunos frutos silvestres era todo lo que había tenido para recon-

fortarse. Siguió entonces la orilla izquierda, caminó toda la noche, toda la mañana del 17, y vino a caer en el lugar donde Briant la había recogido medio muerta.

Tales eran los acontecimientos que Kate narró, sucesos de una gravedad extrema. En efecto, en la isla Chairman, donde los jóvenes colonos habían vivido hasta entonces en completa seguridad, siete hombres capaces de todos los crímenes habían desembarcado. Si descubrían French-den, ¿dudarían en atacarla? ¡No! Tenían un interés demasiado real en apoderarse de su material, en llevarse sus provisiones, sus armas, sus herramientas sobre todo, sin las cuales les sería imposible poner la chalupa del Severn en condiciones de hacerse de nuevo a la mar. Y en ese caso, ¿qué resistencia podrían oponer Briant y sus camaradas, de los cuales los mayores contaban entonces a lo sumo unos quince años y los más pequeños apenas diez? ¿No eran aquellas eventualidades aterradoras? Si Walston permanecía en la isla, no había duda de que había que esperar alguna agresión de su parte.

Con qué emoción escucharon todos el relato de Kate es hartó fácil de imaginar.

Y, al oírlo, Briant no pensaba más que en esto: que, si el futuro presentaba tales peligros, Doniphan, Wilcox, Webb y Cross eran los primeros amenazados. En efecto, ¿cómo iban a estar en guardia si ignoraban la presencia de los naufragos del Severn en la isla Chairman, y precisamente en aquella parte del litoral que exploraban en ese momento? ¿No bastaría un disparo de fusil hecho por uno de ellos para que su situación quedara al descubierto ante Walston? Y entonces, los cuatro caerían en manos de unos malhechores de los que no tendrían compasión alguna que esperar.

—Hay que ir en su socorro —dijo Briant—, y que estén avisados antes de mañana...

—¡Y traídos de vuelta a French-den! —añadió Gordon—. Más que nunca importa que estemos reunidos para tomar medidas contra un ataque de esos malhechores.

—¡Sí! —continuó Briant—, y puesto que es necesario que nuestros camaradas regresen, ¡regresarán!... ¡Iré a buscarlos!

—¿Tú, Briant?

—Yo, Gordon.

—¿Y cómo?...

—Me embarcaré en la yola con Moko. En pocas horas habremos cruzado el lago y bajado por el East-river, como ya hemos hecho. Hay todas las posibilidades de que nos encontremos con Doniphan en la desembocadura...

—¿Cuándo piensas partir?...

—Esta misma noche —respondió Briant—, cuando la oscuridad nos permita cruzar el lago sin ser vistos.

—¿Iré contigo, hermano?... —preguntó Jacques.

—No —replicó Briant—. Es indispensable que podamos regresar todos en la yola, y ya tendremos bastante con encontrar sitio para seis.

—¿Así que es una decisión tomada? —preguntó Gordon.

—¡Decidido! —le dijo Briant.

En realidad, era la mejor resolución que cabía tomar, no solo en interés de Doniphan, Wilcox, Cross y Webb, sino también en interés de la pequeña colonia. Cuatro chicos más, y no de los menos vigorosos, era un refuerzo que no habría de despreciarse en caso de agresión. Por otro lado, no había una hora que perder si se quería que todos estuvieran reunidos en Frenchden en menos de veinticuatro horas.

Como es de suponer, ya no podía hablarse de elevar la cometa por el aire. Habría sido de una imprudencia extrema. No eran los navíos —si alguno pasara a lo lejos de la isla— a los que habría señalado la presencia de los jóvenes colonos, sino a Walston y a sus cómplices. A este propósito incluso, Briant juzgó conveniente hacer abatir el mástil de señales erigido en la cresta del Auckland-hill.

Hasta el anochecer, todos permanecieron encerrados en el salón. Kate había escuchado el relato de sus aventuras. La excelente mujer ya no pensaba en ella misma sino solo en ellos. Si debían permanecer juntos en la isla Chairman, sería su servidora devota, los cuidaría, los amaría como una madre. Y ya a los pequeños, a Dole, a Costar, les daba ese nombre cariñoso de «papooses», con el que se nombra a los niños pequeños en los territorios del Lejano Oeste.

También ya, en recuerdo de sus novelas predilectas, Service había propuesto llamarla Viernesina —tal como Crusoe había llamado a su compañero de imperecedera memoria—, puesto que había sido precisamente un viernes cuando Kate había llegado a French-den.

Y añadió:

—Esos malhechores son algo así como los salvajes de Robinson. ¡Siempre llega un momento en que aparecen los salvajes, y siempre llega un momento en que se acaba con ellos!

A las ocho, los preparativos de partida estaban concluidos. Moko, cuya devoción no retrocedía ante ningún peligro, se alegraba de acompañar a Briant en aquella expedición.

Ambos se embarcaron, provistos de algunas víveres y armados cada uno con un revólver y un machete. Tras despedirse de sus camaradas, que no los vieron alejarse sin una opresión en el pecho, pronto desaparecieron en las sombras del lago Family. Al ponerse el sol, había levantado una pequeña brisa del norte que, si se mantenía, serviría a la yola tanto a la ida como a la vuelta.

En todo caso, aquella brisa se mantuvo favorable para la travesía de oeste a este. La noche era muy oscura —circunstancia afortunada para Briant, que quería pasar inadvertido—. Orientándose con la brújula, tenía la certeza de alcanzar la orilla opuesta, que bastaría remontar o descender según que la ligera embarcación la abordara por encima o por debajo del curso de agua. Toda la atención de Briant y de Moko se dirigía en aquella dirección, donde temían divisar algún fuego —lo que habría indicado muy probablemente la presencia de Walston y sus compañeros—, pues Doniphan debía de estar acampado más bien en el litoral, en la desembocadura del East-river.

Seis millas fueron recorridas en dos horas. La yola no había sufrido demasiado con la brisa, aunque esta había refrescado algo. La embarcación atracó cerca del lugar donde había tomado tierra la primera vez, y tuvo que bordear la orilla durante media milla para ganar la estrecha cala por la que las aguas del lago desembocaban en el río. Eso llevó cierto tiempo. Al estar el viento de proa entonces, fue necesario avanzar a remo. Todo parecía tranquilo bajo la bóveda de los árboles inclinados sobre las aguas. Ni un chilli-

do ni un aullido en las profundidades del bosque, ni un fuego sospechoso bajo los oscuros macizos de verdura.

Sin embargo, hacia las diez y media, Briant, sentado en la popa de la yola, detuvo el brazo de Moko. A unos cien metros del East-river, en la orilla derecha, una hoguera a medio extinguir arrojaba su tenue resplandor a través de la sombra. ¿Quién estaba acampado allí?... ¿Walston o Doniphan?... Era preciso averiguarlo antes de adentrarse en la corriente del río.

—Desembárcame, Moko —dijo Briant.

—¿No quiere que le acompañe, señor Briant? —respondió el grumete en voz baja.

—¡No! ¡Es mejor que vaya solo! Correré menos riesgo de que me vean al acercarme.

La yola se arrimó a la orilla y Briant saltó a tierra, tras encargar a Moko que le esperara. Llevaba el machete en la mano y el revólver al cinto, con el que estaba bien decidido a no servirse más que en último extremo, a fin de actuar sin ruido.

Tras remontar la orilla, el valiente muchacho se deslizó entre los árboles.

De repente se detuvo. A unos veinte pasos, en la penumbra que todavía difundía la hoguera, le parecía entrever una sombra que reptaba entre la hierba, igual que él mismo lo había hecho.

En ese momento estalló un rugido formidable. Luego, una masa se abalanzó hacia delante.

Era un jaguar de gran tamaño. Al instante se oyeron estos gritos:

—¡Ayuda!... ¡Ayuda!

Briant reconoció la voz de Doniphan. Era él, en efecto. Sus compañeros habían permanecido en su campamento establecido junto a la orilla del río.

Doniphan, derribado por el jaguar, forcejeaba sin poder hacer uso de sus armas.

Wilcox, despertado por sus gritos, acudió con el fusil al hombro, dispuesto a hacer fuego...

—¡No dispaes!... ¡No dispaes!... —gritó Briant.

Y, antes de que Wilcox pudiera verle, Briant se arrojó sobre la fiera, que se volvió contra él, mientras Doniphan se levantaba ágilmente.

Por fortuna, Briant pudo echarse a un lado tras asestar al jaguar un golpe de machete. Todo ocurrió tan rápidamente que ni Doniphan ni Wilcox tuvieron tiempo de intervenir. El animal, mortalmente herido, había caído en el instante en que Webb y Cross se lanzaban en socorro de Doniphan.

Pero la victoria había estado a punto de costarle cara a Briant, cuyo hombro sangraba, desgarrado por un zarpazo.

—¿Cómo es que estás aquí? —exclamó Wilcox.

—¡Ya lo sabréis más tarde! —respondió Briant—. ¡Venid!... ¡Venid!

—No antes de darte las gracias, Briant —dijo Doniphan—. Me has salvado la vida...

—¡He hecho lo que tú habrías hecho en mi lugar! —respondió Briant—. ¡No hablemos más de eso, y seguidme!...

Sin embargo, aunque la herida de Briant no fuera grave, hubo que vendársela con firmeza con un pañuelo, y mientras Wilcox le curaba, el valiente muchacho pudo poner a sus camaradas al corriente de la situación.

¡Así pues, aquellos hombres que Doniphan creía haber sido arrastrados por la marea creciente como cadáveres estaban vivos! ¡Vagaban por la isla! ¡Eran malhechores, manchados de sangre! ¡Una mujer había naufragado con ellos en la chalupa del Severn, y aquella mujer estaba en French-den?... ¡Ahora ya no había seguridad en la isla Chairman! Por eso Briant había gritado a Wilcox que no disparara sobre el jaguar, por temor a que la detonación fuera oída; por eso Briant no había querido servirse más que del machete para herir a la fiera.

—¡Ah, Briant, vales más que yo! —exclamó Doniphan con viva emoción, en un arranque de gratitud que se imponía sobre su carácter tan altivo.

—No, Doniphan, no, camarada mío —respondió Briant—, y puesto que te tengo de la mano, no la soltaré hasta que hayas consentido en regresar allá...

—Sí, Briant, ¡hay que hacerlo! —respondió Doniphan—. ¡Cuenta conmigo! De ahora en adelante, seré el primero en obedecerte. Mañana... al amanecer... partiremos...

—No, ahora mismo —respondió Briant—, para llegar sin arriesgarnos a ser vistos.

—¿Y cómo?... —preguntó Cross.

—¡Moko está ahí! Nos espera con la yola. Íbamos a adentrarnos en el East-river cuando divisé el resplandor de un fuego, que era el vuestro.

—¡Y llegaste a tiempo para salvarme!... —repitió Doniphan.

—¡Y también para traerte de vuelta a French-den!

Ahora bien, ¿por qué Doniphan, Wilcox, Webb y Cross estaban acampados en aquel lugar y no en la desembocadura del East-river? La explicación se dio en pocas palabras.

Tras haber abandonado la costa de Severn-shores, los cuatro habían regresado al puerto de Bear-rock en la tarde del día 16. A la mañana siguiente temprano, como estaba convenido, habían remontado la orilla izquierda del East-river hasta el lago, donde se habían instalado aguardando el día para regresar a French-den.

Al alba, Briant y sus camaradas habían tomado asiento en la yola, y, como era bastante estrecha para seis, fue necesario maniobrar con precaución.

Pero la brisa era favorable, y Moko dirigió su embarcación con tal destreza que la travesía se hizo sin contratiempos.

¡Con qué alegría acogieron Gordon y los demás a los ausentes, cuando, hacia las cuatro de la madrugada, desembarcaron en el dique del río Zealand! Si grandes peligros les amenazaban, al menos, ¡estaban todos en French-den!

CAPÍTULO 23

La colonia estaba al completo y se había visto aumentada con un nuevo miembro: la buena Kate, arrojada a las costas de la isla Chairman por un espantoso drama de mar. Además, desde ese momento, la concordia iba a reinar en French-den, concordia que nada debería perturbar en adelante. Si Doniphan sentía aún cierto pesar por no ser el jefe de los jóvenes colonos, al menos había vuelto a ellos por entero. Sí, aquella separación de dos o tres días había dado sus frutos. Más de una vez ya, sin decir nada a sus camaradas, sin querer reconocer sus errores, cuando el amor propio hablaba en él más alto que el interés, había comprendido no obstante a qué necedad le conducía su obstinación. Por otro lado, Wilcox, Cross y Webb no dejaban de sentir la misma impresión. Así pues, después del valor que Briant había demostrado en su favor, Doniphan se había abandonado a sus buenos sentimientos, de los que jamás volvería a apartarse.

Por lo demás, peligros muy serios amenazaban French-den, expuesto a los ataques de siete malhechores, corpulentos y armados. Sin duda, el interés de Walston era intentar abandonar la isla Chairman cuanto antes; pero si llegaba a sospechar la existencia de una pequeña colonia bien provista de todo lo que le faltaba, no dudaría en lanzar una agresión en la que todas las ventajas serían para él. Los jóvenes colonos se vieron obligados a tomar minuciosas precauciones, a no alejarse del río Zealand, a no aventurarse por los alrededores del lago Family sin necesidad mientras Walston y su banda no hubieran abandonado la isla.

Y ante todo, había que saber si, durante su regreso de las costas del Severn a Bear-rock, Doniphan, Cross, Webb y Wilcox no habían observado nada que pudiera hacerles sospechar la presencia de los marineros del Severn.

—Nada —respondió Doniphan—. A decir verdad, para volver a la desembocadura del East-river no seguimos el camino que habíamos tomado al ir hacia el norte.

—Sin embargo, es seguro que Walston se alejó en dirección al este —observó Gordon.

—De acuerdo —respondió Doniphan—, pero debió de costear, mientras nosotros regresábamos directamente por el Beechs-forest. Tomad el mapa y veréis que la isla forma una curva muy pronunciada por encima de Deception-bay. Hay allí una vasta comarca donde esos malhechores han podido buscar refugio, sin alejarse demasiado del lugar donde dejaron su chalupa. A propósito, ¿quizá Kate pudiera decirnos poco más o menos en qué parajes se halla situada la isla Chairman?

Kate, interrogada ya sobre esta cuestión por Gordon y Briant, no les había podido responder nada. Tras el incendio del Severn, cuando el contra-maestre Evans tomó el timón de la lancha, maniobró para aproximarse lo más posible al continente americano, del que la isla Chairman no podía estar muy alejada. Ahora bien, nunca había pronunciado el nombre de aquella isla adonde la tempestad le había empujado. Sin embargo, como los numerosos archipiélagos de la costa no debían de estar sino a una distancia relativamente corta, había razones muy plausibles para que Walston quisiera intentar alcanzarlos y, mientras tanto, para que le interesara permanecer en el litoral oriental. En efecto, en caso de conseguir poner su embarcación en condiciones de navegar, no le costaría gran trabajo dirigirse hacia alguna tierra de Sudamérica.

—A menos —observó Briant— que Walston, al llegar a la desembocadura del East-river y encontrar allí rastros de tu paso, Doniphan, no se le ocurra la idea de proseguir sus pesquisas.

—¿Qué rastros? —respondió Doniphan—. ¿Un montón de cenizas apagadas? ¿Y qué podría concluir de eso? ¿Que la isla está habitada? Pues bien, en ese caso, esos miserables no pensarían más que en ocultarse...

—Sin duda —replicó Briant—, a menos que descubran que la población de la isla se reduce a un puñado de niños. ¡No hagamos pues nada que pueda revelarles quiénes somos! Lo que me lleva a preguntarte, Doniphan, si

tuviste ocasión de disparar algunos tiros durante tu regreso a la bahía Deception.

—No, y extraordinariamente —respondió Doniphan sonriendo—, pues soy un poco demasiado aficionado a la pólvora. Desde que abandonamos la costa íbamos bien provistos de caza, y ningún disparo pudo delatar nuestra presencia. Anoche, Wilcox estuvo a punto de dispararle al jaguar; pero, por fortuna, llegaste a tiempo para impedirselo, Briant, y salvaste mi vida arriesgando la tuya.

—Te lo repito, Doniphan: no hice sino lo que tú habrías hecho en mi lugar. Y en adelante, ¡ni un solo disparo de fusil! Dejemos también de visitar el Traps-woods y vivamos de nuestras reservas.

Huelga decir que, desde su llegada a French-den, Briant recibió todos los cuidados que requería su herida, cuya cicatrización quedó pronto completa. No le quedó más que cierta molestia en el brazo, molestia que no tardó en desaparecer.

Entretanto, el mes de octubre había terminado y Walston no había sido avistado en los alrededores del río Zealand. ¿Había partido, pues, tras reparar su lancha? No era imposible, pues debía de poseer un hacha —Kate así lo recordó— y podía servirse también de esos sólidos cuchillos que los marineros llevan siempre en el bolsillo, ya que la madera no escaseaba en las proximidades de las costas del Severn.

Sin embargo, ante la incertidumbre en que se hallaban al respecto, hubo que modificar la vida ordinaria. Ninguna excursión lejana, salvo el día en que Baxter y Doniphan fueron a derribar el mástil de señales que se alzaba en la cresta de Auckland-hill.

Desde aquel punto, Doniphan recorrió con su catalejo las masas de vegetación que se extendían hacia el levante. Aunque su mirada no pudiera alcanzar el litoral, oculto tras la pantalla del Beechs-forest, si alguna columna de humo se hubiera elevado en el aire, la habría visto sin duda, lo que habría indicado que Walston y los suyos acampaban en aquella parte de la isla. Doniphan no vio nada en aquella dirección, ni tampoco frente a la bahía Sloughi, cuyos parajes seguían desiertos.

Desde que quedaron prohibidas las excursiones y hubo que dejar los fusiles en reposo, los cazadores de la colonia se habían visto obligados a re-

nunciar a su ejercicio favorito. Por fortuna, las trampas y lazos tendidos en los alrededores de French-den proporcionaban caza en cantidad suficiente. Por lo demás, los tinamúes y las avutardas se habían multiplicado tanto en el corral que Service y Garnett se vieron obligados a sacrificar un buen número. Como se había hecho una cosecha muy abundante de hojas del árbol del té, así como de aquella savia de arce que se transforma tan fácilmente en azúcar, no fue preciso subir hasta el Dike-creek para renovar esas provisiones. Y aún más: si llegaba el invierno antes de que los jóvenes colonos hubieran recobrado su libertad, estaban ampliamente provistos de aceite para sus faroles, de conservas y de caza para su despensa. Solo tendrían que reponer el stock de combustible, acarreando la leña cortada en los bosquecillos del Bog-woods, y sin exponerse demasiado, siguiendo la orilla del río Zealand.

Por aquella época, un nuevo descubrimiento vino a acrecentar el bienestar de French-den.

Ese descubrimiento no se debió a Gordon, aunque era muy entendido en cuestiones de botánica. ¡No! El mérito correspondió por entero a Kate.

En el límite del Bog-woods había cierto número de árboles que medían entre quince y dieciocho metros de altura. Si el hacha los había respetado hasta entonces era porque su madera, muy fibrosa, habría alimentado mediocrementemente los hogares del hall y del recinto. Lucían hojas de forma oblonga que se alternaban en los nudos de sus ramas y cuyo extremo terminaba en una punta aguda.

La primera vez —el 25 de octubre— que Kate vio uno de aquellos árboles, exclamó:

—¡Eh!... ¡Si es el árbol de la vaca!

Dole y Costar, que la acompañaban, soltaron una franca carcajada.

—¿Cómo, el árbol de la vaca? —dijo uno.

—¿Es que se lo comen las vacas? —dijo el otro.

—No, pequeñines, no —respondió Kate—. Si se llama así es porque da leche, ¡y una leche mejor que la de vuestras vicuñas!

Al regresar a French-den, Kate comunicó a Gordon su descubrimiento. Gordon llamó de inmediato a Service y los dos volvieron con Kate al lin-

dero del Bog-woods. Tras examinar el árbol en cuestión, Gordon pensó que debía de ser uno de esos «galactendros» que crecen en bastante cantidad en los bosques del norte de América, y no se equivocaba.

¡Valioso descubrimiento! En efecto, basta con hacer una incisión en la corteza de esos galactendros para que brote un jugo de aspecto lechoso con el sabor y las propiedades nutritivas de la leche de vaca. Además, cuando se deja coagular ese jugo, forma una especie de excelente queso, al tiempo que produce una cera muy pura, comparable a la cera de las abejas, con la que se pueden fabricar velas de buena calidad.

—Pues bien —exclamó Service—, si es un árbol de la vaca, o mejor dicho un árbol-vaca, ¡hay que ordeñarlo!

Y sin saberlo, el jovial muchacho acababa de emplear la misma expresión que usan los indios, pues estos dicen corrientemente: «Vamos a ordeñar el árbol.»

Gordon hizo una incisión en la corteza del galactendro y brotó un jugo del que Kate recogió cerca de un litro en un recipiente que había traído.

Era un hermoso líquido blanquecino, de aspecto muy apetitoso, que encierra los mismos elementos que la leche de vaca. Es incluso más nutritivo, más consistente y también de sabor más agradable. El recipiente quedó vacío en un instante en French-den, y Costar se untó la boca como un gatito. Ante la idea de todo lo que haría con aquella nueva sustancia, Moko no ocultó su satisfacción. Por lo demás, no tendría que escatimarla. No estaba lejos el «rebaño» de galactendros que le proporcionaría abundantemente aquella leche vegetal.

En verdad, no puede repetirse demasiado: la isla Chairman podría bastar a las necesidades de una numerosa colonia. La existencia de los jóvenes estaba asegurada allí, incluso durante mucho tiempo. Además, la llegada de Kate entre ellos, los cuidados que podían esperar de aquella mujer entregada, hacia la que sentían un afecto maternal, todo se aunaba para hacerles la vida más fácil.

¡Lástima que la seguridad de antaño quedara ahora perturbada en la isla Chairman! ¡Cuántos descubrimientos habrían hecho sin duda Briant y sus camaradas organizando exploraciones por las partes desconocidas del este, a las que se veían obligados a renunciar por el momento! ¿Les sería dado

algún día reanudar sus excursiones, sin más temor que el encuentro de algunas fieras, menos peligrosas, ciertamente, que esas fieras de rostro humano contra las que debían guardarse noche y día?

Sin embargo, hasta los primeros días de noviembre no se había encontrado ningún rastro sospechoso en los alrededores de French-den. Briant se preguntaba incluso si los marineros del Severn seguían en la isla. Y sin embargo, ¿no había comprobado Doniphan con sus propios ojos en qué mal estado se encontraba la lancha, con el mástil roto, el velamen hecho jirones y el casco destrozado por las puntas del arrecife? Es cierto que, si la isla Chairman estaba próxima a un continente o a un archipiélago —y el contra-maestre Evans no podía ignorarlo—, quizás la lancha, reparada como buenamente se pudo, hubiera quedado en condiciones de realizar una travesía relativamente corta. Era admisible, pues, que Walston hubiera optado por abandonar la isla. Sí, y era eso lo que convenía averiguar antes de retomar la vida habitual.

En varias ocasiones, Briant había tenido la idea de ir de reconocimiento por la región situada al este del lago Family. Doniphan, Baxter y Wilcox no pedían otra cosa que acompañarle. Pero correr el riesgo de caer en poder de Walston y revelarle así con qué adversarios poco temibles tendría que vérselas habría acarreado las consecuencias más funestas. Por eso Gordon, cuyos consejos eran siempre escuchados, disuadió a Briant de aventurarse en las profundidades del Beechs-forest.

Fue entonces cuando Kate hizo una propuesta que no presentaba ninguno de esos peligros.

—Señor Briant —dijo ella una tarde, cuando todos los jóvenes colonos estaban reunidos en el hall—, ¿me permite usted ausentarme mañana al amanecer?

—¿Ausentarse, Kate? —respondió Briant.

—¡Sí! No podéis seguir por más tiempo en la incertidumbre, y para saber si Walston sigue en la isla, me ofrezco a ir al lugar donde fuimos arrojados por la tempestad. Si la lancha sigue allí, es que Walston no ha podido partir. Si no está, es que ya no tenéis nada que temer de él.

—Lo que usted propone hacer, Kate —respondió Doniphan—, es exactamente lo que Briant, Baxter, Wilcox y yo habíamos propuesto hacer

nosotros mismos.

—Sin duda, señor Doniphan —respondió Kate—. Pero lo que es peligroso para vosotros no puede serlo para mí.

—Sin embargo, Kate —dijo Gordon—, ¿y si vuelve a caer en manos de Walston?

—Pues bien —respondió Kate—, me encontraré en la misma situación en que estaba antes de escapar, ¡nada más!

—¿Y si ese miserable se deshace de usted, cosa que es más que probable? —dijo Briant.

—Puesto que me escapé una primera vez —respondió Kate—, ¿por qué no he de escaparme una segunda, sobre todo ahora que conozco el camino de French-den? Y aún más: si consiguiera huir en compañía de Evans, a quien habría puesto al corriente de todo lo que os concierne, ¿de qué utilidad, de qué socorro no sería para vosotros el valiente contraamaestre!

—Si Evans hubiera tenido la posibilidad de escaparse —respondió Doniphan—, ¿no lo habría hecho ya? ¿No le interesa salvarse?

—Doniphan tiene razón —dijo Gordon—. Evans conoce el secreto de Walston y sus cómplices, que no dudarán en matarle cuando ya no lo necesitan para llevar la lancha hacia el continente americano. Por tanto, si no les ha dado esquinazo, es porque está vigilado de cerca.

—O porque ya ha pagado con su vida un intento de fuga —respondió Doniphan—. Así que, Kate, en el caso de que la capturasen de nuevo...

—Creed —respondió Kate— que haré todo lo posible por no dejarme capturar.

—Sin duda —respondió Briant—, pero jamás os permitiremos correr ese riesgo. ¡No! Más vale buscar un medio menos peligroso para saber si Walston sigue en la isla Chairman.

Rechazada la propuesta de Kate, no quedaba más que mantenerse en guardia sin cometer ninguna imprudencia. Evidentemente, si Walston estaba en condiciones de abandonar la isla, lo haría antes de la mala estación, para alcanzar alguna tierra donde él y los suyos serían acogidos como siempre se acoge a los náufragos, vengan de donde vengan.

Por lo demás, aun admitiendo que Walston siguiera allí, no parecía que tuviera intención de explorar el interior. En varias ocasiones, en noches oscuras, Briant, Doniphan y Moko recorrieron el lago Family con la yola, y jamás sorprendieron el resplandor de un fuego sospechoso, ni en la orilla opuesta ni bajo los árboles que se agrupaban junto al East-river.

Sin embargo, era muy penoso vivir en aquellas condiciones, sin salir del espacio comprendido entre el río Zealand, el lago, el bosque y el acantilado. Por eso Briant pensaba sin cesar en el modo de cerciorarse de la presencia de Walston y de descubrir al mismo tiempo en qué lugar había establecido el fuego de su campamento. Para reconocerlo, quizá bastara con elevarse a cierta altura durante la noche.

En eso pensaba Briant, y ese pensamiento se había convertido en él en una obsesión. Por desgracia, salvo el acantilado, cuya cresta más alta no superaba los sesenta metros de altitud, la isla Chairman no encerraba ninguna otra colina de cierta importancia. Doniphan y dos o tres más habían subido en numerosas ocasiones a la cumbre de Auckland-hill; pero desde ese punto ni siquiera se divisaba la otra orilla del lago Family. Por lo tanto, ninguna columna de humo, ningún resplandor habría podido asomar en el este por encima del horizonte. Habría sido necesario elevarse algunos centenares de metros más para que el campo visual pudiera extenderse hasta las primeras rocas de la bahía Deception.

Fue entonces cuando a Briant se le ocurrió una idea tan arriesgada —podría decirse que insensata— que la rechazó en un primer momento. Pero le asedió con tal obstinación que acabó por grabarse en su cerebro.

No se ha olvidado: la operación del cometa había quedado en suspenso. Tras la llegada de Kate, portadora de la noticia de que los náufragos del Severn vagaban por la costa oriental, hubo que renunciar al proyecto de elevar por los aires un aparato que habría podido verse desde todos los puntos de la isla.

Pero, puesto que el cometa ya no podía utilizarse como señal, ¿no era posible emplearlo para llevar a cabo aquel reconocimiento tan necesario para la seguridad de la colonia?

¡Sí! En eso se obstinaba la imaginación de Briant. Recordaba haber leído en un periódico inglés que, hacia finales del siglo pasado, una mujer había

tenido la audacia de elevarse por los aires suspendida de un cometa fabricado especialmente para aquella peligrosa ascensión.

¡Pues bien! Lo que una mujer había hecho, ¿no se atrevería a intentarlo un muchacho? Que su intento ofreciera ciertos peligros, poco importaba. ¡Los riesgos no eran nada comparados con los resultados que sin duda se obtendrían! Tomando todas las precauciones que la prudencia exigía, ¿no había muchas posibilidades de que la operación saliera bien? Por eso Briant, aunque no estaba en condiciones de calcular matemáticamente la fuerza ascensional que necesitaría un aparato de ese tipo, se repetía que ese aparato existía, que bastaría con darle mayores dimensiones y hacerlo más sólido. Y entonces, en plena noche, elevándose algunos centenares de metros por los aires, quizás se conseguiría descubrir el resplandor de un fuego en la parte de la isla comprendida entre el lago y la bahía Deception.

¡Que nadie se encoja de hombros ante la idea de ese valiente y audaz muchacho! Bajo el dominio de aquella obsesión, había llegado a creer que su proyecto no solo era practicable —y lo era, sin duda alguna—, sino menos peligroso de lo que a primera vista parecía.

Por tanto, ya no se trataba más que de conseguir que sus camaradas lo adoptaran. Y en la tarde del día 4, después de pedir a Gordon, Doniphan, Wilcox, Webb y Baxter que vinieran a conferenciar con él, les dio a conocer su propuesta de utilizar el cometa.

—¿Utilizarlo? —respondió Wilcox—. ¿Y cómo lo entiendes? ¿Lanzándolo al aire?

—Evidentemente —respondió Briant—, puesto que está hecho para eso.

—¿De día? —preguntó Baxter.

—No, Baxter, porque no escaparía a la vista de Walston, mientras que de noche...

—Pero si le cuelgas un farol —respondió Doniphan—, llamará igualmente su atención.

—Pues no le pondré ningún farol.

—Entonces, ¿para qué servirá? —preguntó Gordon.

—¡Para poder ver si la gente del Severn sigue en la isla!

Y Briant, no sin cierta inquietud de que su proyecto fuera acogido con cabeceos poco alentadores, lo expuso en pocas palabras.

Sus camaradas no pensaron en reírse. No tenían ningunas ganas de hacerlo y, salvo Gordon quizá, que se preguntaba si Briant hablaba en serio, los demás parecieron muy dispuestos a darle su aprobación. ¡Y con razón! Aquellos muchachos estaban ya tan habituados al peligro que una ascensión nocturna intentada en esas condiciones les pareció perfectamente realizable. Por lo demás, todo lo que fuera de naturaleza a devolverles su seguridad de antes estaban bien resueltos a emprenderlo.

—Sin embargo —observó Doniphan—, para el cometa que hemos construido, ¿no será demasiado pesado el peso de uno de nosotros?

—Evidentemente —respondió Briant—. Por eso habrá que agrandar y reforzar a la vez nuestra máquina.

—Lo que queda por ver —dijo Wilcox— es si un cometa podrá resistir...

—¡No hay duda! —afirmó Baxter.

—Además, ya se ha hecho —añadió Briant.

Y citó el caso de aquella mujer que, unos cien años atrás, había probado la experiencia, no sin éxito.

Luego:

—Todo depende —añadió— de las dimensiones del aparato y de la fuerza del viento en el momento de la partida.

—Briant —preguntó Baxter—, ¿a qué altura crees que convendría llegar?

—Imagino que ascendiendo a ciento ochenta o doscientos metros —respondió Briant— se vería un fuego encendido en cualquier parte de la isla.

—¡Pues hay que hacerlo! —exclamó Service—. ¡Y sin esperar más! Ya voy estando harto de no poder ir y venir a mi antojo.

—¡Y nosotros, de no poder visitar nuestras trampas! —añadió Wilcox.

—¡Y yo, de no poder disparar ni un solo tiro de fusil! —replicó Doniphan.

—¡Pues para mañana! —dijo Briant.

Luego, cuando se quedó a solas con Gordon:

—¿Es en serio —le preguntó este— que piensas en esa aventura?

—Quiero al menos intentarlo, Gordon.

—¡Es una operación peligrosa!

—Quizá menos de lo que se cree.

—¿Y quién de nosotros consentirá en arriesgar su vida en esa tentativa?

—Tú, el primero, Gordon —respondió Briant—. ¡Sí, tú mismo, si la suerte te señala!

—¿De modo que te fiarás de la suerte, Briant?

—¡No, Gordon! Es preciso que quien se sacrifique lo haga por propia voluntad.

—¿Ya has hecho tu elección, Briant?

—¡Quizá!

Y Briant estrechó la mano de Gordon.

CAPÍTULO 24

Desde la mañana del 25 de noviembre, Briant y Baxter se pusieron manos a la obra. Antes de dar al aparato dimensiones más considerables, pareció conveniente comprobar qué peso sería capaz de elevar tal como estaba. Eso permitiría llegar, por tanteos y a falta de fórmulas científicas, a darle la superficie suficiente para sostener —sin contar la suya propia— un peso que no debería ser inferior a unos cincuenta y cinco o sesenta kilogramos.

No fue necesario esperar la noche para realizar esta primera experiencia. En ese momento soplaba una brisa del suroeste, y Briant se dijo que no habría ningún inconveniente en aprovecharla, a condición de retener la cometa a escasa altura, de modo que no pudiera ser avistada desde la orilla oriental del lago.

La operación salió a las mil maravillas; se comprobó que el aparato, bajo la acción de un viento ordinario, levantaba un saco que pesaba unos diez kilogramos. Una báscula de resorte procedente del material del *Sloughi* había permitido obtener ese peso con gran exactitud.

La cometa fue entonces recogida en tierra y tendida en el suelo de Sport-terrace.

En primer lugar, Baxter reforzó la armazón de manera extraordinaria mediante cuerdas que convergían hacia un nudo central, como las varillas de un paraguas hacia el anillo que corre por el mástil. Después, su superficie fue ampliada con un añadido de estructura y la incorporación de nuevas telas. Para esa labor, Kate se mostró muy útil. Agujas e hilo no faltaban en French-den, y la hábil ama de llaves entendía bien de costura.

Si Briant o Baxter hubiesen sido más versados en mecánica, habrían considerado en la construcción del aparato los elementos principales: el peso, la superficie plana, el centro de gravedad, el centro de presión del viento — que coincide con el centro de figura — y, por último, el punto de amarre de la cuerda. Luego, establecidos esos cálculos, habrían deducido cuál habría sido la potencia ascensional de la cometa y la altura a la que podría alcanzar. Del mismo modo, el cálculo les habría enseñado qué resistencia debería tener la cuerda para soportar la tensión — condición de las más importantes para garantizar la seguridad del observador.

Por fortuna, la línea procedente del loch de la goleta, que medía al menos seiscientos metros de longitud, resultaba perfectamente adecuada. Además, incluso con una brisa bastante fresca, una cometa no «tira» más que moderadamente cuando el punto de amarre de la brida está bien elegido. Habría pues que regular con cuidado ese punto de amarre, del que depende la inclinación del aparato sobre el filón del viento y de donde resulta su estabilidad.

Con ese nuevo destino, la cometa ya no debería llevar cola en su extremo inferior — lo cual disgustó bastante a Costar y a Dole —. Era innecesaria; el peso que llevara bastaría para impedirle «caer de morros».

Después de tanteos, Briant y Baxter observaron que convendría atar ese peso al tercio de la armazón, fijándolo a uno de los travesaños que tensaban la tela en el sentido de la anchura. Dos cuerdas, amarradas a dicho travesaño, lo sostendrían de manera que quedara suspendido a unos seis metros por debajo.

En cuanto a la cuerda, se preparó una longitud de unos trescientos noventa metros, que, descontada la curva, permitiría elevarse a entre doscientos treinta y doscientos sesenta metros de altura.

Por último, para reducir en lo posible los peligros de una caída, en caso de que se produjera por rotura de la cuerda o por fractura de la armazón, se acordó que el ascenso se efectuaría sobre el lago. La distancia horizontal a la que se produciría esa caída nunca sería tan considerable que un buen nadador no pudiera alcanzar la orilla oeste.

Cuando el aparato quedó terminado, presentaba una superficie de setenta metros cuadrados en forma de octógono cuyo radio era de casi cinco metros

y cada uno de cuyos lados medía cerca de un metro treinta. Con su sólida armazón y su tela impermeable al viento, debería elevar fácilmente un peso de entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco kilogramos.

En cuanto a la barquilla en la que el observador tomaría asiento, no era más que uno de esos cestos de mimbre que sirven para diversos usos a bordo de los yates. Era lo bastante profunda para que un muchacho de estatura ordinaria pudiera meterse en ella hasta las axilas, lo bastante ancha para que tuviera libertad de movimientos y lo bastante abierta para que le fuera posible salir de ella con presteza si fuera necesario.

Como es fácil imaginar, ese trabajo no se había hecho en un día, ni siquiera en dos. Comenzado el día 5 por la mañana, no quedó terminado hasta la tarde del 7. Se dejó pues para la noche la experiencia preparatoria, que ayudaría a reconocer la potencia ascensional del aparato y su grado de estabilidad en el aire.

Durante esos últimos días, nada había venido a modificar la situación. Varias veces, unos u otros habían permanecido durante largas horas de vigilancia en el acantilado. No habían visto nada sospechoso ni al norte, entre el borde de Traps-woods y French-den, ni al sur, más allá del río, ni al oeste, hacia Sloughi-bay, ni sobre el lago Family, que Walston podría haber querido visitar antes de abandonar la isla. Ninguna detonación se había dejado oír en las inmediaciones de Auckland-hill. Ninguna columna de humo se había desplegado sobre el horizonte.

¿Estaban Briant y sus compañeros en condiciones de esperar que esos malhechores hubieran abandonado definitivamente la isla Chairman? ¿Les sería por fin posible reanudar con plena seguridad las costumbres de antaño?

Eso era lo que la experiencia proyectada permitiría comprobar, sin duda.

Ahora bien, una última cuestión: ¿cómo podría el que ocupara la barquilla dar la señal de que lo bajaran a tierra cuando lo estimase necesario?

He aquí lo que expuso Briant cuando Doniphan y Gordon le preguntaron al respecto.

—Una señal luminosa es imposible —respondió Briant—, pues correría el riesgo de ser avistada por Walston. Por eso Baxter y yo hemos recurrido al procedimiento siguiente. Un cordel de longitud igual a la cuerda de la

cometa, después de haber sido ensartado previamente en una bala de plomo perforada en su centro, se atará a la barquilla por un extremo, mientras que el otro extremo quedará en tierra en manos de uno de nosotros. Bastará con dejar deslizar la bala a lo largo del cordel para dar la señal de recoger la cometa.

— ¡Bien pensado! —respondió Doniphan.

Una vez convenido todo, no quedaba más que proceder a una prueba preliminar. La luna no debía salir hasta pasadas las dos de la madrugada y soplabla una agradable brisa del suroeste. Las condiciones parecían pues especialmente favorables para operar desde esa misma noche.

A las nueve, la oscuridad era profunda. Algunas nubes bastante densas corrían por el espacio en un cielo sin estrellas. A cualquier altura que se elevara el aparato, no podría ser avistado ni desde los alrededores de Frenchden.

Grandes y pequeños debían asistir a esa experiencia y, puesto que no se trataba más que de una operación «en blanco», como se dice, sería con más placer que emoción como seguirían sus diversas peripecias.

El cabrestante del *Sloughi* había sido instalado en el centro de Sport-terrace y sólidamente fijado al suelo para resistir la tracción del aparato. La larga línea, cuidadosamente aduada, fue dispuesta de modo que se desenrollara sin esfuerzo, al mismo tiempo que el cordel destinado a dar la señal. En la barquilla, Briant había colocado un saco de tierra que pesaba exactamente unos sesenta y cuatro kilogramos —peso superior al del más pesado de sus compañeros.

Doniphan, Baxter, Wilcox y Webb fueron a apostarse cerca de la cometa, tendida en tierra a cien pasos del cabrestante. A la voz de mando de Briant, deberían levantarla poco a poco mediante unas cuerdas amarradas a los travesaños de la armazón. En cuanto el aparato hubiera tomado el viento según la inclinación determinada por la brida, Briant, Gordon, Service, Cross y Garnett, encargados de la maniobra del cabrestante, le irían largando cuerda a medida que se elevara en el aire.

— ¡Atención! —gritó Briant.

— ¡Estamos listos! —respondió Doniphan.

—¡Adelante!

El aparato se fue alzando poco a poco, estremeció bajo la brisa e inclinó sobre el filón del viento:

—¡Larga!... ¡Larga! —gritó Wilcox.

Y al instante, el cabrestante comenzó a girar bajo la tensión de la línea, mientras la cometa y la barquilla ascendían lentamente por el espacio.

Aunque era imprudente, estallaron unos hurras cuando el «Gigante de los Aires» abandonó el suelo. Pero casi de inmediato desapareció en la sombra —viva decepción para Iverson, Jenkins, Dole y Costar, que habrían querido no perderlo de vista mientras se mecía sobre el lago Family. Lo que llevó a Kate a decirles:

—No os desconsoléis, mis papooses... Otra vez, cuando ya no haya peligro, lo elevaremos en pleno día, vuestro gigante, y se os permitirá enviarle mensajeros por el hilo, ¡si habéis sido buenos!

Aunque ya no se veía, se notaba que la cometa tiraba con regularidad, prueba de que una brisa bien establecida soplaba en las zonas altas y de que la tracción era moderada; prueba también de que la brida estaba dispuesta como convenía.

Briant, queriendo que la demostración fuera tan convincente como lo permitían las circunstancias, dejó que la línea se desarrollara hasta su extremo. Pudo entonces apreciar su grado de tensión, que no tenía nada de anormal. El cabrestante había largado unos trescientos noventa metros y, con toda probabilidad, el aparato debía de haberse elevado a una altura de entre doscientos treinta y doscientos sesenta metros. Esa maniobra no había exigido más de diez minutos.

Realizada la experiencia, fueron relevándose en las manivelas para recoger la línea. Solo que esa segunda parte de la operación fue con mucho la más larga. No se necesitó menos de una hora para recuperar los trescientos noventa metros de línea.

Al igual que con un aeróstato, el aterrizaje de la cometa es siempre la maniobra más delicada si se quiere que aterrice sin sacudidas. Pero la brisa era tan constante en ese momento que todo se efectuó con pleno éxito. Pronto, el octógono de tela reapareció entre las sombras y vino a posarse

suavemente en el suelo, más o menos en el mismo punto del que había partido.

Unos hurras acogieron su llegada igual que habían saludado su partida.

No quedaba pues más que mantenerla en tierra para que no diera presa al viento. Por eso Baxter y Wilcox se ofrecieron a vigilarla hasta el amanecer.

Al día siguiente, 8 de noviembre, a la misma hora se llevaría a cabo la operación definitiva.

Y, ahora, solo se esperaban las órdenes de Briant para regresar a Frenchden.

Briant no decía nada y parecía profundamente abstraído en sus reflexiones.

¿En qué pensaba? ¿En los peligros que presentaba una ascensión intentada en condiciones tan excepcionales? ¿Pensaba en la responsabilidad que asumía al dejar que uno de sus compañeros se aventurara en esa barquilla?

—Entremos —dijo Gordon—. Es tarde...

—Un momento —respondió Briant—. Gordon, Doniphan, ¡esperad!... ¡Tengo una propuesta que haceros!

—Habla —replicó Doniphan.

—Acabamos de probar nuestra cometa —continuó Briant—, y esa prueba ha salido bien porque las circunstancias eran favorables, siendo el viento regular, ni demasiado débil ni demasiado fuerte. Ahora bien, ¿sabemos qué tiempo hará mañana y si el viento permitirá mantener el aparato sobre el lago? Por eso me parecería sensato no aplazar la operación.

Nada más razonable, en efecto, dado que estaban resueltos a intentarla.

Sin embargo, ante esa propuesta nadie había respondido. En el momento de correr tales riesgos, la vacilación era natural, incluso en los más intrépidos.

Y sin embargo, cuando Briant añadió:

—¿Quién quiere subir?...

—¡Yo!... —dijo vivamente Jacques.

Y casi de inmediato:

—¡Yo! —exclamaron a la vez Doniphan, Baxter, Wilcox, Cross y Service.

Luego se hizo un silencio que Briant no se apresuraba a interrumpir.

Fue Jacques quien habló primero:

—Hermano, ¡me toca a mí sacrificarme!... ¡Sí!... ¡a mí! Te lo ruego... ¡Déjame partir!...

—¿Y por qué tú antes que yo... antes que cualquier otro? —respondió Doniphan.

—¡Sí!... ¿Por qué?... —preguntó Baxter.

—¡Porque debo hacerlo! —respondió Jacques.

—¿Debes hacerlo?... —dijo Gordon.

—¡Sí!

Gordon había cogido la mano de Briant, como para preguntarle qué quería decir Jacques, y la sintió temblar entre la suya. E incluso, si la noche no hubiera sido tan oscura, habría visto palidecer las mejillas de su compañero, habría visto sus párpados abatirse sobre sus ojos húmedos.

—Pues bien, hermano... —recomenzó Jacques con un tono resuelto que sorprendía en un niño de esa edad.

—¡Responde, Briant! —dijo Doniphan—. Jacques dice que tiene el derecho de sacrificarse... Pero ese derecho, ¿no lo tenemos nosotros igual que él?... ¿Qué ha hecho para reclamarlo?...

—Lo que he hecho —respondió Jacques—, lo que he hecho... ¡os lo voy a decir!

—¡Jacques! —exclamó Briant, que quería impedir que su hermano hablara.

—No —retomó Jacques con una voz entrecortada por la emoción—. Déjame confesarlo... ¡Me pesa demasiado!... Gordon, Doniphan, si estáis aquí... todos... lejos de vuestros padres... en esta isla... ¡soy yo... yo solo el culpable!... Si el *Sloughi* fue arrastrado mar adentro es porque, por imprudencia... no, una broma... una travesura... solté el amarre que lo sujeta-

ba al muelle de Auckland... ¡Sí, una broma!... Y luego, cuando vi que el yate derivaba, perdí la cabeza... ¡No grité cuando aún había tiempo!... Y una hora después... en mitad de la noche... ¡en plena mar!... ¡Ah, perdonadme, compañeros, perdonadme!...

Y el pobre chico sollozaba, pese a Kate, que intentaba en vano consolarlo.

—Muy bien, Jacques —dijo entonces Briant—. Has confesado tu falta y ahora quieres arriesgar tu vida para repararla... o al menos para redimir en parte el daño que has causado...

—¿Y no lo ha redimido ya? —exclamó Doniphan, que se dejaba llevar de su generosidad natural—. ¿Es que no se ha expuesto veinte veces por prestarnos servicio?... ¡Ah, Briant, comprendo ahora por qué ponías a tu hermano en primera línea cuando había algún peligro que correr, y por qué él estaba siempre dispuesto a sacrificarse!... ¡Por eso se lanzó a buscar a Cross y a mí en medio de la niebla... con riesgo de su vida!... ¡Sí, amigo Jacques, te perdonamos de muy buena gana, y ya no tienes necesidad de redimir tu falta!

Todos rodeaban a Jacques; le cogían las manos, y sin embargo los sollozos no dejaban de henchir su pecho. Se sabía ahora por qué ese muchacho, el más alegre de todo el internado Chairman, uno de los más traviesos también, se había vuelto tan triste, por qué no buscaba más que mantenerse al margen... Luego, por orden de su hermano, pero sobre todo por voluntad propia, se le había visto arrimar el hombro cada vez que se presentaba una ocasión peligrosa... ¡Y no creía haber hecho suficiente! ¡Pedía aún poder sacrificarse por los demás! Y en cuanto pudo hablar, fue para decir:

—Ya lo veis, me toca a mí... a mí solo partir... ¿Verdad, hermano?...

—¡Muy bien, Jacques, muy bien! —repitió Briant, que atrajo a su hermano a sus brazos.

Ante la confesión que acababa de hacer Jacques, ante ese derecho que reclamaba, fue en vano que Doniphan y los demás intentaran intervenir. No quedaba más que dejarlo entregarse a la brisa, que mostraba cierta tendencia a arreciar.

Jacques estrechó la mano de sus compañeros. Luego, dispuesto a tomar asiento en la barquilla, que acababa de ser desembarazada del saco de tierra,

se volvió hacia Briant. Este estaba inmóvil a unos pasos detrás del cabrestante.

—Déjame abrazarte, hermano —dijo Jacques.

—¡Sí!... ¡Abrazame! —respondió Briant dominando su emoción—. O más bien... soy yo quien te abrazará... porque soy yo quien va a partir...

—¿Tú?... —exclamó Jacques.

—¿Tú... tú?... —repitieron Doniphan y Service.

—Sí... yo. Que la falta de Jacques la redima su hermano o él mismo, ¡poco importa! Además, cuando se me ocurrió la idea de esta tentativa, ¿habéis podido creer alguna vez que mi intención era dejarla hacer a otro?...

—Hermano —exclamó Jacques—, ¡te lo ruego!...

—No, Jacques.

—Entonces —dijo Doniphan—, yo reclamo a mi vez.

—No, Doniphan —respondió Briant con un tono que no admitía réplica—. ¡Soy yo quien partirá!... ¡Lo quiero!

—¡Ya te había adivinado, Briant! —dijo Gordon, estrechando la mano de su compañero.

Con estas palabras, Briant se había introducido en la barquilla y, en cuanto estuvo cómodamente instalado, dio la orden de alzar la cometa.

El aparato, inclinado sobre la brisa, ascendió despacio al principio; luego Baxter, Wilcox, Cross y Service, apostados en el cabrestante, le fueron largando cuerda, al mismo tiempo que Garnett, que sostenía el cordel de señal, lo dejaba deslizarse entre los dedos.

En diez segundos, el «gigante de los aires» había desaparecido en la sombra, ya no entre los hurras que habían acompañado su partida de prueba, sino en medio de un profundo silencio.

El intrépido jefe de ese pequeño mundo, el generoso Briant, había desaparecido con él.

Sin embargo, el aparato se elevaba con una lentitud regular. La constancia de la brisa le aseguraba una estabilidad perfecta. Apenas se balanceaba

de un lado a otro. Briant no sentía ninguna de esas oscilaciones que habrían hecho su situación más peligrosa. Así, se mantenía inmóvil, con las dos manos aferradas a las cuerdas de suspensión de la barquilla, que apenas mecía un leve vaivén de columpio.

¡Qué extraña impresión experimentó Briant al principio cuando se sintió suspendido en el espacio, de ese gran plano inclinado que estremecía bajo el empuje de la corriente aérea! Le parecía que le arrebatava algún fantástico pájaro de presa, o más bien que estaba colgado de las alas de un enorme murciélago negro. Pero, gracias a la entereza de su carácter, pudo conservar la sangre fría que exigía su situación.

Diez minutos después de que la cometa hubiera abandonado el suelo de Sport-terrace, una pequeña sacudida indicó que su movimiento ascensional había concluido. Llegada al extremo de su cuerda, se irguió de nuevo, pero esta vez con algunas sacudidas. La altitud alcanzada verticalmente debía de estar comprendida entre ciento noventa y doscientos treinta metros.

Briant, muy dueño de sí mismo, tensó primero el cordel ensartado en la bala; luego se puso a observar el espacio. Retenido con una mano a una de las cuerdas de suspensión, sostenía su catalejo con la otra.

Por debajo de él, oscuridad profunda. El lago, los bosques y el acantilado formaban una masa confusa de la que no podía distinguir ningún detalle.

En cuanto a la periferia de la isla, se recortaba sobre el mar que la circundaba y, desde el punto que él ocupaba, Briant podía abarcar todo su conjunto.

Y en verdad, si hubiera realizado esa ascensión en pleno día y dirigido la mirada sobre un horizonte bañado de luz, tal vez habría podido divisar otras islas o incluso un continente, si existía alguno en un radio de setenta a noventa kilómetros —alcance al que sin duda llegaba su vista.

Si hacia el oeste, el norte y el sur, el cielo estaba demasiado brumoso para distinguir nada, no ocurrió lo mismo en la dirección del este, donde un pequeño rincón del firmamento, momentáneamente despejado de nubes, dejaba brillar algunas estrellas.

Y precisamente en esa dirección, un resplandor bastante intenso que se reflejaba incluso en las volutas bajas de los vapores atrajo la atención de Briant.

— ¡Es el resplandor de un fuego! — se dijo — . ¿Habría establecido Walston su campamento en ese lugar?... ¡No!... Ese fuego está demasiado lejos y se encuentra con toda certeza muy más allá de la isla... ¿Será acaso un volcán en erupción y habrá alguna tierra en los parajes del este?

Volvió al pensamiento de Briant que, durante su primera expedición a Deception-bay, había aparecido una mancha blanquecina en el campo de su catalejo.

— Sí — se dijo — , era precisamente por ese lado... Y esa mancha, ¿sería el reflejo de un glaciar?... ¡Debe de haber, al este, una tierra bastante cercana a la isla Chairman!

Briant había apuntado su catalejo hacia ese resplandor que la oscuridad contribuía a hacer más aparente aún. No cabía duda de que había allí alguna montaña volcánica, vecina del glaciar entrevisto, que pertenecía a un continente o a un archipiélago cuya distancia no mediría más de unas cincuenta y cinco millas.

En ese momento, Briant experimentó una nueva impresión luminosa. Mucho más cerca de él, a unas cinco o seis millas, y por consiguiente en la superficie de la isla, otro resplandor brillaba entre los árboles, al este del lago Family.

— Esta vez es en el bosque — se dijo — , ¡y en su misma linde, del lado del litoral!

Pero aquel resplandor pareció no haber hecho más que aparecer y desaparecer, pues pese a una atenta observación, Briant no logró volver a verlo.

¡Oh! El corazón le latía violentamente, y le temblaba la mano de tal modo que le era imposible apuntar el catalejo con suficiente precisión.

Sin embargo, allí había un fuego de campamento, no lejos de la desembocadura del East-river. Briant lo había visto, y pronto reconoció que su resplandor se reflejaba aún sobre la masa de los árboles.

Así pues, Walston y su banda estaban acampados en ese lugar, a proximidad del pequeño puerto de Bear-rock. ¡Los asesinos del *Severn* no habían abandonado la isla Chairman! Los jóvenes colonos seguían expuestos a sus agresiones y ya no había ninguna seguridad para French-den.

¡Qué decepción sufrió Briant! Evidentemente, en la imposibilidad de reparar su chalupa, Walston había tenido que renunciar a hacerse de nuevo a la mar para dirigirse a alguna de las tierras vecinas. ¡Y sin embargo las había en esos parajes! ¡Ya no había ninguna duda al respecto!

Briant, habiendo terminado sus observaciones, juzgó inútil prolongar esa exploración aérea. Se dispuso pues a descender. El viento arreciaba sensiblemente. Ya las oscilaciones, que se habían vuelto más fuertes, imprimían a la barquilla un balanceo que iba a dificultar el aterrizaje.

Tras asegurarse de que el cordel de señal estaba convenientemente tensado, Briant dejó deslizar la bala, que llegó en pocos segundos a la mano de Garnett.

Al instante, la cuerda del cabrestante comenzó a devolver el aparato hacia el suelo.

Pero al mismo tiempo que la cometa descendía, Briant miraba aún en la dirección de los resplandores que había avistado. Volvía a ver el de la erupción y luego, más cerca, en el litoral, el fuego del campamento.

Como es fácil imaginar, Gordon y los demás habían esperado la señal de descenso con una impaciencia extrema. ¡Cuán largos les habían parecido los veinte minutos que Briant acababa de pasar en el espacio!

Sin embargo, Doniphan, Baxter, Wilcox, Service y Webb maniobraban vigorosamente las manivelas del cabrestante. También ellos habían observado que el viento ganaba fuerza y soplaba con menos regularidad. Lo notaban por las sacudidas que sufría la cuerda y no pensaban sin viva angustia en Briant, que debía de sentir su contragolpe.

El cabrestante funcionó pues rápidamente para recuperar los trescientos noventa metros de línea que se habían desenrollado. El viento seguía arreciando y, tres cuartos de hora después de la señal dada por Briant, soplaba como un viento fresco.

En ese momento, el aparato debía de encontrarse todavía a más de treinta metros sobre el lago.

De repente se produjo una violenta sacudida. Wilcox, Doniphan, Service, Webb y Baxter, a quienes el punto de apoyo les había faltado, estuvieron a

punto de ser precipitados al suelo. La cuerda de la cometa acababa de romperse.

Y, en medio de los gritos de terror, un nombre se repitió veinte veces:

—¡Briant!... ¡Briant!...

Unos minutos después, Briant saltaba a la orilla y llamaba en voz alta.

—¡Hermano!... ¡Hermano!... —exclamó Jacques, que fue el primero en estrecharle entre sus brazos.

—¡Walston sigue aquí!

Eso fue lo primero que dijo Briant en cuanto sus compañeros se reunieron con él.

En el momento en que la cuerda se había roto, Briant se había sentido arrastrado no en una caída vertical, sino oblicua y relativamente lenta, porque la cometa hacía en cierto modo de paracaídas sobre él. Lo que importaba era salir de la barquilla antes de que alcanzara la superficie del lago. En el momento en que iba a sumergirse, Briant se tiró de cabeza y, buen nadador como era, no le costó trabajo alcanzar la orilla, que estaba como mucho entre ciento treinta y ciento sesenta metros.

Durante ese tiempo, la cometa, aligerada de su peso, había desaparecido hacia el noreste, arrastrada por la brisa como un gigantesco despojo del aire.

CAPÍTULO 25

A la mañana siguiente, tras una noche en la que Moko había permanecido de guardia en French-den, los jóvenes colonos, agotados por las emociones de la víspera, no se despertaron hasta muy tarde. Nada más levantarse, Gordon, Doniphan, Briant y Baxter pasaron a Store-room, donde Kate estaba ocupada en sus tareas habituales.

Allí hablaron de la situación, que no dejaba de ser muy preocupante.

En efecto —tal como hizo notar Gordon—, ya llevaban más de quince días Walston y sus compañeros en la isla. Por tanto, si las reparaciones de la chalupa no estaban aún terminadas, era porque les faltaban las herramientas imprescindibles para una faena de ese tipo.

—Eso debe de ser —dijo Doniphan—, porque, a fin de cuentas, esa embarcación no estaba muy dañada. Si nuestro Sloughi no hubiera estado más maltrecho después de encallar, también habríamos conseguido ponerlo en condiciones de navegar.

Sin embargo, si Walston no había partido, era poco probable que su intención fuera establecerse en la isla Chairman, pues ya habría efectuado alguna excursión por el interior, y French-den habría recibido con toda seguridad su visita.

Y, a propósito de esto, Briant habló de lo que había observado durante su ascensión en cuanto a las tierras que debían de existir a una distancia bastante próxima al este.

—No lo habéis olvidado —dijo—: durante nuestra expedición a la desembocadura del East-river, había divisado una mancha blanquecina, ligeramente por encima del horizonte, cuya presencia no sabía cómo explicar...

—Sin embargo, Wilcox y yo no descubrimos nada parecido —respondió Doniphan—, aunque buscamos esa mancha...

—Moko la había visto con tanta nitidez como yo —respondió Briant.

—¡Sea! ¡Quizá! —replicó Doniphan—. Pero ¿qué te hace creer, Briant, que estamos cerca de un continente o de un grupo de islas?

—Aquí está —dijo Briant—. Ayer, mientras observaba el horizonte en esa dirección, distinguí un resplandor muy visible más allá de los límites de la costa, que solo podía provenir de un volcán en erupción. Concluyo, pues, que existe una tierra vecina en esas aguas. Y bien, los marineros del Severn no deben de ignorarlo, y harán todo lo posible por alcanzarla...

—¡No hay duda! —respondió Baxter—. ¿Qué ganarían quedándose aquí? Evidentemente, si aún no nos hemos librado de su presencia, es porque todavía no han podido carenar su chalupa.

Lo que Briant acababa de comunicar a sus compañeros era de suma importancia. Les daba la certeza de que la isla Chairman no estaba aislada —como creían— en esa parte del Pacífico. Pero lo que agravaba las cosas era que, según la situación del fuego de su campamento, Walston se encontraba actualmente en las inmediaciones de la desembocadura del East-river. Tras haber abandonado la costa de Severn-shores, se había acercado unos veinte kilómetros. Le bastaría, desde ese momento, remontar el East-river para avistar el lago, rodearlo por el sur y descubrir French-den.

Briant tuvo, pues, que tomar las medidas más rigurosas ante esa eventualidad. En adelante, las excursiones quedaron reducidas a lo estrictamente necesario, sin llegar siquiera, por la orilla izquierda del río, hasta las arboledas de Bog-woods. Al mismo tiempo, Baxter ocultó las empalizadas del recinto bajo una pantalla de maleza y hierbas, así como las dos entradas del hall y de Store-room. Por último, se prohibió mostrarse en la zona comprendida entre el lago y Auckland-hill. Verdaderamente, someterse a precauciones tan minuciosas suponía un sinfín de molestias añadidas a las dificultades de la situación.

Hubo también, en aquella época, otros motivos de inquietud. Costar fue presa de unas fiebres que pusieron su vida en peligro. Gordon tuvo que recurrir a la farmacia de la goleta, no sin temer cometer algún error. Por fortuna, Kate hizo por ese niño lo que su madre habría hecho por él. Lo cuidó

con esa afección prudente que es como un instinto en las mujeres, y no dejó de velarlo noche y día. Gracias a su entrega, la fiebre terminó por ser frenada, y la convalecencia, una vez claramente manifestada, siguió regularmente su curso. ¿Había corrido Costar peligro de muerte? Sería difícil pronunciarse al respecto. Pero, a falta de tan inteligentes cuidados, quizá la fiebre habría llevado al agotamiento al pequeño enfermo.

¡Sí! Si Kate no hubiera estado allí, nadie sabe lo que habría ocurrido. No se puede repetir demasiado: aquella excelente criatura había volcado en los más pequeños de la colonia todo el amor maternal que atesoraba su corazón, y jamás les escatimaba sus caricias.

— ¡Así soy yo, mis papooses! —repetía—. ¡Es mi naturaleza: hago punto, enredo y guiso!

Y, en verdad, ¿no está en eso toda la mujer?

Lo que más preocupaba a Kate era mantener en el mejor estado posible la ropa blanca de French-den. Con gran disgusto suyo, estaba muy gastada aquella ropa que llevaba ya casi veinte meses en uso. ¿Cómo reemplazarla cuando quedara fuera de servicio? Y el calzado, aunque se cuidase lo más posible y nadie pusiera reparo en andar descalzo cuando el tiempo lo permitía, estaba en muy mal estado. ¡Todo ello bastaba para inquietar a la previsora ama de casa!

La primera quincena de noviembre se vio marcada por frecuentes aguaceros. Luego, a partir del día 17, el barómetro volvió al tiempo estable y el período de calores se instaló regularmente. Árboles, arbolillos, arbustos: toda la vegetación no tardó en ser nada más que verdor y flores. Las aves habituales de South-moors habían regresado en gran número. ¡Qué tormento para Doniphan verse privado de sus cacerías por los pantanos, y para Wilcox no poder tender sus lazos, por temor a que los viesan desde las orillas inferiores del lago Family!

Y no solo abundaban estas aves en esa parte de la isla, sino que otras cayeron en las trampas tendidas en los alrededores de French-den.

Un día, entre estas últimas, Wilcox encontró uno de los migradores que el invierno había dirigido hacia los países desconocidos del norte. Era una golondrina que aún llevaba el pequeño saco atado bajo el ala. ¿Contenía el

saco un billete dirigido a los jóvenes náufragos del Sloughi? No, ¡ay!... ¡El mensajero había regresado sin respuesta!

Durante aquellas largas jornadas sin ocupación, ¡cuántas horas transcurrían ahora dentro del hall! Baxter, encargado de mantener el diario cotidiano, no tenía ya ningún incidente que relatar en él. ¡Y en menos de cuatro meses iba a comenzar un tercer invierno para los jóvenes colonos de la isla Chairman!

Se podía observar, no sin profunda angustia, el desaliento que se apoderaba de los más enérgicos —con excepción de Gordon, siempre absorto en los detalles de su administración—. El propio Briant se sentía abatido a veces, aunque empleaba toda su fortaleza de ánimo en no dejar traslucir nada. Intentaba reaccionar animando a sus compañeros a proseguir sus estudios, a dar conferencias, a hacer lecturas en voz alta. Los traía sin cesar al recuerdo de su patria, de sus familias, afirmando que volverían a verlos algún día. En fin, se ingeniaba para levantar su moral, aunque sin lograrlo del todo, y su gran temor era que la desesperación llegara a abatirlos. No fue así. Además, unos sucesos de extrema gravedad los obligaron pronto a jugarse el tipo todos a una.

El 21 de noviembre, hacia las dos de la tarde, Doniphan estaba pescando en las orillas del lago Family cuando su atención fue vivamente atraída por los gritos discordantes de una veintena de pájaros que planeaban sobre la orilla izquierda del río. Si aquellas aves no eran cuervos —a los que se parecían en cierto modo—, bien merecían pertenecer a esa especie voraz y graznadora.

Doniphan no se habría preocupado de la ruidosa bandada si su comportamiento no hubiera tenido algo que sorprenderle. En efecto, aquellas aves trazaban amplias órbitas cuyo radio disminuía a medida que se acercaban a tierra; luego, reunidas en un grupo compacto, se precipitaron hacia el suelo.

Entonces sus gritos redoblaron, pero Doniphan buscó en vano divisarlas entre las hierbas altas en las que habían desaparecido.

Se le ocurrió entonces que debía de haber en aquel lugar alguna carcasa de animal. Así que, curioso por saber a qué atenerse, regresó a French-den y pidió a Moko que lo llevase con el bote al otro lado del río Zealand.

Ambos se embarcaron y, diez minutos después, se deslizaban entre los matorrales de hierba de la orilla. Al instante, las aves emprendieron el vuelo, protestando con sus gritos contra los importunos que se permitían perturbar su festín.

En aquel lugar yacía el cuerpo de un guanaco joven, muerto hacía tan solo unas horas, pues no había perdido del todo el calor.

Doniphan y Moko, poco deseosos de utilizar para la cocina los restos de la cena de los carroñeros, se disponían a abandonárselos, cuando se les planteó una pregunta: ¿cómo y por qué había ido a caer el guanaco en el borde del pantano, lejos de los bosques del este que sus congéneres apenas solían abandonar?

Doniphan examinó el animal. Tenía en el flanco una herida aún sangrante, una herida que no provenía del diente de un jaguar ni de ningún otro carnívoro.

— ¡Este guanaco ha recibido con toda certeza un disparo! —observó Doniphan.

— ¡Aquí está la prueba! —respondió el grumete, que, tras hurgar en la herida con su cuchillo, había extraído una bala.

Aquella bala era más bien del calibre de los fusiles de a bordo que de los de caza. No podía, pues, haber sido disparada sino por Walston o uno de sus compañeros.

Doniphan y Moko, dejando el cuerpo del guanaco a las aves, regresaron a French-den, donde conferenciaron con sus compañeros.

Que el guanaco hubiera sido alcanzado por uno de los marineros del Severn era la evidencia misma, puesto que ni Doniphan ni nadie había disparado un solo tiro desde hacía más de un mes. Pero lo que habría sido importante saber era en qué momento y en qué lugar había recibido el guanaco esa bala.

Examinadas todas las hipótesis, pareció admisible que el suceso no se remontaba a más de cinco o seis horas — tiempo necesario para que el animal, tras atravesar los Downs-lands, hubiera podido llegar a unos pasos del río —. De ahí se deducía que, por la mañana, uno de los hombres de Walston había debido de cazar acercándose a la punta meridional del lago Family, y

que la banda, tras haber cruzado el East-river, avanzaba poco a poco en dirección a French-den.

Así pues, la situación se agravaba, aunque el peligro quizá no fuera inminente. En efecto, al sur de la isla se extendía aquella vasta llanura, cruzada de arroyos, horadada de charcas, ondulada de dunas, donde la caza no habría podido abastecer la alimentación cotidiana de la banda. Era probable, pues, que Walston no se hubiera aventurado a través de los Downs-lands. Por otro lado, no se había oído ninguna detonación sospechosa que el viento hubiera podido llevar hasta Sport-terrace, y cabía esperar que la posición de French-den no hubiera sido descubierta hasta entonces.

No obstante, fue necesario imponerse medidas de prudencia con un nuevo rigor. Si una agresión tenía alguna posibilidad de ser rechazada, sería a condición de que los jóvenes colonos no fueran sorprendidos fuera del hall.

Tres días después, un hecho más significativo vino a acrecentar los temores, y hubo que reconocer que la seguridad estaba comprometida más que nunca.

El día 24, hacia las nueve de la mañana, Briant y Gordon se habían adentrado más allá del río Zealand para ver si no convendría establecer una especie de parapeto a través del estrecho sendero que discurría entre el lago y el pantano. Al abrigo de ese parapeto, Doniphan y los mejores tiradores habrían podido emboscarse rápidamente en caso de que la llegada de Walston fuera señalada a tiempo.

Ambos se encontraban a trescientos pasos como máximo más allá del río cuando Briant pisó un objeto que aplastó. No le había prestado atención, pensando que era una de esas miles de conchas arrastradas por las grandes mareas cuando invadían la llanura de South-moors. Pero Gordon, que caminaba detrás de él, se detuvo y dijo:

—Espera, Briant, espera.

—¿Qué pasa?

Gordon se agachó y recogió el objeto aplastado.

—¡Mira! —dijo.

—Eso no es una concha —respondió Briant—, es...

—¡Es una pipa!

En efecto, Gordon sostenía en la mano una pipa ennegrecida cuyo cañón acababa de romperse a ras de la cazoleta.

—Dado que ninguno de nosotros fuma —dijo Gordon—, esta pipa ha debido de ser perdida por...

—Por uno de los hombres de la banda —respondió Briant—, a menos que hubiera pertenecido al náufrago francés que nos precedió en la isla Chairman...

¡No! Aquella cazoleta, cuyas roturas eran recientes, nunca había podido estar en posesión de François Baudoin, muerto hacía ya más de veinte años. Había debido de caer recientemente en aquel lugar, y el poco tabaco que se le adhería lo demostraba de manera indiscutible. Por tanto, unos días antes, quizá unas horas, uno de los compañeros de Walston o el propio Walston se había adentrado hasta aquella orilla del lago Family.

Gordon y Briant regresaron de inmediato a French-den. Allí, Kate, a quien Briant presentó la cazoleta de la pipa, pudo afirmar que la había visto entre las manos de Walston.

Así pues, no cabía duda de que los malhechores habían rodeado la punta extrema del lago. Quizá, durante la noche, se habían adentrado incluso hasta el borde del río Zealand. Y si French-den había sido descubierto, si Walston sabía cuál era el personal de la pequeña colonia, ¿no había de ocurrírsele que allí había herramientas, instrumentos, municiones, provisiones, todo aquello de lo que carecía casi por completo, y que siete hombres vigorosos podrían con una quincena de jóvenes muchachos —sobre todo si lo graban sorprenderlos—?

En todo caso, lo que ya no admitía duda era que la banda se acercaba cada vez más.

Ante estas amenazantes eventualidades, Briant, de acuerdo con sus compañeros, se ingenió para organizar una vigilancia todavía más activa. Durante el día, se estableció en permanencia un puesto de observación en la cima de Auckland-hill, para que toda aproximación sospechosa, ya fuera por el lado del pantano, ya por el de Traps-woods, ya por el del lago, pudiera ser señalada de inmediato. Durante la noche, dos de los mayores debían permanecer de guardia en la entrada del hall y de Store-room para

escuchar los ruidos del exterior. Las dos puertas fueron reforzadas mediante puntales, y en un instante habría sido posible barricarlas con grandes piedras que se apilaron en el interior de French-den. En cuanto a las estrechas ventanas, abiertas en la pared y que servían de troneras a los dos pequeños cañones, una defendería la fachada del lado del río Zealand, y la otra, la fachada del lado del lago Family. Además, los fusiles y los revólveres estuvieron listos para disparar ante la menor señal de alerta.

Kate aprobaba todas esas medidas, no hace falta decirlo. Aquella mujer enérgica se guardaba muy bien de dejar ver nada de sus inquietudes, demasiado justificadas, ¡ay!, cuando pensaba en las tan inciertas probabilidades de un enfrentamiento con los marineros del Severn. Los conocía a ellos y a su jefe. Si estaban insuficientemente armados, ¿no podían actuar por sorpresa a pesar de la más estricta vigilancia? ¡Y para combatirlos, unos pocos jóvenes muchachos, el mayor de los cuales no tenía dieciséis años cumplidos! ¡Verdaderamente, la partida habría sido demasiado desigual! ¡Ah! ¿Por qué el valeroso Evans no estaba con ellos? ¿Por qué no había seguido a Kate en su huida? ¡Quizá habría sabido organizar mejor la defensa y poner French-den en condiciones de resistir los ataques de Walston!

Por desgracia, Evans debía de estar bajo estrecha vigilancia, si es que sus compañeros no se habían deshecho ya de él como de un testigo peligroso, del que ya no necesitaban para llevar la chalupa a las tierras vecinas.

Tales eran las reflexiones de Kate. No temía por ella misma, sino por aquellos niños, a los que velaba sin cesar, bien secundada por Moko, cuya entrega igualaba a la suya.

Era el 27 de noviembre. Desde hacía dos días el calor había sido sofocante. Grandes nubarrones pasaban pesadamente sobre la isla, y algunos truenos lejanos anunciaban la tormenta. El storm-glass indicaba una próxima batalla de los elementos.

Aquella tarde, Briant y sus compañeros habían regresado al hall antes de lo habitual, no sin haber tomado la precaución —como se hacía desde hacía algún tiempo— de arrastrar el bote al interior de Store-room. Luego, bien cerradas las puertas, a cada uno no le restaba sino aguardar la hora del descanso, tras haber rezado juntos y dedicado un recuerdo a las familias que quedaban allá.

Hacia las nueve y media, la tormenta estaba en toda su intensidad. El hall se iluminaba con el intenso resplandor de los relámpagos, que penetraba a través de las troneras. Las detonaciones del trueno se propagaban sin cesar; parecía que el macizo de Auckland-hill temblaba al repercutir aquellos atronadores estruendos. Era uno de esos meteoros sin lluvia ni viento que por ello resultan más terribles aún, pues las nubes inmóviles se descargan en el mismo lugar de toda la materia eléctrica acumulada en ellas, y a menudo una noche entera no basta para agotarla.

Costar, Dole, Iverson y Jenkins, acurrucados en el fondo de sus literas, se sobresaltaban a esos formidables crujidos de tela desgarrada que indican la proximidad de las descargas. Y, sin embargo, no había nada que temer en aquella inamovible caverna. ¡El rayo podía golpear veinte veces, cien veces, las cimas del acantilado! No atravesaría las gruesas paredes de French-den, tan impermeables al fluido eléctrico como inaccesibles a los vendavales. De cuando en cuando, Briant, Doniphan o Baxter se levantaban, entreabrían la puerta y volvían a entrar de inmediato, medio cegados por los relámpagos, tras lanzar una rápida mirada al exterior. El espacio estaba en llamas, y el lago, reverberando las fulguraciones del cielo, parecía rodar una inmensa sábana de fuego.

De las diez a las once, ni un solo instante de tregua de los relámpagos y los truenos. Solo un poco antes de la medianoche comenzó a imponerse la calma. Los intervalos entre los rayos se fueron alargando, y su violencia disminuía con la distancia. Entonces se levantó el viento, dispersando las nubes que se habían acercado al suelo, y la lluvia no tardó en caer a torrentes.

Los pequeños comenzaron entonces a tranquilizarse. Dos o tres cabezas, hundidas bajo las mantas, se aventuraron a reaparecer, aunque era la hora de dormir para todos. Así pues, Briant y los demás, habiendo organizado las precauciones de costumbre, se disponían a acostarse cuando Phann dio muestras evidentes de una inexplicable agitación. Se erguía sobre las patas, se lanzaba hacia la puerta del hall, emitía gruñidos sordos y continuos.

—¿Ha olfateado algo Phann? —dijo Doniphan intentando calmar al perro.

—En muchas circunstancias ya —observó Baxter—, le hemos visto ese singular comportamiento, ¡y el inteligente animal nunca se ha equivocado!

— Antes de acostarnos, hay que saber qué significa esto — añadió Gordon.

— De acuerdo — dijo Briant —, pero que nadie salga, ¡y estemos listos para defendernos!

Cada uno tomó su fusil y su revólver. Luego, Doniphan avanzó hacia la puerta del hall, y Moko hacia la puerta de Store-room. Ambos, con la oreja pegada al batiente, no percibieron ningún ruido en el exterior, aunque la agitación de Phann continuaba manifestándose. Es más, el perro comenzó pronto a ladrar con tal violencia que Gordon no consiguió calmarlo. Era una circunstancia muy desafortunada. En los instantes de calma, si hubiera sido posible oír el ruido de un paso en la orilla, con mayor razón los ladridos de Phann habrían sido oídos desde el exterior.

De pronto estalló una detonación que no podía confundirse con el estampido del trueno. Era, sin duda, un disparo, que acababa de hacerse a menos de doscientos pasos de French-den.

Todos se pusieron en guardia. Doniphan, Baxter, Wilcox, Cross, armados con fusiles y apostados en las dos puertas, estaban listos para hacer fuego sobre quien intentara forzarlas. Los demás empezaban a apuntarlas con las piedras preparadas para tal fin, cuando una voz gritó desde fuera:

— ¡A mí!... ¡A mí!

Había allí un ser humano, en peligro de muerte sin duda, que reclamaba ayuda...

— ¡A mí! — repitió la voz, y esta vez a solo unos pasos.

Kate, junto a la puerta, escuchaba...

— ¡Es él! — exclamó.

— ¿Él?... — dijo Briant.

— ¡Abrid!... ¡Abrid!... — repetía Kate.

La puerta fue abierta, y un hombre, chorreando agua, se precipitó en el hall.

Era Evans, el maestro del Severn.

CAPÍTULO 26

En un primer momento, Gordon, Briant y Doniphan se habían quedado inmóviles ante aquella aparición tan inesperada de Evans. Luego, por un movimiento instintivo, se lanzaron hacia el master como si acudieran al encuentro de un salvador.

Era un hombre de veinticinco a treinta años, de hombros anchos, torso vigoroso, mirada viva, frente despejada, fisonomía inteligente y simpática, andar firme y resuelto, rostro que ocultaban en parte las marañas de una barba descuidada, que no había podido recortarse desde el naufragio del Severn.

Nada más entrar, Evans se volvió y fue a apoyar el oído contra la puerta que había cerrado de golpe. Al no oír nada fuera, avanzó hacia el centro del hall. Allí, a la luz del fanal colgado de la bóveda, contempló a ese pequeño mundo que lo rodeaba, y murmuró estas palabras:

—¡Sí!... ¡Niños!... ¡Solo niños!...

De repente, sus ojos se animaron, su rostro resplandecía de alegría, sus brazos se abrieron...

Kate acababa de ir a su encuentro.

—¡Kate!... —exclamó—. ¡Kate viva!

Y le tomó las manos, como para asegurarse bien de que no eran las de una muerta.

—¡Sí, viva como usted, Evans! —respondió Kate—. ¡Dios me ha salvado como le ha salvado a usted, y es Él quien le envía al socorro de estos niños!

El master contaba con la mirada a los jóvenes reunidos en torno a la mesa del hall.

—Quince —dijo—, ¡y apenas cinco o seis en condiciones de defenderse!... ¡No importa!

—¿Corremos peligro de ser atacados, master Evans? —preguntó Briant.

—No, muchacho, no, al menos por ahora —respondió Evans.

Que todos tuvieran prisa por conocer la historia del master, y en particular lo ocurrido desde que la chalupa había encallado en las Severn-shores, se comprende. Ni grandes ni pequeños habrían podido abandonarse al sueño sin haber escuchado ese relato, que para ellos era de la mayor importancia. Pero, antes, convenía que Evans se quitara la ropa mojada y tomara algún alimento. Si sus ropas chorreaban era porque había tenido que cruzar el río Zealand a nado. Si estaba agotado de fatiga y de hambre, era porque no había comido en doce horas, porque desde la mañana no había podido descansar ni un instante.

Briant le hizo pasar inmediatamente al Store-room, donde Gordon puso a su disposición buenas ropas de marinero. Después, Moko le sirvió venado frío, galleta, unas tazas de té hirviendo y un buen vaso de brandy.

Un cuarto de hora después, Evans, sentado ante la mesa del hall, relataba los hechos acaecidos desde que los marineros del Severn habían sido arrojados a la isla.

—Unos instantes antes de que la chalupa tomara tierra en la playa —dijo—, cinco de los hombres, yo incluido, habíamos sido lanzados sobre las primeras rocas de los arrecifes. Ninguno de nosotros resultó gravemente herido en el encallamiento. Solo contusiones, ninguna herida. Pero lo que no dejó de ser difícil fue desprenderse de las rompientes en medio de la oscuridad y con una mar furiosa que descendía contra el viento de alta mar.

»Sin embargo, tras largos esfuerzos, llegamos sanos y salvos fuera del alcance de las olas, Walston, Brandt, Rock, Book, Cope y yo. Faltaban dos: Forbes y Pike. ¿Habían sido arrastrados por algún golpe de mar, o bien se habían salvado cuando la chalupa alcanzó la playa? No lo sabíamos. En cuanto a Kate, creía que había sido arrastrada por las olas, y pensaba que nunca volvería a verla.

Y al decir esto, Evans no intentaba ocultar su emoción, ni la alegría que sentía por haber reencontrado a la valerosa mujer que había escapado con él de las matanzas del Severn. Después de haber estado ambos a merced de aquellos asesinos, los dos estaban ahora fuera de su poder, si no a salvo de sus asechanzas en el futuro.

Evans prosiguió:

—Cuando llegamos a la playa, hubo que buscar la chalupa durante algún tiempo. Debía haber tomado tierra hacia las siete de la tarde, y eran cerca de medianoche cuando la avistamos volcada sobre la arena. Es que primero habíamos bajado a lo largo de la costa de...

—Las Severn-shores —dijo Briant—. Es el nombre que le dieron algunos de nuestros camaradas, que habían descubierto la embarcación del Severn incluso antes de que Kate nos hubiese contado su naufragio...

—¿Antes?... —respondió Evans, bastante sorprendido.

—Sí, master Evans —dijo Doniphan—. Habíamos llegado a ese lugar la misma tarde del naufragio, ¡cuando sus dos compañeros seguían tendidos en la arena!... Pero, llegado el día, cuando fuimos a rendirles los últimos honores, habían desaparecido.

—En efecto —retomó Evans—, y veo cómo encaja todo. Forbes y Pike, a quienes creíamos ahogados, y ojalá lo hubieran estado, pues eso habría significado dos canallas menos de siete, habían sido arrojados no lejos de la chalupa. Allí los encontraron Walston y los demás, que los reanimaron con unos tragos de ginebra.

»Afortunadamente para ellos, si es una desgracia para nosotros, los cofres de la embarcación no habían sido ni destrozados durante el encallamiento ni alcanzados por el agua del mar. Las municiones, las armas, cinco fusiles de abordo, lo que quedaba de las provisiones embarcadas precipitadamente durante el incendio del Severn, todo ello fue retirado de la chalupa, pues se temía que la destrozara la siguiente marea. Hecho esto, abandonamos el lugar del naufragio siguiendo la costa en dirección al este.

»En ese momento, uno de esos granujas, Rock, creo, hizo notar que no se había encontrado a Kate. A lo que Walston respondió: "¡La han arrastrado las olas! ¡Buena suerte la nuestra!" Lo que me hizo pensar que si la banda se felicitaba de haberse librado de Kate, ahora que ya no la necesitaban, lo

mismo ocurriría con el master Evans cuando ya no lo necesitaran. Pero ¿dónde estabas tú, Kate?

—Estaba cerca de la chalupa, del lado del mar —respondió Kate—, en el lugar donde había sido arrojada tras el encallamiento... No podían verme y oí todo lo que se dijo entre Walston y los demás... Pero, después de que se marcharon, Evans, me levanté y, para no caer de nuevo en manos de Walston, huí dirigiéndome al lado opuesto. Treinta y seis horas después, medio muerta de hambre, estos valientes niños me recogieron y me condujeron a French-den.

—¿French-den?... —repitió Evans.

—Es el nombre que lleva nuestra morada —respondió Gordon—, en recuerdo de un naufrago francés que la habitó mucho antes que nosotros.

—¿French-den?... ¿Severn-shores?... —dijo Evans—. Veo, muchachos, que habéis puesto nombres a las distintas partes de esta isla. ¡Qué bonito!

—Sí, master Evans, bonitos nombres —replicó Service—, y hay muchos más: Family-lake, Downs-lands, South-moors, río Zealand, Traps-woods...

—¡Bien!... ¡Bien!... Ya me lo contaréis todo... más tarde... ¡mañana! Mientras tanto, sigo con mi historia. ¿No se oye nada fuera?...

—Nada —respondió Moko, que montaba guardia junto a la puerta del hall.

—¡Magnífico! —dijo Evans—. Continúo.

»Una hora después de haber abandonado la embarcación, habíamos llegado a una cortina de árboles donde establecimos el campamento. Al día siguiente y durante varios días, volvimos al lugar donde había encallado la chalupa e intentamos repararla; pero, no teniendo más herramientas que un simple hacha, fue imposible sustituir el forro destrozado y dejarla en condiciones de hacerse a la mar, incluso para una pequeña travesía. Además, el lugar era muy incómodo para un trabajo de esa índole.

»Partimos, pues, para buscar otro campamento en una zona menos árida, donde la caza pudiera cubrir nuestra alimentación diaria, y al mismo tiempo cerca de un río donde encontraríamos agua dulce, pues nuestra provisión estaba enteramente agotada.

»Tras seguir la costa durante unos veinte kilómetros, alcanzamos un pequeño río...

—¡El East-river! —dijo Service.

—¡Sea el East-river! —respondió Evans—. Allí, en el fondo de una vasta bahía...

—¡Deception-bay! —replicó Jenkins.

—¿Sea Deception-bay? —dijo Evans sonriendo—. Entre las rocas había un puerto...

—¡Bear-rock! —exclamó Costar a su vez.

—¡Sea Bear-rock, pequeño! —respondió Evans, aprobando con un gesto—. Nada más fácil que instalarse en ese lugar, y si podíamos conducir allí la chalupa, que la primera tempestad habría acabado de destrozar allá, quizás se conseguiría repararla.

»Se fue, pues, a buscarla, y una vez aligerada cuanto fue posible, se la puso a flote. Luego, aunque tenía agua hasta la regala, logramos remolcarla a lo largo de la orilla y llevarla al puerto donde ahora está a salvo.

—¿La chalupa está en Bear-rock? —dijo Briant.

—Sí, muchacho, y creo que no sería imposible repararla si se tuviesen las herramientas necesarias...

—¡Pero esas herramientas las tenemos nosotros, master Evans! —respondió Doniphan con viveza.

—¡Vaya! Eso es precisamente lo que supuso Walston cuando el azar le hizo saber que la isla estaba habitada y por quiénes.

—¿Cómo pudo saberlo? —preguntó Gordon.

—He aquí cómo —respondió Evans—. Hace ocho días, Walston, sus compañeros y yo, pues nunca me dejaban solo, habíamos ido en reconocimiento a través del bosque. Tras tres o cuatro horas de marcha, remontando el curso del East-river, llegamos a las orillas de un vasto lago del que nacía ese curso de agua. Y allí, imaginad nuestra sorpresa cuando encontramos un singular artefacto varado en la orilla... Era una especie de armazón de cañas cubierta de tela...

—¡Nuestro cometa! —exclamó Doniphan.

—¡Nuestro cometa, que había caído en el lago —añadió Briant—, y que el viento había empujado hasta allí!

—¡Ah, era un cometa! —respondió Evans—. A fe mía, no lo habíamos adivinado, ¡y esa máquina nos intrigaba sobremanera! En todo caso, ¡no se había hecho sola!... ¡Había sido fabricada en la isla!... ¡Ninguna duda!... ¡Luego la isla estaba habitada!... ¿Por quién? Eso era lo que importaba saber a Walston. En cuanto a mí, desde ese día tomé la decisión de fugarme. Cualesquiera que fuesen los habitantes de esta isla, incluso si eran salvajes, ¡no podían ser peores que los asesinos del Severn! Desde ese momento, por lo demás, ¡me vigilaron día y noche!...

—¿Y cómo se descubrió French-den? —preguntó Baxter.

—Ahí voy —respondió Evans—. Pero, antes de proseguir mi relato, decidme, muchachos, ¿para qué os sirvió ese enorme cometa? ¿Era una señal?

Gordon contó a Evans lo que se había hecho, con qué propósito se había intentado, cómo Briant había arriesgado su vida por la salvación de todos, y de qué modo había podido comprobar que Walston seguía en la isla.

—¡Eres un muchacho valiente! —respondió Evans, tomando la mano de Briant y estrechándosela con franca amistad.

Luego, continuando:

—Comprenderéis —prosiguió— que Walston no tuvo entonces más que una preocupación: saber quiénes eran los habitantes de esa isla, que nos era desconocida. Si eran indígenas, quizás podría entenderse con ellos. Si eran náufragos, quizás poseían las herramientas que le faltaban. En tal caso, no le negarían su concurso para poner la chalupa en condiciones de hacerse a la mar.

»Comenzaron, pues, las pesquisas, con mucha prudencia, he de decirlo. Se avanzó poco a poco, explorando los bosques de la orilla derecha del lago para acercarse a su punta sur. Pero no se avistó ni un solo ser humano. Ninguna detonación se oía por esa parte de la isla.

—Eso se debía —dijo Briant— a que ninguno de nosotros se alejaba ya de French-den, y a que estaba prohibido disparar un solo tiro.

—¡Sin embargo, fuisteis descubiertos! —retomó Evans—. ¿Y cómo podría haber sido de otro modo? Fue en la noche del 23 al 24 de noviembre cuando uno de los compañeros de Walston avistó French-den desde la orilla meridional del lago. La mala suerte quiso que, en un determinado momento, vislumbrara una luz que se filtraba a través de las paredes de la roca, sin duda la luz de vuestro fanal que la puerta, entreabierta un instante, había dejado pasar. Al día siguiente, el propio Walston se dirigió por ese lado y, durante parte de la tarde, permaneció oculto entre la hierba alta, a unos pasos del río...

—Lo sabíamos —dijo Briant.

—¿Lo sabíais?...

—Sí, porque en ese lugar, Gordon y yo habíamos encontrado los fragmentos de una pipa que Kate reconoció como la pipa de Walston.

—¡Exacto! —retomó Evans—. Walston la había perdido durante su excursión, lo que a su regreso pareció contrariarlo vivamente. Pero en ese momento ya conocía la existencia de la pequeña colonia. En efecto, mientras estaba agazapado entre la hierba, había visto a la mayoría de vosotros ir y venir por la orilla derecha del curso de agua... Allí no había más que muchachos, ¡con los que siete hombres darían buena cuenta fácilmente! Walston volvió a comunicar a sus compañeros lo que había visto. Una conversación que sorprendí entre Brandt y él me reveló lo que se tramaba contra French-den...

—¡Monstruos! —exclamó Kate—. No habrían tenido piedad de estos niños...

—No, Kate —respondió Evans—, ¡no más que la tuvieron del capitán y los pasajeros del Severn! ¡Monstruos! Los habéis llamado bien, y están mandados por el más cruel de todos, ese Walston, que espero no escape al castigo de sus crímenes.

—Al fin, Evans, lograste escapar, ¡gracias a Dios! —dijo Kate.

—Sí, Kate. Hace unas doce horas pude aprovechar una ausencia de Walston y los demás, que me habían dejado bajo la vigilancia de Forbes y Rock. El momento me pareció propicio para poner pies en polvorosa. En cuanto a despistar a esos dos bribones, o al menos a distanciarlos si lograba llevarles alguna ventaja, ¡eso era cosa mía!

»Eran alrededor de las diez de la mañana cuando me lancé a través del bosque... Casi de inmediato Forbes y Rock lo advirtieron y se pusieron a perseguirme. Estaban armados con fusiles... Yo solo tenía mi cuchillo de marinero para defenderme, ¡y mis piernas para escabullirme como una marsopa!

»La persecución duró todo el día. Cortando en diagonal por el bosque, había llegado a la orilla izquierda del lago. Aún había que rodear su punta, pues, por la conversación que había escuchado, sabía que estabais instalados a orillas de un río que fluía hacia el oeste.

»En verdad, ¡nunca he corrido tanto en mi vida, ni durante tanto tiempo! ¡Casi veinticuatro kilómetros recorridos en esa jornada! ¡Mil diablos! Los granujas corrían tan rápido como yo, ¡y sus balas volaban aún más deprisa! En varias ocasiones, silbaron junto a mis oídos. ¡Pensad que conocía su secreto! Si lograba escaparme, podría denunciarlos. ¡Había que atraparme a toda costa! En verdad, ¡si no hubieran tenido armas de fuego, los habría esperado a pie firme, con el cuchillo en la mano! ¡Los habría matado o me habrían matado!... ¡Sí, Kate, habría preferido morir antes que volver al campamento con esos bandidos!

»Sin embargo, esperaba que esa maldita persecución cesara con la noche... No fue así. Ya había rebasado la punta del lago y remontaba por el otro lado, pero aún sentía a Forbes y Rock pisándome los talones. La tormenta, que amenazaba desde hacía unas horas, estalló entonces. Hizo mi huida más difícil, pues a la luz de los relámpagos esos canallas podían verme entre los cañaverales de la orilla. Por fin, había llegado a unos cien metros del río... ¡Si lograba ponerlo entre ellos y yo, me consideraría a salvo! Nunca se arriesgarían a cruzarlo, sabiendo bien que estaban en las inmediaciones de French-den.

»Corrí, pues, y estaba a punto de alcanzar la orilla izquierda del curso de agua, cuando un último relámpago iluminó el espacio. Al instante resonó una detonación...

—¿La que nosotros oímos? —dijo Doniphan.

—¡Evidentemente! —retomó Evans—. Una bala me rozó el hombro... Salté y me precipité en el río... En unas pocas brazadas estaba en la otra orilla, oculto entre la hierba, mientras Rock y Forbes, llegados a la orilla

opuesta, decían: "¿Crees haberle dado?" "¡Te lo aseguro!" "¿Entonces está en el fondo?" "¡Seguro, y a estas horas muerto y bien muerto!" "¡Buena suerte la nuestra!" Y se largaron.

»¡Sí! ¡Buena suerte!... ¡para mí lo mismo que para Kate! ¡Ah, granujas! ¡Ya veréis si estoy muerto!... Pocos instantes después, salí de entre la hierba y me dirigí hacia el ángulo de la roca... Llegaron hasta mí unos ladridos... Llamé... La puerta de French-den se abrió... Y ahora —añadió Evans, extendiendo la mano en dirección al lago—, ¡a nosotros, muchachos, a acabar con esos miserables y a librar vuestra isla de ellos!

Y pronunció esas palabras con tal energía que todos se habían puesto de pie, dispuestos a seguirle.

Fue entonces preciso relatar a Evans lo sucedido durante los últimos veinte meses, contarle en qué condiciones el Sloughi había zarpado de Nueva Zelanda, su larga travesía del Pacífico hasta la isla, el descubrimiento de los restos del naufrago francés, la instalación de la pequeña colonia en French-den, las excursiones durante la temporada cálida, los trabajos durante el invierno, cómo la vida había sido relativamente segura y exenta de peligros, antes de la llegada de Walston y sus cómplices.

—¿Y durante veinte meses no se ha visto ningún barco en torno a la isla? —preguntó Evans.

—Al menos no hemos visto ninguno en alta mar —respondió Briant.

—¿Habíais establecido señales?...

—¡Sí! Un mástil elevado en la cima más alta de la roca.

—¿Y no fue avistado?...

—No, master Evans —respondió Doniphan—. Pero hay que decir que hace seis semanas lo abatimos para no atraer la atención de Walston.

—¡E hicisteis bien, muchachos! Ahora, es cierto, ese canalla sabe a qué atenerse. Así pues, ¡noche y día estaremos en guardia!

—¿Por qué —observó entonces Gordon—, por qué hemos de habérnoslas con semejantes miserables en vez de con gente honrada, con quienes habríamos tenido tanto gusto en prestar ayuda! ¡Nuestra pequeña colonia no habría hecho sino fortalecerse! A partir de ahora es la lucha lo

que nos espera, es nuestra vida lo que hay que defender, es un combate, ¡y quién sabe cuál será su desenlace!

—Dios, que os ha protegido hasta aquí, hijos míos —respondió Kate—, ¡no os abandonará! Os ha enviado a este valiente Evans, y con él...

—¡Evans!... ¡Hurra por Evans!... —gritaron a una sola voz todos los jóvenes colonos.

—Contad conmigo, muchachos —respondió el master—, y como también cuento con vosotros, os prometo que nos defenderemos bien.

—Y, sin embargo —retomó Gordon—, si fuera posible evitar esa lucha, si Walston consintiera en abandonar la isla...

—¿Qué quieres decir, Gordon? —preguntó Briant.

—Quiero decir que sus compañeros y él ya habrían partido si hubieran podido servirse de la chalupa. ¿No es cierto, master Evans?

—Sin duda.

—¡Pues bien! Si se entrara en conversaciones con ellos, si se les proporcionaran las herramientas que necesitan, quizás lo aceptarían... Sé muy bien que establecer relaciones con los asesinos del Severn debe repugnar. Pero, para librarnos de ellos, para evitar un ataque que podría costar mucha sangre, quizás... En fin, ¿qué piensa el master Evans?

Evans había escuchado atentamente a Gordon. Su propuesta denotaba un espíritu práctico que no se dejaba arrastrar por impulsos irreflexivos, y un carácter que le llevaba a encarar cualquier situación con calma. Pensó, y no se equivocaba, que debía de ser el más juicioso de todos, y su observación le pareció digna de discutirse.

—En efecto, señor Gordon —respondió—, cualquier medio sería bueno para librarse de la presencia de esos malhechores. Por eso, si una vez puestos en condiciones de reparar su chalupa consintieran en partir, eso sería mejor que empeñarse en una lucha cuyo resultado puede ser dudoso. Pero ¿es posible fiarse de Walston? Cuando estéis en trato con él, ¿no aprovechará para intentar sorprender French-den, para apoderarse de lo que os pertenece? ¿No puede imaginarse que habéis debido salvar algún dinero del naufragio? Creedme, esos granujas no buscarán más que haceros daño a

cambio de vuestros servicios. ¡En esas almas no hay lugar para la gratitud! Entenderse con ellos es entregarse...

—¡No!... ¡No!... —exclamaron Baxter y Doniphan, a quienes se sumaron sus camaradas con una energía que complació al master.

—¡No!... —añadió Briant—. ¡No tengamos nada en común con Walston y su banda!

—Y además —retomó Evans—, no son solo herramientas lo que necesitan, ¡son municiones! Que les queden las suficientes para intentar un ataque es más que cierto... Pero, cuando se trate de recorrer otros parajes con las armas en la mano, la pólvora y el plomo que les quedan no bastarán... ¡Os las pedirán!... ¡Las exigirán!... ¿Se las daréis?...

—¡No, desde luego! —respondió Gordon.

—¡Pues bien, intentarán procurárselas por la fuerza! No habréis hecho más que aplazar el combate, ¡y este se librará en condiciones menos favorables para vosotros!...

—¡Tiene razón, master Evans! —respondió Gordon—. Mantengámonos a la defensiva y esperemos.

—Sí, es la mejor decisión... Esperemos, señor Gordon. Además, para esperar, hay una razón que me mueve más aún que cualquier otra.

—¿Cuál?

—¡Escuchadme bien! Walston, ya lo sabéis, ¿no puede abandonar la isla más que con la chalupa del Severn?

—¡Es evidente! —respondió Briant.

—Pues bien, esa chalupa es perfectamente reparable, lo afirmo, y si Walston ha renunciado a ponerla en condiciones de navegar, es por falta de herramientas...

—De lo contrario —dijo Baxter—, ¡ya estaría lejos de aquí!

—Como bien decís, muchacho. Así pues, si proporcionáis a Walston los medios para reparar la embarcación, admitiendo que abandone la idea de saquear French-den, se apresurará a partir sin preocuparse por vosotros.

—¡Ah, ojalá lo hubiera hecho! —exclamó Service.

—¡Mil diablos! Si lo hubiera hecho —respondió Evans—, ¿cómo podríamos aprovecharnos nosotros de ello, si la chalupa del Severn ya no estuviera allí?

—¿Qué, master Evans —preguntó Gordon—, cuenta usted con esa embarcación para abandonar la isla?...

—Absolutamente, señor Gordon.

—¿Para regresar a Nueva Zelanda, para cruzar el Pacífico? —añadió Doniphan.

—¿El Pacífico?... No, muchachos —respondió Evans—, sino para alcanzar una estación no muy lejana, donde esperaríamos la ocasión de regresar a Auckland.

—¿De veras, señor Evans? —exclamó Briant.

Y al mismo tiempo, dos o tres de sus camaradas quisieron acribillarlo a preguntas.

—¿Cómo podría esa chalupa bastar para una travesía de varios centenares de millas? —observó Baxter.

—¿Varios centenares de millas? —respondió Evans—. ¡De ningún modo! ¡Unas treinta solamente!

—¿Pero no es el mar lo que rodea la isla? —preguntó Doniphan.

—¡Al oeste, sí! —respondió Evans—. ¡Pero al sur, al norte, al este no hay más que canales que pueden cruzarse fácilmente en sesenta horas!

—¿Con que no nos equivocábamos al pensar que existían tierras en las cercanías? —dijo Gordon.

—En absoluto —respondió Evans—, e incluso son tierras extensas las que se extienden al este.

—¡Sí... al este! —exclamó Briant—. Esa mancha blanquecina, luego esa luz que divisé en esa dirección...

—¿Una mancha blanquecina, decís? —replicó Evans—. Es evidentemente algún glaciar, ¡y esa luz es la llama de un volcán cuya posición debe estar indicada en los mapas! Ah, vamos, muchachos, ¿dónde creéis que estáis, si se puede saber?

—¡En una de las islas aisladas del Océano Pacífico! —respondió Gordon.

—¿Una isla?... ¡Sí!... ¿Aislada? ¡No! Tened por cierto que pertenece a uno de esos numerosos archipiélagos que salpican la costa de América del Sur. Y, a propósito, si habéis dado nombres a los cabos, bahías y cursos de agua de vuestra isla, ¡no me habéis dicho cómo la llamáis a ella!...

—La isla Chairman, por el nombre de nuestro internado —respondió Doniphan.

—¡La isla Chairman! —replicó Evans—. Pues bien, así tendrá dos nombres, ¡ya que se llama también isla Hanóver!

Acto seguido, una vez tomadas las medidas de vigilancia habituales, todos fueron a descansar, después de que se hubo dispuesto un catre en el hall para el master. Los jóvenes colonos se hallaban entonces bajo una doble impresión, bien capaz de turbar su sueño: por un lado, la perspectiva de una lucha sangrienta; por el otro, la posibilidad de regresar a casa...

El master Evans había dejado para el día siguiente completar sus explicaciones indicando en el atlas cuál era la posición exacta de la isla Hanóver, y, mientras Moko y Gordon velaban, la noche transcurrió tranquilamente en French-den.

CAPÍTULO 27

Un canal de unas trescientas ochenta millas de longitud, cuya curva se dibuja de oeste a este desde el cabo de las Vírgenes en el Atlántico hasta el cabo de Los Pilares en el Pacífico, —enmarcado por costas muy accidentadas, —dominado por montañas de novecientos metros sobre el nivel del mar, —excavado de bahías en cuyo fondo se multiplican los puertos de refugio, —ricos en aguadas donde los navíos pueden reponer sin dificultad su provisión de agua, —bordeado de espesos bosques en los que abunda la caza, —resonante con el estrépito de las cataratas que se precipitan por millares en sus innumerables ensenadas, —ofreciendo a los buques venidos del este o del oeste un paso más corto que el de Lemaire entre la Tierra de los Estados y la Tierra del Fuego, y menos azotado por las tempestades que el del cabo de Hornos, —tal es el estrecho de Magallanes que el ilustre navegante portugués descubrió en el año 1520.

Los españoles, que fueron los únicos en visitar las tierras magallánicas durante medio siglo, fundaron en la península de Brunswick el establecimiento de Port-Famine. A los españoles les sucedieron los ingleses con Drake, Cavendish, Chidley, Hawkins; luego los holandeses con de Weert, de Cord, de Noort, con Lemaire y Schouten, que descubrieron en 1610 el estrecho de ese nombre. Por último, de 1696 a 1712, los franceses aparecen en esos parajes con Degennes, Beauchesne-Gouin, Frezier, y desde entonces estas aguas se abrieron a los navegantes más célebres de finales de siglo: Anson, Cook, Byron, Bougainville y otros.

Desde entonces, el estrecho de Magallanes se convirtió en una ruta frecuentada para el paso de un océano a otro —sobre todo desde que la navegación a vapor, que no conoce ni los vientos desfavorables ni las corrientes contrarias, permitió recorrerlo en condiciones de navegación excepcionales.

Tal es, pues, el estrecho que —al día siguiente, el 28 de noviembre— Evans mostraba en el mapa del Atlas de Stieler a Briant, a Gordon y a sus compañeros.

Si la Patagonia —esa última provincia de Sudamérica—, la Tierra del Rey Guillermo y la península de Brunswick forman el límite septentrional del estrecho, éste limita al sur con el archipiélago magallánico, que comprende vastas islas: la Tierra del Fuego, la Tierra de la Desolación, las islas Clarence, Hoste, Gordon, Navarin, Wollaston, Stewart y muchas otras de menor importancia, hasta el último grupo de los Hermite, cuyo punto más avanzado entre los dos océanos no es sino la última cima de la alta Cordillera de los Andes, y se llama cabo de Hornos.

Al este, el estrecho de Magallanes se ensancha por uno o dos canales estrechos, entre el cabo de las Vírgenes de la Patagonia y el cabo Espíritu Santo de la Tierra del Fuego. Pero no ocurre lo mismo al oeste —como hizo observar Evans—. Por ese lado, islotes, islas, archipiélagos, estrechos, canales y brazos de mar se entrecruzan hasta el infinito. Es por un paso situado entre el promontorio de Los Pilares y la punta meridional de la gran isla de la Reina Adelaida por donde el estrecho desemboca en el Pacífico. Por encima de él se despliega toda una serie de islas caprichosamente agrupadas, desde el estrecho de lord Nelson hasta el grupo de los Chonos y de Chiloé, lindando con la costa chilena.

—Y ahora —añadió Evans—, ¿veis, más allá del estrecho de Magallanes, una isla que simples canales separan de la isla Cambridge al sur y de las islas Madre de Dios y Chatham al norte? Pues bien, esa isla, en el grado cincuenta y uno de latitud, es la isla Hanovre, aquella a la que vosotros le habéis dado el nombre de Chairman, la que habitáis desde hace más de veinte meses.

Briant, Gordon, Doniphan, inclinados sobre el atlas, contemplaban con curiosidad aquella isla que habían creído alejada de todas las tierras y que se hallaba tan próxima a la costa americana.

—¿Cómo? —dijo Gordon—. ¿Solo nos separaban de Chile unos brazos de mar?...

—Sí, muchachos —respondió Evans—. Pero entre la isla Hanovre y el continente americano no hay más que islas tan desiertas como ésta. ¡Y, una

vez en dicho continente, habría que recorrer cientos de millas antes de llegar a los establecimientos de Chile o de la República Argentina! ¡Y qué cansancio, sin contar los peligros, pues los indios puelches que vagan por las pampas no son muy hospitalarios! Creo, pues, que más os ha valido no poder abandonar vuestra isla, ya que la subsistencia material estaba asegurada, y puesto que, con la ayuda de Dios, espero que podremos dejarla juntos.

Así pues, esos diversos canales que rodean la isla Hanovre solo medían, en ciertos lugares, de quince a veinte millas de anchura, y Moko, con buen tiempo, habría podido cruzarlos sin dificultad con su sola yola. Si Briant, Gordon, Doniphan, durante sus excursiones al norte y al este, no habían podido avistar esas tierras, era porque son absolutamente bajas. En cuanto a la mancha blanquecina, era uno de los glaciares del interior, y la montaña en erupción, uno de los volcanes de las regiones magallánicas.

Por otra parte, — otra observación que hizo Briant al examinar atentamente el mapa —, el azar de sus excursiones los había llevado precisamente a los puntos del litoral que más se alejaban de las islas vecinas. Es verdad que cuando Doniphan alcanzó las Severn-shores, quizás habría podido avistar la costa meridional.

Ahora bien, los jóvenes colonos nunca habían llevado sus exploraciones hasta esos puntos alejados. En cuanto al mapa de François Baudoin, Evans no supo explicarse por qué esas islas y esas tierras no estaban indicadas en él. Puesto que el náufrago francés había podido determinar con bastante exactitud la configuración de la isla Hanovre, es que había dado la vuelta completa a la misma. ¿Había que admitir, entonces, que las brumas hubieran reducido su campo de visión a menos de algunas millas? Era admisible, después de todo.

Y ahora, en el caso de que logaran apoderarse del bote del Severn y repararlo, ¿en qué dirección lo gobernaría Evans?

Fue la pregunta que le formuló Gordon.

— Muchachos — respondió Evans —, no intentaré subir ni al norte ni al este. Cuanto más camino hagamos por mar, mejor. Evidentemente, con una brisa bien establecida, el bote podría llevarnos a algún puerto chileno donde se nos recibiría bien. Pero el mar es extremadamente duro en estas costas,

mientras que los canales del archipiélago nos ofrecerán siempre una travesía bastante fácil.

—En efecto —respondió Briant—. Solo que ¿encontraremos establecimientos en esos parajes y, en esos establecimientos, los medios para repatriarnos?

—No me cabe duda —respondió Evans—. ¡Mirad! Observad el mapa. Después de cruzar los pasos del archipiélago de la Reina Adelaida, ¿adónde llegamos por el canal de Smyth? Al estrecho de Magallanes, ¿no es así? Pues bien, casi a la entrada del estrecho se encuentra el puerto Tamar, que pertenece a la Tierra de la Desolación, y allí estaremos ya en camino del regreso.

—Y si no encontramos allí ningún barco —preguntó Briant—, ¿esperaremos a que pase alguno?

—No, señor Briant. Seguidme más adelante a través del estrecho de Magallanes. ¿Veis esa gran península de Brunswick?... Es allí, en el fondo de la bahía Fortescue, en Port-Galant, donde los barcos vienen a menudo a hacer escala. ¿Habrá que ir más allá y doblar el cabo Froward al sur de la península? Aquí está la bahía Saint-Nicolas o bahía de Bougainville, donde se detiene la mayoría de los navíos que cruzan el estrecho. Y más adelante aún, aquí está Port-Famine, y más al norte, Punta Arenas.

El master tenía razón. Una vez internado en el estrecho, el bote tendría numerosos puntos de escala. En esas condiciones, el regreso a la patria quedaba asegurado, sin contar con los encuentros con los navíos que se dirigen hacia Australia o Nueva Zelanda. Si Port-Tamar, Port-Galant y Port-Famine ofrecen escasos recursos, Punta Arenas, en cambio, está provista de todo lo necesario para la existencia. Ese gran establecimiento, fundado por el gobierno chileno, forma un verdadero pueblo levantado en el litoral, con una hermosa iglesia cuya aguja se eleva entre los soberbios árboles de la península de Brunswick. Está en plena prosperidad, mientras que la estación de Port-Famine, que data de finales del siglo XVI, no es hoy más que un pueblo en ruinas.

Por lo demás, en la época actual existen, más al sur, otras colonias que visitan las expediciones científicas —como la estación de Liwya en la isla Navarin y, principalmente, la de Ooshooia en el canal del Beagle, al sur de

la Tierra del Fuego—. Esta última, gracias al celo de los misioneros ingleses, contribuye en gran medida al reconocimiento de esas regiones, donde los franceses han dejado numerosas huellas de su paso, de las cuales dan testimonio los nombres de Dumas, Cloué, Pasteur, Chanzy, Grévy, dados a ciertas islas del archipiélago magallánico.

La salvación de los jóvenes colonos sería, pues, segura si lograban alcanzar el estrecho. Para llegar a él, era verdad, había que carenar el bote del Severn y, para carenarlo, apoderarse de él —lo que solo sería posible tras haber reducido a la impotencia a Walston y sus cómplices—.

Si, además, esa embarcación hubiera permanecido en el lugar donde Doniphan la había encontrado en la costa de Severn-shores, quizás hubiera podido intentarse apoderarse de ella. Walston, instalado por el momento a quince millas de allí, en el fondo de Deception-bay, probablemente no habría sabido nada de ese intento. Lo que él había hecho, Evans podría haberlo hecho también, es decir, llevar el bote no a la desembocadura del East-river, sino a la del río Zealand y, remontando el río incluso, hasta la altura de French-den. Allí, las reparaciones se habrían emprendido en mejores condiciones, bajo la dirección del master. Luego, la embarcación aparejada y cargada de municiones, víveres y los pocos objetos que habría sido una lástima abandonar, se habría alejado de la isla antes de que los malhechores hubieran tenido ocasión de atacarla.

Por desgracia, ese plan ya no era ejecutable. La cuestión de la partida solo podía resolverse por la fuerza, ya fuera tomando la ofensiva, ya manteniéndose a la defensiva. ¡Nada podía hacerse mientras no se hubiera acabado con la tripulación del Severn!

Evans, por lo demás, inspiraba una confianza absoluta a los jóvenes colonos. ¡Kate les había hablado tanto de él y en términos tan cálidos! Desde que el master había podido recortarse el cabello y la barba, resultaba verdaderamente tranquilizador contemplar su semblante resuelto y franco. Si era enérgico y valiente, también se le sentía bueno, de carácter decidido, capaz de todos los sacrificios.

En verdad, como había dicho Kate, era un verdadero enviado del cielo quien acababa de aparecer en French-den, ¡un «hombre», en fin, en medio de aquellos niños!

Y, ante todo, el master quiso conocer los recursos de que podría disponer desde el punto de vista de la resistencia.

El Store-room y el hall le parecieron convenientemente dispuestos para la defensiva. Por sus frentes, uno dominaba la orilla y el curso del río, y el otro, Sport-terrace hasta la ribera del lago. Las troneras permitirían disparar en esas direcciones permaneciendo a cubierto. Con sus ocho fusiles, los sitiados podrían mantener a distancia a los asaltantes, y con los dos pequeños cañones, ametrallarlos si se aventuraban hasta French-den. En cuanto a los revólveres, las hachas y los cuchillos de a bordo, todos sabrían usarlos si se llegaba a un combate cuerpo a cuerpo.

Evans aprobó que Briant hubiera amontonado en el interior las piedras necesarias para impedir que las dos puertas pudieran ser derribadas. En el interior, si los defensores eran relativamente fuertes, en el exterior serían débiles. No hay que olvidarlo: solo eran seis muchachos de trece a quince años contra siete hombres vigorosos, habituados al manejo de las armas y de una audacia que no retrocedía ante el asesinato.

—¿Los consideráis malhechores temibles, master Evans? —preguntó Gordon.

—Sí, señor Gordon, ¡muy temibles!

—Salvo uno de ellos, que quizás no esté del todo perdido —dijo Kate—, ese Forbes que me salvó la vida...

—¿Forbes? —respondió Evans—. ¡Eh! ¡Mil diablos! Ya sea que lo arras-trase el mal consejo o el miedo a sus compañeros, no por eso ha dejado de participar en la matanza del Severn. Por lo demás, ¿acaso ese bribón no se lanzó a perseguirme con Rock? ¿No disparó sobre mí como sobre una fiera? ¿No se felicitó cuando me creyó ahogado en el río? No, buena Kate, mucho me temo que no valga más que los demás. Si os perdonó la vida, fue porque sabía muy bien que esos canallas aún necesitaban vuestros servicios, ¡y no se quedará atrás cuando se trate de marchar contra French-den!

Sin embargo, pasaron algunos días. Nada sospechoso había sido señalado por los jóvenes colonos que observaban los alrededores desde lo alto de Auckland-hill. Eso no dejaba de sorprender a Evans.

Conociendo los planes de Walston y sabiendo el interés que tenía en darse prisa, se preguntaba por qué, del 27 al 30 de noviembre, no se había

producido aún ninguna demostración.

Entonces se le ocurrió que Walston intentaría sin duda emplear el engaño en lugar de la fuerza para penetrar en French-den. Y esto fue lo que comunicó a Briant, Gordon, Doniphan y Baxter, con quienes conferenciaba más a menudo.

—Mientras permanezcamos encerrados en French-den —dijo—, Walston tendrá muchas dificultades para forzar una u otra puerta si no tiene a nadie que se las abra. Puede, pues, querer intentar penetrar en ella mediante el engaño...

—¿Y cómo? —preguntó Gordon.

—Quizás de la manera que se me ha ocurrido —respondió Evans—. Ya lo sabéis, muchachos: solo Kate y yo podíamos delatar a Walston como el jefe de una banda de bribones cuyo ataque debía temer la pequeña colonia. Ahora bien, Walston no duda de que Kate pereció durante el naufragio. En cuanto a mí, me ahogué sin más en el río tras recibir los disparos de Rock y de Forbes —y ya sabéis que los oí felicitarse por ese feliz desenlace—. Walston debe, pues, creer que no estáis prevenidos de nada —ni siquiera de la presencia de los marineros del Severn en vuestra isla— y que, si uno de ellos se presentara en French-den, le haríais la acogida que se le hace a todo náufrago. Ahora bien, una vez ese bribón dentro de la plaza, le sería demasiado fácil introducir en ella a sus compañeros —lo que haría imposible toda resistencia.

—Pues bien —respondió Briant—, si Walston o cualquier otro de la banda viene a pedirnos hospitalidad, lo recibiremos a tiros...

—¡A menos que fuera más hábil recibirlo quitándonos el sombrero! —observó Gordon.

—¡Eh! ¡Quizás sí, señor Gordon! —replicó el master—. ¡Eso sería mejor! Astucia contra astucia. Y, llegado el caso, veremos qué hay que hacer.

¡Sí! Convenía actuar con la mayor circunspección. En efecto, si las cosas salían bien, si Evans recuperaba el bote del Severn, era lícito pensar que la hora de la liberación no estaría lejos. ¡Pero cuántos peligros aún! ¿Y estarían todos completos, aquel pequeño mundo, cuando pusieran rumbo a Nueva Zelanda?

Al día siguiente, la mañana transcurrió sin incidentes. El master, acompañado de Doniphan y de Baxter, se adentró incluso media milla en dirección a Traps-woods, ocultándose detrás de los árboles agrupados en la base de Auckland-hill. No vio nada anormal, y Phann, que lo seguía, no tuvo ocasión de ponerlo en guardia.

Pero, al atardecer, poco antes de la puesta del sol, hubo una alarma. Webb y Cross, que estaban de guardia en el acantilado, acababan de bajar precipitadamente señalando la aproximación de dos hombres que avanzaban por la orilla meridional del lago, al otro lado del río Zealand.

Kate y Evans, deseosos de no ser reconocidos, entraron enseguida en el Store-room. Luego, mirando a través de una de las troneras, observaron a los hombres señalados. Eran dos de los compañeros de Walston: Rock y Forbes.

—Evidentemente —dijo el master—, quieren actuar mediante el engaño, y se van a presentar aquí como marineros que acaban de escapar a un naufragio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Briant.

—Recibirlos bien —respondió Evans.

—¡Buena acogida a esos miserables! —exclamó Briant—. Nunca podré...

—Yo me encargo —respondió Gordon.

—¡Bien, señor Gordon! —replicó el master—. ¡Y sobre todo que no sospechen nada de nuestra presencia! Kate y yo nos mostraremos cuando llegue el momento.

Evans y su compañera fueron a acurrucarse en el fondo de uno de los cuartos del pasillo, cuya puerta se cerró sobre ellos. Momentos después, Gordon, Briant, Doniphan y Baxter corrían a la orilla del río Zealand. Al verlos, los dos hombres fingieron una sorpresa extrema, a la que Gordon respondió con una sorpresa no menor.

Rock y Forbes parecían agotados de cansancio, y, en cuanto alcanzaron el curso del río, he aquí las palabras que se cruzaron de una orilla a otra:

—¿Quiénes sois?

—Náufragos que acaban de perderse al sur de la isla con el bote del bergantín Severn.

—¿Sois ingleses?...

—No, americanos.

—¿Y vuestros compañeros?...

—¡Han perecido todos! Solo nosotros escapamos al naufragio, y estamos agotados... ¿Con quiénes tenemos el honor de hablar, si se puede preguntar?...

—Con los colonos de la isla Chairman.

—Que los colonos se compadezcan de nosotros y nos acojan, pues nos vemos sin recursos...

—¡Los náufragos siempre tienen derecho a la asistencia de sus semejantes! —respondió Gordon—. ¡Seréis bienvenidos!

A una señal de Gordon, Moko embarcó en la yola, que estaba amarrada cerca del pequeño malecón, y, en pocos golpes de remo, trajo a los dos marineros a la orilla derecha del río Zealand.

Sin duda, Walston no había tenido elección, pero hay que reconocerlo: el semblante de Rock no estaba hecho para inspirar confianza —ni siquiera a unos niños, por poco habituados que estuvieran a descifrar una fisonomía humana—. Aunque hubiera intentado ponerse cara de hombre honrado, ¡qué tipo de bandido era ese Rock, con su frente estrecha, la cabeza ensanchada por detrás y la mandíbula inferior muy pronunciada! Forbes —aquel en quien, según Kate, no estaba quizás extinguido todo sentimiento de humanidad— ofrecía mejor aspecto. Era probablemente la razón por la cual Walston lo había asociado al otro.

Ambos desempeñaron entonces su papel de falsos náufragos. Sin embargo, por temor a despertar sospechas si se les dirigían preguntas demasiado precisas, dijeron que el cansancio los agobiaba más que la necesidad, y pidieron que se les permitiera descansar un poco e incluso pasar la noche en French-den. Allí fueron conducidos de inmediato. A su entrada, es verdad —cosa que no pasó desapercibida para Gordon—, no habían podido evitar lanzar miradas demasiado escrutadoras sobre la disposición del hall. Incluso parecieron bastante sorprendidos al ver el material defensivo que poseía la

pequeña colonia —sobre todo la pieza de cañón apuntada a través de la tronera—.

De ello resultó que los jóvenes colonos —a quienes, por lo demás, aquello les repugnaba mucho— no tuvieron que continuar su papel, puesto que Rock y Forbes tenían prisa por acostarse, aplazando al día siguiente el relato de sus aventuras.

—Un haz de hierba nos bastará —dijo Rock—. Pero, como no quisiéramos molestaros, si tuvierais alguna otra habitación distinta a esta...

—Sí —respondió Gordon—, la que nos sirve de cocina, y no tenéis más que instalaros allí hasta mañana.

Rock y su compañero pasaron al Store-room, cuyo interior examinaron de un vistazo, después de haber comprobado que la puerta daba al río.

¡En verdad, no podían ser más acogedores con esos pobres náufragos! Los dos bribones debían decirse que, para acabar con aquellos inocentes, no valía la pena molestarse en ejercitar la imaginación.

Rock y Forbes se tendieron, pues, en un rincón del Store-room. No iban a estar solos allí, es verdad, puesto que era allí donde dormía Moko; pero no se preocupaban demasiado por ese chico, decididos como estaban a estrangularlo en un abrir y cerrar de ojos si se le ocurría no dormir más que con un ojo. A la hora convenida, Rock y Forbes debían abrir la puerta del Store-room, y Walston, que rondaba por la orilla con sus cuatro compañeros, se haría dueño de French-den de inmediato.

Hacia las nueve, cuando se suponía que Rock y Forbes dormían, Moko volvió y no tardó en echarse en su litera, listo para dar la alarma.

Briant y los demás habían permanecido en el hall. Luego, una vez cerrada la puerta del pasillo, Evans y Kate se unieron a ellos. Las cosas habían sucedido como había previsto el master, y no dudaba de que Walston estuviera en las inmediaciones de French-den, esperando el momento de penetrar en él.

—¡Estemos en guardia! —dijo.

Sin embargo, transcurrieron dos horas, y Moko se preguntaba si Rock y Forbes no habrían aplazado su maquinación para otra noche, cuando su

atención fue atraída por un leve ruido que se producía en el interior del Store-room.

A la luz del farol colgado de la bóveda, vio entonces a Rock y Forbes abandonar el rincón en que se habían tendido y arrastrarse hacia la puerta.

Esa puerta estaba reforzada por un montón de grandes piedras —verdadera barricada que habría sido difícil, por no decir imposible, de derribar—.

Así pues, los dos marineros empezaron a retirar las piedras, depositándolas una a una contra la pared de la derecha. En pocos minutos, la puerta quedó completamente despejada. Solo quedaba retirar la barra que la sujetaba por dentro para que la entrada de French-den quedara libre.

Pero, en el momento en que Rock, tras haber retirado dicha barra, abrió la puerta, una mano cayó sobre su hombro. Se volvió y reconoció al master, al que el farol iluminaba de lleno en la cara.

—¡Evans! —exclamó—. ¡Evans aquí!...

—¡A nosotros, muchachos! —gritó el master.

Briant y sus compañeros se precipitaron de inmediato en el Store-room. Allí, ante todo, Forbes, agarrado por los cuatro más vigorosos —Baxter, Wilcox, Doniphan y Briant—, fue puesto en la imposibilidad de escapar.

En cuanto a Rock, con un movimiento rápido, había rechazado a Evans asestándole una cuchillada que lo rozó levemente en el brazo izquierdo. Luego, por la puerta abierta, se lanzó al exterior. No había dado diez pasos cuando resonó una detonación.

Era el master quien acababa de disparar sobre Rock. Por las apariencias, el fugitivo no había sido alcanzado, pues no se oyó ningún grito.

—¡Mil diablos!... ¡He fallado a ese bribón! —exclamó Evans—. ¡En cuanto al otro... siempre será uno menos!

Y, con el cuchillo en la mano, levantó el brazo sobre Forbes.

—¡Piedad!... ¡Piedad!... —exclamó el miserable al que los jóvenes chicos mantenían en el suelo.

—¡Sí! ¡Piedad, Evans! —repitió Kate, que se lanzó entre el master y Forbes—. ¡Perdonadle la vida, pues él me la salvó a mí!...

—¡Sea! —respondió Evans—. Consiento en ello, Kate; ¡al menos por ahora!

Y Forbes, sólidamente maniatado, fue depositado en uno de los cuartos del pasillo.

Luego, cerrada y barricada de nuevo la puerta del Store-room, todos permanecieron en vilo hasta el amanecer.

CAPÍTULO 28

A la mañana siguiente, por agotadora que hubiera sido aquella noche sin dormir, nadie pensó en tomarse una hora de descanso. Ya no cabía duda de que Walston recurriría a la fuerza, puesto que el engaño había fracasado. Rock, que había escapado al disparo del master, debía de haberle alcanzado y comunicado que, descubiertos sus manejos, ya no podría penetrar en French-den sin forzar las puertas.

Al amanecer, Evans, Briant, Doniphan y Gordon salieron del hall manteniéndose en guardia. Con la salida del sol, las brumas matinales se iban condensando poco a poco y dejaban al descubierto el lago, que rizaba una ligera brisa del este.

Todo estaba tranquilo en los alrededores de French-den, tanto por el lado del río Zealand como por el de Traps-woods. Dentro del recinto, los animales domésticos iban y venían como de costumbre. Phann, que corría por Sport-terrace, no daba ninguna señal de inquietud.

Ante todo, Evans se preocupó por saber si el suelo presentaba huellas de pasos. En efecto, se encontraron numerosas huellas, sobre todo cerca de French-den. Se cruzaban en diversas direcciones e indicaban claramente que, durante la noche, Walston y sus compañeros se habían acercado hasta el río aguardando a que alguien les abriera la puerta de Store-room.

En cuanto a manchas de sangre, no se vio ninguna en la arena, prueba de que Rock ni siquiera había resultado herido por el disparo del master.

Pero surgía una pregunta: ¿Walston había llegado, como los falsos naufragos, por el sur del lago Family, o más bien había alcanzado French-

den bajando por el norte? En tal caso, ¿no sería por el lado de Traps-woods por donde Rock habría huido para reunirse con él?

Como importaba esclarecer este punto, se decidió interrogar a Forbes para saber qué camino había seguido Walston. ¿Accedería Forbes a hablar, y si hablaba, diría la verdad? Por gratitud hacia Kate, que le había salvado la vida, ¿despertaría algún buen sentimiento en el fondo de su corazón? ¿Olvidaría que fue para traicionarles por lo que había pedido hospitalidad a los huéspedes de French-den?

Queriendo interrogarle él mismo, Evans volvió al hall, abrió la puerta del cuartucho donde estaba encerrado Forbes, le soltó las ligaduras y le condujo al hall.

—Forbes —dijo Evans—, el ardid que Rock y tú tramabais no ha salido bien. Necesito saber cuáles son los planes de Walston, que tú debes de conocer. ¿Quieres responder?

Forbes había bajado la cabeza y, sin atreverse a levantar los ojos hacia Evans, hacia Kate, hacia los muchachos ante quienes el master le había hecho comparecer, guardaba silencio.

Kate intervino.

—Forbes —dijo ella—, en una ocasión mostró usted algo de piedad al impedir que sus compañeros me matasen durante la matanza del Severn. Bien, ¿no querrá usted hacer nada para salvar a estos niños de una matanza aún más espantosa?

Forbes no respondió.

—Forbes —continuó Kate—, le han perdonado la vida cuando merecía usted la muerte. ¡No puede haberse extinguido en usted toda humanidad! ¡Después de haber causado tanto mal, puede usted volver al bien! ¡Piense en el horrible crimen en que estaba participando!

Un suspiro, a medias ahogado, escapó penosamente del pecho de Forbes.

—¡Eh! ¿Qué puedo yo hacer?... —respondió con voz apagada.

—Puedes contarnos —replicó Evans— lo que debía ocurrir esta noche, lo que ha de ocurrir más adelante. ¿Esperabas a Walston y a los demás, que debían entrar aquí en cuanto se abriera una de las puertas?...

—¡Sí! —respondió Forbes.

—¿Y estos niños, que te habían acogido bien, habrían sido asesinados?...

Forbes bajó la cabeza aún más y, esta vez, no tuvo fuerzas para responder.

—¿Y por dónde han llegado hasta aquí Walston y los demás? —preguntó el master.

—Por el norte del lago —respondió Forbes.

—Mientras que Rock y tú veníais por el sur...

—¡Sí!

—¿Han recorrido la otra parte de la isla, al oeste?

—Todavía no.

—¿Dónde deben de estar ahora?

—No lo sé...

—¿No puedes decir nada más, Forbes?

—No... Evans... ¡no!...

—¿Y crees que Walston volverá?...

—¡Sí!

Evidentemente, Walston y los suyos, asustados por el disparo del master y comprendiendo que el ardid había sido descubierto, habían juzgado prudente mantenerse a distancia en espera de una ocasión más propicia.

Evans, sin esperanza de obtener más información de Forbes, le devolvió al cuartucho, cuya puerta fue cerrada con llave por fuera.

La situación seguía siendo, pues, de las más graves. ¿Dónde se encontraba Walston en ese momento? ¿Estaría acampado bajo los árboles de Trapswoods? Forbes no había podido o no había querido decirlo. Y sin embargo, nada hubiera sido más deseable que estar seguros al respecto. Por ello, al master se le ocurrió efectuar un reconocimiento en esa dirección, aunque no sin riesgo.

Hacia el mediodía, Moko llevó algo de comer al prisionero. Forbes, hundido en sí mismo, apenas lo probó. ¿Qué pasaba en el alma de aquel desdichado? ¿Se había abierto su conciencia al remordimiento? Nadie lo sabía.

Después del almuerzo, Evans comunicó a los muchachos su proyecto de avanzar hasta el lindero de Traps-woods, tal era su empeño en saber si los malhechores seguían en los alrededores de French-den. Aceptada la propuesta sin discusión, se tomaron las disposiciones necesarias para hacer frente a cualquier eventualidad adversa.

Cierto que Walston y sus compañeros no eran más que seis desde la captura de Forbes, mientras que la pequeña colonia se componía de quince muchachos, sin contar a Kate y Evans, diecisiete en total. Pero de ese número había que excluir a los más pequeños, que no podían tomar parte directa en un combate. Por ello se decidió que, mientras el master efectuaba su reconocimiento, Iverson, Jenkins, Dole y Costar permanecerían en el hall, con Kate, Moko y Jacques, bajo la guardia de Baxter. En cuanto a los mayores —Briant, Gordon, Doniphan, Cross, Service, Webb, Wilcox, Garnett—, acompañarían a Evans. Ocho muchachos frente a seis hombres en la plenitud de sus fuerzas: no sería una lucha igualada. Ciertamente que cada uno de ellos iría armado con un fusil y un revólver, mientras que Walston no disponía más que de los cinco fusiles procedentes del Severn. Así pues, en tales condiciones, un combate a distancia parecía ofrecer perspectivas más favorables, ya que Doniphan, Wilcox y Cross eran buenos tiradores, muy superiores en ello a los marineros americanos. Además, la munición no les faltaría, mientras que Walston, como había dicho el master, debía de estar reducido a unas pocas cartuchos solamente.

Eran las dos de la tarde cuando la pequeña tropa se formó bajo las órdenes de Evans. Baxter, Jacques, Moko, Kate y los pequeños entraron inmediatamente en French-den, cuyas puertas fueron cerradas pero no atrancadas, a fin de que, si llegara el caso, el master y los demás pudieran ponerse rápidamente a cubierto.

Por lo demás, nada había que temer por el lado del sur, ni siquiera del oeste, pues para seguir esa dirección Walston habría tenido que llegar hasta Sloughi-bay para remontar el valle del río Zealand, lo cual habría requerido demasiado tiempo. Además, según la respuesta de Forbes, era por la orilla oeste del lago por donde habían bajado, y no conocían esa parte de la isla.

Evans no tenía, pues, que temer ser sorprendido por la retaguardia: el ataque solo podía venir por el norte.

Los muchachos y el master avanzaron con prudencia, bordeando la base de Auckland-hill. Más allá del recinto, los arbustos y los grupos de árboles les permitían alcanzar el bosque sin descubrirse demasiado.

Evans marchaba a la cabeza, tras haber tenido que reprimir el ímpetu de Doniphan, siempre dispuesto a adelantarse. Cuando hubo rebasado el pequeño montículo que cubría los restos del naufrago francés, el master juzgó oportuno cortar en diagonal para acercarse a la orilla del lago Family.

Phann, a quien Gordon habría intentado en vano retener, rastreaba con las orejas erguidas y el hocico pegado al suelo, y pronto quedó de manifiesto que había encontrado un rastro.

— ¡Atención! —dijo Briant.

— Sí —respondió Gordon—. ¡No es el rastro de un animal! ¡Mira cómo va Phann!

— Deslicémonos entre la hierba —replicó Evans—, y tú, señor Doniphan, que eres buen tirador, si uno de esos bribones se muestra a buen alcance, ¡no le falles! Nunca habrás disparado una bala tan oportunamente.

Pocos instantes después, todos habían alcanzado los primeros grupos de árboles. Allí, en el límite de Traps-woods, había todavía rastros de un alto reciente: ramas a medio consumir y cenizas apenas frías.

— Sin duda aquí pasó Walston la noche pasada —observó Gordon.

— ¿Y quizá estaba aquí hace unas horas? —respondió Evans—. Creo que vale más que nos retiremos hacia el acantilado...

No había terminado de hablar cuando una detonación estalló a la derecha. Una bala, tras rozar la cabeza de Briant, fue a incrustarse en el árbol contra el que se apoyaba.

Casi al mismo tiempo se oyó otro disparo, seguido de un grito, mientras que a unos cincuenta pasos de allí una mole caía bruscamente entre los árboles.

Era Doniphan, que acababa de disparar a ojo guiándose por el humo producido por el primer tiro.

Pero el perro no se detenía, y Doniphan, arrastrado por su ímpetu, se lanzó tras él.

—¡Adelante! —dijo Evans—. ¡No podemos dejarle entrar en combate solo!...

Un instante después, habiendo alcanzado a Doniphan, todos formaban círculo alrededor de un cuerpo tendido en medio de la hierba que ya no daba señales de vida.

—¡Ese es Pike! —dijo Evans—. ¡El bribón está bien muerto! Si el diablo se ha puesto hoy a cazar, ¡no volverá con las manos vacías! ¡Uno menos!

—¡Los demás no pueden estar lejos! —observó Wilcox.

—¡No, muchacho! Por eso, ¡no nos descubramos!... ¡Agachaos!... ¡Agachaos!...

Tercera detonación, esta vez por la izquierda. Service, que no había bajado la cabeza con suficiente rapidez, tuvo la frente rozada por una bala.

—¿Estás herido? —exclamó Gordon corriendo hacia él.

—No es nada, Gordon, ¡no es nada! —respondió Service—. ¡Solo un rasguño!

En ese momento, lo más importante era no separarse. Muerto Pike, quedaban todavía Walston y cuatro de los suyos, que debían de estar apostados a poca distancia detrás de los árboles. Así pues, Evans y los demás, agachados entre la hierba, formaban un grupo compacto, listos para la defensiva, viniera el ataque de donde viniera.

De pronto, Garnett exclamó:

—¿Dónde está Briant?

—¡Ya no le veo! —respondió Wilcox.

En efecto, Briant había desaparecido, y como los ladridos de Phann resonaban con mayor violencia aún, era de temer que el valiente muchacho se hubiera enzarzado con algunos hombres de la banda.

—¡Briant!... ¡Briant!... —gritó Doniphan.

Y todos, quizá imprudentemente, se lanzaron tras la pista de Phann. Evans no había podido retenerlos. Iban de árbol en árbol, ganando terreno.

—¡Cuidado, master, cuidado! —gritó de repente Cross, que acababa de tirarse cuerpo a tierra.

Instintivamente, el master bajó la cabeza en el momento en que una bala pasaba a pocos centímetros por encima de él.

Luego, irguiéndose, vio a uno de los compañeros de Walston que huía a través del bosque.

Era precisamente Rock, que se le había escapado el día anterior.

—¡Esta es la tuya, Rock! —gritó.

Disparó, y Rock desapareció como si el suelo se hubiera abierto de repente bajo sus pies.

—¿Le he fallado de nuevo?... —exclamó Evans—. ¡Mil diablos! ¡Eso sería mala suerte!

Todo aquello se había producido en unos pocos segundos. Al instante, los ladridos del perro estallaron en las inmediaciones. Enseguida se oyó la voz de Doniphan:

—¡Aguanta, Briant!... ¡Aguanta! —gritaba.

Evans y los demás se dirigieron hacia allí, y, veinte pasos más adelante, vieron a Briant luchando con Cope.

El miserable acababa de derribar al muchacho y se disponía a golpearle con su cuchillo, cuando Doniphan, llegado justo a tiempo para desviar el golpe, se abalanzó sobre Cope antes de haber tenido tiempo de sacar su revólver.

Fue él a quien el cuchillo alcanzó de lleno en el pecho... Cayó sin lanzar un grito.

Cope, al ver que Evans, Garnett y Webb trataban de cortarle la retirada, emprendió la huida hacia el norte. Varios disparos simultáneos se hicieron sobre él. Desapareció, y Phann regresó sin haberlo podido alcanzar.

Apenas repuesto, Briant había vuelto junto a Doniphan, le sostenía la cabeza, intentaba reanimarle...

Evans y los demás les habían alcanzado, tras recargar rápidamente sus armas.

En realidad, la lucha había comenzado en desventaja para Walston, puesto que Pike estaba muerto y Cope y Rock debían de estar fuera de combate.

Por desgracia, Doniphan había recibido una cuchillada en el pecho, y mortal, al parecer. Con los ojos cerrados, el rostro blanco como la cera, ya no hacía ningún movimiento, ni siquiera oía a Briant que le llamaba.

Evans, entretanto, se había inclinado sobre el cuerpo del muchacho. Le había abierto la chaqueta y luego rasgado la camisa, empapada de sangre. Una estrecha herida triangular sangraba a la altura de la cuarta costilla, por el lado izquierdo. ¿Había alcanzado la punta del cuchillo al corazón? No, puesto que Doniphan respiraba todavía. Pero había que temer que el pulmón hubiera sido alcanzado, pues la respiración del herido era extremadamente débil.

—¡Llévemose a French-den! —dijo Gordon—. Solo allí podremos atenderle...

—¡Y salvarle! —exclamó Briant—. ¡Ah, pobre camarada mío!... ¡Te has expuesto por mí!

Evans aprobó la propuesta de llevar a Doniphan de vuelta a French-den, tanto más cuanto que en ese momento parecía haber una tregua en el combate. Muy probablemente, Walston, viendo que las cosas se torcían, había optado por retirarse a las profundidades de Traps-woods.

Sin embargo, lo que no dejaba de inquietar a Evans era no haber visto ni a Walston ni a Brandt ni a Book, que no eran los menos temibles de la banda.

El estado de Doniphan exigía que fuera transportado sin sacudidas. Así pues, Wilcox y Service se apresuraron a construir una camilla de ramas sobre la que tendieron al muchacho, sin que este hubiera recobrado el conocimiento. Luego, cuatro de sus camaradas le levantaron con suavidad, mientras los demás le rodeaban con el fusil amartillado y el revólver en la mano.

El cortejo se dirigió directamente hacia la base de Auckland-hill. Eso era mejor que seguir la orilla del lago. Bordeando el acantilado, solo habría que vigilar por la izquierda y por la retaguardia. Nada, por lo demás, vino a turbar aquella penosa marcha. A veces, Doniphan lanzaba un suspiro tan do-

loroso que Gordon hacía señal de parar para escuchar su respiración, y un instante después se reanudaba la marcha.

Las tres cuartas partes del camino se recorrieron en esas condiciones. No quedaban más que ochocientos o novecientos pasos por recorrer para llegar a French-den, cuya puerta aún no se podía ver, oculta por un saliente del acantilado.

De pronto, unos gritos resonaron por el lado del río Zealand. Phann saltó en esa dirección.

Evidentemente, French-den estaba siendo atacado por Walston y sus dos compañeros.

En efecto, esto es lo que había ocurrido, tal como se supo más tarde.

Mientras Rock, Cope y Pike, emboscados bajo los árboles de Traps-woods, mantenían ocupada a la pequeña tropa del master, Walston, Brandt y Book habían escalado Auckland-hill remontando el cauce seco del torrente de Dike-creek. Tras recorrer rápidamente la meseta superior, habían bajado por el desfiladero que desembocaba en la orilla del río, no lejos de la entrada de Store-room. Una vez allí, habían conseguido forzar la puerta, que no estaba atrancada, e invadido French-den.

¿Y llegaría Evans a tiempo para evitar una catástrofe?

El master tomó rápidamente su decisión. Mientras Cross, Webb y Garnett se quedaban junto a Doniphan, a quien no podían dejar solo, Gordon, Briant, Service, Wilcox y él se lanzaron en dirección a French-den por el camino más corto. Pocos minutos después, en cuanto sus miradas pudieron alcanzar hasta Sport-terrace, ¡lo que vieron era para quitarles toda esperanza!

En ese momento, Walston salía por la puerta del hall llevando a un niño que arrastraba hacia el río.

Aquel niño era Jacques. En vano, Kate, que se había abalanzado sobre Walston, intentaba arrebatárselo.

Un instante después aparecía el segundo compañero de Walston, Brandt, que se había apoderado del pequeño Costar y se lo llevaba en la misma dirección.

Baxter también se abalanzó sobre Brandt, pero, rechazado violentamente, rodó por el suelo.

En cuanto a los otros niños —Dole, Jenkins, Iverson—, no se les veía, como tampoco a Moko. ¿Habrían sucumbido ya en el interior de French-den?

Entretanto, Walston y Brandt se alejaban rápidamente hacia el río. ¿Podían cruzarlo de otro modo que a nado? Sí, pues Book estaba allí, junto al bote, que había sacado de Store-room.

Una vez en la orilla izquierda, los tres estarían fuera de alcance. Antes de que pudieran cortarles la retirada, habrían regresado a su campamento de Bear-rock con Jacques y Costar convertidos en rehenes en sus manos.

Así pues, Evans, Briant, Gordon, Cross y Wilcox corrían sin aliento, con la esperanza de alcanzar Sport-terrace antes de que Walston, Book y Brandt se hubieran puesto a salvo al otro lado del río. Disparar sobre ellos a la distancia a que se encontraban habría sido exponerse a alcanzar a Jacques y a Costar al mismo tiempo.

Pero Phann estaba allí. Acababa de saltar sobre Brandt y le tenía agarrado por el cuello. Este, muy impedido para defenderse del perro, tuvo que soltar a Costar, mientras Walston se apresuraba a arrastrar a Jacques hacia el bote...

De repente, un hombre salió precipitadamente del hall.

Era Forbes.

¿Venía a unirse a sus antiguos compañeros de crimen tras haber forzado la puerta del cuartucho? Walston no lo dudó.

—¡A mí, Forbes!... ¡Ven!... ¡Ven! —le gritó.

Evans se había detenido y estaba a punto de disparar cuando vio a Forbes abalanzarse sobre Walston.

Walston, sorprendido por aquella agresión que no podía esperar, se vio obligado a soltar a Jacques y, volviéndose, asestó a Forbes una cuchillada.

Forbes cayó a los pies de Walston.

Todo había ocurrido tan deprisa que en ese momento Evans, Briant, Gordon, Service y Wilcox estaban todavía a un centenar de pasos de Sport-terrace.

Walston intentó entonces volver a apoderarse de Jacques para llevárselo hasta el bote, donde Book le esperaba junto a Brandt, que había logrado deshacerse del perro.

No le dio tiempo.

Jacques, que iba armado con un revólver, le disparó en pleno pecho. Con dificultad pudo Walston, gravemente herido, arrastrarse hasta sus dos compañeros, quienes le cogieron en brazos, le embarcaron y alejaron vigorosamente el bote.

En ese momento resonó una violenta detonación. Una descarga de metralla azotó las aguas del río.

Era el pequeño cañón, que el grumete acababa de disparar a través de la tronera de Store-room.

Y ahora, a excepción de los dos miserables que habían desaparecido entre los matorrales de Traps-woods, la isla Chairman quedaba liberada de los asesinos del Severn, arrastrados hacia el mar por la corriente del río Zealand.

CAPÍTULO 29

Una nueva era comenzaba ahora para los jóvenes colonos de la isla Chairman.

Tras haber luchado hasta entonces para asegurar su existencia en condiciones bastante críticas, era en la obra de su liberación en lo que iban a trabajar, haciendo un último esfuerzo por volver a ver a sus familias y su patria.

Tras la exaltación provocada por los incidentes del combate, se había producido en ellos una reacción de lo más natural. Quedaron como abrumados por su éxito, que no podían creer. Pasado el peligro, este se les antojaba más grande de lo que les había parecido, es decir, tal como era en realidad. Ciertamente, tras el primer enfrentamiento en la linde de Traps-woods, sus probabilidades habían aumentado en cierta medida. Pero, sin la tan inesperada intervención de Forbes, ¡Walston, Book y Brandt se les habrían escapado! ¡Moko no se habría atrevido a disparar esa andanada de metralla, que habría alcanzado a Jacques y a Costar al mismo tiempo que a sus raptos!... ¿Qué habría ocurrido después?... ¿A qué acuerdo habría habido que resignarse para liberar a los dos niños?

Así, cuando Briant y sus camaradas pudieron contemplar fríamente aquella situación, fue como una especie de espanto retrospectivo lo que se apoderó de ellos. Duró poco, y, aunque no se conociera aún el destino de Rock y de Cope, la seguridad había vuelto en gran parte a la isla Chairman.

En cuanto a los héroes de la batalla, habían recibido las felicitaciones que merecían: Moko, por su cañonazo, disparado tan oportunamente a través de la tronera de Store-room; Jacques, por la sangre fría que había demostrado al disparar su revólver sobre Walston; y Costar, por último, que — «habría

hecho exactamente lo mismo, dijo, si hubiera tenido una pistola» — . ¡Pero no la tenía!

Ni siquiera Phann quedó sin recibir su buena parte de caricias, sin contar la provisión de huesos con tuétano con que Moko le obsequió por haber atacado a dentelladas a ese bribón de Brandt, que arrastraba consigo al pequeño.

Huelga decir que Briant, tras el cañonazo de Moko, había vuelto a toda prisa hacia el lugar donde sus camaradas guardaban la camilla. Unos minutos después, habían depositado a Doniphan en el salón sin que hubiera recobrado el conocimiento, mientras Forbes, recogido por Evans, yacía tendido en el catre de Store-room. Durante toda la noche, Kate, Gordon, Briant, Wilcox y el master velaron junto a los dos heridos.

Que Doniphan había resultado gravemente herido era más que evidente. Sin embargo, como respiraba con bastante regularidad, era señal de que el pulmón no había sido perforado por el cuchillo de Cope. Para curar su herida, Kate recurrió a ciertas hojas de uso corriente en el Lejano Oeste, que proporcionaron algunos arbustos de las orillas del río Zealand. Eran hojas de aliso que, machacadas y dispuestas en compresas, resultan muy eficaces para impedir la supuración interna, pues ahí residía todo el peligro. Pero no fue así en el caso de Forbes, a quien Walston había herido en el vientre. Sabía que estaba herido de muerte, y cuando recobró el conocimiento, mientras Kate, inclinada sobre su catre, le prodigaba sus cuidados:

— ¡Gracias, buena Kate! ¡Gracias!... — murmuró él — . ¡Es inútil!... ¡Estoy perdido!

Y las lágrimas corrían por sus ojos.

¿Acaso el remordimiento había removido lo que aún quedaba de bueno en el corazón de aquel desgraciado?... ¡Sí! Arrastrado sobre todo por los malos consejos y el mal ejemplo, aunque había participado en las matanzas del Severn, todo su ser se había rebelado ante el horrible destino que amenazaba a los jóvenes colonos, y había arriesgado su vida por ellos.

— ¡Ten esperanza, Forbes! — le dijo Evans — . Has redimido tus crímenes... Vivirás...

¡No! El infortunado había de morir. A pesar de los cuidados que no se le escatimaron, el agravamiento de su estado se fue haciendo de hora en hora

más manifiesto. En los breves momentos de alivio que le dejaba el dolor, sus ojos angustiados se volvían hacia Kate, hacia Evans... Había derramado sangre, y su sangre corría en expiación de su vida pasada...

Hacia las cuatro de la madrugada, Forbes se apagó. Murió arrepentido, perdonado por los hombres, perdonado por Dios, que le ahorró una larga agonía, y fue casi sin sufrimiento como exhaló su último aliento.

Al día siguiente lo enterraron en una fosa cavada cerca del lugar donde reposaba el naufrago francés, y dos cruces señalan ahora el emplazamiento de las dos tumbas.

Sin embargo, la presencia de Rock y de Cope constituía aún un peligro; la seguridad no podría ser completa mientras no se les pusiera en la imposibilidad de causar daño.

Evans resolvió, pues, acabar con ellos antes de dirigirse al puerto de Bear-rock.

Gordon, Briant, Baxter, Wilcox y él partieron aquel mismo día, con el fusil al brazo y el revólver al cinto, acompañados de Phann, pues era de justicia confiar en su instinto para seguir un rastro.

Las pesquisas no fueron ni difíciles ni largas, y hay que añadir que tampoco peligrosas. Ya no había nada que temer de los dos cómplices de Walston. Cope, cuyo paso pudo seguirse gracias a un rastro de sangre entre los matorrales de Traps-woods, fue hallado muerto a unos centenares de pasos del lugar donde le había alcanzado la bala. También se recogió el cadáver de Pike, muerto al comienzo del combate. En cuanto a Rock, que había desaparecido tan inesperadamente como si la tierra se lo hubiera tragado, Evans tuvo pronto la explicación: había sido en el fondo de una de las fosas cavadas por Wilcox donde el miserable había caído, tras haber sido herido de muerte. Los tres cadáveres fueron enterrados en aquella fosa, que se convirtió en su tumba. Luego, el master y sus compañeros regresaron con la buena nueva de que la colonia ya no tenía nada que temer.

La alegría habría sido completa en French-den si Doniphan no hubiera estado tan gravemente herido. ¿No estaban ahora los corazones abiertos a la esperanza?

Al día siguiente, Evans, Gordon, Briant y Baxter pusieron en debate los proyectos cuya realización inmediata había que procurar. Lo que importaba

ante todo era recuperar el bote del Severn. Eso requería un viaje e incluso una estancia en Bear-rock, donde se llevarían a cabo los trabajos de reparación que pondrían la embarcación en condiciones.

Quedó convenido, pues, que Evans, Briant y Baxter se dirigirían allá por la ruta del lago y del East-river. Era a la vez la más segura y la más corta.

El yole, hallado en un remanso del río, no había recibido ningún impacto de la descarga de metralla que había pasado por encima de él. Se embarcaron en él las herramientas para el calafateo, provisiones, municiones, armas, y con un buen viento largo, partió desde la mañana del 6 de diciembre bajo el mando de Evans.

La travesía del lago Family se efectuó con bastante rapidez. No hubo ni siquiera necesidad de arriar ni de cazar la escota, tal era la regularidad y constancia de la brisa. Antes de las once y media, Briant indicaba al master la pequeña ensenada por la que las aguas del lago se vertían en el cauce del East-river, y el yole, favorecido por la marea bajante, descendió entre las dos orillas del río.

No lejos de la desembocadura, el bote, varado en seco, yacía sobre la arena de Bear-rock.

Tras un examen muy detallado de las reparaciones que había que efectuar, Evans dijo:

—Muchachos, tenemos las herramientas; pero lo que nos falta es con qué reparar la armazón y el forro. Pues bien, en French-den hay precisamente tablones y cuadernas procedentes del casco del Sloughi, y si pudiéramos llevar la embarcación al río Zealand...

—En eso estaba pensando yo —respondió Briant—. ¿Es imposible, master Evans?

—No lo creo —repuso Evans—. Puesto que el bote vino bien de Severn-shores hasta Bear-rock, ¿no puede ir de Bear-rock hasta el río Zealand? Allá el trabajo se haría con más facilidad, y sería desde French-den desde donde partiríamos para ganar Sloughi-bay, ¡donde nos haríamos a la mar!

Indiscutiblemente, si aquel proyecto era realizable, no cabía imaginar uno mejor. Así que se decidió aprovechar la marea del día siguiente para remontar el East-river remolcando el bote con el yole.

Ante todo, Evans se ocupó de taponar como pudo las vías de agua del bote con tapones de estopa que había traído de French-den, y este primer trabajo no concluyó hasta bien entrada la tarde.

La noche transcurrió tranquilamente en el fondo de la cueva donde Doniphan y sus compañeros habían hecho su morada durante su primera visita a Deception-bay.

Al día siguiente, de madrugada, una vez puesto el bote a remolque del yole, Evans, Briant y Baxter partieron con la marea creciente. Manejando los remos mientras duró la marea, se las arreglaron. Pero, en cuanto la vaciante cobró fuerza, la embarcación, lastrada por el agua que penetraba en ella, no fue remolcada sin gran esfuerzo. Y así fue que eran las cinco de la tarde cuando el yole alcanzó la orilla derecha del lago Family.

El master no juzgó prudente exponerse, en tales condiciones, a una travesía nocturna.

Además, el viento tendía a amainar con la caída de la tarde y, muy probablemente, tal como ocurría durante la buena estación, la brisa refrescaría a los primeros rayos del sol.

Acamparon en aquel lugar, comieron con buen apetito, durmieron con profundo sueño, con la cabeza apoyada en el tronco de un gran haya y los pies frente a un hogar chisporroteante que ardió hasta el amanecer.

—¡Embarquemos! —fueron las primeras palabras del master en cuanto las claridades matutinas iluminaron las aguas del lago.

Tal como se esperaba, la brisa del nordeste había vuelto con el día. El master no podía pedir un tiempo más favorable para dirigirse a French-den.

Se izó la vela, y el yole, arrastrando la pesada embarcación, que estaba anegada hasta la borda, puso rumbo al oeste.

No se produjo ningún incidente durante esta travesía del lago Family. Por prudencia, Evans estuvo siempre dispuesto a cortar el cable de remolque por si el bote se iba a pique, pues habría arrastrado consigo al yole. ¡Temor hartamente fundado, sin duda! Pues si la embarcación se hundía, la partida quedaba aplazada indefinidamente y, quizás, había que pasar aún mucho tiempo en la isla Chairman.

Por fin, las alturas de Auckland-hill aparecieron al oeste hacia las tres de la tarde. A las cinco, el yole y el bote entraban en el río Zealand y fondeaban al abrigo del pequeño dique. Unos hurras acogieron a Evans y sus compañeros, a quienes no se esperaba hasta pasados algunos días.

Durante su ausencia, el estado de Doniphan había mejorado algo. Y así pudo el valiente muchacho responder a los apretones de mano de su camarada Briant. Respiraba con mayor libertad, pues el pulmón no había sido alcanzado. Aunque se le tenía a una dieta muy estricta, las fuerzas comenzaban a volvérselo, y, bajo las compresas de hierbas que Kate renovaba cada dos horas, su herida no tardaría probablemente en cerrarse. Sin duda, la convalecencia sería larga; pero Doniphan tenía tanta vitalidad que su curación completa sería solo cuestión de tiempo.

Desde el día siguiente se emprendieron los trabajos de calafateo. Hubo primero que hacer un gran esfuerzo para varar el bote en tierra. De unos nueve metros de eslora y metro ochenta de manga en el punto de mayor anchura, debía bastar para los diecisiete pasajeros que contaba entonces la pequeña colonia, incluidos Kate y el master.

Terminada esta operación, los trabajos siguieron regularmente su curso. Evans, tan buen carpintero como buen marinero, entendía de eso, y pudo apreciar la habilidad de Baxter. Los materiales no faltaban, ni tampoco las herramientas. Con los restos del casco de la goleta pudieron rehacerse las cuadernas rotas, los forros dislocados, los barrotes partidos; por último, la vieja estopa, remojada en resina de pino, permitió hacer las costuras del casco perfectamente estancas.

El bote, que tenía cubierta en la proa, la tuvo entonces hasta aproximadamente los dos tercios, lo que aseguraba un abrigo contra el mal tiempo, poco de temer, por otra parte, durante ese segundo período de la estación estival. Los pasajeros podrían estar bajo esa cubierta o sobre ella, según les pluguiese. El palo de juanete del Sloughi sirvió de palo mayor, y Kate, siguiendo las indicaciones de Evans, logró confeccionar una trinqueta con la cangreja de repuesto del yate, así como una mesana para la popa y un foque para la proa. Con este aparejo, la embarcación estaría mejor equilibrada y aprovecharía el viento con cualquier rumbo.

Estos trabajos, que duraron treinta días, no quedaron concluidos hasta el 8 de enero. Solo quedaba terminar algunos detalles de acondicionamiento.

Y es que el master había querido dedicar todos sus esfuerzos a dejar el bote en condiciones. Convenía que pudiera navegar a través de los canales del archipiélago magallánico y recorrer, si era preciso, algunos centenares de millas, en caso de que fuera necesario bajar hasta el establecimiento de Punta Arenas en la costa oriental de la península de Brunswick.

Hay que mencionar que, en ese lapso de tiempo, la Navidad se había celebrado con cierto boato, y también el 1 de enero de ese año 1862, que los jóvenes colonos esperaban no terminar en la isla Chairman.

Por entonces, la convalecencia de Doniphan había avanzado lo suficiente como para que pudiera abandonar el salón, aunque aún muy débil. El aire puro y una alimentación más sustanciosa le devolvieron visiblemente las fuerzas. Además, sus camaradas no pensaban partir antes de que fuera capaz de soportar una travesía de algunas semanas sin temor a una recaída.

Entretanto, la vida habitual había retomado su curso en French-den.

Las lecciones, los cursos, las conferencias, quedaron más o menos abandonados. ¿Es que Jenkins, Iverson, Dole y Costar no se consideraban de vacaciones?

Como es de suponer, Wilcox, Cross y Webb habían reanudado sus cacerías, ya fuera en los bordes de South-moors, ya en los bosques altos de Traps-woods. Se desdeñaban ahora los lazos y las trampas, a pesar de los consejos de Gordon, siempre parco con sus municiones. Así que los disparos retumbaban por doquier, y la despensa de Moko se enriquecía con caza fresca, lo que permitía reservar las conservas para el viaje.

En verdad, si Doniphan hubiera podido retomar sus funciones de cazador jefe de la pequeña colonia, ¡con qué ardor habría perseguido toda aquella caza de pelo y pluma, sin tener que preocuparse de economizar sus disparos! ¡Era para él un tormento no poder unirse a sus camaradas! Pero había que resignarse y no cometer ninguna imprudencia.

Por fin, durante los diez últimos días de enero, Evans procedió a la carga de la embarcación. Sin duda, Briant y los demás tenían el deseo de llevarse todo lo que habían salvado del naufragio de su Sloughi... Era imposible, por falta de espacio, y acordaron hacer una selección.

En primer lugar, Gordon apartó el dinero que se había recogido a bordo del yate y que los jóvenes colonos podrían necesitar para su repatriación.

Moko, por su parte, embarcó víveres en cantidad suficiente para la alimentación de diecisiete pasajeros, no solo en previsión de una travesía que duraría quizás tres semanas, sino también por si algún contratiempo en el mar obligara a desembarcar en una de las islas del archipiélago antes de alcanzar Punta Arenas, Port-Galant o Port-Tamar.

Luego, lo que quedaba de municiones fue colocado en los cofres del bote, junto con los fusiles y los revólveres de French-den. E incluso Doniphan pidió que no se abandonaran los dos pequeños cañones del yate. Si sobrecargaban la embarcación, ya habría tiempo de deshacerse de ellos en ruta.

Briant tomó también el surtido completo de ropa de repuesto, la mayor parte de los libros de la biblioteca, los principales utensilios que servirían para la cocina de a bordo —entre otros uno de los fogones de Store-room—, y por último los instrumentos necesarios para la navegación: cronómetros marinos, catalejos, brújulas, corredera, faroles, sin olvidar el halkett-boat. Wilcox eligió, entre las redes y los sedales, los aparejos que podrían emplearse para pescar durante la travesía.

En cuanto al agua dulce, una vez sacada del río Zealand, Gordon la hizo guardar en una decena de pequeños barriles que fueron dispuestos ordenadamente a lo largo de la quilla, en el fondo de la embarcación. Tampoco se olvidó lo que quedaba de brandy, de ginebra y otras bebidas fabricadas con los frutos del trulca y del algarrobo.

Por fin, toda la carga estaba en su lugar el 3 de febrero. Solo quedaba fijar el día de la partida, si es que Doniphan se sentía en condiciones de soportar el viaje.

¡Sí! ¡El valiente muchacho respondía por sí mismo! Su herida estaba enteramente cicatrizada, y, habiendo recuperado el apetito, solo debía cuidarse de no comer demasiado. Ahora, apoyado en el brazo de Briant o de Kate, se paseaba cada día por Sport-terrace durante algunas horas.

—¡Partamos!... ¡Partamos!... —dijo—. ¡Me muero de ganas de ponernos en camino!... ¡El mar me repondrá del todo!

La partida se fijó para el 5 de febrero.

La víspera, Gordon había dado la libertad a los animales domésticos. Guanacos, vicuñas, avutardas y toda la prole emplumada, poco agradecidos

por los cuidados que habían recibido, huyeron unos a toda carrera y otros a todo vuelo, tan irresistible es el instinto de la libertad.

—¡Los ingratos! —exclamó Garnett—. ¡Después de los cuidados que les hemos prodigado!

—¡Así es el mundo! —respondió Service con un tono tan gracioso que aquella reflexión filosófica fue acogida con una carcajada general.

Al día siguiente, los jóvenes pasajeros se embarcaron en el bote, que llevaría el yole a remolque y del que Evans se serviría como bote auxiliar.

Pero, antes de largar las amarras, Briant y sus camaradas quisieron reunirse una vez más ante las tumbas de François Baudoin y de Forbes. Se dirigieron allí con recogimiento, y, al tiempo que una última oración, fue un último recuerdo lo que dedicaron a aquellos infortunados.

Doniphan se había situado en la popa de la embarcación, junto a Evans, encargado de gobernar. En la proa, Briant y Moko estaban a cargo de las escotas de las velas, aunque hubiera más que contar con la corriente para descender el río Zealand que con la brisa, cuya dirección hacía muy incierta el macizo de Auckland-hill.

Los demás, junto con Phann, se habían acomodado a su antojo en la parte delantera de la cubierta.

Se soltó la amarra y los remos golpearon el agua.

Tres hurras saludaron entonces aquella hospitalaria morada que, durante tantos meses, había ofrecido un abrigo tan seguro a los jóvenes colonos, y no fue sin emoción —salvo Gordon, muy triste por abandonar su isla— como vieron desaparecer Auckland-hill detrás de los árboles de la ribera.

Mientras descendía el río Zealand, el bote no podía ir más rápido que la corriente, que no era muy rápida. Y, además, hacia mediodía, a la altura del pantanal de Bogs-woods, Evans tuvo que hacer echar el ancla.

En efecto, en aquella parte del curso de agua, el lecho era poco profundo, y la embarcación, muy cargada, habría corrido el riesgo de embarrancar. Más valía esperar la marea creciente y partir luego con la bajante.

La parada duró unas seis horas. Los pasajeros la aprovecharon para hacer una buena comida, tras la cual Wilcox y Cross fueron a cazar algunas

becadas en la linde de South-moors.

Desde la popa del bote, Doniphan pudo incluso abatir dos espléndidos tinamúes que revoloteaban sobre la orilla derecha. Con eso, quedaba curado.

Era ya muy tarde cuando la embarcación llegó a la desembocadura del río. Así que, como la oscuridad no permitía orientarse entre los canales del arrecife, Evans, marinero prudente como era, quiso esperar al día siguiente para hacerse a la mar.

Noche tranquila como pocas. El viento había caído con la tarde, y cuando las aves marinas —petreles, gaviotas, gaviones— se hubieron refugiado en las grietas de las rocas, un silencio absoluto reinó sobre Sloughi-bay.

Al día siguiente, con la brisa viniendo de tierra, el mar estaría en calma hasta la punta extrema de South-moors. Había que aprovecharla para recorrer unas veinte millas, durante las cuales el oleaje habría sido duro si el viento hubiera venido del mar abierto.

Al despuntar el día, Evans mandó izar la trinqueta, la mesana y el foque. Entonces, el bote, guiado por la mano firme del master, salió del río Zealand.

En ese momento, todas las miradas se volvieron hacia la cresta de Auckland-hill y luego hacia las últimas rocas de Sloughi-bay, que desaparecieron al doblar American-Cape.

Y se disparó un cañonazo, seguido de un triple hurra, mientras el pabelón del Reino Unido se desplegaba en el pico de la embarcación.

Ocho horas después, el bote entraba en el canal bordeado por las riberas de la isla Cambridge, doblaba South-Cape y seguía los contornos de la isla Adelaida.

La punta extrema de la isla Chairman acababa de desvanecerse en el horizonte del norte.

CAPÍTULO 30

No hay motivo para relatar con detalle este viaje a través de los canales del archipiélago magallánico. No estuvo marcado por ningún incidente de importancia. El tiempo se mantuvo constantemente bueno. Por lo demás, en aquellos pasos, de seis a siete millas de anchura, el mar no habría tenido tiempo de encrespase al soplo de una borrasca.

Todos aquellos canales estaban desiertos y, por añadidura, más valía no encontrarse con los naturales de aquellos parajes, que no siempre son de humor hospitalario. Una o dos veces, durante la noche, se avistaron fuegos en el interior de las islas, pero ningún indígena se dejaba ver en las playas.

El 11 de febrero, la chalupa, que siempre había contado con un viento favorable, desembocó en el estrecho de Magallanes por el canal de Smyth, entre la costa oeste de la isla de la Reina Adelaida y las alturas de la tierra del Rey Guillermo. A la derecha se alzaba el pico Santa Ana. A la izquierda, en el fondo de la bahía de Beaufort, se escalonaban algunos de esos magníficos glaciares, uno de cuyos picos más elevados había entrevisto Briant al este de la isla Hanóver, a la que los jóvenes colonos seguían dando el nombre de isla Chairman.

Todo iba bien a bordo; hay que creer, sobre todo, que el aire, cargado de olores marinos, resultaba excelente para Doniphan, pues comía, dormía y se sentía lo bastante fuerte como para desembarcar, si se presentaba la ocasión de reanudar con sus camaradas su vida de Robinsones.

En la jornada del 12, la chalupa llegó a la vista de la isla Tamar, en la tierra del Rey Guillermo, cuyo puerto, o más bien cala, estaba desierto en aquel momento. Así pues, sin detenerse allí, tras haber doblado el cabo Tamar, Evans puso rumbo al sudeste a través del estrecho de Magallanes.

De un lado, la larga tierra de Desolación desplegaba sus costas llanas y áridas, desprovistas de esa verdeante vegetación que revestía la isla Chairman. Del otro, se dibujaban las escotaduras tan caprichosamente recortadas de la península de Crooker. Era por allí por donde Evans pensaba buscar los pasos del sur, con el fin de doblar el cabo Froward y remontar la costa este de la península de Brunswick hasta el establecimiento de Punta Arenas.

No fue necesario ir tan lejos.

En la mañana del 13, Service, que estaba de pie en la proa, exclamó:

— ¡Humo por estribor!

— ¿El humo de una hoguera de pescadores? — preguntó Gordon.

— ¡No!... ¡Es más bien humo de un vapor! — replicó Evans.

En efecto, en aquella dirección las tierras estaban demasiado alejadas para que el humo de un campamento de pesca pudiera verse.

Al instante Briant, lanzándose a la jarcia del trinquete, alcanzó la cabeza del mástil y exclamó a su vez:

— ¡Barco!... ¡Barco!...

El navío no tardó en estar a la vista. Era un vapor de ochocientas a novecientas toneladas, que marchaba a una velocidad de once a doce millas por hora.

De la chalupa partieron hurras, y también disparos de fusil.

La chalupa había sido vista y, diez minutos después, abordaba al vapor Grafton, que hacía rumbo a Australia.

En un instante, el capitán del Grafton, Tom Long, quedó al corriente de las aventuras del Sloughi. Por lo demás, la pérdida de la goleta había tenido una repercusión considerable tanto en Inglaterra como en América. Tom Long se apresuró a recoger a bordo a los pasajeros de la chalupa. Se ofreció incluso a llevarlos directamente a Auckland, lo cual lo apartaba poco de su ruta, puesto que el Grafton tenía por destino Melbourne, capital de la provincia de Adelaida, al sur de las tierras australianas.

La travesía fue rápida, y el Grafton fondeó en la rada de Auckland el 25 de febrero.

A pocos días de la fecha exacta, habían transcurrido dos años desde que los quince alumnos del pensionado Chairman habían sido arrastrados a mil ochocientas leguas de Nueva Zelanda.

Hay que renunciar a describir el júbilo de aquellas familias a las que se devolvía a sus hijos, esos niños que se creían tragados por el Pacífico. No faltaba ni uno solo de aquellos a quienes la tempestad había arrastrado hasta los parajes de América del Sur.

En un instante se había difundido por toda la ciudad la noticia de que el Grafton repatriaba a los jóvenes náufragos. La población entera acudió y los aclamó cuando cayeron en brazos de sus padres.

¡Y con qué avidez quiso conocerse en detalle todo lo que había ocurrido en la isla Chairman! Pero la curiosidad no tardó en quedar satisfecha. Primero, Doniphan pronunció algunas conferencias sobre el tema, conferencias que tuvieron un verdadero éxito, del que el joven no dejó de mostrarse bastante orgulloso. Luego, el diario que había llevado Baxter —puede decirse que hora tras hora—, el diario de French-den, una vez impreso, precisó de miles y miles de ejemplares tan solo para satisfacer a los lectores de Nueva Zelanda. Por último, los periódicos de ambos mundos lo reprodujeron en todas las lenguas, pues no había nadie que no se hubiera interesado por la catástrofe del Sloughi. La prudencia de Gordon, la abnegación de Briant, la intrepidez de Doniphan, la resignación de todos, pequeños y mayores, fueron universalmente admiradas.

Inútil insistir en el recibimiento que se dispensó a Kate y a master Evans. ¿Acaso no se habían consagrado a la salvación de aquellos niños? Por eso, una suscripción pública regaló al valiente Evans un buque mercante, el Chairman, del que se convirtió a la vez en propietario y capitán, a condición de que tuviera Auckland por puerto de amarre. Y, cuando los viajes lo devolvían a Nueva Zelanda, encontraba siempre en las familias de «sus muchachos» la acogida más cordial.

En cuanto a la excelente Kate, fue reclamada, disputada, por los Briant, los Garnett, los Wilcox y muchos otros. Finalmente, se estableció en la casa de Doniphan, a quien había salvado la vida con sus cuidados.

Y, como conclusión moral, he aquí lo que conviene retener de este relato, que justifica, según parece, su título de Dos años de vacaciones:

Nunca, sin duda, los alumnos de un pensionado se verán expuestos a pasar sus vacaciones en semejantes condiciones. Pero —que todos los niños lo sepan bien— con orden, celo y valor no hay situación, por peligrosa que sea, de la que no se pueda salir. Sobre todo, que no olviden, al pensar en los jóvenes náufragos del Sloughi, madurados por las pruebas y hechos al duro aprendizaje de la existencia, que, a su regreso, los pequeños eran casi mayores, los mayores casi hombres.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB